

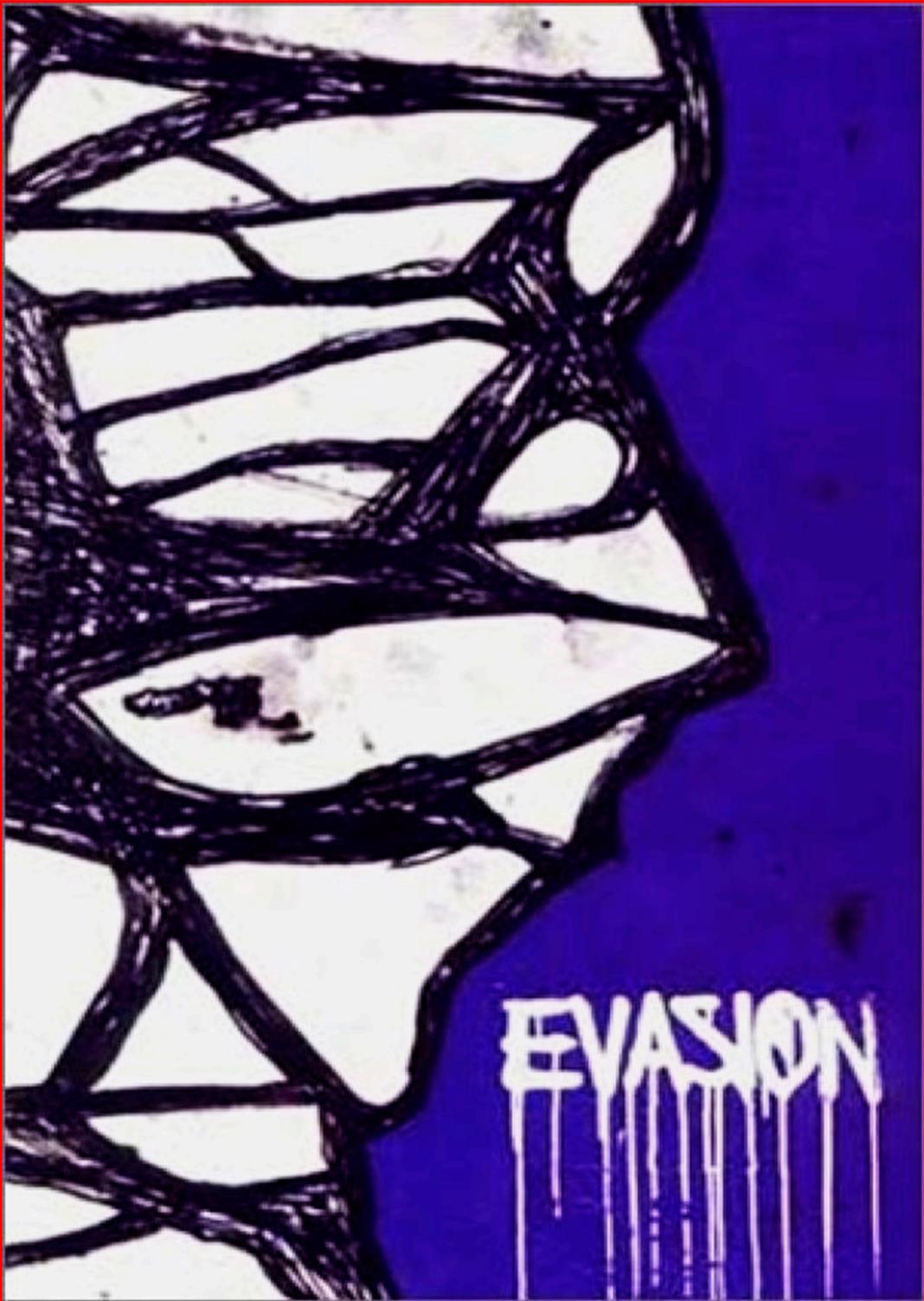
CrimethInc

EVASIÓN



Evasion, una narración similar a una novela, es el diario de viaje de una persona sobre robos e intrusiones por todo EE. UU., evadiendo no solo el arresto, sino también la semana laboral de 40 horas y el aburrimiento irremediable de la vida moderna. El viaje documenta una recuperación literal y metafórica de la vida de un individuo y los espacios que lo rodean: estafas, ocupaciones ilegales, contenedores de basura, viajes en tren y hurtos en tiendas, una vida que vale la pena vivir y un mundo por el que vale la pena luchar.

“... entonces comenzó la vida, y desde entonces recordamos cada contenedor de basura, cada casa abandonada y cada persecución a pie por parte de la seguridad del comercio minorista. Por la noche, después de correr de un lado a otro, conspirar y maquinar, con todos los elementos de nuestra lista de verificación tachados, nos deteníamos para pensar: “¿Qué hacer mañana?” y la respuesta siempre era: “Lo que queramos”...”



CrimethInc

EVASIÓN

2001

Recuperado el 9 de septiembre de 2020 de

https://archive.org/details/Evasion_crimethinc/page

anti-© 2001

Excluyendo a todas las corporaciones, el texto de este libro puede reproducirse sin permiso en cualquier forma y cantidad y por cualquier medio necesario.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Advertencia

Prefacio

V. El tren equivocado

IV. Memorias de un buceador de contenedores

III. Compensarlo sobre la marcha

II. Todos vestidos y sin ningún lugar adónde ir

I. Ve a California a intrigar

ADVERTENCIA

Todos los eventos que suceden en estas páginas son puramente ficticios; por lo tanto, no, no puedes usar esto como evidencia, motivo de procesamiento, entradas en el Libro Guinness de los Récords Mundiales o para enamorarte. Todas las estafas, los crímenes, el robo de comida sin pagar, la parte genial donde nuestro antagonista duerme en una zanja y el libro en su totalidad se ofrecen únicamente con fines informativos.

El autor no será responsable del uso o mal uso de la información contenida en él, sin importar cuán justa o liberadora sea.

Todos los nombres aparecen tal como están para exponer a los culpables. Si es abogado o está involucrado de alguna manera en la aplicación de la ley, ahora puede dejar de leer esto. Para el resto de nosotros: imaginad un mundo donde no tengamos que decir todas estas tonterías de descargo de responsabilidad. ¿Qué crees que diría esta sección entonces?

PREFACIO

Era una vida romántica, tal vez digna de ser recordada como los días gloriosos de la juventud. Si era pobreza, era pobreza sólo en el papel. La pobreza es una ecuación matemática, una expresión de cuánto se puede comprar. ¿Qué pasa con cuánto podemos tomar? ¡¿Eso no cuenta para nada?!

Y la pobreza en el bolsillo significa riqueza de experiencias. Habíamos pasado períodos de nuestras vidas sin incidentes pagando el alquiler y practicando durante mucho tiempo el aburrido hábito de pagar las cosas. Pero esos años de escuela, trabajo y letargo de la clase media son borrosos. Para nosotros, “nacer de nuevo” no era encontrar a “Dios”, sino deshacernos de las comodidades. Entonces comenzó la vida y desde entonces recordamos cada contenedor de basura, cada casa abandonada y cada persecución por parte

de la seguridad del comercio minorista. Por la noche, después de correr, conspirar y maquinarse, con todos los elementos de nuestra lista de verificación tachados, nos detuvimos para pensar: ¿Qué haremos mañana? y la respuesta siempre era “Lo que queramos”.

Desempleo es cuando el papel de uno en la vida cambia de observador pasivo a participante activo. Cuando “todos los días es el Día de los Inocentes y todas las noches Halloween”. Cuando dejamos de comprar dentro de las tiendas y comenzamos a recoger atrás. Cuando dejamos de ir al centro comercial a comprar cosas y empezamos a ir a recoger carritos abandonados para obtener el reembolso. Cuando miramos el gran y loco caos urbano y la expansión suburbana, todo empezó a parecer sospechosamente cercano a un gran patio de recreo.

La acción de la movida nocturna avanza en el contenedor de donaciones de las tiendas de segunda mano, largos paseos en bicicleta por el gueto industrial, carreras de carritos de compras y competencias para ver cuántas veces podríamos aparecer en la columna “Police Blotter” del periódico local. Dejamos atrás a los otros chicos y su camino (trabajar, beber y ser adultos) y rechazamos todo lo que los hacía gruñones, poco creativos y sin vida. Tiramos basura, nos agazapamos y recuperamos nuestras vidas. Todo encajó cuando decidimos que nuestras vidas iban a ser vividas. La vida sirve a quien toma riesgos.

Algunos de nosotros leíamos todo el día, otros cantábamos y hacíamos carteles, algunos éramos acusados a tiempo completo. Cada día, y cada plan y trama eran una reafirmación de que nuestras vidas eran nuestras. Cuadernos de conspiraciones, crímenes, intrigas y mapas de edificios abandonados... Cuando todo era posible, pero no había tiempo para todo. Y a pesar de que nunca completamos *El manual completo para la supervivencia urbana*, ni aparecimos en la portada, ni transmitimos el programa de acceso público sobre el buceo en contenedores de basura, ni arrancamos todos los carteles de “Prohibido andar en patinete” ni arreglamos las cosas con el repartidor de pan de cuyo camión robamos bagels¹ frescos todas las mañanas; entonces estábamos contentos sabiendo que era posible.

Dijeron que no trabajar nunca funcionaría. Quiero decir, tienes que comer ¿verdad? Comíamos... comíamos lo que tiraban, lo que cabía en una canasta, con lo que tirábamos para adelante. Es irónico que, como chavales percibidos como “luchadores” y “hambrientos”, tal vez regalásemos más de lo que comimos. ¿Qué hace un vegano con cincuenta paquetes de Chips Ahoy? ¿Y por qué Walgreens los tiró a la basura? Empezamos a pensar que tal vez estaban de nuestro

1 Un bagel es una comida icónica de EE UU. Es un pan redondo, con un agujero en el medio y salado. Es crujiente en el exterior y denso en el interior. Por encima lleva condimentos y dentro se le pone, tradicionalmente, queso para untar y algún tipo de ahumado.

lado. Hasta que el gerente salió volando por la puerta trasera, agitando el puño y exigiendo saber por qué rebuscábamos en el contenedor de basura. Explicamos nuestras posiciones como “ingenieros independientes de reducción de excedentes que se dedican a la reasignación de alimentos”. Nos dijo que consiguiéramos un trabajo. Reflexionamos sobre inmersiones pasadas en ese mismo contenedor de basura: el reproductor de CD funcionando, los suplementos nutricionales, los desechos del departamento de fotografía con fotografías escandalosas de antiguos compañeros de secundaria... ¿Un trabajo? “Bueno, si no hicieran el desempleo tan fácil...

Nuestras filosofías evolucionaron: desde el disgusto general por el trabajo hasta el sentimiento de explotación, para luego ver el estilo de vida estadounidense tal como es y darle la espalda.

Nuestras habilidades evolucionaron: de pasar hambre, a subsistir con sobras de la mesa en el patio de comidas, a arreglárnoslas humildemente con los excesos estadounidenses desechados y a un extenso curso de buceo en contenedores de basura y hurto en tiendas. Y cuando nos sentíamos como los chavales más astutos de los suburbios, se abría una nueva barra de ensaladas con todo lo que puedas comer y nos reíamos de la naturaleza infinitamente complaciente de los suburbios. “¿Que sigue? ¿Tirar dinero al banco?

De alguna manera, en ese momento, en ese lugar, parecía posible. Pero los videojuegos de Blockbuster, que se liquidaban fácilmente, eran igual de buenos, y encontramos muchos de ellos...

“No eres libre...” decían de camino al trabajo, “eres un vagabundo y eres pobre”. ¿Dinero significa libertad? Era una teoría interesante. Una que reflexionamos sobre los largos viajes en avión al extranjero y los viajes en coche a través del país. ¿Sin hogar? Si el alquiler legitima una residencia, entonces nos quedamos sin hogar, porque en esa casa no pagábamos nada.

Dijeron: “No se puede vivir así para siempre”. Algunos de nosotros estuvimos de acuerdo y planeamos en secreto dejar atrás a la juventud algún día. Otros pensaban: “¡Ahora estamos bien, en diez años seremos profesionales, en veinte conquistaremos el mundo!” Algunos esperaban que no. Deseaban que la gente no tirara tantas cosas: comida, libros, edificios enteros. Que algún día los medios de producción serían devueltos al pueblo para que no necesitáramos su comida, ni sus viejas casas. Ellos hicieron el desastre, bien podrían bailar en él. Algunos de nosotros nos encogimos de hombros y dijimos: “¿Por qué no?” Otros encontraron extraña la implicación de que podrían vivir a su manera para siempre (trabajando, bebiendo y mirando televisión) y por qué querrían hacerlo.

¿Podría durar para siempre? Nos lo preguntábamos, y mientras jugábamos y conspiramos contra la humanidad, ninguno de nosotros quería reconocer la inminente obsolescencia de nuestro estilo de vida, señales de que no nos dejarían salirnos con la nuestra por siempre. La puerta suelta del jacuzzi de nuestro edificio de apartamentos favorito, arreglada. Vídeo y vigilancia policial nocturna en la tienda de segunda mano. Los contenedores de basura reemplazados por compactadores de basura. Nuestro supermercado favorito retirando el microondas y, junto con él, nuestros placeres simples que alimentaron la pelea: avena, té y el único método que conocíamos para calentar un bagel rancio. Entonces el mismo supermercado dejó de dejarnos las llaves de los carritos motorizados para discapacitados y tuvimos que empezar a caminar hasta casa...

Algunos de nosotros fuimos a la escuela o nos volvimos gangsta. Otros cruzaron la línea hacia un vacío burgués. Algunos de nosotros todavía estamos aquí, luchando la guerra santa a nivel nacional e incluso global. En el antiguo barrio todavía se pueden encontrar cicatrices en el paisaje de una época en la que algunos de nosotros vivíamos peligrosamente. Signos de antiguas batallas cuando nos armamos de ambición, pasión, bagels rancios y contraatacamos: los residuos de agua salada alrededor de las ranuras de dólar de todas las máquinas de Coca-Cola de la ciudad, los grafitis borrados y las marcas de palancas en la

puerta de la pobre y vieja señora cuyo hogar deteriorado resultó no estar abandonado...

Algo pasó cuando dejamos nuestros trabajos, dejamos de pagar el alquiler, dejamos de pagar cualquier cosa. Y pienso en los primeros días, cuando, como nubes que se separan para revelar el sol, descubrimos que lo que nos habían dicho eran mentiras, que se podía hacer y que significaría el mejor momento de nuestras vidas.

Esos primeros momentos... Una nueva casa, una nueva vida... Artistas, vándalos, filósofos... En nuestra azotea favorita, con vistas a la ciudad, pasando junto a granola tirada en la basura y pensando: “Tal vez estemos en el camino...”

V. EL TREN EQUIVOCADO

Fue un truco cruel: poner a un vagabundo ingenuo y aspirante a viajar en el tren equivocado, decirle que iba a Minneapolis y enviarlo a Missoula. El tren equivocado, aventura no planificada... perfecto. Siempre esperé en secreto que nada saliera según lo planeado. De esa manera, no estaba limitado por mi imaginación.

De esa manera, cualquier cosa puede suceder, y siempre sucedió. Quedarme varado en Missoula haría que mi verano volviera a ser peligroso. Si todo “saliera bien”, si llevara a cabo mis planes sin desviarme, estaría en ese tren hacia Minneapolis para visitar a mis amigos y seguir a mi banda favorita por el Medio Oeste. Quizás no sea un mal plan, quizás sea un gran plan. Lo mejor es viajar con un plan y esperar que se produzca el caos. De cualquier manera, gano.

El tren equivocado en el día equivocado.

La tormenta estalló como un Sammy en la cabeza y yo corrí a buscar refugio: trepando entre vagones, corriendo sobre vías, corriendo a través de este gueto... El largo recorrido hasta la biblioteca de la Universidad de Montana valió la pena... durante unos cinco minutos hasta que cerró. Intenté fundirme con el papel tapiz, pero me arrojaron a la tormenta más fuerte que jamás había visto. Como vagabundo aficionado, creo que era lo que llaman “pagar tus cuotas”. Pero siempre se puede confiar en que alguien que sale de casa solo, con poco dinero y un plan incompleto, será atendido. Cualquier persona que se involucre en este acto de fe tendrá garantizado el mejor momento de su vida.

Entonces, cuando encontré abierta la puerta trasera de un laboratorio de computación en el centro de estudiantes, no me sorprendió mucho, solo me pregunté cómo podría meter un disco duro en mi mochila y si la casa de empeño me pediría una identificación. Todavía mojado, pero cálido y feliz, escondido en el laboratorio de computación. ¡Podía simplemente escuchar mi walkman y jugar en las computadoras toda la noche! Entonces “navegué por la red” tomando notas y haciendo nuevos planes. La banda con la que mis amigos estaban de gira estaba tocando en Chicago, en una reunión de Cold Crush Brothers en Nueva York... Cuando el conserje entró a la 1:00 a.m., lo ignoré, pero interrumpió mi investigación. “Disculpe, ¿trabaja aquí o...?” A pesar de toda una vida de experiencia a mis espaldas de “quedar atrapado”, mi mejor actuación, el poder de

sugestión, la ingeniería social... nada podía preservar mi posición. “¡¿Cómo entraste?!”

Realmente me gustó Missoula, el centro de la ciudad y el vecindario universitario estaban libres de la homogeneización de las cadenas de tiendas, con una pequeña tienda de discos, una cafetería y un restaurante vegetariano. Definitivamente había una historia en esa ciudad y quería saber sobre ella, pero no podía encontrar la biblioteca. Así que escribí una carta en la cafetería, exploré la orilla del río y pensé que tal vez si tuviera una crisis personal y necesitara algo, para escapar, tal vez me mudaría a Missoula. Pero tenía que coger un tren.

Buscando la conexión humana en un Estado donde cada automóvil era un camión y cada camión tenía un porta armas, encontré algo cerca en el pasillo 8 de Safeway. Dos niños simpáticos, con una admiración sin reservas por un tercero que mira trenes de mercancías y se sube a ellos. Me siguieron hasta el patio de los trenes para despedirme.

Hablamos de la vida en Missoula y hablaron de un personaje callejero que concedería un deseo a cualquiera que pudiera responder a su acertijo. Parecía un buen trato. Nos sentamos en el muelle de carga de un almacén junto al patio de trenes. Después de informarlos sobre el transporte de carga y rechazar mis historias, hubo presión para actuar. Claramente querían un espectáculo, un recorrido dramático hacia un vagón que se movía rápidamente mientras me

animaban. Pero saltar a un tren, como ya había aprendido, implicaba mucha espera, esconderse entre los arbustos, patear piedras... Así que los chavales se aburririeron rápidamente y nos separamos. Pero si alguna vez estaba realmente deprimido, pensé, iba a encontrar ese tipo enigma...

Esperar trenes es casi tan divertido como viajar en ellos. Como ver otra loca tormenta desde el muelle de carga de ese almacén, o cuatro niños descalzos montando un espectáculo de fuegos artificiales en el gueto y simplemente comiendo bagels durante horas. Pero había comido muchos bagels y empezaba a preguntarme si la estación de tren estaba abandonada, o era un frente de distracción, o el espejismo alucinatorio de un chico de ciudad en Montana. Arrinconé a un guardafrenos que me contó sobre un descarrilamiento masivo en Idaho, y que el tráfico de trenes de la Línea Norte estaba cerrado al menos hasta la 1:00 a.m. Caray, un gran desastre ferroviario. Tal vez, pensé, era el tren a Minneapolis en el que debería haber estado. Tal vez. Ese vagabundo mentiroso me salvó la vida. Son momentos como este los que hacen que un ateo crea en Dios. Todavía no creía en Dios, pero cada vez había más pruebas que sugerían la presencia de un Dios vagabundo: un guardián celestial eternamente sucio y borracho que salvaba a los punks de los accidentes de trenes, dejaba las puertas abiertas en momentos críticos y hacía que las personas

racionales tiraran todo lo imaginable en contenedores de basura.

A las 6 de la mañana había escuchado todas las cintas que tenía, comí muchos más bagels y me sentí amenazado algunas veces por viejos vagabundos locos que merodeaban y paseaban por el patio, pero no había trenes. Agotado, deshidratado... ¡Entonces se desató otra tormenta! El viento inclinó la lluvia en mi dirección. La vida claramente intentaba provocar una pelea, pero yo me estaba divirtiendo demasiado como para darme cuenta, y mientras llovía a cántaros, todavía estaba totalmente convencido de que esta era la vida más emocionante que jamás había existido.

Había salido el sol y salí del muelle hacia la moderna cafetería. El periódico de esa mañana confirmó la historia del trabajador del depósito: gran descarrilamiento, tráfico parado hasta un momento indeterminado, sin víctimas... Pero ningún tren sale de un depósito en el noroeste sin un vagabundo escondido en las sombras de un vagón vacío.

Permanecí un momento en silencio

En la rampa de acceso a la I-90, recordé viajes anteriores... El camionero masturbándose, la chica de Los Ángeles que todavía no he superado y el turbio gangsta de Long Beach: “¿Conoces a Snoop Dogg?” le pregunté.

“Mmm... lo vi por ahí”. No lo sé, pensé que era increíble. Como autoestopistas desempeñamos el papel de actor, acariciador del ego, consejero, *etc.* Están los secretos de la pequeña ciudad, las confesiones escandalosas, incluso las lágrimas. En los viajes estoy fuera de mí mismo pensando que la vida no podría ser más loca, más real o más peligrosa. Mi viaje fuera de Missoula no fue peligroso, pero proporcionó una buena historia.

Era un hombre de mediana edad, de clase trabajadora, que recientemente se había divorciado de su esposa, se asustó y viajó a dedo por todo el país durante tres meses, terminando en un clímax. ¡Viajaba con una mujer que le acababa de regalar su coche! Sin embargo, eso no parecía demasiado increíble.

Cuando se viaja, cosas así suceden en momentos desesperados.

A menudo resultaba incómodo el modo en que muchos conductores solitarios se aferraban a mí. Anteriormente me habían dado dinero, alojamiento, un cuchillo, dos biblias y muchos buenos consejos. Ciertamente, si hacía autostop el tiempo suficiente, a mí también me darían un coche, o me escribirían un testamento, o algo así.

Esa noche en Bozeman, la gente del pueblo estaba en las calles celebrando; todos felices por algo.

Vaya, era el 4 de julio, lo había olvidado por completo. Por suerte para mí, me dejaron en la casa del espectáculo de fuegos artificiales más grande de Montana. Me sentía festivo. No era un patriota, pero tenía sentimientos que se parecían a “amar a mi país”. Me encantaban el café gratis y las políticas liberales de devolución, la intriga, el peligro, los pequeños pueblos locos, no tener que trabajar nunca...

En el Oeste, siempre hay un Safeway cerca, y en el Oeste nadie tiene por qué pasar hambre ni pagar. Robé comida muy antiamericana para la celebración. Las calles que rodeaban el recinto ferial eran un mar de banderas ondeando, gritos y barbacoas en la puerta trasera. Para tener una buena vista del espectáculo, me arrastré hasta el techo arqueado gigante de una iglesia al otro lado de la calle del recinto ferial. Este era un país patriota: un rodeo, una banda de música de la escuela secundaria y fuegos artificiales. “Patriotismo...” Miré los fuegos artificiales, probé la comida no pagada y saboreé la locura sin fin de todo. Sí, “patriotismo”, casi puedo verlo ahora...

A la mañana siguiente, buscando un patio de trenes, encontré un solo carril de vías y una pared de grafitis de vagabundos sin inspiración debajo del paso elevado. Esos vagabundos definitivamente necesitaban un artista ambicioso para inyectar vida a la rancia escena del grafiti. Hice un esfuerzo y esperé que el próximo vagabundo que pasara bajo ese puente tomara nota de la letra de Unbroken que garabateé en la pared.

Ahora ¿dónde están esos trenes?...

Trenes, autostop, Montana, Miami... ¡de cualquier manera, era libre! Viajé hasta Livingston con un empleado de Montana Rail Link, una compañía ferroviaria. ¡Me llevó al patio de trenes de Livingston! El guardia nos hizo señas para que entráramos, los trabajadores del patio saludaron... Mi nuevo amigo era un hombre de gran influencia. Señaló el tren que quería y prometió hacer correr la voz en el patio de que estaba “bien”. Así pude circular libremente y sin obstáculos por el patio de trenes. Para un vagabundo, era un momento de raro privilegio. Y seguramente pensó que me estaba haciendo un favor. Pero eliminemos el riesgo de subirnos a los trenes, el peligro, y así desaparece la diversión. Un paseo libre por un patio de trenes, genial. No habría manera de escabullirse, correr o esconderse del toro². No hay la emoción del gato y el ratón. Los momentos tensos que disfruto, pegado a la pared interior del vagón, el sonido de la grava crujiente acercándose: es un toro, y viene por ti. Mi nuevo amigo pensó que me estaba haciendo un favor. Que idiota.

Odiaba a los vagabundos, pero yo no era “como ellos”, dijo. Quizás todavía no, pero haré lo que sea necesario para llegar allí, ¡lo haré!

² En lenguaje popular, un toro es un policía. También se les aplica a los vigilantes del ferrocarril. [N. d. T.]

Me sentí mejor en el minimercado al otro lado de la calle, donde podía tomar té, escribir cartas y sentirme un poco menos bienvenido bajo el cartel de “Prohibido holgazanear”. Y compartí el vínculo del merodeador con la aburrida juventud adolescente de Livingston. Juntos intercambiábamos galletas e intercambiábamos historias de autostop. El chico más agradable del grupo se había mudado recientemente a Livingston y deseaba volver al lugar de donde había venido: Astoria, Oregón. Livingston o Astoria... Yo mismo no estaba seguro de que les encantaran los autoestopistas en Oregón, pero mi potencial grupo demográfico de fans en Montana aún no había aflorado. Haciendo autostop fuera de Astoria, la mujer del Burger Barn me vio bajo la lluvia, toda triste con mi cartel empapado, y me trajo café. Antes de hacer autostop para salir de Livingston, el empleado de correos me avergonzaría por un paquete de forma extraña y luego lo perdería. En Astoria dormí debajo de un remolque abandonado. En Livingston dormí en una caravana abandonada. Livingston tenía coches usados más baratos, Astoria más casas abandonadas. No conocía a nadie dentro de 500 millas de Astoria, pero después de tres horas en Livingston tenía conexiones con los trabajadores ferroviarios locales y conocía a la mitad de la “Promoción 2001” de Livingston. Livingston o Astoria... Mi elección fue clara: ambos. Y todo lo que hay en el medio...

“¿De dónde eres?” preguntó el conductor.

“Umm...” Es una especie de pequeño juego que se juega mientras se hace autostop: contar una historia diferente y completamente inventada a cada conductor, todo para flexibilizar tus habilidades de actuación, practicar la narración creativa y evitar ser rastreado por un conductor obsesionado. Y este conductor estaba claramente loco.

“Um... ¡Idaho!” Dije yo.

Su mirada estaba poseída, fija. “Idaho... sí.” murmuró con voz áspera, las palabras pasando por sus labios apenas entreabiertos. “Idaho... nuestra tormenta se está gestando en Idaho...

¿La tormenta? Hmm... ¿El movimiento obrero? ¿Nazis? ¿La revolución vegana?

“¿Cuál es tu destino?” Su voz era ronca, casi inaudible.

“Florida”, dije.

“Florida... sí...” Traga saliva. Había fuego en sus ojos. “Nuestra marea está subiendo en Florida...”

Del 1 al 90, aturdido, traté de darle sentido a todo. Entonces... los extraterrestres habían aterrizado y, de hecho, estaban entre nosotros. Sin duda, estuve de acuerdo con eso. Pero el equilibrio... Después de una reunión masiva de representantes de las milicias el mes anterior, se decidió que era hora de subir la temperatura.

“Están hablando del próximo otoño”, advirtió, y sólo aquellos con alimentos almacenados y propiedades rurales sobrevivirían a la revolución, pero sentí que esas precauciones para la caída de la sociedad estaban sobrevaloradas. En la inminente escena darwiniana que pintó, bucear en contenedores de basura, estaba seguro, sería la habilidad de supervivencia más funcional.

Los trenes proporcionaban un medio de viaje imposible de rastrear para el Gran Hermano, y un arsenal completamente abastecido de armas sin licencia nunca produciría los resultados de un desposeído enojado con una palanca a medianoche. Por el colapso económico o la revolución de las milicias armadas, no podía esperar a que la sociedad se desmoronara. La élite social de hoy podría estar de rodillas pidiéndonos a mis amigos y a mí consejos para robar en tiendas después de la próxima Gran Depresión. Pero seguro que habrá muchos impostores subiendo por los raíles.

Una joven gazanksta me llevó a Laurel y me dejó con una advertencia: “No te acerques a Billings”, dijo ella. Sus amigos estaban librando una guerra de pandillas y ella no quería que yo quedara atrapado en el fuego cruzado. Por la forma en que iba vestida, dijo, estaba muerta, garantizado. Miré “Southside” y, si nos veían, los rivales de Northside no nos podrían pasar por alto. Al mirarme, me parecía poco probable que me confundieran con un gángster de Southside Billings, estaba confundido. Entonces, ¿los gangstas de Montana escuchan Chain of Strength?

Mi siguiente vehículo se confió demasiado a mí cuando fui a bajar y dijo: “Prométeme que te quedarás en Billings esta noche”. Era un vendedor de seguros... y un vendedor de seguros sobreprotector. “Si te quedas atrapado en la reserva esta noche...” dijo, entregándome su tarjeta, “llámame”. Me dijo que ir más allá de Billings me llevaría a la reserva india del condado de Bighorn, con los salvajes, lo que significaría una muerte segura. “Empiezan a beber y descargan su ira contra los blancos”. (Comentario social: consumo de alcohol, estupidez descontrolada... ¡sospechosamente parecido al comportamiento de la mayoría de los blancos! El noventa y cinco por ciento de la escena punk, el ochenta por ciento de los “activistas progresistas”, etc., etc.) En todo el Norte y más tarde en Dakota del Sur. Escuchaba ese racismo, del hombre rojo loco delirando bebiendo y enojándose, quemando autos de turistas y atacando a la gente al azar con botellas. Nadie con quien hablé simpatizaba con la condición de los nativos americanos (tasas mayoritarias de alcoholismo, desesperanza generalizada); solo escuché desprecio. Bueno, tenía una larga lista de objetivos en la vida que cumplir antes de estar listo para el martirio, pero tuve que elegir entre morir a balazos en Billings o una botella de cerveza en Bighorn.

Hasta altas horas de la noche leí en la parada de camiones abierta las 24 horas cerca del cruce I-90/I-94 y dormí afuera en el césped. A la mañana siguiente, después de un intento de robo descuidado en IGA que resultó en un destierro de

por vida, caminé de regreso a la rampa de acceso, hambriento pero ansioso. Había mucho que esperar: el Corn Palace, la parada de camiones más grande del mundo, vastas extensiones de nada, la hospitalidad de una pequeña ciudad, fiestas de secundaria en edificios abandonados, represalias por 500 años de genocidio... ¿quién podría decirlo?

En la rampa, esperando que alguien los llevara, una pareja se acercó a pie. Parecían agradables, pero distantes, difíciles de precisar. La mujer estaba embarazada y llevaba sólo una pequeña mochila. Su situación parecía quizás un poco desesperada y les ofrecí mi lugar en la rampa. No, no, dijeron. Estaban caminando. Supe que habían caminado por carreteras interestatales toda la distancia desde el sur de California. De vez en cuando los coches se detenían y ofrecían transporte, pero en su mayoría habían caminado, humildemente, durante miles de kilómetros.

Todo lo que hablaban estaba relatado en términos vagos: sospeché que se trataba de una peregrinación religiosa. Tal vez fue su mirada lejana, tal vez fueron sus andrajosas sandalias caseras. No hicieron ninguna referencia directa a Dios, sólo alusiones confusas: “Nos cuidan” y “Nunca nos falta, todo está provisto”. ¡Ups! ¡Dios se olvidó de proporcionarte zapatos! Jajaja. Nos deseamos lo mejor y se fueron caminando por la rampa hacia la poderosa I-90. Ya había conocido a personas así antes, guiadas por la “voz de Dios”. Ciertamente, una voz que le decía a la gente que hiciera algo aventurero y subversivo como viajar y vivir con

sencillez, incluso si era la voz de Dios. Respetaba esa voz más que la que susurraba en los oídos de mis amigos: la “voz de la ética laboral de la clase media” o la “voz de la espontaneidad después de ser destruida por una licuadora y pequeños artefactos explosivos”.

Un viaje más tarde, esa tarde, después de cuatro horas en un lugar, estaba seguro de que moriría en la reserva india: de calor, aburrimiento, aislamiento... Era la rampa más solitaria del Oeste, y cuando los coches pasaban, sólo disminuían la velocidad, señalaban y reían. Así que encontré alguien que me llevara de regreso al oeste, a Hardin, donde seguramente habría más tráfico. Hardin estuvo genial, tenía un hotel con toboganes de agua, y en el IGA tiré a la basura una bolsa entera de pasteles de cereza. Mientras tanto, los compradores estaban dentro de la tienda pagando la comida. ¡¿Que estaban pensando?! Me senté en la rampa de acceso y me comí un pastel de cerezas entero, mientras los sorprendidos transeúntes retrocedían con disgusto. Todavía quedaba una bolsa entera de pasteles y los dejé organizados en una pila ordenada para el próximo autoestopista.

Mi siguiente viaje, un hombre latino jovial y desagradable, hablaba con orgullo de su camioneta mientras golpeaba el tablero con el puño y gritaba su desconfianza hacia las mujeres, ambos temas de conversación populares entre los conductores en las zonas rurales de Estados Unidos. Su vieja y tosca camioneta chisporroteó y siseó cuando entramos en

Sheridan, Wyoming, y finalmente se averió en las afueras de la ciudad. Él gimió y apoyó la cabeza en el volante. Tenía el ojo puesto en el Safeway al otro lado de la calle. Supongo que no puedes confiar en las mujeres ni en los camiones.

“Nunca hagas autostop por la noche”, dicen. Pero no iba a quedarme allí, no en Sheridan. Si los indios de Montana no te mataban, los vaqueros de Wyoming lo harían. Esa era otra cosa que decían. Y Sheridan, me dijeron, era la capital de los vaqueros de Estados Unidos. Y la capital de la metanfetamina es Casper, 150 millas al sur. Sheridan era el arquetipo de ciudad del Viejo Oeste; y vi los salones, los sombreros de vaquero, las contraventanas de madera y los pulgares en presillas. Tal vez fuera una cultura genuina congelada en el tiempo y aislada en el espacio, pero hoy parecía una mala parodia de sí misma. Caminé por Main Street, aunque en Sheridan lo sentí más como pasear por Main Street. Quizás fue el sol o el azúcar; pero me sentí atraído por la atmósfera del Viejo Oeste y me creé el papel delirante de un desconocido en las sombras, un nómada rudo en una ciudad que no era lo suficientemente grande para “nosotros dos”... Las mujeres miraban desde detrás de las cortinas, los hombres se sentaban en las sillas en los alféizares de las ventanas acariciando escopetas al pasar. Un misterioso vagabundo de las altas llanuras, un forastero que seguramente cometerá un delito imperdonable y será expulsado de la ciudad por una turba enojada, conducido de un pueblo a otro, un paso por delante de mi pasado. Un

forajido, un ladrón de botín, y con un último saludo a las damas, desapareciendo con el viento...

Sí, había un aire muy denso de patriotismo. Sheridan se enorgullecía de ser el último vestigio del oeste americano y, por supuesto, tirar alimentos comestibles en un contenedor de basura era una práctica cultural estadounidense tan inseparable como atar ganado. Como buceador de contenedores de basura, sacando fruta de la basura de Safeway, era un orgulloso practicante del “individualismo rudo”.

“Soy un vaquero, me sumerjo en un caballo de acero”.

Todo estaba funcionando muy bien. Los cruces de peatones siempre eran verdes, mis mapas siempre se doblaban correctamente en el primer intento y dicen que el crimen no paga (y claro, mi karma era un desastre), pero tenía más dinero del que había dejado en casa. “Habrá tranquilidad antes de la tormenta”; algo desastroso tenía que suceder, ¿verdad? Bueno, tal vez, pero no esa noche. Mi viaje fuera de Wyoming fue un viaje con la chica rockinista en las altas llanuras. Las doscientas millas hasta Spearfish, Dakota del Sur, transcurrieron por algunas de las regiones más desoladas y tranquilas del país. Hablamos de nuestra juventud, nuestras ambiciones, ella me habló de la cultura nativa americana y le expliqué algunas teorías en las que había estado trabajando.

Caray, ella era inteligente. Y me sentí cómodo con ella, así que no me avergoncé cuando me dijo que tenía pastel de cerezas en la cara. Fue un viaje de tres horas, y cuando llegamos a Spearfish le dije que podía dejarme en uno de esos campos de maíz, o tal vez había una escalera hasta el techo del WalMart, o... ¿o su sofá? Eso también estaría bien, dije. No es tan emocionante ni tan duro como un granero abandonado, pero...

Nos leímos pasajes de libros que estábamos leyendo, ella interpretó a Grateful Dead y yo interpreté su *Turning Point*. Le enseñé cocina vegana y comimos y reímos y todo fue muy loco: comer galletas con una chica en Dakota del Sur.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, doblé mi manta, le dejé una carta grande en mi almohada y fui a robar comida a algún lado...

En algún punto del espectro de objetivos de robo cómicamente fáciles (entre las cadenas de librerías del centro comercial y cualquier otra tienda de mi ciudad natal) se encuentran los WalMarts de Dakota del Sur. Ay dios mío.

La ausencia de precauciones antirrobo era casi insultante. Sin alarmas ni guardias de seguridad y, a veces, a las 3 de la mañana, ¡sin empleados! Bueno, de todos modos, tienes que correr para encontrarlos... Entonces, en el Medio Oeste rural, en los pueblos pequeños y en las carreteras secundarias, temí que no hubiera oportunidades constantes

para estafas de recibos. Y aunque en realidad sólo gastaba dos o tres dólares al día, el trabajo en mi campo no siempre sería tan fácil como lo era en Dakota del Sur. Así que decidí emplear una política de tierra quemada y olvidarme de trabajar por un tiempo. WalMart era una tienda en la que un delincuente con conciencia social podía sentirse bien si robaba, aunque sólo fueran vitaminas. Mi plan era triple: liberar y vender CD fácilmente liquidables; explotar la política de reembolso en efectivo de WalMart (sin recibo/menos de 20 dólares =OK) devolviendo artículos más pequeños y caros (vitaminas, etc.); y hacer la estafa del recibo. Mirándome, debería haber sido obvio para todos que no era un cliente que pagase. No podría haber sido más llamativo a menos que llevara una camiseta que dijera “Nacido para robar”, pero había dejado esa camiseta en casa. Después de esperar unos minutos, devolví las vitaminas y obtuve mis 19 \$ en efectivo. Tenía previsto al menos una semana. ¡Los enormes y espeluznantes WalMarts de Dakota del Sur, donde el “precio minorista sugerido” es en realidad sólo una sugerencia!

Un bombero de Rapid City me llevó a Sturgis. Una ciudad de 30.000 habitantes que aumenta a 200.000 cada año para el “Sturgis Biker Rally”, ¡la reunión de ciclistas más grande del mundo! Trabajó en seguridad para el evento y enumeró las celebridades que aparecen cada año: Jay Leno, Dennis Rodman, y un año, me dijo, en el apogeo de su fama, Poison apareció en sus Harleys y tocó en un set sorpresa.

¡Los autoestopistas escuchan las mejores historias!

No podía recordar dónde comenzó mi obsesión por los pueblos pequeños, pero durante meses había investigado y soñado con cien pequeños pueblos del Medio Oeste al azar y las aventuras que tendría: comer galletas en campos de maíz y charlar con los lugareños en Ole Greasy Spoon. Nueva York, DC, Atlanta: ya había escuchado suficientes historias de viajes. Y si tuviera un amigo en Nueva York, supongo que me gustaría visitarlo también. Pero había un tema que quería explorar: el de un extraño de una gran ciudad en una pequeña comunidad agrícola, y el impulso de un joven en busca de aventuras para explorar territorio punk inexplorado... Sin haber visitado nunca la mayoría de las ciudades más grandes, ya me sentía familiarizado con ellas a través del revuelo interminable.

Pero nadie, por más que busque, pudo contarme sobre la escena del contenedor de basura en Lemmon, Dakota del Sur; o el restaurante mexicano en Galena, Illinois, que deja chips de maíz en la puerta trasera. Así que allí, en Sturgis, me sentí casi arriesgado y espontáneo cuando pensé en dejar la I-90 y tomar las autopistas más pequeñas de dos carriles hacia Minneapolis, a través de las regiones más olvidadas y sin ley de las Grandes Llanuras. Y sentí que explorar los pequeños pueblos aislados sería una oportunidad para finalmente tomar notas y direcciones de las estructuras vacías y abandonadas en las moribundas comunidades agrícolas de Estados Unidos, para alinear algunas posibles

ocupaciones rurales en las que esconderse cuando todo se derrumbe. Lo había estado posponiendo durante mucho tiempo...

Era mi puerta de entrada al campo (la desembocadura de la carretera estatal 79) y estaba un poco nervioso. Los grandes supermercados me dieron tanta vida como la sangre que corría por mis venas, y sin esas comodidades cerca de la I-90, bueno, esta puede ser la parte de la historia en la que el chico se convierte en hombre. No hay paradas de camiones de toda la noche para leer, ni hoteles para nadar, ni tiendas de discos, ni ninguno de mis lugares de diversión favoritos. En el arcén de la autopista 79, con el pulgar, mis pensamientos siempre volvían al tema del supermercado, y a que trazo el límite de la aventura en pagar la comida. De ninguna manera. Pero dejé atrás la cultura de las autopistas por vastos campos de maíz, elevadores de granos y enormes, espeluznantes edificios grises ubicados a lo lejos en la distancia, donde si escuchabas atentamente, uno escuchaba los chillidos moribundos de los cerdos sacrificados...

Mi primer viaje fue una ofrenda de solidaridad, porque nadie recogería a un autoestopista cerca del centro de rehabilitación de drogas más grande del Estado, ¿verdad? Era un camino que había elegido al azar: hacia el norte por la autopista estatal 79 y hacia el este por la autopista 12, ambas autopistas de dos carriles ligeramente transitadas hacia un gran vacío, un vacío total desde todas las

perspectivas. Era un espacio vacío en el atlas de carreteras, blanca en los mapas de trenes, ausente en la lista de fechas de gira de los Beastie Boys y en la Guía de parques de patinaje de la revista Thrasher, nada.

Caminé por Main Street en Newall y deseé que todos dejaran de mirarme. Newall era un triste modelo de una pequeña ciudad estadounidense en decadencia. Había leído sobre la tendencia a la emigración hacia los centros urbanos, el flujo cada vez más lento de jóvenes hacia puestos en la comunidad y la industria necesarios para sostener una economía mientras huían a las ciudades. Después de explorar Newall, tuve sentimientos de culpa porque el interés de la pequeña ciudad era algo explotador, como si Dakota del Sur fuera un mundo muerto y yo estuviera sondeando el cadáver, riendo.

Para un chico de ciudad, Dakota del Sur era una novedad: la cárcel de madera y clavos de Newall, la biblioteca de una habitación y la casa grande y antigua en alquiler: 200 dólares al mes. Era una triste escena de aislamiento y desesperación.

Sin embargo, algún día probablemente terminaría viviendo en Dakota del Sur. Mientras leía mi revista favorita, Rural Property Bulletin (Su guía para tierras rurales baratas), vi los anuncios: "Dakota del Sur: ¡99 dólares el acre!". Decían. Ciertamente, un día, todo viejo, enojado y con los puños cerrados, cuando la mayor parte de Estados Unidos fuera un centro comercial pavimentado y ninguna banda me

llevara de gira con ellos, devolvería algunas cajas de cereales y detergente para la ropa en Safeway y compraría un acre por 99 \$. Me quejaba y gruñía, leía demasiado y repartía hojas de afeitar en Halloween. En mi estado desconectado y desesperado, adoptaría estilos de vida contrarios a mi naturaleza, como ir al bar de la ciudad o unirme a una milicia, y para compensar mi culpa por haberme vendido por completo, me desviaría para golpear a los autoestopistas y arrojar piedras a los trenes. Todo era demasiado deprimente. Pero 99 \$ seguro que es una gran oferta de todos modos...

En Mud Butte, estaba a mil millas de casa, o de otro vegano, o de cualquier lugar donde volvería a estar. No hay gente, sólo una oficina de correos, algún coche que pasa de vez en cuando y yo, rodando por la banquina. Todo lo que recuerdo del viaje fuera de ese lugar fueron mis palabras de despedida: “¡Gracias, me salvaste la vida!”

En Faith vi un partido de softbol, dormí en el campo y por la mañana me llevaron a través de vastas extensiones de campos de trigo y elevadores de granos hasta Lemmon. Recorrí el bosque petrificado más grande del mundo y noté que Lemmon era una ciudad elegida por los criminales: ¡donde uno podía cometer crímenes descarados, cruzar la calle y burlarse de la policía de Dakota del Norte! “Te diré una cosa”, dijo el anciano cuando entramos en Mobridge, “déjame invitarte una hamburguesa”.

“Oh, bueno, gracias...” dije, “... pero soy vegetariano”.

Su rostro se transformó en indignación. “Vegetariano, ¿eh?” murmuró: “Guárdate eso para ti...”

El entorno en Mobridge (los dos días anteriores) era extraño, confuso y completamente desordenado. No estaba seguro de si todavía era Estados Unidos y tuve que revisar el contenedor de basura del tendero para estar seguro. Siempre existía un hilo constante y confuso que recorría cada ciudad y región de Estados Unidos: la basura comestible. Y la basura de Mobridge era de una calidad excepcional. Tiré a la basura innumerables cajas de Cap'n Crunch de la marca del gueto y fui a pasar el rato junto a las vías del tren y ver el distrito de almacenes olvidado y tapiado. A lo largo de las vías salté la valla hasta un depósito de chatarra de coches. Desde el techo de un auto vi la puesta de sol detrás de los edificios abandonados y sentí el comienzo de una ligera llovizna. La niebla se convirtió en lluvia y me pregunté dónde podría dormir un vagabundo en Mobridge. Miré la casa tapiada, debajo del muelle de carga del almacén... y mientras la lluvia caía aún más fuerte, intenté desesperadamente arrancar el techo corredizo de ese auto. No estaba llegando a ninguna parte y pensé que tal vez iría a buscar una gran roca en algún lugar y reventaría al estilo de un drogadicto desesperado. Pero ¡ups! Estaba empapado antes de revisar la puerta del auto. Reclinado en el asiento y tendido inmóvil en mi saco de dormir escuchando la lluvia golpear el techo, pensé en quedarme

en Mobridge, vivir en el auto, pasar el rato junto a las vías y comer del ghetto Cap'n Crunch durante unos días. Casi parecía un plan digno.

Tenía al menos suficiente cereal para una semana escondido detrás del contenedor de basura del tendero... Bueno, tal vez en la próxima visita. Tenía un país para explorar...

“Hola, ¿tienes algo desechable?” Estaba afuera de Mobridge en un minimercado en la autopista 12 alrededor de las 8 a.m., y el hombre del camión de pan estaba haciendo entregas. Era un viejo truco, legal pero eficaz. El conductor frunció el ceño: “¡Lo siento, tendrás que pagar como todos los demás!” ¡Ja! ¿Oh sí?

Después de otro viaje estaba en Aberdeen, la tercera ciudad más grande de Dakota del Sur. Tal vez Aberdeen tuvo unos “días de gloria”, o incluso la rica historia sobre la que había leído, pero en ese momento se había vendido a la guetización pavimentada y de neón de Estados Unidos por parte de las cadenas de tiendas... lo que servía a mis intereses inmediatos: robar CD, estafar dinero de WalMart y comer. Aberdeen era una ciudad en la que estaba seguro de haber estado antes: calles interminables de luces desagradables, cemento roto y gases de escape asfixiantes. Aberdeen se convirtió en el estándar del gueto, y desde ese momento (cuando me sentía perdido, solo, fracasado o desesperado, pensaba): “Al menos no es Aberdeen...”

La gente suele preguntar, después de “¿De dónde sacas tu dinero?” y “¿Por qué no consigues un trabajo?” “¿Cómo te mantienes limpio?” ¡Abro mi billetera y muestro mi extensa colección de tarjetas de acceso a hoteles! Nadar en las piscinas de los hoteles es una gran actividad de ocio y una forma divertida de mantenerse limpio. El Best Western de Aberdeen no tenía las comodidades esperadas de un hotel, como las sobras del banquete en el salón de baile o el cómodo y gratuito “desayuno continental buffet” en el vestíbulo, por lo que me sentí un poco engañado. Pero cada hotel tiene una piscina y un spa, y camareras descuidadas que dejan tarjetas expuestas encima de sus carritos sin vigilancia.

La tarjeta que tomé no funcionaba en la puerta de la piscina, así que se la mostré a la criada y me encogí de hombros. Ella me dejó entrar y fue genial dar una patada en el spa y mirar el techo. Luego, un grupo de chicas, que estaban en la ciudad para asistir a un espectáculo ecuestre o algo así, encendieron los motores y se subieron. ¡Era como un vídeo de gangsta rap!

Los momentos más bellos e inspiradores de la vida ocurren a las 3 a.m., simplemente merodeando, sin buscar nada pero siempre encontrando algo. Como cuando los chicos de la obra en casa dejaron las llaves en la apisonadora, o cuando la tienda de pintura dejó la puerta trasera abierta. Definitivamente me inspiré para quedarme despierto toda la noche, pero los enloquecedores enjambres de mosquitos

me tuvieron confinado al Food 4 Less de 24 horas. Intenté dormir, caminar, rapear, todo; pero los mosquitos eran ineludibles. Entonces, usando una historia bien pensada sobre el “auto averiado”, pude quedarme despierto en el café Food 4 Less, ¡toda la noche!

Por la mañana los mosquitos se habían retirado y el sol estaba saliendo. Tuve toda la noche para pensar en la vida, mirar por la ventana y ponerme introspectivo. Los clientes matutinos llegaban con bagels y café, llenando mi espacio. Pensé por un momento y decidí que cuando la gente quiere estar sola y pensar en su lugar en el mundo, simplemente ser emocional y disfrutar de momentos solitarios de arrepentimiento y reflexión, caminan por las vías del tren. Después de diez horas, estaba hablando casualmente con el cajero y el personal de limpieza del supermercado, y se reunieron para despedirme: “¡Buena suerte con tu auto!”

Las vías me llevaron a una pequeña estación de trenes a unas pocas millas al oeste, cerca del centro. Mi plan era meterme en un vagón al azar y quedarme dormido; y si me despertaba en Fargo, o en el lugar de donde había venido, o en los confines de la Tierra, bueno, al menos estaría lejos de Aberdeen.

Por lo general, los chicos más pequeños solo visitan los patios de trenes para tirarnos piedras a mí y a mis amigos vagabundos, así que cuando me desperté junto a las vías con un chico en bicicleta merodeando, me asusté. ¡Pero me hizo

algunas preguntas y resultó que estaba de acuerdo con los vagabundos! ¿De dónde era yo? ¿Cómo llegué a Aberdeen? ¿Y por qué estaba durmiendo en el patio de los trenes? Le expliqué mi situación, le dije que Aberdeen era la ciudad más gueto de la historia, que iba a matar a los cajeros de WalMart por no recuperar los auriculares que había robado y que iba a tomar el próximo tren, ¡garantizado! Cuando se enteró de que planeaba subirme a un coche de carga, mi estatus ascendió a Dios. Mi amigo era un fanático de los trenes que vivía en una casa junto a las vías, pasaba todo el día andando en bicicleta por el patio de trenes estudiándolos y esperando el día en que un vagabundo pasara por su solitaria ciudad. Conocía toda la información importante: qué trenes iban adónde y un excelente furgón de cola abandonado con una vista elevada del patio. Así que pasamos el rato en el furgón de cola todo el día mientras Lil 'Bo me explicaba la ubicación de cada punto de transferencia de ferrocarriles del Medio Oeste y la historia de los ferrocarriles de Dakota del Sur. Un día, dijo, él también tomaría un tren desde Aberdeen hacia cosas mejores. Lil 'Bo era una estrella brillante en el vasto páramo de la juventud sin inspiración de los noventa. Así que me emociono al pensar en Lil 'Bo saltando a los trenes y llevando la antorcha del vagabundo... Ciertamente, fue un ejemplo radiante de lo que la Juventud de Hoy llamaba "juventud positiva". Entonces, si alguna vez ves una pequeña silueta en un vagón distante mientras avanza por la pradera, ¡es Lil 'Bo, y está tratando de llegar a casa para cenar!

Esa noche no salían trenes, los trabajadores del patio nos gruñían y Lil 'Bo tenía que obedecer un toque de queda; así que hice otros planes. Caminé los dos o tres kilómetros de regreso por las vías hasta el centro comercial y me abrí paso entre una multitud que salía del cine y entré por una puerta trasera.

Allá. No había mosquitos ni coches ni guetos, y casi podía escribir una carta a la luz de la pantalla. Mis ojos muy inocentes desviaban una escena de amor y mi mirada se posó en la cortina debajo del biombo.

La película terminó, la sala se vació, me metí debajo de la pantalla y me quedé dormido.

El cruce I-12/I-29 era un cruce con varias opciones, y me senté afuera de una parada de camiones con mi walkman para pensar. Continuar hacia el este por la 12 sería el camino más eficiente hacia donde pensé que tal vez me dirigiría en algún momento. Al sur estaba Sioux Falls, donde por las noches los locos y malvados trabajadores del matadero se emborrachan y arrastran a gente como yo a las orillas del Missouri para proporcionarles una paliza en las altas llanuras. O tal vez visitaría ese pequeño pueblo que lleva el nombre del mejor libro que había leído recientemente: Ivanhoe, Iowa. Doblé mi mapa del Medio Oeste y comuniqué todo Estados Unidos. Luego dejé de pensar en ello y escuché mi walkman.

¡Ups! ¡Estaba como a mil millas de casa! Parecía que hábitos como viajar miles de kilómetros para ver a una persona o ver un solo espectáculo habían disminuido mi aprecio por la distancia. Entonces, cuando afuera de esa parada de camiones, una pareja joven hizo una oferta no solicitada para viajar a Dakota del Norte, un desvío de cientos de millas, no me pareció extraño que yo pudiera ir a Dakota del Norte. Dondequiera que fuera eso.

Durante el viaje leí el periódico en el asiento trasero y examiné mi memoria para establecer una conexión con Dakota del Norte, cualquier punto de referencia: una banda, un criminal famoso o un fragmento de la historia.

... Había luchado con Dakota del Sur, pero se me ocurrió una canción de Tom Petty y Laura Ingalls Wilder.

Montana había sido sede del Unabomber. Pero estaba casi seguro de que ninguna persona o banda de Hardcore de importancia surgió jamás de los campos de maíz de Dakota del Norte.

'Vamos al casino, ¿juegas?' preguntó la mujer. ¿Jugar? No por dinero. Jugué con mi vida, mis amistades, mi situación jurídica y mi futuro. Todo lo que valoraba... no el dinero. Tal vez lo necesite algún día cuando la tecnología haga que el hurto en las tiendas quede obsoleto.

Momentos después de llegar, quedó claro que mis nuevos amigos eran dos personas bien conectadas y de alto nivel en la escena de los casinos, *es decir*, grandes actores de los casinos. El inspector de identificación asintió, los guardias saludaron, recibieron apretones de manos de todos y no podía estar seguro, pero creo que el portero sonrió, hizo una pistola con los dedos y disparó a mis amigos. ¡Frescura altiplánica!

Alguien había dejado una tarjeta de dinero de casino en una máquina de video póquer con un crédito de 2 dólares, y supuse que estaría permitido cumplir con mi criterio ético a mitad de camino y apostar con el dinero de otras personas.

Pero después de leer las reglas, caminar de un lado a otro, mirar por encima del hombro, sentarme y presionar botones al azar, solo me había confundido a mí mismo y a la computadora. El juego era una tontería.

En otras partes del casino, los guardias de seguridad asignaban tarjetas a las personas al azar y ocasionalmente escoltaban a un adolescente astuto hasta la puerta. Me sentí seguro con mis amigos importantes. Seguramente los guardias estaban susurrando entre ellos: “Está bien. Él está con, ya sabes, ellos...”. Pero ¿y mi tarjeta? ¿Haría el corte?

¿Cuál es la edad legal para ser un zombi apostador sin pasión y sin inspiración?

Ya era tarde, demasiado tarde para hacer autostop. Ellos entendieron esto y me invitaron a quedarme en su casa en Whapeton. Paramos en un bar. No era el primero, en realidad el segundo, pero aun así se sintió como un gran evento.

¡Hasta me pidieron una cerveza! ¡Qué asco! Eran la una o las tres de la madrugada y ese día había recorrido mucho terreno, así que me quedé dormido en el bar. Cuando desperté, ¡alguien se había bebido mi cerveza! Algo así como el viejo chiste que todo chico estricto escucha: “Heterosexual, ¿eh? Bueno... ¡(eructar) más para mí!”

Esa noche fue mi primer contacto con la vida que se suponía debía llevar a mi edad. No lo sé, no lo entendí. “¡Conseguirás un trabajo, odiarás tu vida y también querrás beber!”, dicen siempre. A mi izquierda, dos hombres mantenían una conversación conmovedoramente honesta sobre una mujer junto a la puerta, o partes de ella. Detrás de mí, varios otros trabajaron para lograr un compromiso con la virilidad total a través de la conquista femenina. Juegos de azar, cerveza, carne... ¡Nunca voy a crecer! ¡Alguna vez!

A la mañana siguiente me dibujaron un pequeño mapa de la autopista y me trajeron una comida sorpresa de McDonald's.

“Vegetariano, ¿eh? Bueno, ¡más para nosotros!” Jajaja...

¡Tómalo! ¡Tómalo todo! ¡Big Macs, cerveza y la semana laboral de 40 horas! ¡Adiós!

Me recogió en la desembocadura de la autopista 210 en la frontera con Minnesota y se lanzó a contar su historia: “Bla, bla, pobreza. Bla, bla, la falta de vivienda...” Teníamos mucho en común. “Bla, bla, el desempleo...” Circunstancias muy liberadoras, posiblemente las condiciones óptimas para una vida plena y rica. Luego me habló de su hija moribunda y rompió a llorar. No pude hacer nada más que negar con la cabeza ante la tragedia de todo esto. Al entrar en Fergus Falls, Minnesota, vi un WalMart. “Uh, puedes dejarme salir aquí...”

Era una vida de libro de cuentos: hacer autostop en el Oeste y subsistir a base de delitos menores de robo. ¡Todo el crédito y el amor se deben, por supuesto, a la corporación WalMart por sus largas horas de trabajo, su generosa política de reembolso y su uso conservador de la tecnología antirrobo actual! Y romántica en formas más temáticas: la encantadora historia de jóvenes que descubren Estados Unidos y exploran la cultura rural. Los vislumbres más reveladoras no se produjeron en las ciudades en miniatura, sino en los paseos intermedios. Viejos granjeros corriendo por la carretera de dos carriles para guardar el heno antes de que llegue la lluvia: la lluvia que saben que viene, porque pueden leer el cielo, o porque el Viejo Huxley dice que lloverá, y los veteranos nunca se equivocan... Hablando con los residentes de toda la vida de pueblos remotos de las

praderas que nunca habían abandonado su condado y no salían con frecuencia: “¿Pasaste por Rapid City? ¿No es una locura? ¿¡No es salvaje!?” Una región del país donde preguntarle a alguien a qué se dedicaba era preguntarle qué especies explotaba: “Tengo algunos cerdos...” Donde de alguna manera no era tan sorprendente levantar la tapa del contenedor de basura detrás de una tienda de comestibles de un pequeño pueblo y encontrar toda la mitad delantera de una vaca, pelaje y expresión congelada de muerte y todo. Y cada día, caminando por la Calle Principal, sintiendo el peso de las miradas de sospecha...

Los viejos libros sobre vagabundos a menudo están teñidos de sentimientos de migración, exploración y vagancia como un deber cívico: “Todo estadounidense de sangre roja debería subirse a un vagón de mercancías una vez en su vida”. Ya sabes, “Ve al oeste, joven...”

El panorama empezó a volverse un poco más turbulento, la conversación un poco más estimulante y Minneapolis estaba justo delante. Mi mejor amigo de Minneapolis no estaría en la ciudad hasta dentro de una semana y los números de teléfono de otros amigos se habían quedado en casa. Así que pensé en pasar el rato en los tejados de los suburbios durante unos días. Me llevaron hasta Brooklyn Park, un suburbio de Minneapolis, y no perdí el tiempo para volver a familiarizarme con el caos y el drama de las regiones más pavimentadas de este país.

La actividad se centró en una campaña vertiginosa de estafa de recibos que propinó brutales golpes de justicia de clase baja contra la comunidad corporativa minorista. La iniciativa empresarial estimulante incluía todas las formas de comportamiento improductivo e irresponsable sin tener en cuenta el establecimiento de cualquier base sobre la cual construir un futuro estable para mí. Un transeúnte sonriente, comiendo bagels... ¡todo el día! Los momentos de mayor orgullo: pasear por los pasillos de los colosales supermercados del gran Minneapolis (tal vez los más grandes del mundo) a la 1 de la madrugada, comer bagels y beber té en la cafetería Cub Foods, conspirar y confabular en el techo de Dunkin' Donuts, ver el Beastie. Los chicos lanzando discos con frenesí al filo de la medianoche, agitar el puño contra un sacerdote católico cuando me ordena salir de debajo del toldo de la iglesia y entrar en una loca tormenta del Medio Oeste, una agradable conversación con una dulce chica en la tienda de donuts y regatear con el vendedor de CDs usados sobre el pago justo por el nuevo CD Master P: "Mira hombre, es un juego de CD doble..."

Tal vez fue suerte, o los consumidores en Brooklyn Park tiraron a la basura un montón de recibos, o algo así, pero de alguna manera después de esos dos días había ganado lo suficiente para jubilarme durante el verano, y en otra semana, tal vez para toda la vida. Espera un momento... ¡Me había jubilado hacía cuatro años! Bueno, incluso si buscar en la basura y devolver muchas vitaminas costosas nunca fue

un trabajo, de todos modos, sería genial no ver otro Walgreens durante un par de meses.

Era un excedente de lo que se conoce como “ingreso discrecional”, y mi nuevo lugar entre las filas de la clase media me inspiró a tomar un autobús a Minneapolis y visitar Extreme Noise Records, donde gasté cantidades obscenas de dinero en vinilos. Afuera de la tienda me senté en la acera y levanté mis discos al sol. Mi condición y comportamiento eran un desconcertante desapego de la pobreza romántica de una época no muy lejana cuando llevaba cintas vírgenes a la estación de escucha de mi tienda de discos favorita y secretamente doblaba discos en casetes... Qué pronto uno olvida sus raíces.

Estaban tocando Assuck y Reversal of Man y encontré a varias de las personas que había estado buscando en el show. Mis amigos (sin teléfonos y, a menudo, sin casa) pueden ser difíciles de localizar, y eso lo aprecio de ellos. Rockwell fue un gran escenógrafo de la vieja escuela y tiene las listas de “agradecimiento” de la hoja de letras para demostrarlo. Todavía vegano, todavía libre de drogas. Nos habíamos conocido el verano anterior y me había maravillado su colección de discos y su acuerdo de alquiler gratuito. Nos reunimos fuera del espectáculo. Acababa de regresar de Europa. Yo también, dije. El invierno pasado había viajado en tren por todo el país. Oh, ¿en serio...? Y había recibido una multa la semana anterior por bucear en contenedores de basura.

Basta, pensé, sólo me estás diciendo lo que quiero oír. La escena Hardcore de finales de los 80 había dado origen a algunos de los borrachos más grandes y a los capitalistas más exitosos de los 90. Pero le hice la prueba y ¡estaba sólido! No detecté ninguna mentalidad profesional ni aspiraciones de clase media. No, ¡era todo un vagabundo!

¡Juventud sin alquiler, fiel hasta la muerte!

“Estoy harto de este lugar...”, dijo, observando a la multitud. “Vamos a Chicago”. ¿Conocíamos a alguien en Chicago? ¡A quién le importa! ¡Somos vagabundos!

24 horas más tarde estábamos acurrucados entre los arbustos en el borde de la estación de trenes de Fridley, conocida como una de las más “calientes” del Oeste. Los policías de trenes estaban por todas partes, pero, como ladrones en la noche, vimos nuestro tren y en cuestión de minutos estábamos en camino a Chicago.

Tiramos piedras, rodamos por los pequeños pueblos y nos bajamos en las afueras de Chicago del tren. Vendimos cintas de rap piratas y, después de escuchar Paul's Boutique durante años, ¡pude saltar mi primer torniquete! ¡Fue todo tan emocionante!

Fuera del tren y en las calles. Y en Chicago, realmente eran “calles” (zombis incompletos, sombras largas, librerías para adultos) ya no era Dakota del Sur, donde si estás cansado,

simplemente te arrastras hasta un campo de maíz y duermes. Nuestras referencias incluían listas extensas de todos los restaurantes vegetarianos y tiendas de discos de Chicago, y números de teléfono de dos personas que no estaban en casa. Caminamos hasta un restaurante vegetariano para sentarnos y evaluar la situación. Rockwell pidió un plato de algo. Miré el menú con recelo. Realmente no había comido ese día, pero no iba a venderme para salvar mi vida, a pesar del hambre que tenía. ¿Entonces te dan comida y una servilleta y te piden que pagues? Sonaba bastante incompleto...

En Chicago hacía calor y las calles eran malas. Bueno, si hubo algo en lo que sobresalí, ciertamente fue en la vagancia. Ante la falta de un lugar de descanso en el centro de Chicago, hmmm... Lo vi como una pequeña prueba transitoria. No parecía que el plan de espera estándar sobre el “techo de un centro comercial” fuera a aplicarse en los rascacielos circundantes. Tal vez podríamos escondernos debajo de la mesa en ese restaurante toda la noche, o si las cabinas de peep show³ estuvieran realmente a 25 centavos durante cinco minutos como decía el letrero, entonces acampar allí todavía era más barato que un Best Western⁴. Nos instalamos en el garaje del tejado de un edificio de

3 Cabina con mirilla a través de la cual se contempla un espectáculo pornográfico o a una persona desnuda. [N. d. T.]

4 Los hoteles Best Western se asocian en Estados Unidos a un segmento de precio intermedio, y la mayoría son de Servicio Completo sin embargo es posible encontrar algunos "Express". [N. d. T.]

apartamentos. Las ratas no pueden trepar por las paredes, ¿verdad? ¿Qué pasa con los zombis crack? ¡¿Oprah Winfrey?! Verás, éramos muy nuevos en esto...

Por la mañana dimos seguimiento a nuestra segunda pista: un amigo de Rockwell que trabajaba en la cadena de supermercados de alimentos naturales Whole Foods. Una mujer nos dijo que el amigo Rockwell estaba de vacaciones hasta el viernes. Así que era un callejón sin salida, pero un gran callejón sin salida, donde podíamos comer alimentos a granel y muestras de pan gratis, empaparnos de la atmósfera intelectual, leer el *Vegetarian Times* y sentarnos al sol todo el día, en flagrante violación de la ley antiholgazanería de Chicago. ¡Leyes! La selección de alimentos a granel de Whole Foods fue de primera clase. En cierto momento, después de varias horas de pastar chips de algarroba y dátiles, peligrosamente a la vista de compradores y empleados que podían o no estar de nuestro lado, tuvimos que adaptarnos tácticamente para evitar ser detectados, empleando técnicas encubiertas como el “apoyo de alcance desequilibrado” y el más descarado “golpear y huir”. Sin embargo, estaban un paso por delante de nosotros y habían incluido en el diseño de la tienda un lugar encima de los alimentos a granel, ¡donde rápidamente se colocó un vigía para nuestra consternación! Esta maniobra antideportiva me inspiró, en un acto final de resistencia simbólica en nombre de los vagabundos

hambrientos de todo el mundo, a robar un montón de comida antes de escapar.

El propósito tácito del viaje, además de holgazanear, era comprar discos. Las horas pasadas en las tiendas de discos simplemente no tenían fin, vertiendo LP de 99 centavos a contenedores de 45 centavos. Rockwell era un ávido coleccionista de música pop de los 80, mientras que yo buscaba hip-hop de principios de los 80 y discos de Hardcore modernos. Pasamos días enteros zigzagueando por Chicago siguiendo pistas sobre tiendas de discos y hojeando contenedores polvorientos en tiendas con poca luz, mientras lidiábamos con valentía con nuestra incesante culpa por gastar dinero adquirido de manera deshonesto. La cantidad de grandes tiendas de discos en Chicago era abrumadora. Una tienda de discos era tan grande que pasamos seis horas revisando discos, momento en el cual el comerciante sintió que estábamos “deprimidos” y nos llevó por una puerta trasera y escaleras abajo hasta un calabozo de vinilos: un sótano de música lleno de interminables pilas de discos sin clasificar. Tal vez en algún lugar de ese sótano podría encontrar ese disco, el que había estado buscando el mes pasado, esa canción, el tema principal de mi verano, el que me recordaba a esa chica. Quizás en una de esas pilas estaba ese disco...

Uno de mis viajes anteriores había sido con una chica hermosa y astuta, otra en mi lista mediana de enamoramientos que hacían autostop. “Cuéntame una

historia”, dijo. Le conté la curiosa y totalmente inventada historia de la vez que arrojé un globo de agua a través de la ventana del dormitorio de mis padres, rompiéndola, ¡para luego encontrar el globo de agua intacto en su cama! Ella era el tipo de chica a la que querías impresionar. Miré sus cintas: ¡todas Madonna! “¿A ti también te gusta Madonna?”, preguntó ella. Lo hace. “Creo que me vas a agradar”, dijo. Escuchamos *Like a Virgin*, el álbum completo, hasta su destino. La cinta terminó cuando se acercaba su salida. Hubo un largo momento de incómodo silencio... “Escuchémoslo de nuevo” dijo, y siguió conduciendo, ¡40 millas más allá de su ciudad! La mejor canción del álbum, “Angel”, se convirtió en el himno de mi viaje, algo que podía cantarme a altas horas de la noche en zanjas al costado de carreteras de dos carriles y emocionarme. Y hasta el día de hoy, cuando escucho esa canción, pienso en esa niña tan dulce y tan angelical.

Encontrar un éxito entre los 40 primeros que vendió millones no debería haber sido ningún problema, pero de alguna manera cada vez que lo pedí, la gente de la tienda de discos no lo tenía o se echaba a reír. Bueno, encontré el de 12”.

Único en ese sótano, y sólo me costó un dólar.

Cada día, después de todo el día de compras, buscábamos un parque y nos mostrábamos nuestros hallazgos unos a otros. Creo que Rockwell quedó impresionado con mi doble

LP, recreación dramática del Juicio por conspiración Chicago 87. Y tal vez estaba un poco celoso de su banda sonora de “Over the Edge” de la película más punk de todos los tiempos: ¡una historia real de chicos frustrados de los suburbios que se apoderan de su escuela secundaria, explotan autos, provocan incendios y toman como rehenes a sus maestros! Con demasiada frecuencia se pasa por alto en los debates sobre el cine punk. En algún momento, después de admirar nuestras compras, se hablaba del tema muy serio de cuánto dinero habíamos gastado. Nuestro comportamiento fue un ejercicio incontrolable y culpable de hábitos de gasto imprudentes: ¡fue pura irresponsabilidad fiscal imprudente!

La “Gira Revelation Records” estaba en la ciudad. Rockwell se opuso a cualquier mención de ir, y a mí sólo me interesaba casualmente la naturaleza festiva de todo: los dinosaurios roncadores de Hardcore y los nuevos deportistas se vuelven “positivos” después de haber sido “decepcionados” y “apuñalados por la espalda”.

Él refunfuñó y yo gruñí, luego cedió y estábamos en nuestro autobús...

¡Ups! Llegamos muy tarde. Un error que definitivamente debe atribuirse a nuestra poca consideración por un sistema de tiempo artificial creado por el hombre. Desempleo de larga duración: Sufrimos las consecuencias... Así que cuando llegamos casi nos habíamos perdido todo el espectáculo...

casi. De hecho, nuestro momento fue perfecto, aunque no lo aprecié hasta más tarde. Pasamos junto al portero y llegamos al suelo del Fireside Bowl. En el interior hacía 110 grados y estaba completamente lleno de cabritos de pan blanco. El telonero incondicional Ray Cappo estaba en el escenario. Las únicas palabras que escuché fueron: “Esta es nuestra última canción. Escribimos esto hace 12 años. Es para todos los rectos. Se llama TOMAR UNA POSICIÓN”. El lugar explotó. Fueron 2 1/2 minutos.

Y fue el mejor espectáculo al que jamás había asistido.

Los chicos salieron a la calle. Nos sentamos afuera de Fireside y Rockwell señaló cada escena importante del Hardcore. “Ese es Dan O'Mahoney”. Mmmmmm. “Ese es Tony Victory” Bien, está bien. “Él hizo tal y cual”. “Él estaba en (la banda bla, bla)”. Rockwell comentó que pensaba que Ray Cappo llevaba zapatos de cuero. De ninguna manera, dije. Cuando los jóvenes suplicaron: “¡Comer carne, comer carne, piénsalo!” Escuché. No eran de cuero, de ninguna manera, dije. Sólo un análisis en el laboratorio criminalístico podría hacerme considerar lo contrario. Aunque, no lo sé... quiero decir que se agotan todas, ¿no? “El Rayo de Hoy” puede traicionar a las vacas, ¡pero nunca traicionará a “los chicos!” ¡Vámos!

Sentado en la acera, mirando a los chicos domesticados y bien cuidados, pensaba que el Hardcore necesita más vagabundos. Como si quisiera sacar el cartel de “Trabajaré

por comida”, o simplemente quedarme dormido sobre un cartón fuera del espectáculo o algo así. Tal vez Rockwell y yo no estábamos afirmando con suficiente fuerza nuestra condición de “vagos”, pensé. Pero luego, después de que la multitud se había desvanecido en su mayor parte, el portero del Fireside Bowl pasó junto a varios chicos dispersos y limpios, se acercó a nosotros y nos dijo que nos fuéramos. ¡Ni siquiera tuvimos que sacar el cambio!

Rockwell juraba que tenía amigos en Chicago, aunque después de tres noches de dormir en los tejados con las cucarachas, no estaba seguro. Pero después del espectáculo, se puso en contacto con Einstein, quien vino de inmediato y nos recogió en una gran camioneta de carga. Einstein era un excéntrico de mediana edad que me puso instantáneamente nervioso con su comportamiento tremendamente animado, sus brazos agitados y su peinado afro como Abbie Hoffman.

Einstein era un ciudadano de Chicago de toda la vida, y mientras conducíamos por Chicago señaló puntos de interés y parecía estar bien versado en la historia de Chicago. Mi conocimiento de la historia de Chicago se limitaba a lecturas sobre las hazañas de los yippies en la Convención Demócrata del 68, varios libros sobre la mafia de Chicago y la descripción de principios de siglo de Upton Sinclair de los corrales de Chicago en *The Jungle*. El otoño pasado, enfermo y varado en un pequeño pueblo costero, con dos semanas para esperar mi transporte, me refugié en la pequeña

biblioteca y leí varios de los “clásicos”. *The Jungle* me causó una gran impresión...

A finales del siglo XIX, las principales empresas cárnicas de la época consolidaron sus operaciones en el lado sur de Chicago, creando “la Selva”, una milla cuadrada entera de mataderos. “¿Qué sabes sobre la jungla?”, pregunté. “¡Te lo mostrare!” dijo, dando media vuelta. ¡Íbamos a la jungla!...o lo que quedaba de ella. La Selva, como se describe en el libro, ya no existe y fue cerrada a principios de la década de 1970 debido a la presión de la comunidad y como una decisión comercial de las empresas cárnicas. Las corporaciones asesinas al por mayor trasladaron sus operaciones al campo cerca de las granjas para reducir el costo del transporte de vacas en tren. (Había un viejo truco de vagabundo: cuando hace tanto frío que podrías morir, ¡monta con las vacas!) Me preocupaba un poco visitar un lugar que había inspirado tantas pesadillas, pero lo pensé como una lección de historia. Aunque en realidad no era historia en absoluto: el mismo derramamiento de sangre estaba ocurriendo en ese momento en grandes fortalezas sombrías en el campo. Llegamos a la entrada. A la selva, que ya no existe en su totalidad, se le ha otorgado el estatus de “monumento histórico” y se han conservado muchos monumentos, como el enorme arco de la entrada con una escultura gigante de una cabeza de vaca. El asesinato de miles de millones de animales como historia orgullosa... descarada.

Condujimos lentamente por el vecindario, ahora mayoritariamente un distrito industrial. Sin embargo, encontramos algunos mataderos todavía en funcionamiento, con el repugnante hedor de la muerte y filas de camiones de ganado alineados fuera. Oímos el rugido de la maquinaria, el ruido metálico del metal y vimos a las vacas metiendo la nariz por los agujeros de los remolques para tomar su último aliento. Las letras de Earth Crisis/Vegan Reich parecen un poco más relevantes mirando a los ojos de una vaca afuera de un matadero. Seguimos conduciendo en un silencio taciturno...

El más grande y aterrador de los mataderos era un enorme complejo fortificado rodeado de alambre de púas y custodiado por seguridad armada. Einstein se detuvo y llamó al guardia: “¡Disculpe, señor!

¿Qué pasa en este edificio? preguntó.

“Fabricación de alimentos”, dijo vacilante el guardia. “¿Qué alimentos se producen aquí?”

¡El guardia se puso visiblemente nervioso, no respondió y nos dijo que nos fuéramos! Guardias, alambre de púas, armas...

Un montaje sospechosamente similar a un campo de concentración nazi. ¿Qué esconden... asesinato?

Einstein vivía en las afueras de Chicago. Al día siguiente, Rockwell descansó y fui al centro comercial para reponer mis fondos. Al salir le dije a Rockwell que regresaría a las 5 en punto. Caminé por la arenosa zona de comida rápida y farmacias, recogí la cena, encontré algunos buenos recibos, etc.

A las 5:30 estaba caminando de regreso a casa de Einstein cuando un auto chirrió detrás de mí. Doom... ¡Pensé que debía ser el gerente del Safeway, que venía a reclamar su salsa para pasta! ¡Trago! Eran Einstein y Rockwell. Como a las 5 no había regresado, se preocuparon de que me hubieran atrapado y vinieron a buscarme.

“¡Pensábamos que te habían arrestado!” Y pensé: cuando llegas media hora tarde y tus amigos piensan que estás en la cárcel, probablemente sea una señal de que robas demasiado.

Mi lista de avistamientos de celebridades era vergonzosamente corta. Siempre estaba merodeando por los grandes hoteles de mi país, pero de alguna manera nunca me había topado con nadie con fama mundial. Debe ser que no había visto televisión en años y salí de casi todas las películas en menos de quince minutos, entonces, ¿quiénes eran las celebridades del día? ¡Mis íconos eran los responsables de la reciente ola de robos en tiendas minoristas donde los delincuentes simplemente estrellaban su auto contra la puerta principal y se la cargaban! ¡Y el

okupa profesional que fue encontrado viviendo sigilosamente en el sótano de un edificio de oficinas durante cinco años!

Rockwell hablaba a menudo de un restaurante vegetariano llamado The Chicago Dinner: “Debemos ir al Chicago Dinner”. Una noche, después de comprar discos, tomamos un par de trenes y caminamos un par de millas hasta el Chicago Dinner: un pequeño agujero en la pared con varias mesas pequeñas, algunas mesas a lo largo de la pared y nada de tonterías hippies. Rockwell leyó el menú mientras yo miraba los discos. Le pidió una recomendación al camarero: “Bueno... Roger, por allá...”, el camarero inclinó la cabeza hacia el puesto de al lado nuestro, “... está tomando el chile con tofu”. Esto no se registraba con ninguno de nosotros. Rockwell pidió el chili y examiné el suelo circundante en busca de migas. A Rockwell le trajeron su chile. Entonces la camarera me miró, toda triste, fue a la cocina y me trajo un plato de pan de maíz.

Esto fue, por supuesto, una gratificación criminal que no proporcionó ningún incentivo para que una sanguijuela social vaga y desempleada mejorara y superara la dependencia del trabajo de otros, totalmente perjudicial para la economía y la sociedad en su conjunto, pero ¡la comida es comida! Estaba hambriento. Momentos después, la pareja en el puesto de al lado se levantó para irse y pasó junto a nuestra mesa. Era una mujer joven con... ¡Roger

Ebert! ¡El famoso crítico de cine claramente estaba dando el visto bueno a la revolución vegana!

Todo fue perfecto, estábamos haciendo exactamente lo que queríamos: comprar discos y explorar nuevos lugares. Lo mejor era irnos antes de que salieran a la luz los fallos de nuestro plan, antes de que gastáramos todo nuestro dinero en discos, nos enfermáramos con el chocolate vegano de Whole Foods o nos rompiéramos una pierna saltando torniquetes. Y además, Rockwell tenía un plan...

Hay un lugar en Wisconsin donde cada año miles de espíritus ennegrecidos convergen y cometen actos bárbaros de blasfemia... ¡El Milwaukee Metalfest! ¡100 bandas! ¡Tres días! ¡Cincuenta dólares! ¡Millas de pelo! Te venderán el asiento entero, ¡pero sólo necesitarás el borde! Fue el amor de Satán y los cigarrillos llevados obscenamente lejos. En el inframundo del metal, era el acontecimiento más grandioso, y la asistencia era la máxima expresión del odio hacia Dios. Personas de todo el mundo se reunieron en el Eagle's Ballroom para arrojar cabello y ver lo más malvado del metal underground. Eran miles de hombres corpulentos, de cabello negro teñido, agarrando botellas de cerveza, y si intentabas decirles que los Emperadores no eran los dioses del metal, ¡podrían golpearte con esa botella!

Viajamos cien millas hasta Milwaukee... Rockwell tenía un gran amor por el metal. Nunca había escuchado metal que no fuera correcto, pero tenía el amor impulsor de “una

historia que contar” y una atracción por lo absurdo de una invocación enorme, borracha y satánica con la música. El metal era completamente nuevo para mí y Rockwell estaba allí para explicarme lo que hasta ahora me tenía confundido. Explicó la política de la escena del metal, la rivalidad entre bandas de black metal europeo con miembros de bandas que mataban a miembros de otras bandas, quemaban iglesias y, en general, vivían sus letras. Definitivamente íbamos a entrar. Rockwell y yo estuvimos de acuerdo en que 50 dólares por entradas era impensable. Con eso podríamos pagar al menos dos multas por vagancia o cien comidas. De ninguna manera. El plan de Rockwell era la mendicidad tosca pero eficaz. Para tocar en la hermandad del metal, ya sabes, “¿guardar algo de cambio para un boleto?” Entrar en el programa era al menos tan (o más) importante para mí, pero tenía una política sobre la mendicidad... Realmente, nunca había mendigado, veía como apático y no amenazante redistribuir la riqueza entre el 5% más pobre de la población cuando aquellos en el 1% superior poseen una tienda al otro lado de la calle. Puedes pedir lo que necesites a un compañero en la pobreza o quitárselo a un burgués... ¡Pruébalo! Generalmente no se dan cuenta...

Y la mendicidad hacía la declaración muy abierta de que sin trabajo uno debe mendigar, sobrevivir y luchar para sobrevivir. Bhahahaha...

Rockwell estaba ganando dinero lentamente, pero las bandas iban y venían, y la impaciencia lo inspiró a dedicarse

a una campaña de charla con la chica de la puerta. Finalmente, ya sea por el puro carisma del Rock o simplemente porque deseaba que la dejaran en paz, ¡le hizo señas para que entrara! Me faltaban habilidades sociales, no sabía hablar con las chicas. Pero yo era hábil en el arte general de “salirse con la suya”...

Otras subculturas además del metal estaban representadas: viejos punks agotados, un grupo de chicos conservadores que guardaban nuestras maletas en sus baúles, una tribu de punks callejeros con camisetas de Slayer que llegaron en tren de carga por amor al metal, y yo, en el mejor lugar para observar a la gente del país en ese momento. Me senté en el césped junto a la puerta, totalmente absorto observando a la gente en la fila: los enormes tipos noruegos de black metal y los locos muertos vivientes maquillados y con todo el equipo de los vampiros...

Intenté saltar la cerca en un rincón oscuro, ¡pero una señora en el edificio de apartamentos adyacente comenzó a gritar y me descubrió! Escalar la cerca en cualquier lugar parecía imposible, aunque aprendí eso: ¡dale unas cuantas cervezas a esos punks de alcantarilla y ninguna cerca los alejará de su metal! Entrar en el Metalfest... fue un desafío enorme. Uno compartido por cien personas más que me acompañaban afuera de la puerta, todos sin dinero o sin querer pagar. Algunos eran reservados, ociosos, caminaban en círculos, rascándose la cabeza; pero docenas más eran militantes e intransigentes, habían viajado por todo el país o

el mundo hasta Milwaukee, y sus desesperados esfuerzos por entrar eran un gran espectáculo en sí mismos: mendicidad agresiva, acciones de la turba avanzando por encima de la valla, intentos burdos de pasar viejos boletos cortados, y esos enormes tipos noruegos del black metal, arruinados y sollozando, con los brazos extendidos y las palmas levantadas. Angustioso...

Esas bandas de metal pidieron mucha pizza detrás del escenario y, cada 20 minutos, un repartidor llegaba con un baúl lleno de pedidos y pasaba diez minutos entrando y saliendo con brazos llenos de pizza. Como pizzero, disfrutaba de libertad de paso sin obstáculos, y podía sentir que los más desesperados y sin boleto entre nosotros hacían planes profesionales abruptos. Era un gran trabajador. Pensé, ya sabes, darle un respiro, aliviar un poco su carga. "Déjame echarte una mano", le dije. Me llenó con una docena de pizzas. "Sígueme"...

Una vez dentro, inmediatamente tomé nota de comprar definitivamente un uniforme de Domino's Pizza en Goodwill, tirarlo a la basura o robar uno de esos transportadores de pizza aislados, y simplemente viajar por todo el país el próximo año colandome en los conciertos de los Beastie Boys.

Aquí es donde fallan las palabras. Dentro del Eagle's Ballroom había, como... bueno, había muchísimo metal, ¿sabes? 3 escenarios, 3 pisos, 3 bandas tocando al mismo

tiempo y en el sótano: ¡un centro comercial de metal! Inmediatamente sentí una sensación de familia en ese edificio: todos estaban borrachos, pero nadie estaba peleando.

Rockwell y yo pronto nos encontramos. Difícil de hacer entre una multitud de 2.000 personas, pero fue más fácil porque él era el más alto y yo el único que vestía de blanco. Lo felicité por sus (peligrosas) habilidades de manipulación y él aplaudió mi penetrante visión maquiavélica que revelaba las aplicaciones criminales de la pizza en un Estado obsesionado con los productos lácteos.

Estuvimos de acuerdo en que cuando la gente baila, la gente pierde cosas, y entre bandas barríamos el suelo con una linterna y limpiamos los escombros: Rockwell encontró un sombrero y yo cogí un CD de una banda de Death metal de Iowa.

Dos días de metal continuo en cien tonos de negro, y después de las primeras 25 bandas, todos los gruñidos comenzaron a desdibujarse. ¿Era Emperor la banda exclusivamente femenina de death metal, o aquellos con trajes de vikingo rodeados de cabezas de vaca congeladas sobre palos? Era un mundo extraño y estaba feliz de conectarme con una vieja amiga familiar y sobria: Lucy, la chica más amigable de Los Ángeles. Me hizo muy feliz, recordando mi nombre después de 15 meses, y mientras hablábamos, me esforcé por recordar el de ella. Lucy

compensó el gruñido machista, me alegré de encontrarla. Ella también estaba viajando por el país durante el verano y, al igual que yo, la novedad la atrajo casualmente al Metalfest. A miles de kilómetros de casa... ¿para esto? Era la aleatoriedad de la juventud.

Después de un día más y 40 bandas más, el Metalfest había terminado, y todo era muy triste...

Lucy nos dejó a Rockwell y a mí en un campo junto a una iglesia en las afueras de la ciudad y nos dijo adiós con la mano.

Por la mañana, un pastor de la iglesia nos despertó y, con la voluntad de Dios detrás de él, dijo: "¡Irse!" Me di la vuelta, Rockwell se movió un poco, gimió y volvió a dormir. El pastor regresó y preguntó por qué estábamos en Milwaukee, y le dije: "¡El Metalfest!" ¿Qué pasa ahí? ¿Qué estaba haciendo con mi vida? ¿Creía? Nos invitó a un sermón. Desde una celebración musical de Satanás hasta un sermón cristiano... parecía perfecto.

En lugar de eso, nos colamos en una película de al lado. Rockwell esperó junto a la puerta trasera y yo entré por la delantera, pasando junto a la adolescente que recogía el billete y lanzándole una mirada dura e intimidante... ¡Creo que asusté a esa pobre chica! No pude disfrutar la película gratis pensando en eso...

¿Madison? Parecía un plan. Sospechaba de los planes. Pero Rockwell prometió una gran biblioteca universitaria, tiendas de discos y una calle junto al campus donde juró que no se permitían automóviles. Los libros, los discos, andar... Quizás las tres cosas que más valoro. Si no estaba leyendo o rockeando, probablemente estaba caminando o viendo a otros caminar. Sonó agradable. Tal vez podríamos pensar en Madison más bien como una sugerencia, o avanzar en la dirección general de Madison; y si nos invitaran a una fiesta de fraternidad en La Crosse, o nos ofrecieran llevarnos a Tampa al Bloodfeast, entonces también estaría bien. Nos arreglamos un poco y sacamos los pulgares. Fue justo después del Metalfest, y la furgoneta de la gira de Bloodfeast probablemente nos pasó, pero no se detuvo. Lo hizo una furgoneta de carga oxidada.

Fue una explosión anal.

“¡Entrad muchachos! ¡Cerveza en la nevera y vodka detrás! Fue un largo viaje.

State Street en Madison es la franja peatonal estudiantil de moda que se extiende desde la Universidad de Wisconsin hasta el edificio del capitolio estatal. ¡Una encantadora y sencilla avenida bordeada de árboles que dan sombra, bancos, punks con perros que necesitan “18 centavos” y patios de restaurantes con mesas llenas de comidas abandonadas a medio comer!

Rockwell entró corriendo para preguntarle al cocinero del restaurante si su arroz era vegano mientras yo vigilaba la comida. ¡Extraños en una ciudad extraña, y Madison tenía una comida caliente esperando!

Tomamos una esquina de State Street para esperar los encuentros aleatorios que ocurren en una ciudad extraña cuando te sientas en un lugar el tiempo suficiente. Como remedio a la soledad, la mirada perdida y la mochila grande están garantizadas en todo momento. Dos universitarias nos invitaron a jugar al billar. Rockwell habló con ellas toda la noche. Seguí en silencio, desviando preguntas como: “¿Qué pasa?” y “¿Hablas?” Hablo... a veces. No con universitarias falsas y engreídas.

A la tarde siguiente, sus aires pretenciosos se volvieron demasiado y huí. Un escape estratégicamente programado justo después de comer su comida. Quería explorar Madison, no mirar televisión. Quería una vista desde la ventana del tercer piso de la biblioteca, o desde el interior de un contenedor de basura, no a través de una neblina de incienso en una casa con cuentas donde deberían estar las puertas. Y quería la voz de la calle. Ciertamente no es el tono perezoso “yaaaaa...” que indica el uso de marihuana por parte de zombis drogados. Rockwell me encontró más tarde ese día. “Mi sincronización fue perfecta”, dijo. “Justo después de que te fuiste, sacaron la tubería”. Él también huyó. Me reí.

Vivimos en un banco durante la semana siguiente. Era un banco en particular en el extremo oeste de State Street, frente al campus de la Universidad de Washington. Justo allí, en la arteria principal de tránsito peatonal del campus. Cada mañana nos arrastrábamos desde el techo de la tienda de bagels justo arriba y nos sentábamos en ese banco todo el día. Poco a poco, a lo largo de varios días, los estudiantes que pasaban y los clientes habituales de State Street notaron que estábamos muy comprometidos con ese banco y, de hecho, no íbamos a ir a cualquier lugar. Personas amables y curiosas se detuvieron a hablar, nos preguntaron nuestra historia y nos presentaron a sus amigos, quienes se convirtieron en nuestros amigos. ¡Éramos vagabundos en exhibición! Pronto parecía que cuando una persona se iba, otra se sentaba, y después de varios días parecía que conocíamos a todos en State Street. Conocíamos al repartidor de la pizzería de enfrente, quien cada día prometía dejar la pizza sin queso junto al contenedor de basura al cerrar.

Conocíamos al viejo y loco filósofo callejero que murmuraba y se sentaba con nosotros todos los días: “Bla, bla, bla”.

Hablando, hablando, hablando, a menudo mientras hablábamos con otras personas. Y nuestro amigo con los tatuajes de regla de los que se arrepentirá algún día.

Mientras nos sentábamos y hablábamos, algunos preguntaban: “¿Por qué Madison?” Rockwell diría: “Para romper algunos corazones”. Preguntarían: “¿Por qué este banco?” No pudimos responder a esa pregunta. Llevaría horas e implicaría mapas y gráficos. ¿Por qué ese banco? Porque estaba a seis metros por debajo del techo donde dormíamos y a quince metros al oeste del contenedor de bagels donde comíamos. Y justo cuando el escorbuto estaba a punto de aparecer debido a una dieta basada exclusivamente en bagels, estábamos a dos cuadras de la tienda de comestibles con plátanos: 0,19 dólares la libra. Nuestro banco estaba frente a la Universidad de Wisconsin, con las duchas en el edificio de tenis, la biblioteca del campus y los miradores frente al lago: el mejor lugar de lectura matutina de Madison. Dos cuadras al norte de la tienda de discos punk y a dos pies del contenedor de basura de Walgreens, el que está lleno de tickets utilizados para estafas de bajo riesgo para comprar esos discos. Y dos puertas más abajo de la tienda de bagels, donde cada mañana sacaba una taza de la basura y bebía café “gratis”. Hasta que algo salió terriblemente mal... “¡Tendrás que empezar a pagar por eso!” Ups. Era un bonito banco.

Un día nuestro amigo experto nos trajo dos bicicletas como regalo. Creo que fue su forma educada de sugerir que explorásemos a Madison fuera del banco. ¿Saliendo de State Street? Era una idea sospechosa.

Probablemente un truco. Rockwell no pensaría en eso. Las bicicletas estaban en el portabicicletas al lado de nuestro banco. Durante un día las miré como sospechosas, como una amenaza a nuestra ociosa comodidad. En un momento de debilidad, cogí una bicicleta y viajé hasta Best Western para nadar y luego hasta el Whole Foods Market. Lo hice de nuevo al día siguiente. Luego volvía para escuchar a Rockwell hablar de aquellos que pasaron por allí en mi ausencia, y me enfurruñaba por la pérdida de una conversación con Matt, el coleccionista de Atari 2600, sobre nuestra fantasía compartida de los videojuegos de los 80, o con Becky, la cocinera vegana. La vida fuera de State Street... era una idea tonta. La vida no estaba “allá afuera”, sino a nuestro alrededor, en State Street, en ese banco.

Regresé de Whole Foods en nuestra última noche en Madison y desde la distancia pude ver que alguien estaba sentado en nuestro banco. Así que iba a matar a esa persona. Pero era Becky.

Había estado esperando a uno de nosotros, sola, con un plato de galletas en el regazo. “Los horneé para ti y Rockwell”.

Mmmmm...

Había más ciudades, atracciones más locas. No hay “mejores galletas”, pero los pajares de cocos en St. Louis estaban cerca. Rockwell estaba prohibido en regiones

enteras del país y pronto me enamoré bajo una cascada. Antes de regresar a casa pensé en ese tren, en el viejo vagabundo y sus malos consejos.

Lo que hice poco después de ese consejo sólo me sorprende ahora. Realmente, no puedo creer que haya sido tan ingenuo...

Por favor, no vuelvas a cometer el mismo error: no lo hagas. Nunca lo llames “el tren equivocado”.

No existe un “tren equivocado”.

No podía creer mi suerte: un viaje épico por carretera, planes difíciles y sin dinero, tres chicos y un auto, cancelado en el último minuto. Cualquiera suspiraría y regresaría a casa, pero cualquiera no tenía su casa abandonada tapiada por la ciudad, su colchón y su sistema de iluminación improvisado encerrado detrás de carteles de “Prohibido el paso” y cinta amarilla que es lo que llevó a este plan. Pero cuando Penny se echó atrás, exigiendo el cierre de una relación rota antes de ir a cualquier lugar cerca de Miami, o cualquier viaje hacia el este, me quedé ante un vacío de dos semanas. Una mirada casual desde el ángulo equivocado podría marcarlo como una decepción, una esperanza frustrada. Pero ya había estado aquí antes y miraba hacia el cielo con ojos soñadores para ver lo que vendría después. Ya sabes, lo que quisiera.

Increíble... Tan bien disfrazados, estos borrones de esperanza, viajando bajo nombres falsos y enmascarados como fatalidades cada vez. “Planes cancelados”: ese fue fácil de detectar. “Vuelve y llamaremos a la policía” en media docena de puntos de regreso a casa durante mi 18º año me llevó a esa primera gira loca y profunda de autostop. “Hemos terminado” una vez me llevó, en cuestión de días, a un oscuro Kinko's en una ciudad aleatoria, y a una conversación sincera con la chica más dulce, que se convirtió en una bola de nieve en planes grandiosos de trenes oxidados y playas de Florida y “Renuncio”, bueno... no hay ni una sonrisa ya que no se puede atribuir a ella.

Penny conduciría mil millas al norte para decir algunas palabras, me dejaría en cualquier punto del camino y me recogería en dos semanas. Estaba casi seguro de haber leído este zine antes, o escuchado esta historia o al menos bailado esa canción. Un chico, dos semanas, una ciudad extraña... Tenía un día para elegir un lugar, dijo. Inmediatamente entré sigilosamente en Barnes & Noble, compilé una pequeña pila de libros de viajes y salí. Miré con ojos llenos de estrellas las brillantes fotografías de arena blanca y gente más blanca, luego mis mapas y luego me froté la barbilla. Estaba la ciudad universitaria que había explorado durante años: cómoda, pero desde la última visita (llevar un ratón moribundo en una trampa de pegamento al veterinario de urgencia a las 3 de la madrugada) bajo una nube triste.

La ciudad costera: si las chicas del restaurante mexicano me llevaran a casa otra vez, vale la pena considerarlo. O tal vez esa otra ciudad costera: ciertamente podría pasar dos semanas haciendo lo que hice la última vez: vivir en una tienda de campaña detrás de un remolque de alcohólicos, bailar en el pequeño centro comercial con esa chica y escabullirme detrás de la tienda de regalos para comprar el gran trampolín inflable. No es la última comunidad “progresista” de moda: donde en cada visita me topaba con la puerta momentos después de que hubiera tocado la mejor banda del mundo.

Desgarrador... y si me acercaba al club mientras Catharsis tocaba el último acorde una vez más, moriría, me vendería o algo así.

Stitch decidió renunciar a cualquier esperanza de contar una buena historia: dos semanas en casa de sus padres. Hace mucho tiempo que le di la espalda al cálido y acogedor confort de la “Casa de los Padres”. Una casa que me comprometí a no usar nunca como sustituto de la creatividad: solo lavar la ropa. Había rechazado un dormitorio amueblado en la “Casa de los Padres”, arrastrando futones a tres sitios abandonados a pocas cuadras de distancia. Como ve, estaba muy comprometido con este puesto.

Rodeado de libros y mapas, en el suelo, me senté mirando el abismo de dos semanas que se había abierto ante mí...

Con apenas más en mi bolsillo que tres monedas de diez centavos de un fallido ataque con agua salada a la máquina de Coca-Cola en Best Western, tuve la suerte de un regreso a “la lucha”: la desesperación autoimpuesta de dormir en zanja, explotar el espacio público de manera alarmante, pedir a las chicas de la Mesa Redonda que miren para otro lado mientras asaltas la barra de ensaladas, ponerte de rodillas debajo una ventanilla de autoservicio para las obligatorias monedas de cinco y diez centavos... Abnegación solitaria que en el papel pide una silenciosa lágrima de simpatía, pero en 3-D son el momento de tu vida.

Eché raíces un plan: identificar los criterios tradicionales de la clase media para las opciones de vacaciones, comer un bagel y luego hacer lo contrario. Lanzarme al pequeño pueblo más desolado, con el peor clima, sin supermercados y con una fiesta por la que hay que luchar. Cinco minutos afuera de una gasolinera y normalmente llegaba. Eso me consolaba un poco. Una ciudad, dos semanas, tres monedas de diez centavos y cuatro libros. Estos episodios de casi muerte y burla de los sentidos eran temáticamente atemporales, la esencia de la literatura y el arte en sí y cuando di mi primera patada a la puerta de una granja abandonada, recordaría...

Ups. Se me acabaron las 24 horas. Tenía el tema, pero no las coordenadas físicas. Penny me dijo que subiera al auto. Reuní mis libros y mis mapas y reconstruí mi oficina de investigación de viajes en el asiento trasero. Había dos tipos

de pueblos pequeños: a donde escapaba la gente y de donde escapaba la gente. Ashland y Salem. Playa del Cañón y Minot. Areata y Pine Bluff. Elegí lo primero: ser un artista en lucha entre artistas en lucha, y no criadores de cerdos. Probablemente los desconocidos chillarían, me insultarían y se marcharían con la misma frecuencia, pero los insultos serían más refinados, incluso filosóficos.

Y en lugar de tirarme botellas de cerveza, tal vez me golpearían con sandalias y arcilla mojada. Un pensamiento cálido, suficiente para reducir la lista. Se trazaron líneas, se emitieron juicios severos y estados enteros negaron mis dólares de turista de un solo trazo. Mi visión se estaba enfocando. En casa, sentado en mi silla del supermercado junto al mostrador de café expreso, a menudo soportaba la desesperación en mi dilema sobre la elección correcta para la aventura de ese día. No es una decisión pequeña, tal vez no haya ninguna mayor. Dos semanas eran como el peso del mundo: ¡catorce días! Estaba un poco traumatizado por esto. En el momento exacto en que mi lista se había reducido a dos, le lancé la pregunta a Penny y me quedé sin fuerzas. ¿Cuál?

“En la que no has estado”.

Pura poesía y la pregunta más tonta que jamás había hecho.

Mil millas más tarde me encontré bajo la lluvia, en la terminal del ferry. En 30 minutos partiría el último ferry de la noche hacia la pequeña isla oscura y brumosa, donde los herbolarios con suéteres tejían cestas. Y donde, rodeado de agua por todos lados, no podría traicionar el tema aunque quisiera.

En consonancia con mi papel de “artista en apuros”, casi no tenía dinero. La pobreza que sentía realmente legitimaría mi arte. Entonces, cuando el barco atracó, eludí la taquilla, me mezclé con los motociclistas y subí a la cubierta para autos. Como un cálido apretón de manos de un nuevo amigo...

Al bajar del ferry casi pude oír cómo caían en picado los valores de las propiedades. Cayó la lluvia y me quedé allí.

Desde el parque costero, escudriñé el pequeño centro de la ciudad. Viéndolo de arriba abajo, hubiera sido bueno haber sido neutral en mi juicio, pero el pueblo estaba a punto de darme unas vacaciones gratis independientemente de su opinión sobre el asunto, así que se podría decir que ya estaba enamorado. No esclavo de la practicidad, había elegido esta pequeña ciudad. Aquella a la que los artistas van para escapar, tan lejos que normalmente no encuentran el camino de regreso.

Aquí viviría dos semanas despojadas y crudas, sin comodidades y, si mi plan se cumplía, sin comida. Arte, sí. Y

cuando los artistas que hacían yoga en el parque se quedaron sin aliento cuando yo salí de los arbustos a las 5 de la mañana, mojado y aterrador, tal vez no lo reconocieran como arte, pero deberían hacerlo. Quería un poco de crédito. Sonetos en las azoteas y blues de bagel mohosos. Cada noche nace una novela en un U-Haul desbloqueado. Sí, les mostraría mi arte...

Era más de medianoche. Mis opciones eran caminar por las calles oscuras con los ojos bajos bajo la lluvia brumosa, o... espera, eso era todo. Mi camino era directo, casi pronosticado: a lo largo del paseo marítimo, serpenteando a través de la red flotante del puerto bajo la lluvia, pasando por los viejos y sórdidos barbudos bebiendo en el muelle, hasta el barco abandonado en el fin del mundo. Una modesta casa flotante, medio hundida. Descansaba en el puerto, en el punto más alejado de la tierra, y más allá de su casco podrido, sólo olas imponentes y nubes llenas de fatalidad. Al iluminar la ventana con la luz, pude ver que el viejo barco tenía una historia. Y después de mirar por encima de ambos hombros, me colaría en el siguiente capítulo...

Al despertar, las mantas mohosas se sentían glamurosas, la ley de propiedad ignorada era un placer siniestro, y las razones exactas por las que no me quedaría para siempre aún no estaban claras. Podía ver por mi ventana lo que la oscuridad y la lluvia habían ocultado la noche anterior: un viejo y brumoso pueblo de barcos. Gruesos árboles de hoja perenne envolvían las escaleras de madera y las filas de

viejos barcos, los viejos marineros tocaban guitarras en la niebla y por todas partes marineros rudos y jóvenes artistas con gorros de lana se estiraban, bebían café y leían libros en los bancos en la niebla. Estaban las viejas y frescas tiendas de madera del paseo marítimo, el pequeño parque y una sensación general de comunidad ingobernable. Si aquí hubiera leyes, ciertamente estaba de acuerdo con el 10-S a modo de respeto general, y el resto, bueno, todavía no iba a pagar la comida. En las cubiertas de los barcos y en los asientos frente al mar, dondequiera que mirara, se veía claramente a personas orgullosas sin hacer nada. Estalló el entusiasmo por mi propio papel egoísta en el espectáculo. “No hacer nada” (lo sabía por experiencia en el trabajo) equivalía a hacer bastante, pero sin los recibos de sueldo que lo demostraran. Traumático a la hora de declarar impuestos, pero desde mi nuevo lugar favorito al final del muelle, era algo conmovedor...

Con una cama, edredones y una pequeña radio, esto tenía que ser algún tipo de disco: en una ciudad extraña, topándose con un refugio abandonado y amueblado en diez minutos. Sin embargo, después de haberme arrojado antes a circunstancias inciertas, era de esperar. Como la gravedad y la persona que está delante de cada autobús hablando con el conductor: uno de los verdaderos absolutos de la vida. Un pueblo nuevo y una sonrisa nerviosa: te has arrojado allí, el pueblo, por supuesto, se siente halagado y te tira una cuerda. Todos lo sabíamos, descansamos en ello, temerosos

de nombrarlo por miedo a matarlo o disuadirlo de derribar puertas y bagels abiertos. Los hippies llaman a esta fe “rendirse al universo”. ¡Me gusta pensar que los pueblos saben que estamos desesperados y tienen miedo!

Todo estaba encajando. Un barco y ahora café caliente. Desde la terraza de la cafetería podía saludar a mi pequeño barco que se balanceaba entre las olas. Quizás nunca tanta festividad había cabido en una sola habitación y en un solo patio. La biosfera del café: tal vez nunca tengas que irte. Y con algunos, no pude verificar que realmente lo hicieran. Esta era “la isla”, y yo estaba participando en un estudio casi sociológico desde mi mesa de la esquina. Como pedir café y ya, sólo confundirme entre la gente. No haces un pedido, lo gritas, chocas los cinco con todos en el camino a la mesa, luego te sientas y pintas un cuadro o algo así. Todo el mundo conoce a todo el mundo, a menos que seas rubia, no lleves suéter y... –sí– en la mesa de la esquina, trazando grafitis con el dedo. Las recargas de autoservicio pueden ser gratuitas o no, pero si un árbol cae en el bosque y nadie lo oye...

Dormisteis juntos una vez, pero ¿fue amor? Al mirarla a través del puerto rodando con las olas, pensé que ese podría ser el caso. Olvidado y descuidado, devolvería la gracia al viejo barco mohoso.

Y ella elevaría mi dignidad y orgullo al de un hombre humilde con una belleza angelical de los obstinadamente desempleados con una casa totalmente gratuita. En algún

lugar entre el palacio suburbano de dos pisos que ya no es mío y mi joya de una pared y un techo en el techo de esa biblioteca universitaria. ¡Hay mucho refugio en este país y a veces los propietarios olvidan que está ahí! Luego llegamos, entramos, dormimos allí, colocamos algunos carteles, etc. etc... Es algo complicado.

Café a 50 céntimos, el periódico de la gran ciudad, artistas reales y gente de barcos. Bebí el café de 50 centavos, leí el periódico de la gran ciudad y me pregunté si era un verdadero artista o un navegante. Tragado por la niebla en la terraza del único lugar de reunión de la ciudad, fui pionero en mi papel entre esta multitud de clientes habituales, los bolsos tejidos y los blocs de dibujo. “Chico en la ciudad del arte”... tenía más alma que “Chico en la gran ciudad” carecía del encanto de una botella de cerveza subida a un auto en movimiento de “Chico en una pequeña ciudad del Medio Oeste”, con una trama más lenta que “Chico varado en un gueto-peligroso”, pero exigía una astucia más ingeniosa que “Chico en una ciudad turística tropical”.

Y cuando no caen gotas de oro líquido en un transporte público excepcional, sé que esto no es “chico en casa”. Todo esto era fresco y emocionante y, al igual que las otras tramas, me tenían obsesionado. Tal admiración malsana era similar a su contraparte humana, donde el enamoramiento arde tan rojo que la persona puede insultarte y aun así seguir siendo sincera... La ausencia de comida visiblemente gratis fue una bofetada punzante. Pero el café era rico y las

mañanas profundas. Sin resentimientos. Los demás habían abusado de mí a su manera: lluvia, hiedra venenosa, aspersores a las 5 a.m., aspersores a la 1 a.m... pero esto... “Vivir en un bote abandonado en un pueblo pequeño”... esto era todo nuevo. Esperar. Costa de Oregón: verano del 96. No importa.

Bueno, de todos modos, no tuve que soportar el asiento del pasajero de un testigo de Jehová para llegar hasta aquí...

Al salir de la cafetería, de manera muy dramática, fui duro, conectado y dispuesto a cruzar algunas líneas para conseguir comida. El sustento básico en este lugar era un gran desafío. El drama se acumula hasta cierto triunfo cercano a la muerte de ese único panecillo en el fondo de un contenedor de basura, precisamente de acuerdo con mi plan de venir como un artista en apuros, luchar y casi morir. Encontré la única tienda de comestibles en la ciudad: de un vistazo se descartó llevarme su comida. Dentro de mis capacidades (y las de niños pequeños y tetraplégicos), no logré demonizar lo suficiente una institución del tamaño de una sala de estar, donde el propietario trabajaba en la caja registradora. Como robar en casa del Sr. Hooper en Barrio Sésamo. Enfermo y equivocado. ¡Después de 16 horas de hambre, me topé con un manzano detrás de la iglesia! Rosado y dulce: más dulce que los restos del cóctel de frutas de las bandejas fuera de las habitaciones del hotel. ¡¿Quién lo habría adivinado?! Sentado debajo del árbol, comí manzana tras manzana, luego me di cuenta: espera, ¡esto era “Hobo comiendo

manzana debajo de árbol"! ¡Estaba viviendo el cuadro de Norman Rockwell!⁵ No es tan divertido como "Living the rap song", pero está cerca... Pasa la página en otro momento impactante del vagabundo mirando hacia arriba, mirando a su alrededor y estando dentro de una escena cliché de la idílica cultura americana. Las puestas de sol desde los vagones y el mostrador de la tienda de donuts no serían clichés si no fueran tan geniales, ¿sabes?

Después del manzano, mi "gira gastronómica" perdió rápidamente la positividad juvenil de la gira "Break Down the Walls" (Derribar los muros) de Youth of Today⁶. Vi una tienda de bagels y, si se trataba de un espejismo inducido por el hambre, había elegido claramente mis delirios de pastelería. Acéptalo: sin el bagel, estamos muertos. Después de abrir cada bolsa y examinarlo todo con atención desesperada, terminé con las manos sucias y una confusión general. Quiero decir, ¡el contenedor de basura parecía decir "No Bagels"! Una ruptura inaudita con las leyes conocidas, y temí que la física misma fuera la siguiente en desaparecer. Al regresar a la mañana siguiente, encontré la tapadera del

5 Norman Percevel Rockwell fue un pintor e ilustrador estadounidense. Su obra goza de amplia popularidad en su país, dado su reflejo de la cultura estadounidense. Rockwell es más conocido por las ilustraciones de portada sobre la vida diaria que creó para Saturday Evening Post a lo largo de cinco décadas. [N. d. T.]

6 Youth of Today es un grupo neoyorquino de hardcore punk, fundado en 1985. Jugaron un papel importante para establecer la subcultura youth crew; a su vez, conocidos por llevar y promulgar un estilo de vida straight edge y vegetariano. [N. d. T.]

contenedor de basura cerrada y, de hecho, ¡completamente barricada con muebles de jardín! Claramente, la respuesta temerosa de un dueño de negocio nunca antes agraciado por quienes irrumpen en su basura y liberan los comestibles. ¡Los había asustado! Primero era una isla, y si la experiencia pasada era un indicio, pronto aparecerían detalles exagerados de mi historia en la columna “Police Blotter” del periódico. Este miedo al “peligro” de los consumidores de basura es la exageración de la ignorancia. Sin embargo, si no nos dejan comida, nos desharemos de los límites de la razón, como presenciaron varias ratas en la trastienda de Trader Joe's el día en que el contenedor de basura estaba vacío, lo que nos obligó a entrar al almacén para recuperar la leche de soja que tanto necesitamos. Siempre hay un “Plan B” y no siempre estamos orgullosos de él...

Sunny Hope me llevó al contenedor de basura del tendero. Cualquier riqueza que hubiera dentro seguramente sería bienvenida después de la “dieta exclusiva de manzanas” de 18 horas. En un momento de ansiedad, levanté la tapa y encontré mil hojas de lechuga viscosas y... manzanas. Quien haya creado estos momentos de humor negro vagabundo se retorcería en algún lugar, muriendo de risa mientras yo moría de hambre. Sin saber si uno puede subsistir sólo con manzanas, en dos semanas estaba seguro de poder obtener la respuesta. A la mañana siguiente a las 7 estoy, tropezando con un pequeño recorrido por un contenedor de basura y, al

fallar, di un giro completo a la parte trasera de la tienda de comestibles.

Parecía demasiado bueno para ser verdad, tal vez una alucinación de vagabundo: detrás de un camión de reparto, cuatro cajas de pan y pasteles, desatendidas. Los asaltantes veganos del muelle de carga disfrutaban del encanto adicional de tener que leer los ingredientes en la escena del crimen. Después de un trabajo apresurado, la suerte se tornó insulto. Tres hogazas de pan... y una tarta de manzana. La risa rugió desde arriba. Sí, fue dios. El Sr. Funnyman me había llevado a Salt Lake City la noche en que los tornados destruyeron el centro, colocó el chicle en mi video del Titanic tirado en la basura que destruyó la videograbadora de mamá, y él estaba aquí, golpeándose la rodilla mientras me mataba con manzanas. Sin “su” apoyo, ¿cómo podemos ganar? Con tartas de manzana gratis, ¡¿cómo vamos a perder?!

De vuelta en mi barco, estaba revisando cajas y vaciando cajones, reconstruyendo la historia que sabía que estaba allí. Hurgué entre los escombros, levanté las camisetas rotas, verifiqué las fechas de los recibos, realicé la datación con carbono, etc. y después de revisar algunos cajones, pensé que lo había encontrado: un “Aviso de comparecencia”, por cargos de drogas. “Propietario en prisión” ofrecía un nivel de comodidad justo por debajo de “Propietario fallecido” y “Propietario lejano con Alzheimer”. Otro capullo en el antro. Excelente. Sentí la cálida afinidad fuera de la ley de espíritus

afines, incluso si se trataba de drogas. Mientras él jugaba al dominó con los demás, yo leía a la luz de las velas y escuchaba la radio.

Nada es para siempre, y si el propietario fue liberado o escapó, mi copia de seguridad fue descubierta la noche anterior: por Main Street, pasando el Bed and breakfast (Cama y desayuno), y girando a la izquierda en la pista de aterrizaje. Una casa olvidada. Buscando comida, amor o tal vez simplemente una historia, encontré una cabaña desatendida, escondida en el bosque, abandonada y triste. Sus dueños estaban en otra prisión, o tal vez en la misma, o ¿quién podría decirlo? Esto fue parte de la emoción. Sus restos, una contraparte sin salida al mar de un viejo y acogedor barco, contaban una historia diferente: “Un lugar para beber en la escuela secundaria”. Más una advertencia que una historia que señala que no es lugar para un pirata sobrio. La regla de una “elección personal”: un sentimiento que convenía a los otros chicos, pero después de años de intentos de robo en mi refugio recuperado por parte de chicos con abdominales, la sobriedad se parecía más a una pequeña guerra. A los 16 años, el activismo libre de drogas llegó visitando el “rincón de fumadores” durante el almuerzo, gritando insultos y corriendo. A los 24 años, me froto las palmas de las manos en la oscuridad, planeando la ubicación estratégica de trampas para las piernas y minas terrestres...

Mi sólida rutina tomó forma en 24 horas. Estaba un poco orgulloso de ello. Al despertarme con la estela anárquica del ferry de la mañana, pronto me impacienté esperando que partiera, ¡para poder volver a montar las olas! Con los pies colgando, mastiqué lentamente mis dos rebanadas de pan en el borde del muelle. Quizás el borde de la Tierra, aunque nunca lo probé. El café caliente al otro lado de la calle solidificó lo que todos sabíamos: holgazanear es increíble. La cafetería, casi un microcosmos de comunidad anarquista, albergaba a una multitud creativa, reuniéndose en cooperación para el objetivo común de desayunar, sin policías y con el perverso obligatorio que lo arruina para todos: tomar resurtidos sin pagar. Sin embargo, nunca confirmé que en realidad eran libres y tenía miedo de preguntar. En el frenesí de comida de las 8 de la mañana, nunca chocamos y (todos buscando el mismo periódico cuando su dueño se marchaba) nunca peleamos, entonces, ¿qué hacíamos? Algunos leían o dibujaban. Incliné el oído hacia las conversaciones cercanas y miré por encima del hombro. Durante una o cinco horas, leí un libro o el periódico, luego me dejé llevar por la seductora niebla y contemplé el océano. Lo que llenó las siguientes horas es absolutamente intraducible. Llámalo mi pequeño pueblo elegante. Perderme por las calles laterales, frotarme la barbilla frente a las frescas casas antiguas y acariciar la cabeza de los perros sin dueño.

Mis paseos analíticos siempre me llevaban a la parte trasera de la tienda de comestibles, y de regreso al entendimiento de que estaba, ¡casi muerta! Examiné el contenedor de basura en busca de comida, el pavimento en busca de sobras y el lote en busca del mítico “montacargas con llave”. Afuera de la oficina de correos se encontraba el tablón de anuncios comunitario triangular: el alma y la historia de una ciudad en nueve pies cuadrados. Si has tenido un visón salvaje en dos años, ¡el club de vida silvestre quiere saber de ti! Los pensamientos sobre autos usados baratos y espacio de oficina mensual de dos cifras me llevaron a la biblioteca y a mi propio asiento en la esquina. Seis horas de libro, con almuerzo de entretiempo a base de pan y manzanas. La verdad de mi tiempo en esa silla, no lo sé, era imposible de esquivar ese momento bajo el árbol. Sucedió de nuevo. ¡Yo estaba “en la silla de la biblioteca”! Los viejos rústicos que jugaban al ajedrez todo el día con los diccionarios... ¡ese era yo! Cuando te conviertes en los tipos que te asustaban cuando eras niño, probablemente signifique algo. Y no tengo idea de qué. Al cerrar, corría hasta el pequeño hotel y me lanzaba al spa de madera. Esto siempre culminaba en un momento incómodo cuando los invitados reales se agolpaban, haciendo demasiadas preguntas exigiendo mentiras elaboradas sobre quién era yo y dónde vivía.

Dos preguntas que, cuando las respondí honestamente seis veces al año, conmocionaron y molestaron a la mayoría

de los blancos. Una caminata tranquila y contemplativa me llevó al contenedor de bagels: una cosa de metal grande, estúpida y vacía que maldije y pensé que era estúpida. Caminar se convirtió en un arrastrar de pies, y cuando las cabezas se volvieron, me lancé a mi bote. Parpadea y te lo perdiste: tenía un secreto que guardar. Mis toscos esfuerzos por bloquear la puerta condujeron a algo más divertido que fortificado: menos destinado a un bloqueo que a algo que hiciera fuertes ruidos cuando el propietario regresara. Leí a la luz de las velas, me quedé dormido con el sonido confuso de una canción triste... y cuando atracase el ferry de la mañana, ¡podría hacerlo todo de nuevo!

Hubo pausas improvisadas en la historia, cuando mi trama de “Chico varado en la isla” exigía una trama secundaria. Intentar colarse en el pequeño cine es inútil pero divertido. En ninguna parte está escrito los altibajos emocionales que se viven en una tarde en la oficina de correos, leyendo el correo ajeno. Regresar de la biblioteca para ver un espectáculo de danza interpretativa en el teatro comunitario, pasar junto al cajero y tomar asiento. No sé qué pasó: pasaron dos horas, se cerraron las cortinas, la multitud se levantó y un hombre irrumpió y me señaló con el dedo por “faltarle el respeto al teatro”. Probablemente pagó.

Cada mañana, mientras tomaba café, reflexionaba intensamente sobre formas completamente nuevas, casi legales, de pasar dieciséis horas de vigilia en cuatro bloques cuadrados. Leía detenidamente la columna “Calendario

comunitario” del periódico, releía mi guía de viaje en busca de pasajes perdidos, hojeaba la guía telefónica, miraba el agua, me rascaba la cabeza y luego simplemente inventaba chistes malos. Como el escenario de mi ensueño en el que, por ejemplo, un artista se sienta a mi mesa y, con el tono pretencioso de los escultores y dramaturgos, pregunta: “Oye, ¿cuál es tu arte?” Me paraba, volvía a llenar mi taza sin pagar y me sentaba: “Artista de performance”. Pensé que eso era gracioso. Humor vagabundo: sin él, los chicos comienzan a confundir preciosas ciudades de posibilidades ilimitadas con aburridos vacíos. Trágico...

Casi tan trágico como que la biblioteca me echara a las 6 de la tarde cada tarde, dejándome tantear en la oscuridad y comer pan. Si entendiera a Marx correctamente, ¡la sociedad me debía un lugar a donde ir! En una aplicación tridimensional de la teoría política, comencé (cada tarde a las 5:45) a tomar una pila de libros, caminar hacia el baño y luego “perderme” hasta la sala comunitaria, esconder los libros en el armario y abrir la puerta trasera. Después de mi spa, los bibliotecarios se habían ido y yo simplemente pasaba horas dentro de la sala comunitaria. Había un pequeño microondas para calentar los bagels que nunca tuve y una mesa para 20 personas para sentarse a la cabecera y sentirse realmente importante. Algunas noches incluso dormí allí. Podría hervir agua para hacer té, leer novelas antiguas y revisar los armarios. Y si aparecía la

policía (Marx estaba en el estante 5), podrían leerlo ellos mismos.

Mi ritual matutino lo consideraba precioso: “Café, por favor”. Una semana después de eso, la niña simplemente sonreía y decía: “¿Lo habitual?” Lo de siempre... No pensé que la gente realmente dijera eso.

Dos rebanadas de pan, dos manzanas, tres veces al día. Más allá de eso, sólo contenedores de basura vacíos y mi billetera vacía. Había agotado rápidamente la mayoría de los puntos del espectro de “comida gratis”: comida de contenedores de basura, comida de árboles, comida de muelle de carga sin vigilancia... No hay barras de ensaladas ni contenedores de comida a granel en la ciudad, no hay jóvenes infiltrados conduciendo camiones de reparto. “Los chicos” parecían carecer de representación en toda la industria de producción, distribución, servicios y venta minorista de alimentos. Descartando el viejo recurso: “¿Puedo tener esto... gratis?” Luego mi pan se enmoheció... ¡mientras dormía! Reconsideraré mi boicot a los pequeños tenderos, tal vez incluso al visionario “tipo de las tragamonedas de devolución en teléfonos públicos”. Apuesto a que comen más que manzanas. Incluso de otros grupos de alimentos. En este punto sólo vi algunas lagunas oscuras hacia lo inimaginable. Ampliar mi ruta hasta el contenedor de basura del edificio de apartamentos. Comer pan mohoso. Arrancar y comer los cultivos de los campos circundantes.

Suba a bordo del ferry para un viaje de ida y vuelta (saliendo gratis de la ciudad) y asalte la cafetería en busca de docenas de pequeñas cajas de cereales.

Esas cosas son geniales. Me quedé entusiasmado por las locas direcciones a donde me llevaría mi hambre: calles laterales inexploradas, conversaciones forzadas con extraños, el ansiosamente anticipado cartel de “Trabajaré por comida”, y también temeroso por tragedias indescriptibles: comer pasto, pagar, etc. etc.

Hay una pequeña máxima vagabunda que dice que cuando las cosas se vuelven tan desesperadas, las nubes tan oscuras que la única salida parece la muerte o la casa de los padres, la marea cambiará en un punto exacto en que se vuelve divertido. La mitad del suministro de alimentos apenas sostenible se está enmoheciendo. Me pareció muy divertido. En su coherencia, siento que estas reglas de la pobreza sólo son comparables con la gravedad. Fiel a la máxima: cojeando por las calles y girando a la “izquierda” ¡casi choco con un supermercado gigante! No sé cómo me lo había perdido. Estaba seguro de que no había estado allí los días anteriores, y le debía la vida a su construcción durante la noche.

Los contenedores exteriores de desechos alimentarían vagones enteros de vagabundos hambrientos. Pero deseaba volver a familiarizarme con los rincones perdidos de la pirámide alimenticia. Tengo derecho. Si no era una

manzana, probablemente iba a mi cesta. Y si su compra poco después pudiera verificarse con un recibo de venta, ¡probablemente no era mío! Los chicos sin dinero salen sigilosamente por detrás. De regreso a mi bote, coloqué mi comida, sonreí mucho y luego las migajas volaron. Y esa noche tuve un festín en la biblioteca. El movimiento colectivo por el trabajo libre levantó un silencioso puño en apoyo a mi victoria esa noche. Una noche recordada como el triunfo que cerró un período oscuro en el que el hambre había perdido su encanto. Nunca pensaba que podría suceder...

Me encantó mi barco. Los viejos y tristes ojos mohosos se movieron con firmeza, descoloridos pero orgullosos. Este era un sentimiento que conocía: el vínculo entre un esclavo fugitiva y su lugar de descanso ilícito y gratuito. Los edificios abandonados, los tejados, los cobertizos de almacenamiento, esa casa en el árbol en Fort Collins... sellada herméticamente con ese atractivo de “no se permite estar aquí”. Como si juntos conocieran un gran secreto. Los sofás están olvidados, los nombres de mis anfitriones se desvanecen, pero esa pizzería abandonada en Santa Rosa es el más rico de los recuerdos: el colchón mohoso, la cerradura autoinstalada, un par de cientos de ratas gigantes... “Miseria”, dicen, pero cuando se contextualiza adecuadamente: gloria y grandeza. Crear algo a partir de la nada, y la libertad que conlleva tiene efectos secundarios que generalmente se caracterizan como “malos para los

negocios”. Es el amor de los casi oprimidos hacia nuestros lugares secretos de refugio, la conexión de los casi desesperados con las sombras en las que nos escondemos, la furtiva admiración de los casi fugitivos hacia nuestros coconspiradores.

En una existencia clandestina, la broma interna de hacerlo delante de sus narices puede hacer que te sientes y acaricies las paredes... Todos los jóvenes que pagan alquiler conocen la sensación: no es “tu” propiedad, pero es tu secreto, y “a la luz de las velas, nunca te has sentido tan como en casa”.

No tenía calendario ni reloj, sólo una fecha en el papel en mi mesa manifestaba el alcance real de lo que casi había pensado que eran libros en la niebla para siempre. Teníamos planeado un viaje por carretera a través del país, hasta la otra costa; donde tal vez encontraría otro barco cuyo propietario tuviera una sentencia más larga o simplemente se cayera por la borda.

Anoche me acurruqué en un viejo y acogedor barco...

Me quedé mirando el techo, pensando en mis dos semanas en su vientre, que sólo costaron “un riesgo”. Quizás algún día empiecen a pedirme que pague por estas cosas. Pero hasta entonces...

¡Estoy de vacaciones!

IV. MEMORIAS DE UN BUCEADOR DE CONTENEDORES

Parecía una idea absurda: que todo lo necesario para vivir pudiera encontrarse en un contenedor de basura. Pero durante mucho tiempo había estado escuchando cosas... escuchando cosas en la calle y leyendo cosas en revistas: sobre la autosuficiencia a través de la búsqueda en contenedores de basura y la facción renegada de la sociedad que vive y prospera con lo que tiramos. Y comencé a observar nuestros hábitos derrochadores. La riqueza en el contenedor de basura ya no me parecía un absurdo, sino un descuido ingenuo del que me había costado años darme cuenta. Sí, a finales del siglo XX tenía mucho sentido. No valoramos nada. Hacemos cosas, como bolsas de basura, sólo para tirarlas. La vida es desechable: tomamos una vida en cada comida y la llamamos alimento. Por lo tanto, lógicamente se seguiría que la comida, la ropa, cualquier

cosa también sería desechable. ¿Pero cien bolsas de granola?

Eso es desconcertante...

Sería divertido hablar de un profundo instante de despertar en el que deseché mi vida pasada y me entregué al contenedor de basura, pero el proceso tomó años. Poco a poco dejé de pagar por piezas de patinete. Los locos de la tienda de skate tiraban todo lo que necesitaba. Esos fueron los años de persecuciones materialistas en los contenedores de basura, antes de que comenzara a leer libros y a pensar en una vida diferente. Parecía que el hallazgo más común en edificios de apartamentos eran los televisores. Ahora creo que un contenedor de basura es exactamente el lugar a donde pertenece un televisor, pero al principio los coleccionaba. Ya no pagaba por bicicletas, agujas de discos o la revista *Thrasher*. Empecé a comprar más discos y menos de todo lo demás. El supermercado tenía un contenedor de basura del tamaño de mi casa, lleno de frutas y verduras. Entonces dejé de pagar por la comida. Pero era tan fácil robar en ese supermercado que de todos modos nunca pagué por la comida.

No parecía un esfuerzo fructífero: ¿por qué simplemente tirarían cosas valiosas? Fui escéptico hasta que comencé a levantar los párpados. Los diez reproductores de vídeo que funcionan en Blockbuster Video me convencieron. Para un buzo de basura, ¡todos los días son Navidad! Y la Navidad es

aburrida. Todas las tiendas están cerradas, es la misma basura del día 24.

Bucear en contenedores de basura podría salvar el mundo, creo que reducir fuertemente el consumo y vivir de lo que otros tiran era el último recurso para un planeta moribundo. Tal vez la destrucción del medio ambiente podría revertirse buceando en los contenedores de basura, eliminando la gigantesca tapa de plástico del secreto de nuestras prácticas derrochadoras, haciendo que Estados Unidos se enfrente a su basura y responda por sí mismo. De alguna manera tal vez podría exponer los desechos criminales que se esconden detrás de cada negocio en el contenedor de basura. Incorporar el buceo en contenedores de basura parecía improbable, y en mi suburbio, imposible. Todo lo que pude hacer fue hablar. Pero me dejaron solo durante años rebuscando en la basura... solo.

Al predicar la salvación a través de la basura, me enfrenté a toda una vida de condicionamiento de clase media alta.

“Te enfermarás y morirás comiendo esa comida”, dijeron. Los muertos vivientes de la “fuerza laboral” dando consejos de salud. ¿Según qué lógica la comida era mortal en el momento en que entraba en una bolsa de basura o pasaban por la puerta trasera los alimentos que habían estado en el estante horas antes? Era una fe ingenua en la pureza de los alimentos comprados en las tiendas y una firme certeza de que la basura era un veneno. Era casi gracioso. Bueno, no

podía estar seguro de dónde sacaron su superstición sobre la basura, pero pagaban por ella todos los días de 9 a 5. Era un condicionamiento triste y profundamente arraigado. Condicionamiento del beneficio únicamente para las corporaciones, a costa de millones de espaldas rotas y vidas desperdiciadas de quienes trabajan para comer. Todos bien entrenados...

Pero el condicionamiento afectaba a todos, incluso entre nuestras propias filas: ¡los vagabundos! Suspiro... En la ciudad ni siquiera podía regalar Fig Newtons⁷ a personas sin hogar e indigentes; nadie los aceptaría de la basura.

Quizás yo era el loco. Quiero decir, podía escuchar música abrasiva contra Dios, mostrar un comportamiento antisocial perturbador, comer sólo plantas y, de alguna manera, todavía me tolerarían. Hasta que bucear en contenedores se convirtió en mi pasatiempo favorito, entonces... resulté exiliado de la sociedad de clase media. Lo cual estuvo bien. No los necesitaba, solo necesitaba su basura.

Me preguntaba qué métodos astutos y sutiles convencerían a mis amigos de que la basura podría liberarlos.

7 Los Newton son una versión registrada de Nabisco de una galleta rellena de pasta de fruta dulce. Los "Fig Newtons" son la variedad más popular. Se producen mediante un proceso de extrusión. [N. d. T.]

Ciertamente habría que engañarlos. A veces, cuando salía con amigos, pasaba por algunos de los contenedores de basura más fructíferos de los suburbios. “Mira...” decía yo, cuando pasábamos por el contenedor de basura de la tienda de segunda mano, “Tocadiscos, libros, muebles...” La mayoría no estaba convencida. “Sal de ahí, vámonos, das vergüenza...” Al negar la evidencia visual, claramente había una siniestra influencia burguesa detrás de la escena en acción. Había que tratar con los no creyentes, como mis padres, de manera militante. Les ofrecería comida sin revelar su origen. O cocinarles a escondidas comidas enteras del contenedor de basura, en violación de la regla de “no se permiten alimentos tirados en la cocina”. Comían con alegría, alabando mis habilidades culinarias, derrotando sin saberlo sus propios argumentos mientras comían “basura”... y les encantaba. Era mi herramienta secreta, para utilizarla como palanca en cualquier debate futuro sobre las ventajas de buscar en contenedores de basura. “Oye mamá, ¿recuerdas ese plato de berenjenas fritas la semana pasada...?”

Mis amigos más progresistas sentían cierta curiosidad. Verían mi equipo de música o mis muebles sacados de la basura, o mi extensa colección de juegos de Atari, levantarían una ceja y dirían: “¿Alguien tiró eso?”.

Algunos se mostraron abiertos a ello y pidieron acompañarnos en una excursión al contenedor de basura, pero se mostraron escépticos.

Luego, cuando no encontraron una Super Nintendo o una videograbadora en el primer viaje, se dieron por vencidos, se retiraron y dijeron: “Te lo dije”. Si buscaban estrictamente riqueza material, les dije que no se molestaran, o me aseguré de que no la encontrarían. Eran las personas a las que me alegraba ver esclavizadas en la carrera de ratas. La política de buscar en contenedores de basura se les pasó por alto por completo. Querían “cosas gratis”, comodidades de clase media. Por supuesto, el verdadero motivo era el sustento, no la riqueza material.

Aunque en la práctica no era un asceta. Estaban los tentadores contenedores de basura por los que pasaba cada día, los contenedores de basura tan ricos en tesoros que brillaban con un brillo dorado. Tenía un buen par de zapatos, pero ¿cómo podría dejar pasar las docenas de zapatos gratis que se encuentran en el contenedor de basura de la tienda de skate? Una colección de zapatos, sí, debería haberme dado vergüenza. Y cuando predicaba una vida justa y sencilla, esperaba que nadie se diera cuenta de mi colección de juguetes de Star Wars del contenedor de basura.

Se ignoran las palabras; es mejor predicar con el ejemplo. Saliendo con mis amigos, podríamos parar en un supermercado.

Ellos entraban por el frente y yo daba la vuelta por detrás, encontrándolos en el auto con una bolsa de pan o una caja de frutas y verduras. Me miraban con una sonrisa anticipada

mientras comía, esperando a que me pusiera azul y muriera. O señalar una manzana con una imperfección cosmética menor, prueba de que los alimentos tirados en la basura eran inferiores, convencidos con aire de suficiencia de que todo mi argumento a favor de la subsistencia a través del desperdicio había quedado desacreditado.

Me cansé y dejé de predicar. Pero alguien siempre me preguntaba de dónde saqué esto o aquello: mis altavoces o mis 100 cajas de tarjetas de San Valentín, y yo les decía la verdad. Excepto cuando mis padres me preguntaron por sus regalos de Navidad, entonces mentí.

Y siempre sería un placer ver a un amigo recuperarse lentamente. Podrían tomar con cautela un sorbo de mi jugo de zanahoria sacado en la basura o comerse una papa frita posfechada. Sonreiría, muy orgulloso de ellos, porque yo también tuve un miedo mortal a la comida de la basura en algún momento. Me tomó tanto tiempo despojarme de las capas de condicionamiento como si fueran cáscaras de plátano, tanto tiempo superar el miedo y mucho más superar la vergüenza... Y pienso en cuando escabullía bagels desechados para comerlos solo en rincones oscuros...

En mi ciudad, predicar las necesidades básicas de la vida que se encuentran en la basura fue recibido con desinterés. Debería haberme dado cuenta de que, en los suburbios, ya se proporcionaban las necesidades básicas de la vida. De camino a casa desde el contenedor de basura de la tienda de

videos con una bolsa de videos o videojuegos desechados sin ninguna razón obvia, me encontraba con un amigo y me preguntaba: “¿Qué hay en la bolsa?” y yo les contaba. Debería haberlo sabido cuando les conté a los chicos el secreto, cuando los chicos de los suburbios aprenden que hay videojuegos, estéreos y CD debajo de la tapa del contenedor, ¡los chicos podrían ponerse guantes y comenzar a cavar! Y lo hicieron, por todas las razones equivocadas...

Fue trágico. Levanté las tapas de los contenedores de basura en mi vecindario para ver claramente que los habían revisado. En la ciudad habría sonreído, feliz de ver a la clase baja volverse militante y recuperar los alimentos que les pertenecían. Pero esto eran los suburbios, las personas sin hogar en mi ciudad se quedaban sin nada cuando cruzaban la línea de la ciudad. No, fueron los chicos, quienesquiera que fueran... y transgredieron todas las leyes de búsqueda en contenedores de basura: “dejar el área que rodea el contenedor de basura más limpia de lo que la encontraron”, etc. Encontré bolsas rotas y basura esparcida alrededor de mis contenedores de basura favoritos. Malo para las relaciones comunitarias. Los gerentes de tiendas y comerciantes se frustraron y cerraron con candado nuestros lugares de elección. ¡¿Qué había creado?!

Me propuse recuperar los contenedores de basura de quienes mataron la escena. La palabra se corrió: detente o serás detenido.

Los chicos, quienesquiera que fueran, cayeron o se agotaron en unas pocas semanas, y yo tuve que limpiar el desorden.

Frente a los contenedores de basura cerrados con candados, el sabotaje, en realidad, es la única solución. La liberación del contenedor de basura se puede obtener mediante la “Llave universal del contenedor de basura” o mediante el otro método: superpegamento. Usar la llave universal fue complicado porque... bueno, porque caminar por las calles con cortadores de pernos de cuatro pies siempre parece complicado. Así que me dejaron vagar por las calles de noche, bajo el manto de la oscuridad, bloqueando los candados de los contenedores de basura con pegamento. Los comerciantes cortaban la cerradura y la reemplazaban. Después de algunas visitas a medianoche y cerraduras atascadas, dejarían de reemplazarlas, se rendirían y el contenedor sería devuelto a la gente. Fue vandalismo tipo Robin Hood.

Así que los tontos fueron eliminados de la escena y los pocos leales permanecieron. Nos organizamos y formamos el Royal Family Dumpster Crew (La real tripulación familiar del contenedor de basura). Proyectamos camisetas que decían “Bucear en contenedores de basura no es un delito”. Nuestro primer proyecto ambicioso fue el “Dumpumentary” (Documental de buceo), un documento en vídeo de la escena de los contenedores de basura locales. Comenzamos

a filmar, con una cámara en blanco y negro de 8 mm tirada en la basura de la tienda de segunda mano local.

Recorrimos los mejores contenedores de basura de la zona y registramos algunas inmersiones impresionantes. Intercambiamos la comida que recolectamos por entrevistas con los dos o tres profesionales de búsqueda en contenedores de basura sin hogar que conocimos en el camino, y solicitamos editoriales de habitantes de los suburbios al azar sobre sus sentimientos sobre “la tendencia de buscar en contenedores de basura que está arrasando entre la juventud de Estados Unidos”. Expresaban conmoción y disgusto y les dábamos una hogaza de pan duro.

Parecía extraño que hurgar en los contenedores de basura fuera visto como un hábito de la pobreza utilizado como último recurso de los desesperados por conseguir lo suficiente para sobrevivir. Si la gente se moría de hambre o simplemente se las arreglaba con la basura, en mi ciudad no pensaban que estuvieran buceando en los contenedores de basura. Como buceador de contenedores de basura, con tanta comida y la carrera por comerla toda antes de que se eche a perder, he ganado peso. De hecho, era más fácil dejarse llevar por actividades materialistas excesivas como buceador de basura que como consumidor de pago. VCR, videojuegos y cualquier cantidad de distracciones innecesarias esperaban ser rescatadas, y nuestras misiones de rescate produjeron todo eso y más. No éramos ricos, ni

siquiera teníamos dinero, pero mientras nadie viera nuestras cuentas bancarias, engañamos a todos.

Pero de un extremo al otro (de la gula a la abnegación) nos despojamos del desorden y sentimos que la simplicidad voluntaria era un mejor camino. Y cuando encontramos un nuevo hogar (sin alquiler), pudimos liberarnos de todo lo que nos detenía: nuestros trabajos. Así que junto con los bagels y las cartas de amor, los libros y los recibos de las tarjetas de crédito, encontramos la liberación... manchada con posos de café.

Había pequeños matices del buceo en contenedores aprendidos a través de la experiencia: nunca bucees en el contenedor de basura de una tienda de mascotas. En cualquier complejo de apartamentos, a fin de mes, la gente pierde la cabeza o algo así y tira todo a la basura. Las mejores cosas nunca están al alcance de la mano, hay que entrar. Las fechas de caducidad de los alimentos son las mejores amigas del buceador. Si no existe una ley local contra el buceo en contenedores de basura (nunca la hay), la policía inventará una. Explicarle a cualquiera el buceo en contenedores es imposible, hay que vivirlo.

Su vecino tiene el aspecto de un hombre de familia puritano; no lo es, he leído su correo. Dicen que esa chica es un modelo de santidad de pan blanco; no lo es, encontré fotos suyas de las vacaciones de primavera detrás del fotomatón. La gente tiene la confianza de que tirar algo a la

papelera es borrarlo de la existencia. Es una buena lectura. Si te gusta la tienda, te encantará su contenedor de basura. Los contenedores de basura de los apartamentos que rodean la Universidad de Oregón al final del semestre: ¡¡¡MADRE DE DIOS!!!

Hubo pequeñas y divertidas guerras con la gerencia en ciertas tiendas, las batallas que nos hicieron sentir que estábamos en una cruzada justa en lugar de simplemente buscando en la basura: los contenedores de basura “calientes” donde se garantizaba que solo teníamos unos segundos para buscar antes de ser arrojados afuera. Como el gerente de la farmacia: estábamos seguros de que tenía un radar. Y el encargado de la tienda de segunda mano, que con el tiempo llegó a insultarnos por nuestro nombre. A veces pienso que nuestros miedos a los crímenes violentos y a la vida sin televisión sólo son superados por nuestro miedo a los pobres. Lo que explicaría la reacción más común ante un extraño en su basura: huir horrorizado. Muchos de estos gerentes de tiendas querían desesperadamente que dejáramos en paz su contenedor de basura.

Nos temían y temían una confrontación con nosotros, los salvajes. La forma de respuesta más divertida fueron los carteles de los contenedores de basura, como el de la librería que decía “Arrestarán a los recolectores de basura” en la tapa del contenedor. Respondimos con nuestro propio mensaje y jellos nos respondieron! Esto, a lo largo de semanas, se expandió hasta convertirse en un debate

filosófico sobre el buceo en contenedores de basura, en tinta negra, en la tapa del contenedor. El supermercado también nos dejó un cartel que decía: “Esta comida está envenenada”. ¿Qué tipo de veneno funciona mejor en los buceadores de basura? ¿Lejía? ¿Veneno para ratas? “Envenenada...” Nos querían muertos. Nunca te sientes como una amenaza hasta que el enemigo decide que eres demasiado peligroso para vivir. Fue algo halagador. Claramente no entendían nuestra psicología. Un elemento disuasorio más eficaz sería: “Aquí hay comida gratis”. Queríamos comida gratis, pero queríamos luchar por ella. El mejor cartel del contenedor de basura estaba en la tienda de discos usados, que aparentemente se cansó tanto de que les cortemos las cerraduras que declararon una tregua. En un raro acto de diplomacia entre la gerencia minorista y la clase baja, se colocó un letrero que decía: “Atención buzos de basura”, decía, “el contenedor de basura ahora quedará abierto todos los martes durante el horario comercial”. Los términos del compromiso eran, por supuesto, completamente inaceptables. Entonces... ¿eso significaría que sólo podríamos sacar bolsas de discos y cintas de su contenedor de basura y revendérselo todos los martes?

Si a veces todo parecía una gran guerra de “nosotros contra ellos”, recordábamos que teníamos aliados que simpatizaban con la causa. Buscar bagels siempre fue complicado, hasta que nuestro amigo el hombre de los bagels comenzó a embolsarlos, solo para nosotros, y a

dejarlos detrás del contenedor de basura. Aquellos que se quejan de los suburbios no los conocen: los suburbios han tenido algunos de nuestros más amables simpatizantes, nuestros más fervientes partidarios. Estaban los chicos que vivían detrás de la farmacia, que nos admiraban, saltaban la cerca y nos saludaban cuando nos veían buscando. Y los incidentes aleatorios e inexplicables en los que la gente nos veía buceando y, suponiendo que de alguna manera estuviéramos necesitados, nos daban dinero. Nos decían que nos compráramos algo de comida. Pagar la comida era una idea descabellada, no se nos ocurriría. Todo el dinero se destinaba a la música: alimento para el alma. Nuestros mejores amigos eran los benefactores detrás de escena, los que lo tiraban todo por la borda. Tal vez el hombre corporativo estaba de nuestro lado, tal vez las prácticas derrochadoras de la maquinaria corporativa estaban a nuestro favor. Explicaría nuestra pregunta más común, aquella en la que sosteníamos algo contra la luz, lo examinábamos desde todos los ángulos y preguntábamos: ¿por qué tirarían esto a la basura?

¿Mencioné los momentos de vergüenza? Los esqueletos en el armario de un buzo de basura, actos desviados que violan la conducta adecuada en los contenedores de basura. Haciendo caso omiso del dicho “Basura para sustento, no para obtener ganancias”. Como tirar a la basura varios carteles de 7 pies de Jimi Hendrix y Madonna, y el débil intento de revenderlos en una tienda de segunda mano. La

lluvia caía a cántaros, murmuraba: “Carteles, dos dólares”, y me retiraba humillado. Fue una explotación corrupta del buceo en contenedores de basura. O tirar a la basura 30 cajas de dulces Aplets y Cotlets, y un intento fallido de venderlo todo: apoderarse de una mesa en la entrada de un centro comercial local con un pequeño cartel tosco: “Apoye el béisbol de Northside”. Un hombre compró dos cajas y luego regresó preguntando por qué las cajas estaban cortadas con un cúter. Walgreens cortaba las cajas exactamente por esa razón: para evitar la reventa. No le dije eso al hombre, simplemente le devolví sus dos dólares y me fui derrotado. Una lección aprendida: “sustento, no ganancia”. Ignora eso y fallarás siempre.

En realidad, eso no es del todo cierto, vender productos de contenedores de basura es un gran ingreso suplementario. No importa lo que dije antes.

Existe una extraña paradoja: la naturalidad con la que tiran algo al contenedor de basura y los esfuerzos que hacen para protegerlo una vez que está allí. Cómo un acto inocente e inofensivo (hurgar en contenedores de basura) será confrontado por comerciantes, gerentes de tiendas y empleados codiciosos con palabras mordaces, rabia y violencia. La memoria no logra producir una sola anécdota, sólo cientos de insultos, empujones, gritos, amenazas y llamadas policiales que se confunden. Estos enfrentamientos en contenedores de basura son 2/3 de la diversión, a menudo absurdamente hilarantes. Pienso en los

innumerables debates con los gerentes de las tiendas: yo en el contenedor de basura, ellos agitando el puño desde la puerta trasera. ¡Consigue un trabajo! ¿Has llamado a la policía? Las únicas personas que llegaron a extremos mayores que nosotros en nombre de la basura fueron aquellos que lo tiraban todo a la basura.

Amenazas, insultos, quitar matrículas y tirarme basura en la cabeza. ¡Las decenas de veces que les he preguntado por qué prefieren que los residuos vayan a un vertedero que a la boca de una persona hambrienta!

Escuchar argumentos vacíos e insultos amargos, frustrarse y decir que deberíamos avergonzarnos de la codicia: inmundos demonios burgueses. Y nunca se siente bien simplemente alejarse de una confrontación sin contraatacar, sin algún tipo de venganza por parte de los buzos de la basura. No es venganza en un sentido machista, sino que, con demasiada frecuencia, los desviados sociales le dicen “sí” al hombre y son empujados sin resistencia. Entonces, cuando gruñen, yo les devuelvo el gruñido. No estoy aquí para hacer amigos. Pero ganar una batalla verbal es importante: cuando me alejo para visitar el siguiente contenedor de basura, leer un libro o hacer lo que quiero, y miro al hombre que se arregla la corbata y regresa al trabajo, ¡eso es una victoria!

Existía una clara tendencia hacia la obsolescencia de buscar en los contenedores de basura, recordatorios

inquietantes de que algún día todos tendríamos que conseguir trabajo y empezar a pagar por las cosas. Uno a uno, lentamente, los contenedores de basura se fueron convirtiendo en compactadores de basura: máquinas gigantes, impenetrables, devoradoras de basura; utilizables sólo con explosivos de alta potencia. La instalación del compactador de basura fue una derrota final después de una batalla a menudo bien reñida, comparable a los dibujos animados de Bugs Bunny contra Elmer Fudd, donde cada uno saca un arma más grande que el otro hasta que Bugs viene, con un tanque... Bueno, nosotros no teníamos tanques, pero a medida que los candados de los contenedores crecían, también lo hacían nuestras cortadoras de pernos. Y cuando todo terminó, sólo había dos resultados posibles: la victoria o el compactador de basura. Verá, adoptamos un enfoque más militante para buscar en los contenedores de basura...

Esperábamos las derrotas. Aceptamos un desafío. Las emocionantes fugas y los peligrosos fracasos siempre constituían las mejores historias. Dicen que la mayoría de los delincuentes quieren en secreto que los atrapen. No creo que nuestro crimen relacionado con el contenedor de basura fuera un “grito de ayuda”, sólo queríamos ser punks y escapar por los pelos de vez en cuando. Los juegos en la sala de juegos local otorgaban boletos, que podían canjearse por premios. Cinco boletos para chicles, 50 para tarjetas de béisbol, 5000 para una Super Nintendo, etc. La

configuración, vista a través de lentes del color de un contenedor de basura, planteó la pregunta: “¿A dónde van los tickets?” Y el contenedor de basura, por supuesto, estaba lleno de multas. Agarramos varias bolsas y las arrastramos hasta la esquina. Teníamos al menos suficientes entradas para cinco Super Nintendo. Parecía demasiado fácil. Pero siempre parece demasiado fácil. El gerente voló por la esquina momentos después, agitando su dedo, “¡Ni se te ocurra canjearlos!” Arrastramos las bolsas de basura a casa y contamos 5.000 boletos.

Y el descaro de la juventud, regresó al día siguiente disfrazado toscamente para nuestra Super Nintendo.

Tal vez nuestras fotos fueron publicadas en la sala de descanso, tal vez al chico le habían dado nuestras descripciones, tal vez sabían que nadie acumula 5.000 boletos. Cuando le entregué a la chica en el mostrador de premios mis 5.000 boletos de la basura cuidadosamente empaquetados y con bandas elásticas, ella simplemente me miró y dijo: “¿De dónde los sacaste realmente... de dónde?”. Sí, hubo inmersiones que eran demasiado buenas para ser verdad.

¿Por qué la cadena de tiendas de discos tiraría a la basura una pequeña bolsa de CD sin envolver? No había escuchado a Jimmy Buffet, pero estaba seguro de que me gustaría más el nuevo CD de Snapcase. Aprovechando su política de devolución suave, llevé mi botín al cajero: “Hola, quería

cambiarlos, perdí el ticket...”, etc. etc. El cajero simplemente miró los CD, “Oye...” –y me miró– “¡Los tiré ayer!”

Me pregunté quiénes serían los bárbaros, los despreciables. Aquellos que operan la máquina, esclavizan a la gente y desangran la Tierra, produciendo cosas sólo para tirarlas, cavando un hoyo sólo para volver a llenarlo. O aquellos que vieron lo absurdo de todo esto y optaron por esperar humildemente en las sombras de esa máquina y recoger las migajas.

El año pasado, los buzos de contenedores fueron noticia nacional cuando la compañía Malt-O-Meal informó que bandidos de medianoche habían sacado miles de bolsas de cereal de los contenedores de su fábrica. ¡La guerra había comenzado! Es hora de apuntar con un arma a la cabeza de las empresas estadounidenses: ¡danos tu basura!

Fábricas, claro. Por supuesto... todo parecía tan obvio ahora. Durante años nos habíamos limitado al circuito minorista... totalmente amateur. Los suburbios tenían mucha basura, sin duda, pero si la tienda naturista tiraba unas cuantas cajas de leche de soja a la semana, ¿qué pasa con la fábrica de leche de soja? ¿Cuánto tiraban? Fue muy perturbador pensar en la basura que se tiraba en los contenedores que de alguna manera habíamos pasado por alto en nuestro propio vecindario. Entonces, en un acto de solidaridad con los pioneros de Malt-O-Meal, decidimos adoptar su enfoque audaz e innovador para buscar

contenedores de basura en la carretera. Éste era un viaje que me entusiasmaba.

Visitamos la tienda naturista local con libretas para anotar. Penny tomó el pasillo de los cereales. Stitch tomó la hielera. Tomé los productos horneados y los bocadillos. Sacamos alimentos de los estantes, examinamos etiquetas, anotamos direcciones y notamos un patrón obvio: ¡los mejores alimentos veganos se elaboran en California! Y nuestra teoría era que, en consecuencia, los mejores alimentos se desecharían en California. Um, espera... ¡lo habíamos estado demostrando durante años! Bueno, los viajes por carretera siempre son divertidos de todos modos...

Al observar nuestra lista de direcciones de fábricas de alimentos, el Área de la Bahía parecía específicamente ser el epicentro de las empresas de alimentos saludables. Decidimos hacer nuestra primera inmersión en Naked Juice Company en Santa Rosa, fabricantes de zumo recién exprimido. Mi fijación con Naked Juice era tan obsesivo que una vez me encontré cara a cara con un “alto nivel” de la empresa en una promoción de productos, ¡y durante 20 minutos la agredí con preguntas sobre Naked Juice! Me quedé hipnotizado ante los hechos “internos” del proceso del jugo de zanahoria, como que la máquina tenía el tamaño de un pasillo entero de un supermercado, y noté unos celos apenas disimulados entre empresas: “Odwalla es una gran empresa, pero...” Y en uno de mis momentos de mayor orgullo, la señora Naked Juice me mira a los ojos y dice:

“¡Sabes mucho sobre zumos!”. Ella me dio una muestra, nos dimos la mano, luego tomé un litro de jugo de zanahoria y lo robé. La fábrica de Naked Juice estaba enterrada en lo profundo del sórdido gueto industrial. Nos arrastramos, muy sigilosamente, por el largo camino de entrada, a través de la cerca de alambre de púas, totalmente emocionados por lo que podría ser un vagón lleno de Naked Juice. Había visto al vendedor de Naked Juice abastecer la hielera de Safeway durante años, transportando cajas de zumo posfechado a su camión, destinadas al contenedor de basura, y bueno, simplemente no me parecía justo. Para obtener lo que necesitamos, algunos de nosotros pagamos, algunos robamos y otros nos quedamos sin ello, pero la mayor parte de lo que necesitamos siempre termina en el contenedor de basura... Muy detrás de los límites de la propiedad, encontramos los contenedores de basura, lamimos nuestros labios, y miramos dentro, pero... ¡Solo cáscaras de fruta! ¿Dónde está el zumo? La vida de los alimentos perecederos seguía una línea de tiempo predecible, cuyo final solía ser la basura. Como verás, esto fue totalmente desconcertante. Al otro lado del estacionamiento, una mujer nos vio parados junto a los contenedores de basura, con las manos llenas de puntas de zanahoria, sollozando.

“¿Puedo ayudarlos?”, dijo ella.

Le di al contenedor de verduras estándar una línea de espera: “Oh, solo estamos buscando alimento para conejos”.

“¡¿Pies de conejo??!!”

“No, no, alimento para conejos”.

¡Dales de comer cáscaras de naranja!

“Te sorprendería lo quisquillosos que son los conejos”.
Etc. etc. Fue un intercambio agradable.

Salimos hacia Barbara's, fabricantes de frailecillos y otros sabrosos bocadillos. Esperábamos encontrar nuestro cereal favorito: Barbara's Raisin Bran, que descubrimos la primavera pasada cuando Trader Joe's dejó una paquete de 24 cajas en su muelle de carga. Desde entonces hemos sido leales a la marca. La fábrica de Barbara's está ubicada a una corta distancia a pie del matadero del procesador de aves de corral del condado de Sonoma en Petaluma, por lo que, si no tuviste suerte en Barbara's, podrías caminar por la calle y buscar las cabezas de pollo en la basura. Qué asco. Estacionamos, merodeamos y encontramos los contenedores de basura, ¡todos vacíos! Y, de hecho, impecablemente limpios por dentro, lo que nos hace preguntarnos si el contenedor de basura era un señuelo para desviarnos del camino, ¡algo así como ese contenedor de Whole Foods marcado “Solo cartón” pero lleno de comida!

Dimos la vuelta al frente para exigir algunas respuestas. La puerta estaba abierta, las luces encendidas, todas las señales de un negocio operativo, pero ¡no había gente!

Desde el vestíbulo, asomamos la cabeza a la sala de producción con todas las grandes y locas máquinas para fabricar cereales. Todo era muy inquietante, como lo que uno experimenta en un supermercado abierto las 24 horas a las 3 de la madrugada. ¡Podríamos simplemente acercarnos, presionar el interruptor de la máquina de salvado de pasas y dispararnos cereal a la boca! No parecía haber razón para que no pudiéramos pasar toda la noche llamando a nuestros amigos desde las oficinas de arriba, cargando el auto con comida y reorganizando los muebles. Corrimos escaleras arriba para explorar y sorprendimos a un trabajador rezagado. No, espera, ¡creo que asustamos al hombre! Lo teníamos acorralado. Stitch tartamudeó y preguntó algo sobre una gira. “Uh, ¿quieres un recorrido?” Lo que queríamos era esa máquina de fax de allí. Nos dijo que volviéramos mañana. Probablemente teníamos unos minutos antes de que llegara la policía, así que bajamos las escaleras y nos tomamos nuestro tiempo para admirar los retratos enmarcados de los propietarios, directores, ejecutivos de Barbara... el CEO de aspecto engreído, el presidente, el vicepresidente, el... espera un minuto... ¡no Bárbara! ¡Ella no existía! Fue un momento impactante que expuso engaños y trucos en la industria de alimentos saludables. En protesta no violenta, separamos de la pared una vitrina en el vestíbulo que exhibía su línea de productos, abrimos la parte trasera y salimos corriendo hacia el auto con brazos llenos de comida.

La fábrica de Fantastic Foods nos tenía entusiasmados. Fantastic Foods fabrica alimentos saludables de amplia distribución: Nature's Burger, Cha-Cha Chili, Falafel, Tofu Scramble, etc. Nos detuvimos, vimos la enorme fábrica, las ondulantes chimeneas, el enorme almacén, la hilera de semirremolques y suspiré. Pensé en cómo saldría de Whole Foods con Puffins o cualquiera de mis comidas favoritas de las grandes compañías de alimentos saludables. Luego me sentaba afuera, junto a los teléfonos públicos, comía y leía el paquete. Y cómo todas las empresas ponen una fotito de un viejo rudo pero resplandeciente con camisa de franela o algo así, con una carta muy personal explicando su cruzada para salvar la Tierra, y su salud, y que el 1% de las ganancias se destina a salvar la selva. Luego, la firma de aspecto auténtico en la parte inferior, que siempre concluye con algunas palabras de despedida cálidas y hogareñas como: “De nuestra cocina a la tuya...” Suspiro... Miramos ese enorme complejo y, bueno, era desgarrador. Y una bofetada total al no encontrar contenedores de basura, solo una hilera de compactadores de basura: la pesadilla de los buceadores de contenedores. Como dije, desgarrador...

Explicar cuánto significan para cada uno de nosotros los productos de helado vegano Rice Dream, hasta dónde llegamos para evitar pagar por ellos y lo emocionados que estábamos de ir a la fábrica de Imagine Foods sería inútil y limitaría irremediablemente el uso de la palabra escrita, y probablemente se exprese mejor a través de la danza

improvisada. Éramos chicos vertiginosos y risueños en la mañana de Navidad. Se necesitaría un momento perfecto para recuperar Rice Dream aún congelado del contenedor de basura. Pero estábamos dispuestos, de forma verdaderamente transitoria, a esperar junto al contenedor de basura, durante horas o una eternidad, hasta que tiraran un lote. Siempre he respetado y disfrutado la compañía de los viejos vagabundos, gruñones y desaliñados que se pasaban el día junto a los contenedores de basura del supermercado bebiendo laca para el cabello y escupiendo a la gente. La dirección en Palo Alto parecía sospechosamente un edificio de oficinas y, de hecho, eran sólo las oficinas corporativas de Imagine Foods. El edificio estaba cerrado y no podíamos ni charlar con la secretaria ni entrar, ni nada...

Hasta el día de hoy seguimos buscando la fábrica Rice Dream y seguimos asumiendo riesgos salvajes e innecesarios en los centros minoristas para conseguir nuestra solución. Pero es reconfortante pensar que tal vez, en algún lugar, vagabundos como nosotros sí saben dónde está la fábrica y simplemente pasan el rato junto a los contenedores de basura, cucharas de plástico en mano, esperando a que lleguen los desechos y comiendo postres helados a base de arroz, ¡todo el día!

Las Clif Bars son barras pequeñas envueltas individualmente. Como un caramelo, pero hecho con avena y sin azúcar. Todos comíamos Clif Bars casi todos los días en casa, a veces todo el día. Es divertido visitar la sección de

alimentos saludables de Safeway y buscar en el fondo del estante una caja sellada de Clif Bars, dejarlo todo a la izquierda y no tener que pensar en la comida durante un par de días. Es difícil respetar plenamente a Clif Bar Inc., cuando su producto se comercializa tan descaradamente entre los deportistas blancos de clase media como un “impulso de energía” de “carbohidratos complejos” necesarios para “mantener el nivel máximo de rendimiento” en el acelerado mundo de hoy, etc. etc. Ninguno de nosotros escalábamos rocas ni corríamos (sin ser perseguidos), y comer Clif Bars en los estacionamientos todo el día nunca se sintió como el carril rápido, pero Clif Bars, para nosotros, era un grupo de alimentos esencial.

La planta de Clif Bar no estaba lejos de Telegraph Avenue en Berkeley, justo al oeste en un barrio industrial de mala calidad. Los envoltorios de Clif Bar se jactaban: “Tan bueno que pensarás que es casero”. Y, por supuesto, no es casero, sino que se hornea en una gran y aterradora fortaleza detrás de una alta cerca de alambre de púas. Nos colgamos de la cerca, mirando hacia adentro, el contenedor de basura burlándose de nosotros desde el otro lado del estacionamiento. No sé qué pasó; probablemente sea análogo a una madre que, al ver a su hijo atrapado bajo las ruedas de un camión, de alguna manera reúne una cantidad inhumana de fuerza y levanta el camión a treinta centímetros del suelo para salvar a su hijo. En un momento igualmente acalorado, nuestras emociones se desbordaron,

arrancamos la puerta corrediza de su carril y asaltamos el contenedor de basura. ¡Ciertamente había miles de Clif Bars dentro! ¡Seguiríamos conduciendo por todo el país, comiendo Clif Bars para siempre! ¡Nos zambullimos! ¡Bolsas rotas! ¡La basura voló! ¡Los vagabundos del otro lado de la calle aplaudieron!

Y cuando todo terminó, nos sentamos en el auto, tratando de descubrir cómo dividir cuatro Clif Bars de tres maneras...

Los incrédulos dirán que hay algunas cosas que no se pueden robar, estafar ni tirar a la basura. Y esa gente probablemente no viva en mi pueblo. Porque, aprendí, que si la imaginación puede concebirlo, ciertamente está en el fondo de un contenedor de basura en este momento, o en un estante sin una etiqueta de alarma en algún lugar cercano. “¿Dinero?” preguntan, lo que implica que sin dinero nuestro sistema era defectuoso, estaba incompleto. Cuando en realidad nuestro estilo de vida había despojado al dinero de su valor, reduciéndolo a un medio ineficiente e indirecto para adquirir lo que acabamos de robar o sacar de la basura. Sin embargo, con gran riesgo de legitimar su afirmación de que el dinero era indispensable, mencionaría que había tirado dinero a la basura... una vez. Por lo tanto, “No se puede buscar todo en el contenedor de basura...

¿O sí? “... no el amor”. En realidad, nadie dijo esto nunca; La idea es demasiado absurda. Nadie jamás abrirá una bolsa Hefty y descubrirá el amor. Aunque mis amigos visitaron el

contenedor de basura de la librería para adultos y estuvieron cerca. Aún así, la idea inspiró bromas de larga data entre nosotros: acercarnos con curiosidad al contenedor de verduras para investigar el crujido que venía del interior. Levantando la tapa y mirando a los grandes ojos de la reina de los contenedores de basura. Al ver su forma elegante, la reveladora corazonada de un profesional de los contenedores de basura.

La creciente pasión al ver los cristales de Folgers brillando en su cabello. El excitante y siempre tan ligero olor a moho. Nuestros ojos se encontraron y ambos supimos que ningún compactador de basura nos separaría jamás. La boda extravagante en el basurero de la ciudad, con bancos de cajas de leche, el vestido de bolso Hefty y vagabundos que viajan en trenes por todo el país para presenciar la unión de dos extraños unidos por el amor a la basura. Amor del contenedor de basura...

Tal escenario, con el tiempo, no pareció tan exagerado. Después de años de buscar en contenedores de basura, se esperaba que cada puntaje de contenedor superara al anterior y que, de hecho, no había nada que el contenedor de basura no proporcionara. Y un análisis detallado de mis relaciones recientes revela una conexión de contenedor de basura con cada una. Porque dicen que no se puede comprar el amor, ¡pero se puede tirar a la basura!

Déjame explicar.

Betty fue la que se escapó. Trabajaba en el departamento de productos agrícolas de mi supermercado favorito. La veía todos los días en mi ruta habitual, cuando pasaba por la tienda a robar zumo. Era agradable cómo, en los primeros días, ella siempre ayudaba a un vagabundo en apuros dedicado a una existencia sin trabajo, feliz de hacer que un melocotón o una manzana fueran legalmente invendibles al dejarlos caer “accidentalmente” al suelo. ¡La comida del suelo sabe tan bien o mejor que la comida del contenedor de basura! Mi amor se entrega gratuitamente a cualquier vegano, y Betty estaba libre de animales y más. También estuvo involucrada en la escena Hardcore. Quizás demasiado involucrada: su novio era un gran escenógrafo. Eso no significaba que me encantaran menos las cintas de Hardcore que ella me daba, como si fueran suyas. Y en mis sueños, se omitía al novio: éramos solo ella y yo para siempre. Entonces estuve seguro de que nunca me podría gustar más cuando una mañana, en el supermercado, junto a los plátanos, la conversación derivó hacia la búsqueda en los contenedores de basura. Ella dijo que tenía curiosidad, incluso interés, y que definitivamente deberíamos reunirnos pronto e ir a buscar en los contenedores. Qué mierda. Se lo dije a todos los que conocía. Betty iba a buscar en la basura... conmigo.

La conclusión anticlimática de esta historia de amor perdido es la siguiente: nunca nos juntamos. Nunca fuimos

a buscar basura. Nunca la llamé, estaba demasiado nervioso. Betty nunca me llamó; yo no tenía teléfono.

Veía cada vez menos a Betty. Y luego dejé de verla: me echaron de ese supermercado de por vida.

Si Betty era blanca, Molly era negra. Taller Betty Alien, Molly Ralph Lauren. Betty Earth Crisis, Molly Madonna: alrededor de 1984. Molly era una chica de Los Ángeles con un patrón cómico, según las reglas, lo que reforzaba todos los estereotipos. Mucho maquillaje, cabello teñido, acento marcado: acento marcado de chica del valle. Su familia era obscenamente rica y tenía una casa grande en las colinas. Nuestra breve relación fue un intento casi exitoso de desprogramarla de toda una vida de formación de clase alta. Dejó de comer carne y ese fue un comienzo.

Entonces ella se detuvo.

De compras en el centro comercial, comencé a usar mi ropa. La transformación punk estaba en marcha. Mis hábitos se estaban volviendo los de ella. Rápidamente se dedicó a robar en Barnes and Noble y se volvió bastante hábil. Mis gustos se estaban volviendo los de ella. Pero eso terminó en Vegan Reich: ella odiaba esa banda. Mi vida se estaba convirtiendo en la de ella. Pero eso terminó con la búsqueda de basura. De ninguna manera, dijo, nunca. Sin embargo, al igual que la condena estricta de aquellos que se venden: “Si no lo eres ahora, nunca lo fuiste”, les digo a mis amigos que

no son amigos de los contenedores de basura: “Si no lo eres ahora, lo serás” ...

Una noche pareció doblarse ligeramente; como ofrenda de amor, le llevé una bolsa de vitaminas tiradas en la basura, muchas de las mismas vitaminas que su “consejero personal de nutrición” me había recomendado. “¿Por qué las tirarían a la basura? Deben ser malas”, dijo. Le dije que ya habían pasado la fecha de vencimiento, una fecha arbitraria establecida por reguladores demasiado cautelosos y que no indicaba cuándo un producto realmente se estropearía. Ella tomó las vitaminas, no murió y sentí que la relación realmente estaba progresando: un parentesco más sólido, un respeto más profundo, el contenedor de basura, etc. etc.

Fue una transformación deslumbrante, una rehabilitación de chica del valle que progresaba lentamente. Pero todavía tenía ese acento, todavía odiaba a Vegan Reich y nunca se acercaría a un contenedor de basura. Le rogué, le dije que si no entraba, si no compartía mis comidas, ella todavía se aferraba a los estándares burgueses; seguía siendo una de ellos. Le garanticé tesoros fantásticos, hice promesas escandalosas que ni siquiera el contenedor de basura pudo cumplir, y su progresivo avance fue impresionante. Pero en algún momento habría que trazar la línea y elegir un lado: el precio de compra minorista o yo. Independientemente de lo que pudiera ofrecer el contenedor de basura, ella prefería la versión comprada en la tienda. Pero cuando me llevas a mí, también te llevas el contenedor de basura.

Es un pack.

En ese momento, cuando los no creyentes se ven obligados a mirar el objeto de su miedo, a enfrentar el contenedor de basura, los cimientos de sus prejuicios se desmoronan y es imposible seguir negando la riqueza que hay dentro. Y así fue aquella mañana de verano, cuando, de camino al autobús, pasamos junto al contenedor de basura de una tienda de segunda mano.

Mientras yo rebuscaba, ella esperó afuera, probablemente golpeándose el dedo del pie o escaneando nerviosamente el estacionamiento para ver quién estaba mirando, probablemente avergonzada y deseando que pudiéramos irnos. Entre los tesoros que normalmente encontraba en ese contenedor de basura (juguetes, discos, libros y radios), encontré un juego de maquillaje de Victoria's Secret en caja y sellado. Era buscar en contenedores de basura en un idioma que Molly podía entender. Saqué la cabeza y agité el hallazgo. Ella mordió el anzuelo. “Déjame ver eso...” Me retiré al interior. Su cabeza asomó por el borde del contenedor de basura. Si quería el maquillaje, tendría que entrar. Su cabeza, luego una pierna... ¡Oye! ¡Ella estaba adentro!

Ginger podría haber sido una víctima más de dos niños de los suburbios con demasiado tiempo libre y un exceso de comida en los contenedores de basura. Víctima de los juegos que se practican cuando el estómago está lleno y un

contenedor de basura excesivamente generoso proporciona más de lo que se puede comer. ¿Qué se hace con el asiento trasero lleno de patatas fritas? Podrían ser llevadas a un pueblo, a otro pueblo donde vivía gente pobre, y redistribuirlos entre los indigentes, dándonos el sosiego de nuestra conciencia. O podríamos hacer lo que hicimos: conducir y arrojarlas a los peatones. Nunca apuntamos a la cabeza, pero si fue su cabeza la que golpeamos, bueno, eran los suburbios así es que probablemente fueran culpables de algo. Nunca dejamos que se desperdicie buena comida, ¡nunca!

Cuando vimos a una chica caminando por la acera desde lejos, no necesité decirle a Pauly qué hacer. Ya tenía la ventanilla bajada y una bolsa de patatas preparada. Nos detuvimos junto a ella. Es difícil estar en movimiento y alcanzar un objetivo en movimiento, aunque debería haber sido bastante fácil con esa gran “X” en la parte posterior de su camisa... espera... Se giró para sentir la fuerza de un peso de una bolsa de Ruffles, pero tuve que detener a Pauly.

Su camiseta decía “Juventud de hoy”...

“¿Eres, eh, políticamente correcta?”

La llevé a casa y le llevé una bolsa de patatas fritas. Y hoy, Ginger es mi mejor amiga. Sólo buscaba un buen contenedor de basura y yo encontré el amor.

Betty y yo nunca tuvimos nuestra cita en el contenedor de basura, ella se mudó hace mucho tiempo. Pero si me muevo rápido y uso sombrero, todavía puedo robar zumo de ese supermercado, el que me echó de por vida.

Las últimas palabras que Molly me dirigió fueron: “No eres más que una pequeña y sucia rata callejera”. Hice clic. Estaba triste, pero mi vida podría seguir sin esa chica de Los Ángeles. Y semanas después, finalmente recuperé mi CD de Vegan Reich, y eso fue algo por lo que estar feliz. Pero ella rió la última. Cuando llegué a casa, abrí el CD de Vegan Reich y, donde debería estar el CD, encontré un trozo de mortadela cuidadosamente recortado.

Ginger perdió su ventaja, se agotó, se cayó y recientemente salió de rehabilitación. Pero ella sigue siendo mi mejor amiga y me enseñó que no hay nada que no se pueda encontrar en un contenedor de basura... incluso el amor.

Éramos tres delincuentes muy desempleados y arruinados que conducíamos por todo el país siendo pioneros en técnicas de robo en tiendas completamente nuevas. Todo empezó por pura necesidad y se convirtió en una bola de nieve hasta convertirse en un peligroso juego de emociones con tintes consumistas. Una imprudente campaña de robo interurbano a lo largo de Estados Unidos y sus interestatales. Una ola de crímenes inspirada por la sensación de que nosotros, como ladrones, éramos demasiado pasivos y

nuestras tácticas demasiado obsoletas y predecibles. Después de años de robos prolíficos, indiscretos y descuidadamente frecuentes en nuestra ciudad natal, comenzamos a pensar que la comunidad minorista local era indiferente y, de hecho, ¡podría permitir e incluso alentar silenciosamente nuestros crímenes! Esto, por supuesto, era totalmente inaceptable. Queríamos pelear. Habíamos estado siguiendo los movimientos, lo cual siempre era efectivo, ¡pero robar casi ya no era divertido! La escena del hurto en las tiendas estaba estancada y los métodos convencionales de robo ya no eran estimulantes. Salir por la puerta principal era como lo que hacíamos el año pasado... ¡Era hora de hacer que el robo en tiendas volviera a ser una amenaza!

En algún lugar cerca de la muerte y la enfermedad, expresé la necesidad de militancia. Me encantaban los bagels que habíamos estado comiendo durante los últimos 3 días (los bagels eran geniales, tal vez la mejor comida que jamás haya existido), pero varios grupos de alimentos de los contenedores de basura no estaban representados en nuestra dieta. Necesitábamos apoderarnos de muchos alimentos nutritivos y liberarlos de las garras corporativas. Tomaremos lo que queramos y caminaremos. Deshazte de las tonterías. Porque, ya sabes, a veces los bolsillos simplemente no son lo suficientemente grandes...

Salimos de la interestatal y encontramos Trader Joe's, la cadena de tiendas de comestibles veganas de la costa oeste.

Entramos a la habitación trasera para ir al baño y nos encontramos solos con la puerta trasera abierta de par en par. Parecía demasiado fácil, como una trampa para ladrones. Me recuerda a la trampa para vagabundos utilizada por los ferrocarriles a principios de siglo, donde se colocaba un vagón abierto en cada lugar visible y accesible del patio de trenes como cebo para los vagabundos. Cuando un toro en la torre veía subir a un vagón de carga, presionaba un botón: cerraba las puertas del vagón y atrapaba al hobo⁸. Así que tal vez Trader Joe's nos estaba metiendo en una gran red o algo así. ¡O tal vez la gestión minorista sea estúpida!

Teníamos hambre.

“Entonces, eh... consigue el auto”.

La redada exitosa que siguió marcó una progresión empoderante en el robo en tiendas: ¡donde entramos por la puerta principal, pero salíamos por la trasera! Nuestro nuevo “Modus Operandi” de alguna manera había sido pasado por alto durante todos estos años. Nos habíamos aferrado a técnicas obsoletas y rechazamos obstinadamente cualquier innovación. Esto debe haber sido lo que querían decir los carnívoros cuando nos llamaban “de mente estrecha”. Este proceso nuevo y peligrosamente adictivo era

⁸ Un hobo o vagabundo es un trabajador migrante en los Estados Unidos. Los vagabundos y los hobos generalmente se consideran relacionados, pero distintos: un trabajador migrante viaja para trabajar; un hobo viaja, aunque evita el trabajo si es posible; un vagabundo ni viaja ni trabaja. [N. d. T.]

sencillo: dos de nosotros entramos a la tienda, llenamos una canasta o un carrito, miramos a la izquierda, miramos a la derecha, salimos por la puerta trasera, cargamos el auto y nos escapamos chirriando.

Podría haber terminado ahí, debería haber terminado ahí. Robar más allá de lo básico para la supervivencia es peligroso e innecesario. Robamos comida para una semana, conseguimos ropa y refugio... bueno, el refugio estaba sobrevalorado. Así que durante varios días comimos bien, nos reímos y vimos la puerta trasera del Trader Joe como una anomalía aislada. Pero todos sabíamos que, como chicos con mentalidad delictiva, nuestra perspectiva había dado un cambio irreversible. Habíamos “abierto la puerta”, por así decirlo, a una técnica de robo nueva y tremendamente excesiva.

No ayudó que Rite-Aid dejara la puerta lateral de su guardería al aire libre abierta y sin vigilancia. No estábamos buscando problemas, pero en realidad, ¿no se suponía que llenáramos una canasta y nos marcháramos? Cuando la puerta lateral está abierta, el chico del departamento de cámaras saca un reproductor de CD de la caja para nosotros y luego se aleja, ¿no sería lógico que saliéramos sigilosamente por la parte de atrás? ¡Eh!

Nuestras tácticas se volvieron cada vez más descaradas... Los departamentos de jardinería al aire libre de Target y WalMart se convirtieron en nuestros puntos de salida

preferidos, donde podíamos, sin tener en cuenta la seguridad y la autoconservación, empujar carritos de compras llenos de comida y equipos estéreo fuera de las enormes puertas controladas. Condujimos por el valle, riéndonos entre bocados de comida cara ante la ironía de que WalMart colocara un guardia de seguridad en la puerta principal y dejara una puerta de 30 pies de ancho abierta y sin vigilancia en la parte trasera. ¡Estábamos montando esta ola hasta llegar a la victoria! ¿Cuántos carritos de compras llenos de mercancías se necesitan para derribar el imperio corporativo? ¡A quién le importa!

Yo era el entrenador, Star hacía de animadora y Penny conducía el coche de fuga. Star estaba trabajando para cubrir el alquiler con reproductores de CD portátiles. Penny tenía muebles nuevos para su apartamento. No pagaba alquiler ni tenía un apartamento, ¡pero sí tenía un walkman nuevo y reluciente! Y mucho más...

El mundo material era nuestro. Si podía pasar por la puerta, era nuestro. Pero no hay –dirá Krishnas– ningún placer en una existencia material, y en tres días habíamos retrocedido de monjes anticonsumistas a esclavos del mundo material. Penny fue la primera en abordar lo que todos habíamos perdido de vista. Convocó una reunión de grupo.

“¡¿Qué ha sido de nosotros?!”, dijo ella, “... ¿de nuestra ética anticonsumista?”

Bajamos los ojos con culpa.

“¿Nos oponemos al consumo excesivo porque somos demasiado pobres para consumir en exceso?”

“¿Nos resistimos a las corporaciones porque no podemos permitirnos lo que venden?”

Miré mi nuevo walkman, el reproductor de CD a mis pies, el reproductor de CD a los pies de Star, la Electric Breadmaker 2000 en mi regazo... Nos habíamos agotado...

Pero, por supuesto, no habíamos terminado... Llevando nuestra adicción imprudente y descuidada a un nivel nuevo y audaz, fuimos a Barnes & Noble, recogimos una pila de libros de mesa de café y salimos corriendo por la puerta principal.

La condena de Penny y el absoluto exceso de nuestro comportamiento me atormentaron con dudas morales, lo que me llevó a buscar orientación teológica. Durante la noche, en un momento privado, salí, me arrodillé y alcé los ojos al cielo: “Si lo que hacemos es correcto...” Grité: “¡Dame una señal!”.

El trueno rugió, las nubes se abrieron y apareció la visión de una gigantesca salida de incendios en el cielo; y supe que el nuestro era el camino correcto...

Nuestro trastorno compulsivo de atropello y fuga dio un giro sin escrúpulos cuando comenzamos a visitar amigos y a huir por la puerta trasera con sus plantas de interior.

Un día estaba en la cadena de librerías de los suburbios, leyendo revistas sobre patinetes. Fingiendo leer revistas de patinetas, pero escuchando una conversación a mi derecha: un agente encubierto de prevención de pérdidas en entrenamiento; ¡Aprendiendo a detenernos, detenernos y procesarnos a mí y a mis amigos los ladrones!

“Más del 50% de nuestras pérdidas provienen de esta sección de aquí... dijo el instructor señalando las revistas pornográficas. Mis amigos y yo robamos libros de viajes y de Loompanics⁹, ¿qué porcentaje representábamos? ¡¿No recibíamos ningún crédito?!

“Nunca hagas contacto visual con un sospechoso, sabrá que estás tras él”.

¡Ey! ¡Mírame cuando te estoy robando!

9 Loompanics Unlimited fue un vendedor de libros y editor estadounidense especializado en no ficción sobre temas generalmente poco convencionales o controvertidos. Los temas de su lista de títulos incluían drogas, armas, supervivencia, anarquismo, sexo, teorías de conspiración, etc. Muchos de sus títulos describían algún tipo de acciones ilícitas o extralegales, mientras que otros eran puramente informativos. [N. d. T.]

“Si sospecha que alguien está robando en una tienda, pero no está seguro, observa cómo sale. Si se tocan la cabeza o se estiran, probablemente estén robando”.

Querido Dios. Me pregunté cuántos ladrones estarían encerrados en laboratorios sometidos a pruebas y observación para obtener esta información, y me estremecí ante la verdad de la misma. El “estiramiento nervioso”: un intento exagerado de parecer casual y displicente, como si dijera: “Mírame, estoy tan relajado que me estoy estirando. ¡¿Qué más sabían ellos?! ¿Qué tal si deslizamos *Punk Planet*¹⁰ dentro del periódico local gratuito?

¿O cajas de DefJam para zurdos? ¿O quitar los CD, llenarlos con pilas AA, volver a sellar y devolver esas cajas? ¿Sabían de eso?

Bernadine trabajaba en el supermercado. Justo fuera del circuito habitual, pero sin duda siempre vale la pena caminar. Perfectamente centrado entre la cadena de tiendas de discos y la cadena de librerías, los dos lugares más selectos para robar. Después de liberar los CD y *Vegetarian Times*, me desvanecía entre la multitud de compradores del supermercado, me retiraba al café, leía y comía las sobras. Bernadine trabajaba en la tienda de delicatessen, cortando

10 Punk Planet fue una revista punk de 16.000 tiradas, con sede en Chicago, Illinois, que centró la mayor parte de su energía en ver la subcultura punk en lugar del punk como simplemente otro género de música que escuchan los adolescentes. [N. d. T.]

carne. Lo sostuve contra ella. De todos modos la visitaba al otro lado de la tienda, aunque siempre era incómodo ser recibido por una buena amiga con guantes ensangrentados. Un día apuntó con un guante ensangrentado a un hombre que estaba en la entrada. Ella me dijo que mis robos en tiendas y mi pastoreo de alimentos a granel eran completamente seguros y que podían continuar indefinidamente si evitaba a ese hombre. Ese hombre, reveló, era el guardia de seguridad encubierto. La pesadilla de los ladrones: ¡el desenmascarador! El primer instinto fue la violencia: robar descaradamente una botella de aceite de oliva y, cuando me persiguiese hasta un callejón, matarlo con la botella y dejar una advertencia a la profesión de seguridad minorista garabateada en su sangre. Sangre derramada por los innumerables hambrientos y desesperados en la cárcel por el sueldo de ese sinvergüenza, desgraciado e inmoral...

Todas las demás distracciones se desvanecieron en un segundo plano mientras me concentraba en el sinvergüenza. Me acerqué y me senté a su lado en la barra de café expreso junto a la puerta. Observé cómo examinaba a cada persona que entraba a la tienda, evaluando su apariencia y comparándola con los estereotipos de ladrón, determinando los posibles delincuentes. Me sentí ofendido por entrar sin que nadie me siguiera; mi vestimenta aparentemente no se consideraba la de un criminal. Y si

parecía un consumidor, ¡claramente es que estaba un paso más cerca de pagar las cosas yo mismo! ¡Era inconcebible!

Yo era el ladrón encubierto, espiando al espía pagado para que me espiara a mí. Fue un raro vistazo a una profesión secreta. Entonces llevé a cabo una misión de contravigilancia y fue la más divertida que había tenido esa semana. Esa vez, seguí la seguridad de la tienda en busca de información sobre las técnicas de los especialistas en prevención de pérdidas. El cazador era ahora el cazado. Mientras observaba juiciosamente a todos los que entraban, quedó claro que no sospechaba de los ancianos ni de los bien vestidos. Las personas mayores pueden salirse con la suya en cualquier cosa. Tal vez incluso esperaba con ansias ser viejo y toda la posibilidad de cometer grandes atracos en supermercados sin riesgos, como empujar “distraídamente” un carrito de comida hacia la puerta. En la seguridad del grupo, ya lo hacíamos cuando éramos jóvenes; pero como anciano definitivamente lo convertiría en un hábito regular y, si me pillasen, lo ignoraría: “¡Uh! ¡Estoy viejo!” E incluso si el robo no fuera tan divertido en la vejez como lo fue en la juventud, no tendría otra opción. Nunca esperaría recibir cheques de la seguridad social; nunca trabajaría.

El agente encubierto empezó a seguir a uno de los compradores menos pulcros, y yo los seguí a ambos. En los alimentos a granel, vi al guardia de seguridad comer M&M. En productos agrícolas, se comió un melocotón. Era extraño e impresionante, un escenario común en los supermercados

al revés: seguir a la seguridad de la tienda y verla robar...
¿Quién era quién?

Ese guardia de seguridad encubierto llevaba un disfraz para pasar desapercibido como comprador: un casco de bicicleta y spandex. Recientemente, dos amigas fueron expulsadas de esa tienda por el nuevo agente encubierto, me dijeron que también usa un disfraz... ¡se viste de punk!

Era Navidad y Libby y yo teníamos un plan. Lleve las cuestiones del “alquiler” y el “vinilo” a la burguesía: presénteles una lista escrita previamente, posiblemente laminada, de tiendas “blandas”, ofreciéndoles cualquier cosa de los pasillos a mitad de precio. Con este nuevo enfoque, ¿llegaríamos a la distinción de “crimen organizado”? Caminando por aguas no exploradas, encontramos a nuestro primer cliente, la hermana adolescente de Libby, ¡de hecho totalmente dispuesta a aceptar propiedad robada! ¡Se pondría a trabajar en una lista de inmediato!

A la mañana siguiente, regresando por la lista y ansiosa por “comprar”, ¡la puerta se abrió y apareció una mamá con el ceño fruncido!

“Tu hermana me lo contó todo”.

Libby fue repudiada, yo alcancé el estatus de “novio corruptor” y teníamos un plan que repensar. 24 horas

después de su creación, el “hurto en tiendas con fines de lucro” es un desastre lamentable y humeante.

Debería haber aprendido la lección. Pero a veces lo ponen demasiado fácil... Para nosotros, los delincuentes, el “motivo del lucro” era algo siempre presente y provocativo. Amber siguió adelante y se llevó “una computadora portátil ilícita”.

Una fuente hacia líneas criminales. Skip fue más allá: una excelente historia de robo de empleados que me hizo perder el interés en una “subasta por Internet”. Y nunca había hablado con él, pero sospechaba que el chico pulcro del centro comercial ganaba incontables cientos de dólares. ¿Quién iba a imaginar que las estafas con los talones de entradas de cine podían llegar tan lejos?

Me quedé a un lado, observándolos a todos, contento con mis comidas y mis libros de bolsillo gratuitos. Vi este enfoque empresarial como una distracción y fui a explorar algún lugar del paseo marítimo. ¿Beneficios?

No, no necesito “ganancias”.

Solo registra dinero.

Y como dije, a veces lo ponen demasiado fácil...

Pensé mucho, volviendo sobre mis pasos, pero nunca entendí cómo llegaría a vivir aquí, como un esposo, con una

esposa, dos hijos y un perro. Veamos... me subí a ese tren a Denver y casi me muero; salté de ese tren a Lincoln y casi muerto de hambre; tomé ese tren a Chicago, y casi fui encarcelado... Bueno, estaba muy lejos de Ogden, y toda la experiencia destacó a Omaha como el opuesto absurdo de un verano de vagabundo. Mi propia habitación en el sótano de una casa suburbana, el punto más alejado de mi propia habitación en el sótano de una biblioteca de Lincoln, las comidas veganas cocinadas cada noche son el contrapunto polar de las frías y robadas del verano. “Amigos de amigos” estarían cerca. “Peculiaridad aleatoria de las circunstancias”. Por la noche, con la cabeza junto al calentador de agua, contaba mi dinero en las sombras. Las pilas de la linterna y los guantes junto a la puerta contaban la historia: yo era el oscuro secreto de los suburbios. El ladrón residente: cincuenta centavos por dólar.

Déjame retroceder...

Venderse, en ese momento y lugar, estaba muy cerca de ser una “opción”. Después de cuatro meses, casi había olvidado por qué era divertido caerse de trenes de carga y tropezar por callejones oscuros. Casi. Pero siempre, doce horas después de cualquier momento de debilidad, estaba en las gradas del instituto hablando de la vida con un completo desconocido, o subiendo por la I-01 en el asiento del copiloto de un coche robado a un borracho, y la sensación volvía. Si los locos no volvían a inspirarme, mi inevitable despertar al cálido contacto de un extraño lo

haría. Y cuando ese toque cálido de un dueño de propiedad enojado a las 6 a.m., pierde su encanto, ¡controla tu pulso!

Ciertamente ya había estado mojado y flácido en esta ciudad antes, en estas vías. Sentarme junto al patio de los trenes con un bolígrafo y una libreta, tal vez podría haber solucionado este lapso de entusiasmo en el papel. Un pensamiento conveniente en reflexión, pero lo estaba viviendo, bajo la lluvia, preguntándome si esta es la parte de la película después de los créditos. Estaba seguro de que las cámaras se habían apagado cuando hice esa dramática carrera hacia el tren en Chicago. Nadie quiere ver esto: un turista apuesto pero mojado, a las 10 de la noche, cojeando bajo la lluvia por el distrito de almacenes en busca de un teléfono público. Sería una mala edición.

Skip contestó el teléfono, generó fantásticas esperanzas, y luego se detuvo treinta minutos más tarde para reducirlas. Una noche en su sofá, dijo, no iba a ser así. Padres visitantes. Con una biblioteca universitaria abierta las 24 horas, había elegido con sensatez mi ciudad lluviosa en la que quedarme varado. Pero explicar a un amigo la emoción triunfante de pasar doce horas toda la noche en una silla de un rincón es algo que cuesta mucho conseguir y, sin hacer malabarismos operísticos interpretativos, es imposible. Haría algunas llamadas, dijo. Oh, sí, la “red punk”: muy eficiente, incluso a las 11 de la noche. Si Skip no podía llevarme, lo haría el siguiente chico de su libreta de direcciones. Si, en la última página, el refugio seguía sin ser seguro, nadie podría

quitarme esa silla de la esquina. Porque si he demostrado una cosa es: “Parece un estudiante y el campus es suyo”. Yo no hago estas reglas.

“Te llevaré a casa de los Jones”, dijo. Los Jones no eran punk, pero sus hijos podrían serlo algún día...

Más allá de la caseta del perro, detrás del mirador, al lado del naranjo, en el patio trasero, las instrucciones eran precisas, pero no decían nada de que la “choza” fuera en realidad una casa de huéspedes completamente amueblada: ¡futón, dispensador de agua caliente y lindas tazas de sopa! Cualesquiera que sean las mentiras que Skip haya dicho para lograr me esta maravilla, quedarían expuestas por la mañana, ¡pero no ahora!

No sé qué pasó, tal vez los encandilé, pero una noche se convirtieron en varias, la casa de huéspedes (de atrás) se convirtió en un colchón en el sótano, y si intentaba “contribuir” con las tareas del hogar, maldecirían. ¡A mí! Siempre sospeché que esto sucedería: una familia de clase media que confunde el vagabundeo con la genialidad, luego me adopta y me arrastra para recibir visitas. “El iconoclasta como novedad”: sirve como premisa para casi todas las relaciones desde los 16, y ahora se complementa con el mejor tofu al curry que he probado en mi vida. Los psicólogos dirían que su hospitalidad es una saciedad indirecta de la reprimida pasión por los viajes, los republicanos que una limosna cívicamente irresponsable

para perpetuar mi pauperismo, pero nosotros (ya sabes, los raperos) simplemente lo llamamos “vivir a lo grande”.

De alguna manera nunca pensé que mi familia adoptiva tuviera hijos; esa parte me ponía nervioso. Desde mi nuevo lugar de residencia real me encontraba en la posición óptima para influir en el pensamiento delictivo irreversible en sus hijos. Pero la criminalización de menores no era mi plan. Inconcebible. No albergo ninguna inclinación criminal a “venir por tus hijas”. Las amas de casa son presa fácil.

La señora Jones fue una lectura difícil. Evasiva a las preguntas estándar de los exámenes, carente de política abierta y pegatinas en el parabarroques de su coche inexistentes. Esto fue muy frustrante. Nuestros viajes diarios de compras exigían cada vez más una respuesta a la pregunta urgente, los delicados límites del tacto apenas me mantuvieron a raya y, a medida que pasaban los días, las cuestiones de supervivencia aumentaron la gravedad de la investigación. La presa estalló cuando se agotaron las baterías de mi walkman. Sra. Jones: ¿Está usted condenada al crimen?

Robé las pilas, pero su respuesta no fue tan fácil de obtener. La Sra. Jones habló de labios para afuera sobre el “vacío ético” en el que yo existía, y las quejas se callaron cuando me arrojaron un chupete. Como, digamos, su propio paquete de baterías. Respuesta típica. Incluso mamá usa ese exprimidor que le robé, dos años después de Navidad, ipero

lo usa! La mayor parte de las condenas a los delitos sin víctimas, en su base (lo he sentido durante mucho tiempo) son sólo celos. El cajero de McDonald's que arrojó mi patineta al otro lado del estacionamiento deseó estar de mi lado del mostrador. Los tipos bebedores de cerveza que se desvían para golpearme en las rampas de acceso a la autopista desearían tener mi ambición. Y nunca lo probaré, pero hace tiempo que sospechaba que los gerentes de supermercados que me persiguen en sus contenedores albergan un deseo secreto de sacar basura de la basura y comérsela. ¡En realidad!

La señora Jones había internalizado los valores capitalistas. En su “santidad” sólo vi un alma rehén. Exigía como un exorcismo. Nuestras sesiones diarias de desprogramación (controvertidas en los círculos psicológicos) seguían un curso típico: yo tendría una necesidad muy urgente de, digamos, zapatos nuevos, y dirigiría a la Sra. Jones a la cadena de tiendas de segunda mano con fines de lucro. Manteniendo la cara seria, le pedía con calma que se acercara a la puerta y dejara el auto en marcha.

“¡Oh, no! ¡No no no no!”

¡Ja ja! ¡Oh sí!

Sus protestas ahogadas se desvanecieron en la distancia cuando entré a la tienda, recogí un montón de mercancías y salí.

“¡Eres un chico muy malo!” decía ella, mientras hacíamos nuestro atrevido escape.

Desprogramación: Fue un proceso lento.

La gente paga por las cosas... No lo sé, simplemente duele mirar. Las capas de resistencia pronto se disiparon y se llegó al acuerdo: cincuenta centavos por dólar. Sus hijos se fueron a la escuela, su marido a trabajar y lo que pasó después no es asunto tuyo. ¡¿Qué eres, policía?! [Si es así, tu incapacidad para simplemente hacer tu trabajo es impactante, nosotros, los criminales, te consideramos menos una amenaza que una broma de mal gusto, ¡y podría ser el próximo en ir a buscar a tu esposa!]

Nuestros roles coordinados eran similares a una danza bien elaborada, la interacción del violín y el clavecín en una composición clásica. Ella condujo el vehículo de la fuga, hizo los cálculos y pagó las facturas sin marcar; yo actualicé su lista de compras. Y cuando todo terminó, fue una prueba más del éxito probado de los zurdos: la estadística correlativa a la muerte y los impuestos.

Todo esto me recordó a la familia adinerada que, dos años antes, apareció en titulares escandalosos cuando se reveló que empleaban a un ladrón de tiempo completo como personal remunerado. Tal vez estaba celoso, tal vez fui yo, pero la influencia del periodismo informativo en la clandestinidad criminal es bien conocida. No puedo pensar

en estas cosas por mi cuenta. En los tranquilos momentos nocturnos, me reconfortaba la supuesta existencia de otros ladrones “imitadores”, que en ese momento vivían en casas grandes o más grandes, llenaban listas de compras, carecían de estima por un sistema económico injusto y robaban vitaminas. Tal como yo...

Calcetines y acondicionador. Pendientes y maquillaje. \$ 20 por mi antiguo recibo de crédito de Barnes & Noble de \$ 40, un antiguo producto de ese proceso divagador y largo para que los libros sean más fáciles de usar para “zurdos”. No pierdo el tiempo. A mediados de septiembre, la señora Jones ya se sentía festiva. Ella tachó la mitad de su lista de Navidad en un día y yo gané 80 dólares. Cortésmente veté su solicitud de CD por sus exigencias logísticas poco realistas, pero el jabón sin manteca de cerdo era un consumo consciente en su forma más sencilla. Por la noche siempre hacíamos nuestra última parada en el supermercado. Me alegré de poder asegurarle a la Sra. Jones los artículos más caros de su lista de compras, sin cargo. La señora Jones estaba feliz de poder ahorrar el dinero. No estaba seguro de cuánto ahorrraba en comida. Nunca tuve que pagar por ello. ¿Qué es el “precio minorista total”? Bueno, ella me pagó cuatro dólares por pilas AA, lo que significaría... ¡Dios mío!

Uh, oh. Bajé la guardia y quedé cegado por el resplandor de mi montón de oro. En realidad, casi estaba empleado. Nunca antes había considerado que robar en tiendas podría dejar de ser divertido. Dave lo había sugerido una vez y ni

siquiera tenía el cruel yugo de la lista de Navidad de la señora Jones. Ya no me limitaba a recibir bengalas en las obras de construcción. ¡Esta nueva y acelerada arena del capitalismo de “robar barato/vender caro” estaba deshonorando la justa integridad del robo de cosas! ¡Imposible!

En el centro de las experiencias de vida de la mayoría de las personas se encuentra una rica lección, una profunda moraleja. Y en la mía: remates.

“Live-In Shoplifter” (Ladrón residente en tiendas): definitivamente un golpeador de rodillas. Dicen que la brevedad es el alma del ingenio. Si es así, estaba acabando con el chiste. Tres días después estaba debajo de un puente esperando mi tren. Y lo que vino después tendría su propio remate...

Doce meses desde mi última visita, de regreso a casa para dar largos paseos y visitar viejos amigos. Si mi torpe hipótesis fuera correcta, los puestos de bajo nivel en la industria minorista y de servicios habrían experimentado una rotación de aproximadamente el 80%, y podría volver a robar toda mi comida de la cafetería de la universidad. Verá, creo en el perdón, en hacer borrón y cuenta nueva. ¡Es una ventaja de la inestabilidad del mercado laboral que se pasa por alto que los nuevos empleados no sepan que estás ahí para robarles la comida!

Mirando hacia atrás a mis notas garabateadas en el tren, pude ver que mi plan tenía dos partes: volver a visitar mi antigua casa abandonada, acariciar la puerta de entrada con nostalgia, tal vez agitar el puño ante los nuevos propietarios que habían comprado mi casa en una subasta del gobierno. por medio millón de dólares. En segundo lugar, encontrar una vivienda completamente nueva y sin alquiler para el invierno. Mis amigos cuidarían de mí. Y si no, ¡es difícil ignorarme en un saco de dormir en el porche de tu casa! ¡Jajaja!

Cualquier posible recuperación psíquica de mi estancia en el Medio Oeste tardaría mucho en llegar. Aprendí varias lecciones impactantes al explorar el corazón del país, que resonaban en los cimientos de mi visión del mundo.

Comenzando cuando yo y una pequeña célula de radicales irrumpimos en un enorme centro comercial suburbano, ¡pronto ahogamos la comprensión de que el robo en tiendas puede ir demasiado lejos! ¡De ninguna manera! Cuando el baúl alcanzó el 50% de su capacidad, todo quedó claro y finalmente se consolidó en una tienda de novedades donde robé un reloj genial, y luego me di cuenta de dos puntos cruciales:

1) Casi nunca me importa la hora que sea, y 2) La pulsera era de cuero. Por supuesto, entonces estaba moralmente obligado a deshacer mi sangriento error, siendo pionero en el “hurto inverso”, en el que metí la mano dentro de la

tienda desde la esquina y se lo lancé al cajero. Amo las vacas. ¿Había aprendido mi lección? Posiblemente.

¿Renovaría mi más sincero compromiso con el robo “sólo por supervivencia”? Por supuesto. Y una semana después, lo retiraría todo...

Murphy era una especie de “conectado”. En algún lugar de mi ciudad había un cobertizo de herramientas sin uso, y Murphy ciertamente tenía el eslabón perdido en su reloj diurno. Acordamos encontrarnos en la librería B&N, el eslabón perdido del ocio, donde a menudo es divertido pasar una tarde mirando mapas y, cuando suena la alarma de la puerta, mirar hacia abajo desde el balcón para observar el enfrentamiento que sigue. Aunque, en realidad, esa tienda nunca persiguió a nadie. ¿Cada momento dedicado a hojear libros en busca de etiquetas fue un momento desperdiciado? Un pensamiento profundo, sin respuestas claras. ¡Pero ese podría ser el resultado final!

Murphy ocupó el asiento de al lado. Era recto como una flecha, con un trabajo en la computadora y la máquina de café expreso. No forma parte del 5% del “elemento criminal” de la sociedad.

“¿Conoces el Razor Finger (Dedo navaja)?” preguntó, inclinando la cabeza hacia el departamento de música. Levanté una ceja. Murphy continuó con instrucciones paso a paso sobre un esquema muy profundo. ¡Lucrativo, de bajo

riesgo y completamente despreocupado por su “margen de beneficio”! Mejor que la estafa del “alquiler gratuito” de Skip y sin las complicaciones del romance entre géneros.

“Escucha”, dijo, “nunca te dije esto. Es un lado de mí que nunca le mostraría a nadie más que a ti”.

Algunos fueron imanes para el llanto de hombros después de la ruptura, otros atrajeron chismes: escuché las estafas.

Inmediatamente caminé (tal vez incluso corrí) hasta Rite-Aid para reunir los ingredientes de la receta criminal de Murphy: cinta médica y hojas de afeitar. De vuelta en B&N, Murphy ofreció instrucción en cámara lenta.

Se colocó una navaja de afeitar en el extremo del dedo índice, perfectamente centrada, y luego se envolvió el dedo en cinta médica, dejando expuesta una esquina imperceptible de la hoja. ¡Parecía una lesión de baloncesto! Por supuesto, ¿por qué no se me había ocurrido? Todos sabíamos que las afeitadoras se encargaban de las señales de alarma difíciles.

Mantener la forma encubierta necesaria era el dilema. Murphy cerró la brecha, y fue el consejo más subversivo que un modelo de “ética laboral” había exportado tan lejos de sí mismo. El sector minorista estadounidense nunca vería venir esto...

Al mirar el dedo afilado de Murphy, pude ver claramente hacia dónde se dirigía con esto. En términos de seguridad, B&N era un minorista de música deshonesto, evitando las “carcasas de seguridad” de plástico por etiquetas de alarma cuadradas pegadas al celofán. Ni la voluntad de Dios ni los poderosos brazos del propio Coloso podrían separar la etiqueta del CD. Lo sé: dos días después del lanzamiento del CD de Beastie Boys, me encontraron intentando precisamente eso.

La presumida confianza de B&N dejaba a sus departamentos de música en gran medida desprotegidos, lo que permitía a los astutos niños Razor Finger rastrear casualmente alrededor de la etiqueta mientras silbaban suavemente, colocar las etiquetas detrás de los CD de Madonna y caminar. ¡Deténganos! Como forajidos, nos basamos en gran medida en todos los puntos del linaje histórico de resistencia, como, por ejemplo, el VietCong: “Un oponente demasiado confiado deja su vientre expuesto”. Esperamos en las sombras, junto a las cajas, invisibles salvo por el brillo de nuestras navajas, y la barriga parece algo con valor de reventa...

Parado en el cruce del bien y el mal, giré hacia la izquierda, hacia la música. Primera vez con un nuevo esquema, siempre incómodo para ambas partes. Pero con su amable consentimiento y la falta de voluntad de B&N para detectar o preocuparse de que el 50% de los clientes menores de 25 años no paguen por la mercancía, ¡yo, um, robé cinco CD!

Con un capital inicial de 99 centavos de Cornnuts (granos de maíz crujientes) en Rite-Aid, el retorno de mi inversión fue sorprendente. Yo era el desempleado y sin dinero frente a la tentación, y en cualquier camino que elija, no me culpes, ¡porque no sé lo que hago!

A la tranquila sombra de mi propia gloria, me detuve para reflexionar sobre mi historial criminal en B&N y la historia de un chico, una tienda y mucho tiempo libre...

Las primeras bases las sentó una novia muy católica y moralmente difunta. Nunca supe que los libros de texto sirvieran para algo, hasta que Molly comenzó a robarlos del almacén de su escuela y a encontrarse conmigo en el estacionamiento de B&N. Su función pronto salió a la luz. Obligado por su propia política de devolución, B&N solo pudo ver a dos adolescentes y lo que claramente era una estafa en progreso, apretar los dientes y ofrecer un intercambio equitativo. Creo que es algo hermoso: dos niños aprovechando su propia educación, presentando una pila de libros y una mentira. No deshacerse de “su” educación, simplemente cambiarla y usar la diferencia para dinero para el autobús...

La evolución táctica siguió su curso. La estantería de libros de mi casa contaba esa historia: en parte drama, en parte romance, un par de capítulos compuestos en su totalidad por mis piernas agitadas extendiéndose erguidas desde el contenedor de basura. Al despertar, muchos de mis amigos

fueron a la universidad, yo me fui a mi propia cátedra en B&N, y cuando nos reagrupamos 8 horas después, me preguntaba quién había recibido mejor educación. No albergo ningún desprecio celoso por las personas con educación formal, pero se está gestando una revolución y creo firmemente que los estudiantes de Neurociencia Cognitiva pronto cederán el paso a los académicos de la Ciencia Aplicada Recoger y Correr.

¡Lo compartiremos, pero es posible que solo recibas las sobras!

Rompí con mis amigas de B&N por teléfono, dormí en el sofá de B&N, incluso me descongelé con té de B&N pagado después de dormir en el parque. Sin embargo, todo es periferia, hasta el corazón: sacar libros de mesa de café de Star Wars del estante, asumir una cara seria y ofrecérselos al cajero con una sonrisa y una historia. Lo juro, me encantaría ver imágenes de seguridad antiguas de esto. Cosas...

Pronto Stitch y yo nos encontramos en el umbral del verano: dos chicos y un automóvil, un mapa del extenso sistema interestatal de Estados Unidos y el entendimiento tácito de que cualquier cosa que eligiéramos como nuestro próximo paso, ¡una gran corporación lo pagaría! ¡¿Por qué no?! El “viaje por carretera de verano”. Se escribían canciones y se hacían películas sobre esas cosas. Había visto esas películas, me absorbí en los personajes y dije con el

tono más humilde: no lo hicieron bien. En lugar de eso, podrían haber hecho lo que hicimos nosotros: sacar un recibo de la basura, llevar “La Biblia del Cazador” al mostrador, tomar los 60 \$, abrir el techo corredizo y ¡conducir! En homenaje, dedicamos el viaje a B&N. Con una gama completa de estafas para aprovechar, pensamos que sería más apropiado que una cadena de tiendas financiara nuestro viaje. Al salir dos estados más tarde con una pila de libros caros (aprovechando y posiblemente abusando de la política de “no persecución” de B&N), nuestro tosco plan estaba en marcha. Con el descubrimiento de una diferencia de 10 dólares o menos en efectivo en los intercambios, lo pensamos bien, hicimos pequeñas extensiones de la lógica y luego nos impulsamos al país a intercambiar libros de 80 dólares por libros de 70 dólares. Si silenciosamente avanzamos hacia la liquidación de copias del nuevo CD de Pearl Jam, eso no marcó ningún desvío del corazón: solo Nebraska. Sólo un B&N.

Al mirar mi dedo vendado, supe que me había ganado el ascenso. Desde actos tontos de ocultamiento en el bolsillo hasta un método de gracia indetectable. Disfruté radiante de orgullo por mi nuevo lugar en la rica historia de trabajadores reacios que simulaban sufrir lesiones para obtener prestaciones por desempleo. El dedo-navaja no me impedía conseguir trabajo (tenía años de experiencia sin conseguirlo), pero robar CD sin duda haría que el desempleo fuera una ocupación más fácil. Entonces, mientras el

operador del montacargas postrado en cama y con problemas de espalda conducía en moto acuática por los Cayos, yo fingía una lesión de baloncesto en el segundo piso de B&N en solidaridad con la clase trabajadora. Mantente libre hermano: ¡Este CD de Korn es para ti!

Se abrieron las compuertas. Skip hirió mis sentimientos al burlarse de mi primer rendimiento sin supervisión: un pequeño montón de mala reputación. Él no entendió, no estaba en las trincheras. Al no estar dispuesto a elegir un bando, es posible que Skip nunca aprecie la declaración de desafío de los desvalidos implícita en el Razor Finger, el grito de guerra de autonomía que subyace a mi nuevo Grandmaster Flash CD. Ríete, hombre blanco, ríe; Mañana tengo 24 horas de tiempo libre para demostrar que es más que Puff Daddy: ¡es liberación!

Los movimientos generales no forzados de la izquierda y mi indiferente sonambulismo a través de innumerables líneas de retorno habían afectado la distorsión psíquica de la identidad y el propósito: ¡había olvidado que era un criminal! El uso de herramientas afiladas y los movimientos cortantes antagónicos del Razor Finger me devolvieron a los reconfortantes brazos de la sensación perdida; sí, esto era ilegal...

El éxito había llegado muy rápido. Como la mayoría de los millonarios de la noche a la mañana, no conocía la moderación. Saqueando dos tiendas al día, conseguía CD

más rápido de lo que podía venderlos o regalarlos a amigos en lugar de dinero para la gasolina. Esto me acercó alarmantemente a lo que los economistas llaman una “categoría impositiva”. Envié por correo CD a amigos con instrucciones detalladas y diagramas con figuras de palitos sobre cómo llevar la Guerra Santa a su ciudad. Siguiendo el ejemplo de los socialistas, mi enfoque fue contárselo a cinco personas e instruir a esas cinco a que se lo contaran a otras cinco. Mis toscas matemáticas y mi pequeño gráfico demostraron que llegaríamos a todos los veganos estrictos en seis meses, a todos los niños punk-rock en 24, y dos años más tarde, ¡“los chicos” no tendrían que trabajar en absoluto!

Dinero gratis... tal vez fuera socialista, fascista o algo así. Espera, ¿qué pasa cuando robas comida y lo arriesgas todo para eludir el empleo? ¿Tenemos un nombre?

Era el ritmo imprudente de los drogadictos y los aficionados. Centro –3ra Avenida antes del mediodía. #205 hacia los suburbios, detrás del centro comercial. #115 a “El Triángulo” – segundo piso. Café en la tienda de bagels al otro lado del lote para evaluación táctica y autoevaluación. Todo culminando con quince de los “Billboard Top 40” antes de las 3 p.m.: un “valor en la calle” de 90 \$. ¿Pero era arte? Bueno, fue divertido y mirar a los zombis babeantes que trabajan en la tienda de bagels fue necesario para la autoconservación. Una taza más de café, otra mirada a los

zombies del bagel, luego a mis CD y luego al cartel de “Se necesita camarero”. Negué con la cabeza.

Tendrán que quitarme la navaja de mi mano fría y muerta. ¿Perezoso? No asustado.

Mantener mi ritmo dedicado requirió la táctica de infiltración del FBI de “cobertura profunda”. Simplificado, esto significaba que no había una visera de Disneylandia en el contenedor de basura. Tendría que adoptar el estilo, aplicar los mismos gestos de la clase media suburbana. Aunque, en realidad, había incorporado esa apariencia a mi rutina durante años (y si las teorías de la reencarnación de Krishna eran correctas), siglos. Incluso como Napoleón, nunca pagué por la comida. Aún así, verás, puse mi corazón en mi trabajo y B&N exigía un estricto código de vestimenta. Luciendo mi nueva chaqueta Tommy Hilfiger, sentí mi propio renacimiento, una identidad adoptada que suplantaba a la antigua: jera joven, deportivo, muy blanco, y pagué por todo! Mi trabajo encubierto y su naturaleza sensible inspiraron que le solicitara lejía Bonnie (ilegal para el uso del público en general) a un peluquero posiblemente comprensivo. Aun así, faltaba algo. Busqué consejo en Skip, que también es un cliente que paga. Me mostró el final del pasillo 10, guiándome a través de los productos de grasa para el cabello en pomada disponibles. La “mirada mojada”, por supuesto... Activo en la escena musical underground, habló en términos que pude entender: relacionando cada marca con miembros de bandas locales de punk-rock. Dejé

de lado “Dax”, la grasa elegida por el baterista de una banda local de Hardcore, y la rechacé por considerarla una mezcla demasiado forzada, pretenciosa y rígida. La elección clara fue la marca con mayor contenido de agua preferida por el guitarrista de la banda local: firme, pero sin miedo a soltar su agarre y dejar que el cabello se agitara durante las partes del mosh¹¹. Perfecto para B&N: a esa gente le encanta hacer mosh. Si los viajes en autobús, vendar y volver a vendar el dedo, el Tommy Hilfiger y mi peinado elegante a veces me parecían muy laboriosos, recordaba el puesto vacante en la tienda de bagels. Si alguna vez los contenedores se secaran y se cortaran las estafas, el Razor Finger tendría su acto final de liberación a lo largo de mis muñecas.

Ubicación n.º 4: el esquivo lugar suburbano. Inaccesible en transporte público y totalmente desaprovechado.

Si los autobuses no van allí, los delincuentes no pueden llegar y entonces, bueno, esos tipos están medio dormidos. Betty se ofreció a conducir. ¡Incluso garabateó una lista de CD de regalos de Navidad y se ofreció como voluntaria a mitad de precio! Claro, le dije, puedo hacer eso. Pero explicarles el agujero de 1" × 1" en el celofán a tus primos la mañana de Navidad, no puedo hacer eso.

11 El mosh se refiere tanto a golpear como a mover la cabeza, siendo este último el significado más común dado por el headbanging. El mosh se realiza de forma diferente dependiendo del género musical. [N. d. T.]

Con los términos acordados, trabajé en la sección de Hip-Hop como un baile elegante con una dama con clase. En este punto, me había acurrucado en el cómodo modus operandi de colocar todos los CD detrás del divisor “Master P”, mientras yo me retiraba a los cargadores para permitir que cualquier posible detección saliera a la luz. No es un crimen, es arte. Sólo una cosa podría explicar por qué, cinco minutos después, encontré “Master P” vacío: tenía a mis raperos confundidos. “Juvenil”, “Mystikal”... Me estaba acercando al “pánico”, ya que había superado la “negación”, pero ni mucho menos la “aceptación” cuando mis CD cortados reaparecieron por la habitación... ¡en manos del cajero! Ups. Leales al comercio minorista: flagelos del libre mercado. ¡Ella robó mis CD! Realmente necesitamos nuestros propios agentes de prevención de pérdidas para estas cosas. Con su mirada desdeñosa, inmediatamente evalué su condición como la patología común de los empleados en sus relaciones con el resto de nosotros: “¿Por qué deberías caminar libre mientras nosotros sufrimos?!” No me quedé en el discurso filosófico, para explicar esos CD y su ceño fruncido como si representaran una lucha eterna, la polaridad misma de la libertad versus la esclavitud. Sólo pude agachar la cabeza, agarrar a Betty en una mano, medio kilo de granos de Starbucks en la otra, y salir de esa tienda para siempre. Una “derrota”, supongo. Pero tenía mis frijoles y mi desempleo, y... espera... eso no es “derrota”... ¡bueno, eso es tomar café durante unas vacaciones permanentes! ¡Me encanta eso!

Corte de etiquetas con una sola mano: la cámara 36 de Razor Finger. ¿Y la primera cámara? Frotarse la cara sin sacar sangre. Murphy levantó la cabeza para mostrar el lugar que una vez estuvo vendado durante una semana, yo giré 45 grados para mostrar mi corte en la oreja aún fresco. Sí, el desempleo exigía más que “renunciamiento”.

A veces, debes amar lo suficiente a los pájaros que cantan en la tarde como para luchar por ellos. De pie en el baño, haciendo pucheros y aplicándome un pañuelo de papel en la oreja, pensé: Dios mío, el desempleo es un campo de batalla. Guerra total, y había un rastro de sangre desde los CD de “Fugazi” hasta el baño para demostrarlo.

Combatir las caminatas largas y de ensueño cuando quisiera... Sentí que era bastante justo. Sí, B&N era una zona de guerra. La sección “Música” de la trinchera, y corriendo por el solar acunando tiernamente cinco CD: Liberación de los rehenes. Mi exhalación de victoria llegó sólo al llegar a la seguridad de la tienda de bagels “zona sin fuego”. Puede que no me disparen allí, pero si la chica de los panecillos me ve tomando café gratis, podría golpearme con algo. Recuperándome con mi café, cortes de navaja en mis bolsillos y heridas faciales abiertas, reflexionaría sobre mi lucha contra el imperialismo de las cadenas de tiendas. Entonces te das cuenta de que no, solo contra un trabajo en esa tienda de bagels...

Ubicación #1: Distrito comercial del centro. Un “10” definitivo en accesibilidad y su selección de libros de trenes es de primera clase. O lo era: ¡los tengo todos! ¡Ja ja! Sin embargo, harán un pedido especial para ti... Ubicación n.º 2: el centro comercial. El cajero con corte de pelo de tipo librero tiene un curioso conocimiento de la literatura vagabunda. Y aunque me comprometí a abstenerme de tener romances en el trabajo, albergaba un inocente enamoramiento por la chica del mostrador de información del segundo piso. En definitiva, una medida audaz: colocar un B&N a poca distancia de cinco tiendas de CD usados.

Una especie de burla, creo. Ubicación #3: El suburbio rico. Mi viejo barrio, donde siempre brillaba el sol y los cajeros siempre miraban para otro lado. La mercancía impagada en esta tienda simplemente no tiene fin. Un aire de exclusividad flotaba sobre todo, y el Razor Finger fue mi respuesta alegre para cerrar la brecha de estatus. Hurto en tiendas: el gran equalizador.

Era la jornada laboral de cuatro horas, la semana laboral de dos días. Mientras la tecnología agitaba su zanahoria en un palo ante el humilde trabajador, prometiendo menos trabajo y más ocio, yo estaba tomando un pequeño atajo hacia la utopía: cuatro cortes de 1" × 1", los atajos más cortos que conocía. Siglos de tecnología en el lugar de trabajo habían asegurado al proletariado una eventual eliminación gradual de su trabajo. Una vida de ocio conseguida finalmente con... una navaja. Las máquinas

nunca funcionaron para nosotros, sino lo contrario. Pero las navajas estaban de nuestro lado. Por mis pensamientos profundos sobre el tema, probablemente tendría que morir para ganarme un lugar junto a Marx en la teoría y la práctica de la clase trabajadora. Lo bueno es que todos los librereros saben cómo es ese tipo.

¡Aún no han aparecido fotos mías! Tal vez estoy en la habitación contigo ahora mismo... Era el trabajo más ingrato, uno que nunca podría admitir que tenía. “El ridículo, la oposición violenta, aceptada como algo evidente”: las tres etapas, dicen, del cambio de paradigma revolucionario; hasta el día en que pueda mirar a mi propia madre a los ojos, decirle que robo cosas y luego las vendo, y que me respetan por ello. Entonces, ¿en qué etapa me encontraba cuando el comprador de CD en la tienda de discos notó marcas de navajas en 5 CD nuevos y chirriantes del Top 40, frunció el ceño y los deslizó nuevamente sobre el mostrador? No tengo idea, pero fue divertido.

En esta etapa de mi carrera, había topado con algo que *The Wall Street Journal* denominó “el techo de cristal”. Mi presencia sospechosa en la sección “Música pop” durante el día eventualmente llevaría a los empleados a plantear la pregunta “¿Por qué no está en el trabajo?” Pronto surgió la comprensión: “Espera un momento... ¡está en el trabajo! ¡Consíguelo!” Estaba nervioso, me quedé sin amigos que me vendieran CD y sentí una detección inminente del patrón: “¡Cuando el chico blanco está cerca, las cosas desaparecen!”

Esto se acercaba peligrosamente al punto de la historia en el que prevalece la justicia y los buenos triunfan sobre el bandidaje enmascarado. Quería evitar esto. Tradicionalmente, las bandas salían de gira para promocionar sus álbumes.

¡Ahora me voy de gira a robarlos! ¡Qué demonios!

Al bajar del Greyhound, me pregunté si era el único que pensaba que esto era gracioso. ¿Adelanto en la carrera? ¿O la gira de Razor Finger con entradas agotadas? Con la maldición del éxito, ¿"progresaría"?

¿Cubrir con caramelo mi técnica, apuntar a un "atractivo masivo", detener los movimientos de corte poco refinados y comenzar a pelar etiquetas? Ninguna posibilidad. Durante varios días dormí en el techo de una iglesia cerca de la universidad, bebí café, comí bagels y miré mis mapas. Luego doblé esos mapas, miré por la ventana con gran intensidad y, ya sabes, comí más bagels. Simplemente no puedes comer demasiados. Le había dado a mi plan un entorno suburbano muy pulido, tal vez la mayor concentración de comercio de cadenas de tiendas del mundo.

Perfecto para andar en patinete y hacer valer su propio valor de impacto. Ciudades donde te sientas, digamos, en un banco, debajo de un árbol, miras las jardineras de ladrillo, las falsas farolas del siglo XIX, luego el pasto más verde que

jamás hayas visto, y simplemente quieres empezar a tomar cosas.

Mi propia arrogancia, en este momento, no es algo de lo que esté orgulloso. Yo era un chico en una mesa de bagels para cuatro personas, y no me interesaba en absoluto la opinión de nadie al respecto. En un lío de papeles y listas, bagels al lado de otros bagels, destacué puntos clave en mapas y observé cómo se formaba un plan. La estrategia fue una escalada: conectar todas las pequeñas estrellas en mi mapa a través del transporte público y atacar a B&N con la rabia y la furia acumuladas de todos los pueblos amantes de la libertad de la historia, la parte de la historia donde las metáforas revolucionarias fueron llevadas demasiado lejos. Pero si hubieras visto la puesta de sol frente a la costa de Oregón desde un saco de dormir, si las familias de un pequeño pueblo te hubieran llevado a casa o simplemente hubieras bebido café y mirado por la ventana todo el día, lo entenderías. Cualquier cosa menos era un picahielos en la cara. Al tocar una llama, retrocedes. No hay ninguna decisión. Saqué mi espada de una pulgada cada día por mis sueños. Sí, pensé en las fiestas universitarias en pueblos extraños, y si hubieras bailado con esa chica, lo entenderías...

No sé qué decir, esa noche me sorprendí. Al despertarme en el techo de la iglesia a la mañana siguiente, con un "Billboard Top 10" manchado en mi brazo derecho, estaba feliz. Y simplemente no era posible meter todos los CD en mi

bolso. En mi tejado, escuchaba CD tras CD de hip-hop malo, contando mi rendimiento y haciendo cálculos aproximados. Bien, lleva el “1” y multiplica el... La absoluta decadencia de mi campaña fue una bofetada a un código implícito de moderación que llegó al absurdo remate: ya sabes, ¡apenas gasté dinero! ¿Ahora qué?

Una semana más tarde, aterrizaría en el regazo de un plan que dejaba obsoleto al Razor Finger. Un truco tan rico en recompensas que anuló la necesidad de la mayoría de los demás, pagando incluso mi alquiler. Y cuando le ofrecí comida de restaurante, ¡Libby nunca aceptó un no por respuesta!

Era una vida de ocio, vender porciones de mi excedente para comprar nuevos discos, o dinero de “mano izquierda”, o para escapar casi del arresto cuando manipulé a la chica del café de Whole Foods para que me dejara pagar a la salida, y luego... ¡vaya! –se olvidó de pagar. Cuando Libby y yo avanzamos como una bola de nieve en Omaha, el Razor Finger era un recuerdo orgulloso pero desvaído. Cuando regresamos, tenía diez compilaciones en casete de canciones de camioneros, doce cintas para ampliar vocabulario, planos de la biblioteca en construcción de la Universidad de Nebraska y un curioso cubo negro adquirido en un Omaha Ace Hardware: “The Demagnetizer”.

Después de un mes de cintas de vocabulario, sabíamos “proclividad”, “presteza” y “superficial”, pero ninguno de

nosotros podía explicar “Desmagnetizador”. Veamos, el paquete dice: “Hace que todos los imanes sean impotentes”. Espera un minuto, eso significaría... nunca tendré hijos, pero conocía la tierna cercanía entre un hombre y su estafa recién nacida. Estaba nervioso por haber confiado durante tanto tiempo en “zurdos” y en la estafa de los recibos.

'Sin la afluencia de nuevas tácticas, tenía dudas sobre mi propia fertilidad. Nunca pensé que la innovación se ofrecería en Nebraska. Paradas de camiones realmente buenas, no juguetes delincuentes. No deseo restar importancia al sufrimiento de nuestras madres embarazadas, pero me mantengo firme en mi creencia de que el dolor del parto es igual o menor que el dolor de Omaha. En ninguna otra ciudad me pillarían robando en el WalMart dos veces en diez minutos. Espero que esto funcione...

Tirando del botón “New Vol. 2 CD” del estante, bueno, fue muy emocionante. Libby estaba a mi lado, juntos nos mordimos los labios, mirando el cubo con ojos grandes e intercambiando miradas risueñas. Quizás estuviéramos en el umbral de grandes cosas, allí mismo, en nuestro B&N favorito. Froté el cubo contra la etiqueta con ternura, posiblemente masajeándola hasta que se sometiera. ¡Tal vez estaba dando un paso al frente para ganarme mi lugar junto al primer chico que puso agua salada en una máquina de Coca-Cola! Ya había cargado con la culpa de ser pionero en planes de supervivencia.

La estafa de la botella de leche fue toda mía. Modificación de los certificados de regalo de Tower Records. Estoy bastante seguro de que fue la primera vez. La estafa de los recibos fue eterna, pero reclutar simpatizantes de clase media para que me guardaran sus recibos fue un artículo de cálido orgullo. Mi truco de película gratuito basado en la psicología me había salvado del ataque de pandillas, incluso de Rapid City: el destino peor que la muerte. Obtener el reembolso de la máquina de 75 centavos metiendo la mano dentro y tirando de la palanca, un clásico infernal. Quizás no fuese mi propia invención, pero yo era el vigía. Cortar y pegar viejos transfers de autobús para que coincidan con los de hoy en día: un arte tan crudo que una vez un conductor de autobús tomó el transfer, lo levantó a la luz y se rió de mí. Creo que en cierto modo me respetó después de eso. Y conversaciones sinceras con padres que exponían historias de dificultades enormemente exageradas: nadie tan contento había llevado la estafa ahora hasta ese punto. Su único hijo que vive en una casa abandonada haría llorar a cualquier padre, y el “pozo de inmundicia y decadencia” donde contaba su dinero tenía un valor de mercado que duplicaba su patrimonio neto. La risa rugió por la mansión...

La alarma no sonó. Pensé que eso era bastante divertido. Agregué algo nuevo a la lista: Desmagnetizador.

Sí, todos golpeábamos las mesas escuchando walkmans robados en los asientos de las ventanas de los cafés, ideando formas completamente nuevas de refrescar el chiste del

desempleo. Una cronología de pobreza próspera que conduce a ese momento en el estacionamiento de B&N, aceptando la insistencia de Libby de que, sí, estábamos en lo cierto. “Ahora el vol. 2”: tal vez no sea la banda sonora de la revolución juvenil, pero el valor de reventa permitiría comprar algo en vinilo que se acercara. Una losa dorada de 5" x 5" en el camino hacia... ¿qué? ¿Toda la tienda? ¿Victoria? No estoy bromeando, esto se sintió peligroso...

Sosteniendo la varita mágica del “CD gratis”, me paré en la peligrosa posición de un borracho con una bebida en el vertedero. Les llevé el dilema del desmagnetizador a los chicos para que lo evaluaran en grupo. Baxter quedó atónito y se quedó en silencio. Sammy asintió y dijo que sabía de qué hablaba: había visto los cubos negros en la ferretería de su pequeña ciudad. ¿Y entonces qué? ¡¿Seguiste caminando?! Todos estuvieron de acuerdo en que esto era más grande que una parada de camiones Flying J, incluso más grande que el Razor Finger. “Cut and Walk” (Cortar y caminar) era arcaico, arriesgado en grandes cantidades, y si olvidabas quitarte la navaja, simplemente peligroso. El desmagnetizador era, como, física o algo así. ¡La fusión de pobreza y ciencia! Aunque estaba arruinado y sin educación formal, me consoló saber que estaba contribuyendo con algo valioso al acervo universal del conocimiento. Sentí la misma calidez al recurrir al “fondo universal del comercio minorista”, que se extrae de un millón de fondos de individualidad, el fondo de recursos de la Tierra, el fondo de

cultura de la sociedad que se desvanece... espera, esto se estaba volviendo complicado. Simplemente no quería trabajar, ¿sabes? ¡Alguna vez!

Otro viaje y cinco CD solidificaron lo que todos temíamos: el cubo negro era la muerte de su “precio minorista sugerido”. Y cuando Baxter me siguió con igual éxito, bueno, ¡casi sentí como una erección real!

Pero espere un momento... la “consistencia”, como había sentido durante mucho tiempo, era un indicador decisivo de la magnitud del hurto. Poco después, Baxter estaba en el frente “intercambiando” dos libros de mesa de café muy caros por un nuevo CD y Jugador, retozaba en la parte de atrás, casi bailando por los pasillos, frotando cinco de los “Billboard Top 10” como si estuviera por encima de la ley o algo así. La alarma se apagó. “¡Vaya! ¿No puedes pagar por adelantado? ¡Lo siento!” ¡Tonto de mí! Baxter consiguió su reproductor de CD (y se lo ganó), pero a mí me dejaron sentado en el auto, con la cabeza entre las manos, sacando en el tablero de Baxter lo que debería sacarse en física o en Omaha. De todos modos, los odiaba a ambos. Sólo la ley de la gravedad, que trajera una pila de dinero récord a mi regazo, restauraría mi fe en una. Y el otro, bueno, habría que demolerlo con topadoras.

Una semana después, el episodio se repitió y envió todo el mensaje “Desmagnetizador: ¿herramienta de liberación o la gran falsa esperanza?” dilema ante los chicos. Libby sugirió

lo que eran las etiquetas de alarma colocadas diabólicamente dentro del embalaje de los CD por las discográficas más importantes. Pero nunca supe que eso desencadenara algo en B&N.

Baxter sugirió que había masajeado con el lado equivocado del desmagnetizador, que era un problema de polaridad magnética. En ese momento estaba muy molesto y en silencio los maldije a ambos por ser estúpidos. Lo primero que pensé fue aplicar ingeniería inversa al cubo travieso, pero pronto desarrollé una teoría propia: cuando los imanes experimentan un impacto, pierden potencia. Si el Demagnetizador derivaba su magia de fuentes magnéticas, tal vez lo había dejado caer en el baño de B&N demasiadas veces. O tal vez fuese la broma de despedida de Omaha.

¡Como si yo fuera el espectáculo de medio tiempo del rodeo, en el monitor, y el colectivo de residencia se sentara riendo en ese momento, tirando palomitas a mi imagen pixelada! Si ese es el caso, no me inmuta. Contento con mi propia broma de despedida: la de WalMart, en manos del ceñudo agente de prevención de pérdidas, y en lo que parecía una circunstancia irreversiblemente condenada al fracaso. Luego lo interesante: cuando cambié el ambiente en un tiempo récord con una mentira elaborada mientras compartíamos un breve momento de amistad, cerrando con una despedida cordial y sonrisas por todos lados. Ese chiste, a día de hoy, sigue haciendo cosquillas. Omaha, en serio,

¿parezco un agente de prevención de pérdidas de Tower Records? ¡Eh!

Reemplazar el cubo fue un desafío laborioso. Llevé la pregunta a Home Depot. Muy inocentemente, le pregunté al hombre del delantal naranja: “¿Tiene un desmagnetizador?” Parecía sospechoso, más sospechoso que cuando compré una palanca y guantes en una sola compra. “Sí, sé exactamente de qué estás hablando”. ¡Excelente! Entonces, ¿pasillo 6? ¿Pasillo 7? “La corporación Home Depot no comercializa desmagnetizadores: política de la empresa”. Había un tono críptico en todo esto. Ciertamente existía una demanda en el mercado de varitas mágicas.

“¡¿Por qué?!”

Su expresión se volvió seria.

“No lo puedo decir”

¡¿Qué significaba todo?! El hombre parecía nervioso. Tenía miedo. Tenían miedo... ¡miedo al cubo! Un largo momento de silencio pasó entre nosotros. Todo sugería que estaba investigando un tema delicado. Al salir rápidamente de la tienda, revisé dos cosas que aprendí: estaba entrometiéndome en áreas delicadas con fuerzas poderosas, y el miedo sugería que el Desmagnetizador podría desactivar las etiquetas de Home Depot.

¿Por qué un “Dios” quitaría la vida a un buen plan? El estado actual del Desmagnetizador es mi caso más fuerte a favor del ateísmo. Hasta que el pequeño cubo negro resurja, guardo el primero envuelto en un humilde trapo. Es un cubo triste, lamentable en su impotencia. Pero en su día, fue una luz en el camino de la justicia por desempleo. ¡Y lo más cerca que me había sentido de vivir el gangsta rap! Si trabaja en B&N y se pregunta por qué me quedé junto a la estación de escucha, haciendo movimientos orbiculares antinaturales con mi mano derecha, ahora está claro. Los chicos todavía están buscando activamente una nueva fuente de cubos. Tenemos esperanzas, pero tememos lo peor: ¡que tengamos que saltar por la línea media de regreso a Omaha! Insoportable... y una circunstancia superada en extremo sólo por otra: ¡”9 a 5”!

Sí, este era un lugar que conocía bien: arrodillado ante la tumba de otro salvavidas, mirando hacia el horizonte donde tal vez los planes eran más astutos, eligiendo la libertad sobre la comodidad aún más divertida. Un contenedor de basura cerrado, una política de devolución más estricta, otra laguna jurídica sellada... El sentimiento era el mismo cada vez: arrepentimiento, con una entusiasta sensación de posibilidad. Extraoficialmente, acepté la muerte de tácticas gastadas: el final de eso estaba desbloqueado; armario de escobas, entrada al túnel de vapor ahora cerrada. Las derrotas que me dejaron hacer autostop hasta Boulder, y cuando las chicas me recogieron para disparar fuegos

artificiales en el lago... oh sí, pensé, que vengan los cambios. Cuando el administrador del apartamento me encontró viviendo en ese cobertizo de almacenamiento, un catalizador para mi casa gratuita, más grande y acogedora, sí, pensé, ¡Qué me quiten lo bailado!

Y cuando nuestra tienda de discos favorita cortó los privilegios de “intercambio”, lo que nos llevó al emocionante atajo de simplemente salir con pequeñas pilas de CD, sí, sí, pensé: “Fuera lo viejo, adentro lo nuevo”.

Consolándome con este patrón, de flujo y renovación, dejé de lado la liquidación de CDs... por ahora.

¿Que sigue? ¿Comercializar las tarjetas de Kinko robadas? ¿Vender CD del contenedor de basura de la CBS? ¿Regalías de libros?

De los cadáveres brotan flores. Deslizando mis últimos cinco CD sobre el mostrador, casi derramo una lágrima, preguntándome adónde me llevarían mis últimos 30 dólares. Y ese día, detrás de la tienda naturista, nació una nueva estafa. El ciclo de muerte y renacimiento nunca fue tan claro. Después de tantos años, todavía creamos una sensación infinita de novedad, cada día como el primero. Continúo preparándome para el siguiente ciclo, investigando a extraños para el próximo Razor Finger, manteniendo los ojos abiertos y tomando notas. Porque hay

un cartel de “Se busca ayuda” en cada ventana y tengo miedo...

III. COMPENSARLO SOBRE LA MARCHA

“Encuentra una casa abandonada y vive en ella”.

18 y un plan. La base de cientos de otros planes: no trabajar nunca. Jugar en las calles. Explorar el distrito de almacenes. Comer panecillos. Leer. Aprender a abrir cerraduras. Para entenderlo, hay que pararse en un tejado bajo el sol, contemplar este paisaje suburbano y llamarlo escenario. Un escenario idílico por el que vale la pena arriesgarse. Para entenderlo hay que ser un chico con un sueño. Su paisaje estéril sería mi carnaval. Era el plan, y si pudiera robar una palanca en algún lugar, tendría mi billete para salir de este mundo...

Dijeron que no se podía hacer. Encontrar una casa abandonada en el corazón de las propiedades de mayor

valor del Estado. Un desempleo absoluto. Pero ¿por qué garantizar el resultado creyéndoles? No se podría hacer legalmente. No se podía hacer sin dejar un rastro de bolsas de basura rotas, sin una inquietante mezcla de cerraduras rotas y sin necesidad de realizar análisis forenses. No se podría hacer sin una sólida estafa de lavandería, sin una estafa de alimentos sólidos. Y estaba seguro de que no se podría hacer sin que fuera lo mejor que había hecho en mi vida. Porque la teoría es: un día desempleado es como un panecillo: incluso cuando es malo, sigue siendo bastante bueno.

Un día me quedé en casa y no volví al trabajo.

El crucial “verano después de la graduación”. Mientras mis amigos preparaban las mochilas para ir a la escuela, yo los sacudía violentamente a cada uno de ellos, exigiendo respuestas a algunas preguntas importantes. Una pista sobre una propiedad abandonada, propiedad de otro, que luego careció del valor o la conciencia para confrontarme cuando entré y dormí allí. Estaba a la altura de mi “potencial de ingresos”, un objetivo digno de lágrimas por su puntería baja, pero lo levanté para “patinar bajo el sol todo el día” y lo comprobé. ¡Simplemente corría en círculos bebiendo jugo de zanahoria! Si pudiera asegurar una casa. Este pequeño juego de detectives suburbano tenía cierta seducción. Editado correctamente era una comedia de situación realmente divertida. No es necesario reírse, mis amigos tenían ese papel cubierto. Yo era un chico en una

encrucijada, extorsionando a extraños en el autobús y ex novias para obtener mapas de servilletas toscos o cualquier cosa con ventanas tapiadas. Un barril de risas si no fuera tan grave. ¡Yo era joven, soñador y no tenía miedo de preguntar sin tacto sobre las direcciones de mis abuelos muertos! Alquiler gratuito: no puedes ir demasiado lejos...

“Trabajo o escuela”: mis padres cantaban el mantra del demonio. Dijeron que no se podía hacer... Y si no hubiera logrado la propiedad abandonada antes del 1 de septiembre, ¡quizás habrían tenido razón! La pequeña cita con mis padres para la “interrupción de los servicios”. La combinación de misión y ultimátum estaba haciendo que el verano fuera interesante, incluso dramático. La viabilidad de mi plan, en este punto, era totalmente cuestionable. Aunque el atractivo que acompaña a esta incertidumbre eclipsó la naturaleza segura y desconcertante de los planes de mis amigos: “Trabajo o escuela”. Todos bailando la misma canción, sin ganchos seductores ni partes pegadizas. “Trabajo o escuela”: mamá y papá no entendían. Nunca habían sacado una balsa inflable de un contenedor de basura y montado enormes olas en el lago. Paga por una balsa que se hunde a 30 metros de profundidad y te enojarás. Si la has tomado de la basura, es simplemente divertido. Una especie de piedra angular filosófica de mi nuevo enfoque. Cruda alegoría para respaldar la premisa absurda de mi nueva vida, de una correlación aparentemente inversa entre “pobreza” y satisfacción:

cuanto menos gastas, más te diviertes. “Trabajo o escuela”. En el proceso de negociación en curso, hice el voto silencioso de prosperar con los delitos menores de robo en los trabajos y escuchar discos en las salas de prensa de las escuelas. “Trabajo o escuela”. Éste era el arte del compromiso.

Fue un verano para tomar notas. Si era gratis, iba a la libreta. Desbloqueado, sin vigilancia o desleal al lugar de trabajo: probablemente había una nota de ello en alguna parte. La preparación para el desempleo era una ocupación a tiempo completo. Mi plan de no volver a trabajar se basó en el tremendamente ambicioso acto de fe de que los suburbios ofrecían más opciones de comida gratis que la barra de ensaladas Saltines. No pude probar esto, pero encontré un supermercado que dejó su exhibición de chips afuera durante la noche, así que mis sospechas fueron profundas. Y si me equivoco, bueno, las galletas saladas están bastante buenas, ¿sabes?

Y una mayor fe en la oferta de más refugios gratuitos que cajas de cartón y arbustos de parque. Pero eso también... tal vez una caja de cartón en un arbusto. ¿O qué tal una casa de palets, reforzada con cartón, en un arbusto, en el parque? ¡Nadie pensó nunca en eso!

Tenía los ojos muy abiertos y lo acepté todo porque era nuevo y emocionante. Porque recuperar recursos y espacio (y luego hacer malabarismos con uno y vivir en el otro) crearía un marco romántico en torno a la vida en “su”

mundo. Porque ahora los juegos no acabarían sólo en el patio del colegio. Era junio, los chicos colgaban los abrigos y el mío se sentía curiosamente recuperado. Desde el techo del apartamento de lujo, pensé que podría construir mi nueva vida a partir del exceso de la de ellos, dormir en sus casas y, cuando las cabezas se voltearan, ¡correr con su leche de soja! Sin embargo, si es propiedad de una entidad corporativa abstracta, nadie se da cuenta de que falta y está en mi ciudad, ¿es realmente “de ellos”? Era la temporada de la filosofía... y la esperanza. Me puse los auriculares y abrí la puerta todas las mañanas bajo el hechizo de una premisa coqueta: para todo lo que necesitaba, había una manera de adquirirlo sin dinero. Había vislumbrado suficientes artículos para el hogar funcionales en el contenedor de basura de la tienda de segunda mano como para amueblar pequeños países africanos, así que tenía pruebas de que ese era el caso. Al abordar este tema, sentí que la regla electrofísica de “el camino de menor resistencia” no debería aplicarse. Dejé la física en el último año. Como tal, preferí “el camino del menor empleo”. Un camino curiosamente delincuente, donde comí papas fritas y salsa de cortesía sobre un menú antes de decidir (¡vaya!) que no iba a trabajar, y agarré comestibles sueltos en los cuartos traseros del supermercado. Nunca mencionan todas las opciones: trabajo, escuela, ejército... ¿Qué pasa con el crimen? ¡Nunca mencionan eso!

Mi verano épico, ojos grandes y grandes planes. Noté muchas cosas gratis por ahí... ¡y aprendí a recogerlas y correr! Como dije, tomé notas. 75c “reembolso” en la estación de autobuses por ira artificial –“¡Esa máquina me robó el dinero!” Fuente decorativa fuera de la pizzería: ¡agradable, de colores pastel y llena de monedas! Contenedor de pizza junto a la playa: corteza final espesa y sabrosa, y si se quitan las hormigas, vegana. Pequeña caja de metal marcada “Candy – 5c” (pasillo 2) llena de cinco centavos, veinticinco centavos y, a veces, dólares. Lindo, divertido para los chicos y ¡desbloqueado! Unos pequeños puntos donde las migas cayeron y nadie se dio cuenta. Un par de docenas más y estaría listo para irme...

Siempre era un día soleado en mi pueblo. Nuestro mundo estaba muriendo y nunca lo sabrías desde mi asiento en el patio de la tienda de bagels. Viernes: café gratis si traes tu propia taza. Esa fue otra cosa que aprendí. Eran “los suburbios”, injustamente envenenados con connotaciones negativas, así que cuando los niños me preguntaron dónde vivía, dije “en los suburbios”. Ellos jadeaban y yo me reía. ¡Cegados por su política y sus prejuicios, perdiendo por completo el escenario subestimado que ofrecía para el hedonismo descarado y el ocio junto a la piscina! Lo mejor es mantener esto como mi secreto. Mantengan alejados a los jóvenes y pobres y déjenlo para los viejos y ricos. Hecho para una mejor basura y guerras territoriales nuevas. Recordándome mi secreto mejor guardado: ¿sabes lo que se

conoce como “poder adquisitivo” de los ricos en la CNN? ¡“Comprar” mercancías que llevas a casa, las descargas y las tiras a los contenedores de basura! Juro que no me lo estoy inventando...

Podrías llamarlo una historia de amor. Y una escandalosa: no estaba de moda amar a mi ciudad y, si le preguntas a cualquier chico excepto a mí, ni siquiera es posible. Demasiado ricos y demasiado estériles, demasiados policías y poca acción. No lo sé... No estoy de acuerdo. La riqueza significaba ingresos fiscales para extensos senderos que cruzaban la ciudad y los mejores parques del Estado. Una tasa de criminalidad inexistente y, en consecuencia, una seguridad en los supermercados inexistente. Significaba edificios de apartamentos exclusivos y extravagantes diseñados como los mejores hoteles y el único spa en la azotea que he visto en mi vida. Significaba los arbustos mejor cuidados, las calles bordeadas de árboles y la supremacía general de las hojas. La esterilidad sólo significaba que mi ciudad estaba lista para la contaminación y, si mi plan daba frutos, una guerra bacteriológica total. La fuerte presencia policial no hizo más que complicar la trama. Y acción, ¡querido Dios!

Déjame recomponerme y te dibujaré un mapa...

Aunque la verdad es que tal vez nunca saboreé los detalles como lo hice este verano. ¡Un día estaba patinando y encontré el enorme estacionamiento secreto donde

estacionan los viejos autobuses! Eso me emocionó mucho. No, nunca aprecié a mi ciudad de esta manera. Todos sus puntos más destacados (las horas de diversión en el contenedor de basura de los periódicos, como el archivo completo de “Skateboarders” con viejas entrevistas de todo el equipo de patinaje de mi barrio o la genial “reina de los patines” de mediana edad a la que nunca se la veía sin patines) de repente son más encantadores que molestos. Cada vez más, surgían pensamientos sobre días largos y sin guión dedicados a la búsqueda de contenedores de basura más locos, personajes callejeros con trucos más absurdos. Conocía el lote de autobuses en funcionamiento, pero lograba pequeñas aventuras buscando el edificio que almacena los pases de autobús y el contenedor de basura detrás de él. Tenía muchos planes. Y ahora, el momento de todos ellos. Esta ciudad de plástico nunca pareció tan fértil...

Mi visión del mundo había cambiado en un mes, y esto no fue un efecto secundario de que los empleados de la tienda de segunda mano me encerraran dentro de su contenedor de basura el mes anterior. Hice largos viajes en autobús a barrios olvidados, patinaba bajo el sol y me daba cuenta de cosas... Los detalles pasados por alto atrajeron mi atención repentina, y los matices familiares del paisaje y el comercio de repente se volvieron relevantes. La máquina expendedora de periódicos afuera del Starbucks (todos sabíamos que ofrecía retornos multitrimestrales pulsados con una frecuencia antinatural), ahora incorporada a mis

planes de desempleo como un posible salvavidas. El frasco de donaciones para investigación animal en el quiosco: siempre un frasco diabólico del que burlarse, pero ahora parece más bien beneficios de desempleo libres de impuestos. El contenedor de basura de la compañía telefónica, casi olvidado cuando mi carrera como pirata informático no despegó, ahora la fuente de miles de números de prueba útiles; números para dar a la policía y a los gerentes en el mostrador de devoluciones de Tower Records. Mi ciudad estaba entregando cien bloques de construcción para lo que esperaba que fuera la Isla de la Fantasía, con alquiler gratuito.

Cada columpio se sentía profundo. Todo dio lugar a nuevos sentimientos, excitantes pero desenfocados. “La vida está en los detalles”.

Puede que sea eso. Dejando de lado distracciones como “GPA”, se desviaron un poco hacia abajo y hacia los lados. Al elevador de granos desbloqueado de la panadería. “La vida está en los detalles”... ahora lo entiendo. ¡Hola ratas!

La respuesta más común de los urbanitas al ver mi ciudad por primera vez: “¡Parece un juego de mesa!” Escuché eso tres veces. “Parece”, llegando a este verano cuando decidí que eso era lo que era. Tira los dados y aterriza en “CD caddy desbloqueado en farmacia”: avanza 3 espacios. Saque la tarjeta “Divertido contenedor de basura para empujar y soltar por la rampa de estacionamiento hacia el tráfico

intenso, ahora embotellado”; regrese 2. Pase “Go”, recolecte 200 –250 \$ con un guante de béisbol en el contenedor de basura. Ahora bien, si pudiera conseguir una de esas tarjetas para “Salir libre de la cárcel”, realmente estaría listo...

Mil tramas y planes inspirados, todo ello entre las comidas pagadas de mamá y mi cómoda habitación. Los padres son tan contrarrevolucionarios...

Fue una de esas charlas de “buenas y malas noticias”. Para celebrar la graduación, nosotros, la familia, nos iríamos de vacaciones a un hotel frente al mar en la playa. Otro escenario para saquear... Sin duda la “buena noticia”. Pagarían el billete, la habitación y todo lo demás... bueno, “¡Buena suerte!”.

¡Ay! Un suave empujón hacia las realidades económicas de la edad adulta. A la vez asombroso y peligroso. Visto por un momento como “la mala noticia”, pero no lo sé... ¿Quebrado y en llamas en un carnaval frente al mar? ¡Vaya, eso es sólo una soleada novela de “Elige tu propia aventura” en las calles! ¡Vamos!

El viaje en avión fue tranquilo y la habitación elegante. Un telón de fondo opulento para dos padres engreídos, que intercambian golpes furtivos sobre su inteligente plan. Sí, su hijo ahora se convertiría en un hombre. Al contemplar el vibrante espectáculo del lobby del hotel, ciertos elementos

de su plan ganaron mi apoyo. Mamá, papá: vuestro “amor duro” es conmovedor. Os amo, valoro esta retención de alimentos como una lección de madurez y ahora cruza el umbral hacia la edad adulta... ¡y las sobras de la mesa! Vi un futuro real en este enfoque...

Un papel activo real en el sueño americano: la “autosuficiencia” y las realidades económicas del mercado capitalista. Tenía notas mentales sobre esto. Compre barato, venda caro y, cuando la oferta supere la demanda, lama sus labios y sáquelo de la basura. En ocasiones había visto evidencia clara de alimentos comestibles descartados descuidadamente por los blancos. Los encontré en contenedores de basura mientras buscaba libros. Una o dos veces los había comido. La clase media colectiva se apretó el pecho y dio un paso atrás respecto de mi nueva estrategia: ¡subsistir a base de basura! ¡Ja! Cogí mi patinete. Había comida en este pueblo...

Si intentaron clavarlo, probablemente también habría un martillo en esta ciudad. Y si clavaban los martillos, yo estaba muerto...

El pavimento era liso, los peatones ricos pero descalzos, y ¿la gente alguna vez miraba su reloj en este lugar? No había ningún motivo para ello. Aquí, pensé, es donde la “fuerza laboral” cometió un desliz y me mostró demasiado para volver atrás: contemplar el sol frente a la playa y paseos sin rumbo a la sombra de las palmeras... De verdad: “nueve a

cinco”, después de esto. Emplear una política de “no cooperación”, en realidad, era la única opción en este caso. Patiné por el malecón. Éste era un lugar donde un chico podía olvidar sus “responsabilidades”.

Supuse que donde los humanos se congregaban y comían comida, ¡podrían dejarla caer! O girar la cabeza, o tirármela... Yo era nuevo en esto. Pero la esperanza se puso roja por la verdad, poniéndome en patinete por cada calle, persiguiendo a las multitudes en los patios, refunfuñando para que la gente se diera prisa y se fuera, ya sabes, mientras todavía tenían papas fritas en el plato.

Fue muy emocionante estar de pie frente a la colorida barra de ensaladas de Carl's Junior. Caminando hacia la basura, lo revisé todo buscando lo que sabía que había debajo de una caja de aros de cebolla aquí en alguna parte... Excelente.

“Saque el plato de la basura y coma”: consejo funcional de mi revista favorita. Fue una buena ensalada. Quizás la mejor ensalada de mi vida: colgada, tal como estaba, en su marco evasivo. Inmediatamente comencé a aplicar aplicaciones amplias y visionarias de placas de poliestireno como salvavidas. No hay razón para que no pudiera iniciar un recorrido interminable y tortuoso por mi ciudad natal, coleccionando platos, llenando tupperes con piña y comiendo cantidades injustas de ensalada en una barra de ensaladas de comida rápida diferente todos los días. O con ingeniosos

disfraces giratorios: “La comida gratis sabe mejor”; no soy el primero en decirlo.

Patiné todo el día bajo el sol, con la cabeza en un pivote, frotándome las palmas e ideando nuevas formas de explotar el paisaje.

“Señor, no se puede nadar en la fuente”.

Llame a la policía idiota: ¡estoy de vacaciones!

A ver... fresas en el contenedor del supermercado... Dios mío. Tortillas detrás de la tienda de alimentos naturales... una locura. Otra fuente extraña en el centro comercial, donde se podía encontrar a niñas pequeñas cerrando los ojos, pidiendo un deseo en silencio y lanzando monedas de veinticinco centavos. Cerré los ojos y me tomé un momento privado junto a la maceta para suplicar por la paz mundial y un dinero récord. ¡Tengo la mitad!

Buscando aventuras en el piso de arriba, me topé con algo completamente distinto. El cantante de mi banda heterosexual favorita.

“Aquí está mi número, pasaremos el rato”.

Eso es todo. Se acabó el experimento. Rick Rodney: ¡el pretexto legal vinculante para el desempleo y los viajes eternos! ¡Mírame y dime que me equivoco!

Me despertaba incontrolablemente emocionado e inmediatamente escaneaba el paisaje en busca del curioso drama que surge cuando eres joven, libre y, bueno, ¡en quiebra! La correlación era desconcertante y temí que el pensamiento analítico la acabara. La gente dejaba mucha comida en la playa. Como un extenso buffet a las 5 de la tarde. Un trágico desperdicio de alimentos mientras los niños pasaban hambre en África. Los niños hambrientos en la suite #203 frente a la playa derramaron una lágrima de tristeza ante la injusticia de todo esto, ¡y no dejen que se desperdicie nada!

Una semana de sol, arena y patinete. Dorado con la gloria de no gastar ni un centavo ni un momento empleado. Mi plan para “repetir” el curso durante (oh, no sé, varias décadas) estaba en vigor.

Y el agente de un peligroso cambio de paradigma. Como la tectónica de placas del punk-rock. Mi volátil experimento fue burdo pero concluyente: “Pagar es opcional”. Sentí una eventual erupción de una dependencia irreversible de las migajas de la clase alta. No sentí vergüenza y sólo pregunté: ¿Esto está mal?

De regreso a casa, encontré que mi ciudad todavía carecía inquietantemente de gente pobre desempleada. No por mucho tiempo, Sr.

¡Ciudad, sólo espera!

Renovado y de vuelta a las calles familiares... Mi plan en evolución para las “vacaciones de primavera 52 semanas al año” era casi militar. Iniciar operaciones encubiertas en lo profundo del territorio hostil (banquetes en hoteles a las 10 a.m.), neutralizar a los agentes traidores de la Amenaza Roja (gestión minorista), profundizar la diplomacia estratégica con funcionarios de alto rango en climas políticos sensibles (chicas de mostrador en tiendas de bagels) y financiar ¡terrorismo (suburbano) con dólares de los contribuyentes! Movilizar las tropas. ¡Tengo hambre!

Unas cuantas docenas de listas y bolsas de basura rotas contaron la historia de un chico que había leído un libro en el paseo marítimo y no estaba dispuesto a darse la vuelta... luego falsificó un certificado de regalo para su negocio y le robó la basura. Mi perturbador paso hacia el estatus de parásito suburbano estaba progresando muy bien. ¡Un día, al sol, encontré un contenedor entero de productos horneados! Y si el 1 de septiembre llegara sin refugio, habría camiones de reparto cercanos donde dormir. Sin una gran casa, tal vez una fiesta de pijamas o algo así...

Cada día, el medio ambiente me arrojaba estas posibilidades y proporcionaba comestibles. Los miraba, los escribía en el cuaderno, me golpeaba el pecho y luego me escabullía a casa en busca de las “migas” y los “escombros” preparados que recogía de la porcelana de mamá. Al igual que la marihuana para los subversivos, los mecanismos neutralizadores de la oposición se presentan en formas

tentadoras. Pero había visto el interior de un contenedor de basura y cada vez más lo comía. Como las comidas de mamá, pero revestidas con ese atractivo de “vencer al sistema”... Mastiqué la comida lentamente en el transporte público y pensé: cuando cenar es una aventura, sólo los aventureros comen realmente. El resto simplemente se está llenando el estómago.

Creo que mis padres estaban un poco preocupados. ¿De dónde saqué la pizza y las patatas fritas caducadas?

Mamá, papá: los criminólogos forenses explican que los humanos dejan un rastro invisible de células capilares y cutáneas donde quiera que vayamos. Es así, pero con el comercio como cuero cabelludo. ¡No puedo explicarlo, pero se siente tan bien!

Mis padres casualmente dejaron caer recordatorios de la fecha límite (1 de septiembre): “Trabajo o escuela”. Un corte de cerradura en la jaula, luego un intento de atraerme de regreso. Necesitaban un mejor cebo. ¡Y yo necesitaba una propiedad abandonada frente a la playa en unas seis semanas! Tic, tac... ¡Casi podía escuchar la melodía de Jeopardy!

Seis semanas... Fueron necesarios unos seis minutos. Atravesando el parque, pasando las canchas de tenis, más allá del corral muy inseguro donde se guardan los marcadores del campo de béisbol, y bajo la interestatal.

Parecía “demasiado bueno para ser verdad”: una mansión abandonada frente al mar...

O eso es lo que me dijeron los chicos. A quienes sacudí para obtener información en mi campaña, a los que me acerqué amenazadoramente con mi plan de alquiler gratuito y los sometí a llaves en busca de respuestas. Mi primera pista: estaba electrizado, un aspirante a fugitivo en llamas. Y una mina de oro, ¡enorme y en el agua! Al menos una casa de un millón de dólares. Pero cuando aflojé las correas de la silla y bajé el látigo, cada uno contó una historia diferente sobre esa casa. Generalmente termina en arresto. Algo sobre “patrullas policiales”, pero ya estaba perdido en la injusticia de eso. ¿Había llegado hasta aquí para dejar que mis sueños quedaran aplastados bajo la bota de un policía? Policías malos... Miserables guardianes de los “derechos de propiedad”, nunca de los derechos humanos. El plan en marcha era una herramienta de robo contundente. El derecho a ignorar la ley, ¡el único que nunca podrán quitarnos!

¡Pásame la palanca!

Me colgué de la valla. Pastel, brillante y macizo; como dijeron los niños. Pero si uno no puede acercarse a menos de 50 metros sin un cortacables, y una noche en el interior es una mañana en una celda, ¿es realmente un hogar? Miré la mansión perdida, triste pero empoderada. Eso era todo: una prueba de siete cifras de que la ciudadanía imperial

descartó una casa entera. Gime... Gente blanca: una especie de relación de “amor/odio”.

Continué patinando con mi capucha. Patinando, explorando, persiguiendo rincones desapercibidos, defectos de diseño arquitectónico, migajas más grandes. Sin un marco de referencia –o evidencia de que el desempleo militante tenía uno– me cuestioné si lo estaba “haciendo bien”. Me pregunté si Robin Hood alguna vez subsistió durante días enteros comiendo palitos de pan de barra de ensaladas u holgazaneando junto a las muestras gratuitas de productos agrícolas. ¿Y dónde estaban las duchas universitarias?

Verás, las preguntas fueron muchas...

Erica no tenía ninguna de las respuestas, pero admiraba a su ex novio de la secundaria y su triste descenso a los pozos de la miseria... Ella no estaba ayudando tomándome de la mano, remolcándome hacia el centro de la ciudad y hasta la caja registradora de un buffet restaurante una noche, ¡luego continúa sin parar! Instrucciones interactivas directas sobre una prometedora estafa de comida gratis, la mejor que he visto en mi vida. Bien, entonces, ¿pasta y ensalada de autoservicio?

¿Se permiten segundos, o incluso se alientan? Los cálculos rápidos lo confirmaron: ¡oh, sí, esto fue gratis! Me retracto de lo que dije, Erica tenía una respuesta. Tanto sufrimiento

en el mundo... y visible desde nuestra posición encima del dispensador de bebidas: ¡tantos cítricos! Mi sencillo desafío al anarquismo: ¿quién cortará el kiwi?

¡Erica complementó la comida gratis confesando conocer una casa muy abandonada y encantada! Después de unos cinco platos, me llevó allí. Valla blanca, vacía y ocupada por muertos hostiles. La historia abreviada, explicó, incluía una puerta giratoria de residentes, cada uno de los cuales era víctima de violentos ataques paranormales. ¿Vivir allí? De ninguna manera, dije. No te rías, cállate y no. Eso es todo.

Era, pues, una pista sin salida; pero con implicaciones color de rosa. Como una prueba más para mi eventual demanda contra los suburbios por incendiar 9/10 partes del mundo, arrastrar su cadáver a casa y tirarlo a la basura.

Y una prueba inspiradora de que, en caso de fracaso en esta vida, había esperanza para todos nosotros en el otro lado: la renta gratuita eterna. Entonces, realmente, ni con la palanca ni con la navaja, los niños no pueden perder.

Entonces... la encontré. Una casa. Durante todo el verano mi búsqueda tuvo un alcance demasiado limitado. La juventud suburbana me había decepcionado, obligándome a alcanzar los niveles más altos de sabiduría del bricolaje, y lo lograron.

¡Gracias abuela! Me dirigió detrás de Safeway y allí estaba. Al final de un centenar de apasionados chantajes de amigos y extraños en busca de pistas sobre propiedades abandonadas, apareció una bola de basura gigante y estructuralmente defectuosa. Detrás del centro comercial. Llámelo una vergüenza para la orgullosa historia arquitectónica de Estados Unidos, llámelo casa, ¡pero no lo mencione según el código! Podrías señalar las ventanas rotas, sostener en alto una botella vacía de 40 oz., desde el porche y mirarme con una ceja levantada; pero nunca me convencerías de que las tablas no estaban adornadas con oro, de que esto no era la esperanza misma.

Me deslicé por un agujero en la cerca detrás de Safeway. Era una belleza tapiada, con tablas donde deberían estar las ventanas, un marco astillado donde debería haber un cerrojo, malos grafitis donde deberían estar las paredes de la cocina, y sentí que tal vez allí es donde debería estar. Tal vez esto podría funcionar. No lo podía creer y lo sentí como una victoria... con una infraestructura realmente débil. No estornudes. Como toda basura, Trash House (Casa-basura) necesitaba un refuerzo positivo y recuperar su autoestima. Podía escuchar su triste canción, esa triste canción de descartes que resonaba en todo Occidente: “¡Danos respeto!”.

Imagínense la traición... Era una casa triste. Froté sus paredes derrotadas, sabiendo que esta asociación simbiótica la elevaría a la gracia y a mí a la desgracia. Metas

polares, camino singular. Compartimos el vínculo de los marginados. Tal vez todavía no había sido desechado y escupido en la basura social, pero si mi plan prosperaba, ¡estaba en camino de ser justamente eso!

Tiré 9/10 de lo que tenía y guardé el resto. Es hora de cosas más grandes...

Cuando el complejo de apartamentos de al lado dejó una escoba junto a la piscina, la robé y pasé largos días limpiando escombros. Latas de cerveza, fragmentos de paredes destrozadas, prendas de vestir femeninas que cuentan una historia incómoda. Si pudiera instalar una cerradura en la puerta y colocar algunos carteles, la decoración de la Trash House estaría a la altura de la de una casa orgullosa de punk-rock. ¿Pero ahora? Escena de muerte con hacha de película de terror. Un pensamiento taciturno en mi radiante gloria, pero miro en el reflejo del espejo del baño las dos palabras en la pared adyacente: “Red Rum” (Ron rojo). Relajarse en una casa sin luz solar. Como una de esas tácticas de infundir miedo de un villano de Scooby Doo en su burdo intento de ahuyentar a la pandilla del lugar de su operación criminal ilícita. ¡Yo era el “chico entrometido”! Bueno, seguro que es aterrador. Mejor cierra la puerta...

Más tormento vino en la ciudad de la abuela, no en la mía. A mil kilómetros de distancia en estética y encanto, aunque sólo sea una docena en coche. Un suburbio que carece de suficientes gimnasios gigantes y elaborados para ganarse el

respeto de los demás. ¡O el mío! No hay fuentes públicas, ocio frente al mar ni sofisticación intelectual.

¡Sólo un extenso escenario pavimentado para que miles de jóvenes agotados caminaran en círculos, chocando unos con otros, fumando y pintando con spray mi casa! Oh bien. Unas pocas semanas y sería dueño de esta ciudad. Podría esperar mucho tiempo para explorar la universidad... pero no la basura. Mi Casa de la Basura se encontraba en una ciudad con la anómala cualidad de no albergar basura. No en contenedores. En una capa de una pulgada de espesor en el piso de mi sala de estar, no en contenedores de basura. Sólo callejón tras callejón de una planificación urbana escandalosamente deficiente. Odio los compactadores de basura. Este fue el verano en el que me comprometí a confundir permanentemente la basura con la comida, así que esto era fatal. Salvo intervención militar y lanzamientos de basura de emergencia, ¡estaba muerto! ¡Ayuda!

Aunque era nuevo en el mundo de la pobreza, disfrutaba de una comprensión conceptual muy vaga y desenfocada de la puerta trasera del “mendigo en la calle”: el crimen. Esto no es Kerouac. Siempre estuve un poco obsesionado con las estafas. Los delitos de ocio en la escuela secundaria me habían enseñado la “estafa de devolución de Tower Records”, el “Abrir, quitar contenido, volver a sellar y devolver”, el “Super dólar” y el “Cheque de reembolso de teléfono público”. A los 18 años, traducidos respectivamente como “Ya no son bienvenidos”, “Ya no son

relevantes”, “Ya no funcionan” y “En la lista negra”. Mi barriga gruñó.

Cuando las cabezas se volvieron, tomé prestadas dos botellas vacías de jabón para platos del gabinete de la abuela. Mi revista favorita ofrecía orientación a partir de este punto. No tenía dinero así que seguí instrucciones paso a paso con la atención frenética asociada con esta condición. “Llénelo con agua tibia”, está bien. “Saturar el agua con sal”, Mmhmmmm. “Agítalo”, cierto... A las 2 de la madrugada me deslicé hasta el restaurante de mariscos, miré la máquina de Coca-Cola de arriba abajo, solté el grito de guerra y vacié las botellas en la ranura del dólar.

Los apaches arrojaban lanzas a los trenes de mercancías, nosotros apuñalamos las máquinas de Coca-Cola con agua salada. Los circuitos chisporrotearon cuando la pantalla retroiluminada parpadeó. La máquina y yo nos entrelazamos en una conversación. Ella zumbó, yo chillé.

Ella siseó y farfulló, yo me reí y reboté. Ella escupió humo, aplaudí. Ella me miró.

¡Entonces escupió todas sus monedas! ¡Fue tan emocionante! Mis bolsillos estaban abultados y una linda bolsa de camisa improvisada contenía lo mismo. Ella lanzó una mirada distante, aparentemente aturdida, y después de un incómodo momento de silencio, hipó. Soltó una Coca-Cola. Luego, cerró los ojos para siempre.

Lo recuerdan varios LP de vinilo en el garaje de mi mamá y esta profunda lección: Al sistema hazle cosquillas, frota el lugar correcto y el mundo es tuyo...

Nunca lo admitiría, pero tenía derecho a una estafa constante de comida gratis: “Abuela”. Mi reticente cómplice. Aunque la culpa por la estafa creció a un ritmo constante, al ritmo de mi creciente disgusto por su facilidad. El vientre exigía comida, pero exigía que fuera peligrosa. Una noche me colé en Albertson's, cogí una bolsa de patatas fritas con la cara seria y, ¡vaya!, ¡salí! Prueba de que la distancia más corta entre dos puntos es, de hecho, una línea recta.

Esa noche, desde mi asiento tres cuadras al norte en la parada de autobús, vi la locura del sábado noche y comí mis patatas fritas... sazonadas con peligro. Llegaron autobuses, pero los dejé pasar. El pueblo tenía mi atención. En ese banco, me senté más firme en mi creencia de que todo lo que cualquiera necesita es comida gratis y ojos muy abiertos. Fue un verano para aprender ambas cosas.

La noche era joven y acogedora. Tomé algunos autobuses hasta mi antiguo barrio, mi centro comercial familiar. Yo era dueño de esta ciudad. En la puerta trasera del restaurante buffet se leía “Alarma”, pero no sonaba. Comí su sopa, profané el paisaje y ocupé de manera antideportiva un stand entero. Marque este como el verano en el que los chicos lo robaron todo. El “espacio privado de propiedad comercial”

parecía un comienzo necesario. Dispuse mis fanzines y libretas. Había esperanza en este paisaje, los clubes de campo y los restaurantes... nada de eso creó para mí, pero estaba en la mejor posición para fingir que así era. Por ejemplo, Albertson dejaba el paso sin obstáculos desde el estante hasta la puerta como caridad para los criminales. Techo de apartamento con vistas a la ciudad: encargado por la municipalidad como lugar de descanso nocturno para los desempleados y soñadores. Y esta barra de ensaladas... no es necesario fingir. Mira la puerta trasera y di que no es caridad ¡Ahora mírame a los ojos y dilo!

“Si pagar por la comida cambiara algo, lo harían ilegal”. No pagar por ello lo estaba cambiando todo.

Paredes delgadas alrededor de lo que sabía que era emoción. El sabor de la comida en sí. Amenazas implícitas de fatalidad hacia los desempleados, ahora una broma graciosa tipo “ja, ja”. ¡Levanté un vaso de té en memoria de una época en la que el hambre nos tenía a todos mortificados y tenía como rehenes a nuestros consumibles! Las verduras de hoja verde cobraron vida esa noche, pero el contexto de hacerlo un sábado por la noche en el suburbio más de moda del Estado simplemente se sintió mal... y, en consecuencia, ¡tan correcto! Una sensación de triunfo que la psicología no puede explicar.

Mi libertad estaba en su comida. A partir de ahora lo que quiero lo tomo. Eso es todo. Esta comida me provocó un daño cerebral que me fortaleció gravemente.

Pero los riesgos en mi enfoque eran claros. Recoger comida y correr, asaltar máquinas de Coca-Cola en calles concurridas, irrumpir en la barra de ensaladas todas las noches... y en su sabiduría y sostenibilidad, la “mercancía en pantalones/mochila” estuvo cerca de envolverse en alambre de púas y pisar una mina terrestre. De continuar con este rumbo, la “ley de los promedios” pronto amenazaría con un enredo imperial con otra “ley”. Los amigos con este enfoque amateur estaban siendo eliminados por “El Sistema”, neutralizados por los tribunales y retirados penalmente por 18 años. De ninguna manera. Mi cronograma aproximado de futuro cercano presuponía la existencia de buenos libros y un sol cálido durante al menos los próximos diez años, por lo que esto era inaceptable. Estaba buscando respuestas a esta pregunta sobre la “longevidad”. Sólo sabiendo: “Es hora de pasar a la clandestinidad”, o al menos pasar desapercibidos.

Partes cruciales de mi investigación: 1) dirigir todas las conversaciones hacia estafas, 2) exigir abruptamente información a personas que conocí en los contenedores de basura y sus alrededores, 3) recoger migajas de consejos de cien revistas oscuras y 4) inducir la hambruna y observar mi ¡Próximo paso de cerca! La investigación es asombrosa.

Solo buscando “longevidad” y luego descubriendo una inmoralidad criminal absoluta, jadeé, y fue lo último que su mundo escucharía de mi dirección...

La respuesta está en mi fanzine favorito. Un documento de un espíritu afín de la otra costa, que durante meses me afectó profundamente con historias conmovedoras de, bueno, ocio bajo el sol y golpes en las calles. Enterrada en las páginas escritas a mano había una joya que pasó desapercibida: “la técnica de la mano izquierda”.

De alguna manera pasó por alto las primeras veinte lecturas y permaneció humildemente en la página, sin exigir atención ni hacer promesas. No, para notarlo había que estar desesperado. “El pastoreo militante en contenedores a granel” era encantador, pero ¿era una amenaza? ¡Lo quiero todo!

Con gran atención al detalle y aplomo, entré en Albertson's. Llevé una pequeña bolsa de patatas fritas al mostrador, las sostuve casualmente a mi lado, debajo del mostrador y fuera de la línea de visión del cajero, cogí un plátano con la otra mano, choqué los cinco con Dios en mi cabeza y...

“¡Ey! ¿Qué pasa con las patatas fritas?”

Ups. Las partes que quedaron fuera del zine. El cajero sintió que había sido un error honesto y fingí sorpresa

cuando me “recordaron” que en realidad estaba sosteniendo una bolsa de papas fritas. Fue todo muy agradable.

Al regresar a casa de la abuela, realicé ingeniería inversa en la mecánica de la mano izquierda, descubriendo indicios de genialidad... El crimen y yo teníamos una especie de entendimiento.

Al acercarme al mostrador de Albertsons al día siguiente, no sé qué decir... Las cintas de las cámaras de seguridad revelarían a un niño sonriente con una manzana, bagels, una gran postura y, espera un minuto, la Virgen María, madre de... ¿qué está sucediendo?

Eran buenos panecillos.

Era un nuevo amanecer... Cada cuadra albergaba un supermercado, y yo corría en círculos rabiosos, tomando comida que no necesitaba y agitando botellas de jugo de zanahoria al cielo. Con una manzana y veinticinco centavos en una mano, colocaba en la otra –oh, no sé, lo que quisiera– completaba la transacción, hacía un comentario críptico cargado de soberbia e insulto (“Gracias”), ¡y sal! ¡Demasiado sutil para parecer criminal, demasiado simple para el intelectual de la alta sociedad, demasiado libre para ser legal y demasiado correcto para equivocarse! Estaba entrando “solo” en el negocio de la comida vegana: gastos generales

bajos, espacio para avanzar y beneficios de jubilación... bueno, la jubilación a los 18 años fue el beneficio.

Poco impresionante sobre el papel, su sutileza no se traducía. El genio se revelaba en el acto. Una docena de éxitos en una semana y estaba quedando claro. La lógica y la psicología de la técnica de la mano izquierda eran casi brillantes: al no ocultar un artículo muy fuera del marco de referencia del mundo minorista, su paradigma de robo no lo permitía. “Zurdo” parecía la respuesta de vanguardia del criminal a los agentes encubiertos de prevención de pérdidas y la videovigilancia de alta tecnología. Muy de los 90...

Quién, qué, dónde... Entendí estas cosas. ¿Pero cómo funcionó? El escrutinio reveló una brillantez simple. Una vez que una persona se pone en fila, en realidad ya no es sospechosa de ser un ladrón. Los ojos sospechosos asumirían que una persona tiene la intención de pagar por lo que lleva. El cajero nunca ve lo que estás robando, la “prevención de pérdidas” ya no te interesa, nunca ocultas nada, el cajero está contento, tú estás contento... Un verdadero punto medio afectuoso para ambas partes.

Una vez entrenado y en “buena forma”, supe que esto era algo así como el vértice soñado de la fantasía del robo en tiendas: el crimen sin riesgos. En pie de guerra, los episodios de detección de 1 de cada 50 fueron invariablemente interpretados como un error honesto. Digamos que el

mostrador era demasiado bajo o el cajero demasiado alto, vieron la comida en mi mano y dijeron: “Oh, ¿ya pagaste por eso?” ¡Ups! Je... le daría un golpe en la frente a Sammy y le diría: “¡Olvidé que tenía en la mano esta leche de soja!” Un error honesto: ¡exactamente lo que parece! Los cajeros y yo disfrutamos de varios momentos conmovedores de risa sobre esto. Dios mío, ¿dónde está mi cabeza hoy?

Epílogo: El jugo fluyó, los márgenes de ganancias se desplomaron, yo era dueño de todo, etc. etc.

El capital de cinco centavos que exigía mi nueva línea de trabajo fue un compromiso. En conflicto con mi plan de gastar sólo los centavos que se depositan en las cajas de billetes de autobús para conseguir el convincente efecto “tintineo”. La irritación se vio agravada por el hecho de que Tower Records se volviera obstinadamente rebelde con un chico que sacó un recibo de la basura, el CD correspondiente del estante y me pateó 16 dólares. La campaña de larga duración en la escuela secundaria está dando su último aliento. Los grupos de consumidores no reaccionaron y me dejaron bebiendo descafeinado en el Burger King, contemplando la lluvia y anhelando los días de fines de semana de tres cifras. Hacia el final, la concesión de un “reembolso” era imposible sin exigencias firmes y amenazas indirectas: “¡Déjame hablar con un gerente!” –y en la escena final de la derrota, cuando saqué 16 dólares de mi bolsillo, el agente de prevención de pérdidas se desenmascaró y me hizo a un lado para susurrar que había encontrado mi

devolución “sospechosa”. Fingí conmoción y consternación después cuando el cajero me ahogó con disculpas: “Lo siento mucho, ¡ese hombre se pasó de la raya!”. ¡Una inspección más cercana no revela una derrota, sino un testimonio alentador del “Hombre” mismo! Incluso cuando “saben”, en realidad no lo saben, ¡y nunca lo demostrarán! Encontré una alegría delincuente en el humo de sus oídos.

Burger King hacía mal café. La vista de mi ventana ofrecía la escena arquetípica de los suburbios del oeste: Safeway y Rite-Aid. Y los botes de basura afuera... Fue un momento crucial. Mi cinta Earth Crisis se agotó y un reemplazo proporcionó 8 \$. Mouthpiece 16 \$, Undertow 24 \$... Era demasiado.

Mi teoría comprobada de Tower Records hablaba: donde la gente compra, la gente tiene recibos, y donde la gente tiene recibos, la gente los deja caer, los tira, o les da la vuelta cuando se enfrentan a movimientos sugerentes de corte en el cuello, o algo así. No tengo dinero.

Poco después de pensarlo, estaba sacando dos cajas de Cap'n Crunch del estante, las puse en el mostrador, presenté el recibo del contenedor de basura con una sonrisa y salí con 10 \$. A partir de mis recientes estadísticas sobre delincuencia, lo más cerca que estaría de conocer el precio de los alimentos. El recibo de caja: prueba legal de compra en los 50 estados, las cadenas de tiendas respetadas en todas partes valoran las relaciones con niños que

simplemente no querían sus “regalos de cumpleaños”. ¡O cereal a base de maíz sin Crunch-berries! De ninguna manera, ¡exijo un reembolso!

Por supuesto, las farmacias y los supermercados... Los padres dicen: “Elige algo que disfrutes y hazlo para ganarte la vida”. El placer en esta temporada de posgrado tuvo un valor de shock suburbano: saquear contenedores de basura, tirar basura, hacer fuertes ruidos metálicos desde el interior de los contenedores, comer alimentos desechados en lugares públicos y atacar a los empleados que recogen la basura con comentarios desagradables desde el interior del contenedor de basura. Esta etapa previa a la edad adulta me trajo pensamientos sobre lo que “haría con mi vida”. La familia lo preguntaba y finalmente pude sentarme un poco más alto con mi respuesta: “Excavar en los botes de basura”. Cualquier confusión sobre la “rentabilidad” de la basura se disiparía con una explicación de los puntos más delicados: “Sacar los recibos de la basura, robar el artículo, devolverlo”, etc. Mi lenta afluencia de vinilo y la naturaleza lucrativa de los productos disponibles. Estacionamiento de rodillas y rodillas buscando ese premio de dos cifras, ambos exigían mi atención. No sentí la necesidad de “hacer los cálculos”. ¿El trabajo? ¡Me lo llevo! Esta era la semana laboral de 4 horas, como máximo.

Cuando vaya de compras, mire debajo del automóvil antes de salir; es posible que haya un recibo debajo.

¡Y podrías cortarme el brazo!

“Zurdos” y “La estafa de los recibos”: pilares gemelos del edificio del desempleo. Llámelo la respuesta a mi última pregunta, o simplemente llámelo el final del trabajo. La vida era rica en opciones, el escenario ahora estaba preparado para cualquier sueño. Y en este nuevo mundo, todo parecía posible...

La abuela era muy dulce. Mi habitación amueblada ofrecía sábanas con aromas florales, un colchón blando, un combo de TV/VCR y otras distracciones contrarrevolucionarias para promover la agenda de la abuela sobre el nieto burgués. Sentí que mi explotación de la clase media como un trampolín hacia la pobreza estaba justificada. Salía el sol y era una pequeña tormenta de libretas y juegos de pies (abrir cerraduras, preguntar dónde ducharme) que alineaban los intrincados detalles de mi plan. Dios mío. Actualizar la vagancia fue difícil...

Una semana después de haber iniciado mis preparativos (arreglar Trash House, crudos intentos de “reembolso” de mercancías en la basura y comer palomitas de maíz desechadas en el cine), la abuela me preguntó mis planes. Había evitado eso. ¿Planes? Más un sentimiento que un plano articulable. La reducción a un lenguaje de construcción humana sería una injusticia en sí misma, un insulto a la vida por intentar digitalizar las emociones más crudas a la cruda vaguedad del intercambio hablado...

“¡Vivir en la casa abandonada detrás de Safeway!”

Genio lingüístico. Y creo que la abuela tenía palpitaciones.

Esa noche, al caminar por los estacionamientos y las calles laterales de mi nueva ciudad, sentí que era el escenario de la posibilidad de cualquier cosa. Buenos libros y malos grafitis. Amplias sonrisas y escapadas estrechas.

Probablemente había estado ahí todo el tiempo: este oscuro camino de vivir del exceso, de explotar las lagunas. Todo el tiempo, justo debajo de la superficie. Como los túneles de vapor debajo de la UCSD sin un mapa de amplia circulación. Dibujé el mío: la “X” marca la puerta abierta. Principalmente caminaba a tientas en la oscuridad, insultando a los dueños de negocios y acabando con mi orgulloso linaje ancestral en un naufragio en llamas. Nunca tendré hijos y, salvo un colapso prioritario, el capítulo final de mi apellido será... “Dumpster Diver” (Buzo de basura).

Los futuros genealogistas se caerán de sus sillas, pero los documentos amarillentos y los obituarios no captan los matices. Quiero decir, encontré varios cientos de libros y LP en el contenedor de basura de la librería. Los descendientes de la familia no extenderán mi memoria y estatus con el cálido elogio de, digamos, “Presidente”, pero en realidad, ¿no fue esto algo que me ayudó a crecer para ser ese tipo? Y la presidencia está sobrevalorada. Tiene que pagar por los libros.

Llamé a Molly. Ella había terminado nuestro romance en mayo anterior en un momento conmovedor: “Conozco tu filosofía de la vida, ¡está mal!”. ¡¿Abrazos no drogas?! ¡Ese es atemporal! ¿No se derretiría nuevamente en mis brazos al enterarse de mi Casa Basura? Poverty Trash House (Casa de Basura Pobre), comer basura... Le susurré todas las cosas correctas al oído. Se podría decir que volvimos a estar juntos.

Molly era una “Chica del Valle”: el mito, la leyenda, el código postal lo demuestran. Casa grande y cabello largo, y la mecha azul no te engañó ni por un minuto. Me engañó, no a ti. Un padre de la “industria” de Hollywood mantenía el estéreo actualizado y los armarios abastecidos. Cuando papá no estaba en Hollywood, y yo no estaba sacando bolsas enteras de productos de Hollywood de los contenedores de basura de los videoclubs, me arrastraba hasta Molly's para comer esa comida de la alacena. Y cuando termine, usar ese estéreo para poner CD y casetes: un posible defecto en mi plano. Las notas sobre el tema ofrecían una solución no probada: “Sala de ejercicio de un apartamento de lujo después de medianoche”. Totalmente consistente con mi nueva visión del mundo que afirma que soy dueño de todo. Mientras tanto, Molly fue mi respuesta. Molly fue la respuesta a muchas cosas. Cuestionamientos profundos sobre los efectos prioritarios desorganizadores de la riqueza y los suburbios. Sencillas verdades de lo que dicen sobre las chicas católicas. Principalmente respondió preguntas sobre

comida, refugio intermitente y el valor de una red de apoyo para el fugitivo de clase. Si te resulta familiar, su único deseo es que no te acerques al centro comercial para preguntar si en realidad es la celebridad adolescente con la que la confundes. Ella entiende que todos los días Molly nunca había actuado profesionalmente. Excepto en el mostrador de devoluciones de Barnes & Noble: obtuvo oscuros premios por su trabajo allí. Molly: 10% punk, y el resto, bueno... eso se puede explicar. Verás, su padre tenía esta tarjeta de crédito...

Molly no fue amor a primera vista, solo la segunda frase: “Bucear en un contenedor de basura... eso es genial”. Nos conocimos en Tower Records meses antes, en el suelo junto a las revistas, durante el rodaje de mi proyecto de cine artístico. Le hice la prueba: ¿qué haré esta noche? “¡Estoy aquí para hurgar en la basura y filmarla!” Míralos a los ojos y di “contenedor de basura”. Me encanta esa prueba. Mis amigos y yo capturamos algunas imágenes conmovedoras de búsquedas en contenedores de basura esa noche para nuestro documental, regresando a casa con un auto lleno de basura robada... y el número de una chica suburbana que no salió corriendo gritando cuando se lo mostré...

Me preguntaba hasta dónde llegaría su “mente abierta” antes de explotar. Molly, dije, cuando nos conocimos, me zambullí en busca de CD; cuatro meses después, buceo en busca de comida, la cojo y la como. Molly pensó en esto y luego ofreció apoyo. Dulce Molly: mis planes futuros

incluyen ocupar un pedazo de basura llamado Trash House y ¡¡¡ un gran pedazo de basura!!! Molly pensó en esto y luego ofreció apoyo. Fascinante... Lo de Trash House apenas se sostenía. ¿Hasta dónde llegaría?

Molly estaba en la escuela secundaria, las preocupaciones por el estatus eran la fuerza que le dictaba detrás de cada pensamiento y acción, y no tenía idea de por qué le dio un espacio a un vagabundo en su cama, o cuando su padre regresó temprano, debajo de ella. Molly era inteligente. Sus amigas se jactaban de su novio, de su auto nuevo... Molly les hizo caso omiso a todas: “¿Coche? ¡Mi novio tiene su propia casa!

La siguiente vez que me vio, en la Trash House se sentó erguida y orgullosa. Había provocado golpes mortales a mis antecedentes penales y a mis relaciones familiares para reunir para Trash House un modesto botiquín de primeros auxilios. Martillo del garaje de la abuela. Clavos de la tarjeta de crédito a la puerta de la sala de mantenimiento del apartamento. Candados de un robo burdo pero efectivo en una farmacia. Pomos de puertas y mecanismos de cerrojo tirados en la basura. Destornilladores y pestillos. Cuerda y cartón. Y una escalera de madera del estacionamiento de un condominio, que recorrió varias cuadras para ser colocada humildemente a los pies de la Trash House. Extendí mi equipo, desconcertado. Bueno, ¿y ahora qué? Esto fue una improvisación total. Revisé mis notas, miré la Trash House y luego me agité: agitaba los brazos, hacía movimientos toscos

de apuñalamiento con herramientas robadas y golpeaba cosas.

Cuando el polvo se asentó, ella era, sí, todavía una Casa de Basura apenas erguida, pero ahora lucía una cerradura que funcionaba. Recibí a los invitados: la cerradura era para policías y amantes del alcohol. El cartón sobre la ventana retenía el viento. Linternas colgadas de cuerdas. Una pequeña radio en la esquina de mi habitación lanzaba poco a poco “basura” hacia “casa”. Y dediqué muchas horas nocturnas a recoger varias docenas de cajas de leche detrás de Safeway, mirar por encima del hombro y correr. La industria láctea explota a las vacas, los veganos roban sus cajas y fabrican muebles con ellas. Prueba de que dos errores, de hecho, constituyen un acierto.

La abuela, en ese momento, había caído en una débil complicidad. Ella donó un colchón.

Era una dulce casa. ¿Fui en ella el primero? Ciertamente no. Pero la dulce Trash House no respetaba a los demás, a los que pagaban el alquiler y la hipoteca. Esas relaciones eran de explotación y reducían una casa digna a un cascarón, una caja de televisión de clase media. Algo trágico, ya sabes, algo así como un escudo contra el mundo: La Trash House era mi puerta de entrada a un “Refugio”. Extendí la mano para tocar su puerta golpeada; juntos, éramos nosotros contra el mundo....

Me arrojaron comida en sus contenedores de basura, dejaron herramientas en los armarios de las escobas detrás de toscos mecanismos de cierre, colocaron un frutero en el vestíbulo de la estación con televisión (y se frotaron la barbilla buscando maneras de llevar esta caridad a los extremos) y tiraron una casa entera. Tantos regalos por ahí, mirándome con ojos tristes como si supieran adónde ir a partir de ahí. Esto fue muy confuso. Llevar comestibles a la boca y masticar, eso era sencillo. Pero ¿qué pasa con las calles mismas? ¿Era realmente libre de patinar sobre ellas toda la noche, escuchando mi walkman y trepando a sus tejados? ¿Sin tener en cuenta la forma adulta o “el futuro”? ¡Se acumulaban pruebas que sugerían precisamente eso!

Al reflexionar sobre el contexto de finales del siglo XX sobre un patinete robado, jugar en las calles parecía la verdadera amenaza. Y no comprar nada... detenerme antes de tener una rica experiencia o algo así.

Estos momentos “fuera del reloj” fueron volátiles. Cualquier cosa puede suceder. Y cuando dejé de ir a trabajar y me quedé unos minutos ahí, así fue. Una lección que se vuelve más clara bajo los puentes, en el paseo marítimo buscando barcos olvidados que a nadie le importaría que me los prestara. Nunca encontré un barco. Pero me entusiasmaba la posibilidad de que así fuera. Emocionado por todo. Porque en la “parte inferior de la escalera” esas eran mis opciones...

Fue realmente un gran acontecimiento, entrar en la Trash House con un saco de dormir sobre mis hombros, pasar sigilosamente por el agujero en la pared de la sala de estar, el otro agujero, unas cuantas docenas más... La linterna me llevó escaleras arriba hasta mi cama con forma de caja de leche, donde el plan tentativo de la noche era acostarse y dormir sobre ella. Era una cama cálida. Durante el momento de tranquilidad de mi “gran oportunidad”, cada sonido era un policía y cada borrador un fantasma, pero aun así, ¿alguna noche había sido tan absurda e impresionante?

Esa primera noche en la Trash House, me gusta pensar que el Gran Hermano se quitó el sombrero y agitó el puño ante mi imagen en el monitor. El camino hacia este lugar compartía genes con un pariente consanguíneo de “baile descalzo mal coreografiado por un sendero de vidrios rotos”. No siempre bonita pero sí bien peleada. Al final de este camino hacia la victoria del desempleo se encontraba... bueno, una gran habitación vacía llena de latas de cerveza. La seducción no se traduce.

Podía escuchar las palabras en voz baja de los chicos sobre mi escándalo suburbano a pequeña escala. Lo hice todo por los libros en la playa. Lo llamaron extremo, o simplemente triste, pero yo sólo lo conocía como la extensión lógica de varias premisas básicas. El enfoque de la vida de “pequeños hurtos y capuchas puestas”. Siempre piensas que hay un ceño fruncido que hace espuma en la boca debajo de esas

máscaras, pero tal vez nos estemos riendo... ¡Quizás nos estemos riendo de ti! ¡¿Alguna vez has pensado en eso?!

“Tenemos que encontrarte una nueva casa”.

En mi fiesta de pijamas de inauguración de la casa, me había olvidado de advertirle a Molly que Trash House era más basura que casa. Creo que estaba un poco traumatizada. Bueno, ¿en qué extremo de la palanca estaba ella?

Nunca había estado en un “triángulo amoroso”, pero sabía que siempre había una esquina herida. Lo mejor es mantener separados a los rivales de mi amor. Y para disipar la tensión, restarle importancia a mis sentimientos por el otro. Para Molly, Trash House era sólo un trampolín hacia cosas mejores, una casa abandonada en un suburbio más exclusivo. No necesitaba convencer a Trash House de nada. Sabía que el interés de Molly por mi novedad pronto se desvanecería. Probablemente justo después de que su raya azul desapareciera. Me senté en el ojo de la tormenta, sonrojándome. Atrapado entre un delito grave de ocupación de vivienda por un menor de edad. Me sentí cómodo allí.

“Tenemos que encontrarte una nueva casa”.

Molly era dura. Esa noche durmió en Trash House y fingió excitación. La mía tenía que ser contenida. Contexto general de ilegalidad, riesgo de colapso estructural... Romántico en

el tema, si no en el ambiente. Nos acostamos en la cama bajo la luz de una farola, saboreando esta absurda antítesis del “sueño americano” y la realización de un sueño más relevante: ¡el mío!

Arriesgarlo todo para perseguir la vida y luego chocar espadas con sus no participantes más apáticos: los bebedores. Los intentos de asalto comenzaron el viernes por la noche. Me balanceaba suavemente al ritmo de una canción agradable en la pequeña radio y la casa temblaba molestándome mucho. Le gritaba a la Trash House que exigir mi atención con fuerza no la llevaría a ninguna parte, que no podía vivir con una chica tan necesitada, y casi llegaba a sufrir bofetadas y lágrimas cuando escuchaba las voces. Desde mi ventana rota podía ver claramente grupos de jóvenes frustrados, recibiendo golpes de gran furia de la dulce Trash House.

Lo bueno de robar en tiendas es que uno puede elegir la opción más cara. Fiscalmente es contrario a la intuición, pero lo contrario es, no sé, simplemente incorrecto. Trash House estaba adornada sólo con lo mejor: las cerraduras y los pestillos más gruesos. Quizás rompan la cerradura robada de mi puerta robada, ¡pero necesitarán una palanca robada! Mirando desde detrás del cartón, observé la dramática escalada de tácticas, me mantuve firme y me comprometí sinceramente a nunca más acercarme a una propiedad abandonada sin lucir una bandera blanca, una funda de almohada de un contenedor de basura, un pañuelo

de papel del vestíbulo del hotel o algo así. Todos los poseedores de casas olvidadas serían educados si tomaran nota: probablemente estoy dentro.

Golpe, golpe, golpe... Un enfrentamiento tenso. Pero los chicos retrocedieron, se fueron a casa, dejaron de beber, o quién sabe, y yo pude volver a encender la radio y sentirme fuerte. En estos conmovedores momentos de entrada forzada, los propietarios contaban con protección policial. Los libertadores de propiedad teníamos... bueno, no sé qué teníamos.

Flechas Nerf llameantes. Esa fue mi única idea. Y no tenía idea de dónde conseguirlas.

Bum, bum, bum. La mafia regresó en 24 horas. Recordándome el cartel de la biblioteca de la universidad: "Si no comen en nuestra biblioteca, no estudien en sus cocinas". Nunca había dormido en o alrededor del mueble bar de bebidas de alguien y no merecía esto. Dedicación respetable, pero las bebidas eran tan cliché.

¿Qué es un espantapájaros eficaz para los bebedores edición estándar? Las latas de cerveza que había arrastrado a la habitación de al lado contaban la historia que tenía miedo de escuchar. Sí, había encontrado el lugar donde bebían los chavales y ahora vivía en él. Mira, sigo pensando que esto es mejor que el alquiler.

Todo mi conocimiento sobre la bebida: “Lo hacen los fines de semana”. El patrón era claro y me asustó. El viernes siguiente patiné en mi nuevo centro, golpeé el dedo del pie, hice collages de basura sin refinar de Kinko y asalté el centro de donación Goodwill, postergando lo que sabía que vendría: los chavales y sus botellas. Si bebieran en mi porche y dejaran esas botellas, el valor del rescate se destinaría a sacos de arena y grandes redes. No soy pacifista. Entré sigilosamente en la sala de recreación de un apartamento, filosofé en el jacuzzi, me sumergí en la piscina y luego di vueltas en círculos tapando los chorros con la palma de la mano. Yo siempre hago eso. Entonces dejaría de agitar los brazos y de chapotear, el agua se calmaría durante un momento absorbente mientras lo pensaba en el lado poco profundo, ¡y volvería a saltar al jacuzzi! Mis ojos pronto se volvieron pesados sobre los sofás de la sala de televisión. Inmediatamente me levanté para desafiar la necesidad de una construcción social conceptual conocida como “casa”, robé todos los cojines del sofá, me encerré en el baño y me fui a dormir. Juro que es nuestro deber cívico hacer estas cosas...

Los chicos ampliaron su campaña a los días de entre semana. La abuela comenzó a cerrar sus puertas mientras estaba en el trabajo, cortando efectivamente la mitad de mi suministro de alimentos. Me recuperé... hasta que ella también comenzó a cerrar las ventanas. Molly dejó de llamarme: yo no tenía teléfono. Finalmente se encontraron

trazas de basura dentro de los escasos contenedores de basura de la ciudad, la mayor parte pornográfica y ninguna comestible. Mi única amiga local se sumergió en la escena rave¹².

Cada vez más, Trash House me compartía con Apartment Restroom. Mi corazón sintió nostalgia.

Luego se unieron otras partes del cuerpo: cuerdas vocales no utilizadas y vientre gruñón. La otra máquina de Coca-Cola aislada de la ciudad, en el apartamento de la piscina, mostraba una lealtad corporativa ofensiva, mirándome con un silencio presumido y negándome obstinadamente sus cuartos, aunque la bañaba con agua salada dos veces por semana.

No se puede filosofar con las máquinas de Coca-Cola, lo intenté. Y en un vergonzoso acto de débil escapismo, corrí desde grandes trozos de cielo que caían hasta la pantalla de prueba de video de Toys R Us para jugar *Super Donkey Kong 3*. A mitad del juego: la máquina se reinicia. Tal vez un temporizador programado, pero sospechaba de política de empresa. Fue demasiado. Llamé a Molly.

Ella se lamentó dulcemente por mi grave condición mientras yo maldecía las fuerzas siniestras que conspiraban contra mí. Esperando palabras desgarradoras y una lágrima cayendo, en cambio ofreció diez días en su palacio en la cima

12 Tipo de fiesta de música electrónica. [N. d. T.]

de una colina. Las vacaciones trimestrales en Hawái... las había olvidado por completo. Caray, mi propia casa en mi antiguo barrio. Mantuve la escena en alto para detectar posibles fallos: OK, vecindario agradable, cerca del enorme centro de distribución de bebidas donde, después de medianoche, los geniales montacargas sirven bebidas gratis a pedido, reproductor de CD, en la principal línea de autobús... ¡Lo aceptaré! Vaya, esto podría conducir a un nivel más profundo de compromiso en nuestra relación, como a menudo pueden hacerlo los vislumbres del alma. Sí, estaba seguro de que su diario estaba por ahí en alguna parte, ¡e iba a leerlo! ¡No podía esperar! Y la comida... ¿podría comerla?

“No hay comida”, dijo. Sus padres sabrían que yo había estado allí. “Adiós”: la puerta trasera está abierta, no toques nada.

El amor florece y las civilizaciones caen en diez días. Mis diez días me incitaron a seguir adelante con indicios de ambas cosas. El plan era explotar el trabajo del padre de Molly, usar su casa como plataforma de lanzamiento para encontrar la mía, entrar y vivir allí. ¡Diablos, mientras sea joven, hagámoslo enorme y cerca de la playa! Seré “práctico” cuando la vida no sea tan genial.

Diez días para encontrar una casa... Estos dramáticos episodios de “la vida o la caja de cartón” me parecen fascinantes. Como una de esas películas de los 80 donde el

tipo tiene exactamente 24 horas para gastar un millón de dólares, excepto que la mía era una carrera sin dinero para no gastar dinero con el objetivo de no gastar dinero en nada nunca más.

Entonces, realmente, no hay analogía ahí. Las tácticas planificadas se basaban en una premisa esotérica de estadísticas teóricas de acertar o fallar: patinar por cada calle en busca de una casa, con fe en la probabilidad de verla eventualmente, tropezar con ella, mil monos en una habitación durante mil años escribiendo un historia al respecto, o algo así. No lo sé, nunca había hecho esto antes...

Unas vacaciones con “todos los gastos (no) pagados” en mi ciudad favorita. Sentí que las vacaciones de Molly estaban un poco equivocadas. En paralelo, sospechaba que “Hawái sin 10.000 dólares” carecía de la mitad de la diversión y todo el drama de “Hometown solo con pasión”. Aprecié esta teoría, luego abrí la puerta y seguí adelante...

En el fondo de un contenedor de basura: una bolsa entera de juegos de Nintendo, mi primera noche en Molly's. “Cada experiencia se enriquece al tener que luchar por ella”, la lección más evidente de autosuficiencia. Dos voluntarios ancianos combatientes no hicieron que la pelea fuera menos: ¡estaban listos para derribar! Bueno, tengo los juegos de todos modos. Mi teoría era que la lucha también enriquece el juego en sí, pero nunca probaría esta teoría. Nintendo era bidimensional y necesitaba dos sentidos como

máximo. Yo tenía 18 y voluntariamente me había rendido a una nueva adicción: la experiencia sensorial completa. El mantenimiento de la mayoría de las adicciones diabólicas exige dinero. La mía suplicó la ausencia del mismo. El juego de Star Wars era tentador, coqueteaba conmigo desde el bolso. Pero fuera de la televisión, tuve una pequeña y divertida guerra (intergaláctica) con guardias de seguridad (Imperiales) que gruñían en el centro comercial (Destructor Estelar), como si deslizarme por el espacio entre las escaleras mecánicas con mis calcetines alguna vez lastimase a alguien... Superé ese nivel cada vez. Avanzando a... bueno, esa era la mejor parte: ¡nunca lo supe!

¿Y esas peleas locas y divertidas que mencioné? Estallando por todas partes, haciendo que los suburbios vuelvan a ser divertidos. Pequeñas y furiosas nubes de polvo en las que sólo se ven brazos y cabezas que se agitan y emergen parpadeando en ángulos antinaturales. La nube se disipa... ¡y tengo tu comida! En realidad, nunca la tomaría de otros.

Sin embargo, la comida en los estantes de las tiendas que no está asegurada se considera de dominio público y probablemente la comeré.

Cuando estalló una tormenta, mis juegos y yo nos metimos en el elegante centro comercial para encontrar un ritual de riqueza extraño y antinatural: cientos de personas cenando cocina gourmet internacional en el exclusivo restaurante, luego se levantaban a mitad de la comida y simplemente se

alejaban. ¡No podría explicarlo, pero podría comerla! Mi esfuerzo de lucha fue enriquecedor más que la experiencia, y también el sabor de la comida en sí. Mmmmmm... Papas fritas en aceite de maní. El aceite de maní es clave. Las tácticas escalaron hasta convertirse en un reconocimiento real entre salas de comidas específicas: primero mirar por encima de los hombros, identificar artículos sin carne, confirmar el estado vegano en la mesa respectiva y luego simplemente murmurar vagas amenazas desde el otro lado de la sala. Por favor señor, apúrate y vete... deja de molestarme. Nunca me disfracé de arbusto, pero hubiera sido genial si lo hubiera hecho.

Los contenedores de alimentos a granel calle arriba reafirmaban claramente un nuevo entendimiento: la falta de voluntad de Estados Unidos para dificultar el hambre. ¡Había como 400 opciones! Ninguna comida gratis es insignificante; lo creo con el corazón. Esta era la misma tienda donde mis amigos se reían suavemente mientras marcaban bolsas de 7.99 \$ / lb de levadura nutricional con el PLUS #para harina de maíz. Reformistas totales. ¡Agarré la bolsa y me la comí!

La atención de ese día fue acaparada enteramente por las cantidades obscenas de comida gratis en los suburbios: recogéndola, mirándola y pensando si colocarla en la mochila o en la boca. Esto llevó a perder por completo la noción del tiempo y del propósito. Solo después de asaltar la barra de ensaladas de Wendy's, convencer al cajero del supermercado de que los dos burritos sin envolver que había

calentado en el microondas no eran los caros burritos veganos sino de la marca gueto de 50 centavos, y sacar bolsas enteras de bagels de los contenedores de basura, finalmente colapsar en un stand en el restaurante buffet y mirando hacia arriba para ver aún más comida, me di cuenta de que no había encontrado casa.

Mejor coge un plato y piénsalo...

Tal vez en privado deseaba perder el último autobús esa noche y una caminata de seis millas bajo la lluvia. Patinando grandes colinas y calles laterales, disfrutando del contacto íntimo con mi entorno. Enfoque más rico que sentarse en una caja y moverse a través de ella. Qué insulto al mundo, nuestras cajas. Degradar el paisaje a una gravosa brecha entre dos puntos. Generalmente dos cajas. Interactuar con mi entorno había sacado a la superficie el drama que siempre había sospechado que estaba ahí, en cada sitio de construcción y en cada tejado. Sabía por qué las sensaciones habían escapado durante tanto tiempo: 18 años, todo encerrado. El mundo en un bloque cuadrado: ahora lo estaba viendo claramente. Seis millas serían... bueno, no podría decirlo. Pero hice los cálculos y estaba un poco preocupado. Una cuadra = un mundo, cuatro cuadras por milla... ¡Eran como novelas enteras, álbumes de rap completos! Querido señor...

Mis grandes almacenes favoritos estaban en la marca de las tres millas, donde, un año antes, habían tirado 400 latas

de Pepsi. Los fanáticos de Grateful Dead se caracterizan por tener párpados pesados y tener la vitalidad de los zombies. Pero grita “¡Pepsi – 25c!” desde un carrito de compras en sus conciertos, ¡y cobran vida!

Aún en mitad de la épica, la lluvia caía a cántaros para lograr un efecto dramático, o tal vez simplemente para eliminar las huellas dactilares. Esa noche el pueblo estuvo de mi lado. Detrás de esos grandes almacenes, encontré una hilera de unidades de almacenamiento de metal.

Para celebrar mi profunda “Teoría de la Caja”, miré las unidades que parecían cajas de arriba a abajo, abrí la cerradura, llené bolsas enteras con luces navideñas y ¡corrí! ¡Simplemente meses de devolución de dinero! Hay tantos problemas en los que meterse... “Sólo 24 horas al día”: la simpática broma de Dios a los desempleados.

Quedan tres millas hasta casa de Molly. Ojalá fueran cien.

En mi última noche, saqué mi papel y mis bolígrafos y me senté a escribirle a Molly un “Resumen de diez días”. Tal vez no había suficiente papel en el mundo. Luego cogí un bolígrafo. No, tal vez una hoja era demasiado. Las experiencias no se tradujeron. Cualquier intento era casi un insulto a la profundidad de todo.

Le di a cada día una línea y pasé la página.

Si lo tiraron o lo dejaron en cajas durante esos diez días, probablemente estuvo escondido debajo de la cama de Molly. Si estaba desbloqueado, probablemente lo abrí, me deslicé dentro y rebusqué entre las cajas. Si era negro, probablemente lo pinté de blanco y luego bailé sobre él. Si costó dinero, probablemente evadí esa parte y la acepté de todos modos. Probablemente lo hice toda esa estancia. Todo menos encontrar una casa...

Bien, encontré una. Barrio enorme, bonito y permanentemente desocupado. Propietarios reclamantes que apenas reconocieron la estructura como propia y nunca entraron. También peligrosamente cerca de la casa de sus vecinos adinerados, a seis metros de la ventana de la hija. Se escucharían todos los sonidos, se verían todos los movimientos. Estaba desesperado. Mi condición extrema exigía una respuesta extrema. Así que me encogí de hombros, hice la maleta, caminé seis metros y entré.

Más un granero que una casa: ese fue mi pensamiento al entrar. Y mi pensamiento se vino arriba: “¡Más divertido que ambos!” Un piso, ¡todo heno! Una casa de diversiones de cuatro cifras a seis metros de montañas de heno... Simplemente no lo entendí. ¡Más heno para mí! Y realmente fue como volver a ser un niño: apilar fardos en un rincón para mi propio fuerte de heno. Unas cuantas bombas de animales de peluche para intrusos con piojos y lo llamaría hogar...

La posibilidad era el sentimiento de la época. El crimen es el medio, los suburbios el escenario, el heno el refugio y la “practicidad” lo innombrable. Molly volvió a la escuela, sus padres se fueron para ganarse el alquiler y comenzó mi día, totalmente desaparecido para cualquier agencia estatal o federal, rastreable sólo por huellas nasales en las ventanas de algunas casas destrozadas. Mi otro rastro, los recibos de comida que tenía en la mano y que decían “Bagel – 0,59 \$”, se había enfriado. Empecé a guardarlos por valor humorístico. Comidas de 59 centavos: esa broma nunca se volvería obsoleta. Al final del día, cuando estaba seguro de que la vida nunca podría ser más absurda, me deslicé hasta mi granero para tener una cita furtiva a medianoche. Molly no siempre era puntual, pero siempre traía comida.

Era amor punk rock: pizza sin queso y grandes planes. Las tiernas esperanzas de Molly de una vida juntos en la choza abandonada que había encontrado se habían derrumbado (vi indicios de actividad), pero dinos que el nuestro era un plan condenado al fracaso y nos quedamos sin aliento.

“Pensamiento analítico” y “evaluación estadística”: palabras de guerra poco deportivas. De ninguna manera, esto era un sentimiento.

Posiblemente el efecto rebote de una infancia televisiva, de mi último trabajo o de ambos. “Encuentra una casa abandonada y vive en ella”. Nunca pensé en poner el sueño

en alto, pero lo enfrenté a su opuesto y eso fue suficiente. Y tenía heno, ¿sabes? ¡Camiones enteros!

Tal vez esta adicción a la vida me aseguró una dependencia eterna de las casas de “otra persona”, del todo de “otra persona”. Eso era parte del encanto. Mientras yo bebía “su” jugo, leía “sus” periódicos afuera de “sus” supermercados, me consolé con satisfacción de lo único llamado “mío”; ya sabes, lo que vino después. Advertieron que había adoptado un enfoque peligroso que dependía completamente del trabajo de otros. Señor, yo también anhelo una asociación más igualitaria en la que caminemos juntos como hermanos... Primer paso: ¡deje de tirar cosas! Y atenúe la abundancia, o tápela un poco o algo así. Duh.

El peligro, en mi opinión, era un elemento crucial del romance, ya fuera temático o femenino. Y el amor de Molly era peligroso. Delito grave por edad y peligro físico por ser hija: ser atrapado por su padre, dijo, y... bueno, simplemente no lo seas. Había golpeado a periodistas en los sets ante las cámaras rodantes, y no había tales elementos disuasorios apuntando a Hay Fort. Me tragué la respuesta y por la noche me hundí un poco más en mi bolsa al oír ligeros sonidos. La infancia había enseñado a construir fuertes de bricolaje para proteger a las niñas, a veces lanzando cojines para muebles. Los padres los derribaron y te enviaron a tu habitación. Así que fue en nuestra cita una noche a las 2 de la madrugada que algo salió gravemente mal.

“¡¡¡MUCHACHA!!!”

Desalojo. A lo que sucede a continuación lo llaman “falta de vivienda”, pero yo sólo lo supe cuando el sueño se volvió un poco más peligroso...

Mi visión de una persona sin hogar idealizada era yo y un equipo de sonido, todo el día en un lugar público, escuchando cintas de hip-hop distorsionadas. Como tal vez en el borde de la fuente afuera del centro comercial... ¡O diablos, en el patio de comidas, comiendo las papas fritas que te sobraron! Llámame soñador.

Hice el viaje en autobús de todo el día a la Trash House por última vez... sólo para el equipo. Cualquier vida prolongada en sus brazos no iba a ser así: los chicos de la bebida recuperarían su casa. Mis ojos se habían fijado en sueños frente al mar en barrios más prometedores. Al doblar la última esquina, solté una risa nerviosa y regresé al autobús. Quizás el departamento de “Obras Públicas” de la ciudad, pero detecté “La venganza de los bebedores”. Y de dónde sacaron una topadora, no tengo idea...

Caminé aturdido por mi ciudad natal, sólo seguro de que no “crecería” y “sería realista” sin llegar a la Death's Door (Puerta de la muerte). Tenía fe en encontrar otra casa esa noche, una casa más resistente, donde la bola de demolición simplemente rebotaría. Vale, no tenía idea de lo que estaba haciendo. ¡Probablemente me convertiría en uno de esos

tipos bajo el puente! De todos modos, es hora de encontrar un lugar para dormir...

Mis opciones eran muchas. Universidad, “fuerza laboral”, ejército... La universidad me distraería de mis profundos estudios dentro de la biblioteca pública, complementados con investigaciones de campo en Barnes & Noble, donde, ya sabes, robaba libros y los leía. Trabajando pensamientos inspirados de tarjetas de tiempo y trazos efectivos para aplicarlos en mi yugular. Es un motivo de gran orgullo que nunca haya visto mi propio número de Seguridad Social. Y militar... Actualmente estaba en primera línea de una lucha casi armada con el gerente de la tienda de segunda mano por su contenedor de basura. No necesitaba ningún entrenamiento formal para esto, ¡sólo cortadores de pernos!

Dejando sólo el plan “D”, sea lo que sea que fuera...

A primera vista, al carecer de refugio o capital, tal vez mi situación parecía un poco desesperada. Quizás en brazos de lo extremo, los hombres hacen cosas extremas. Las convicciones se doblan y las consignas caen. El insurgente se arrodilla ante el amo de esclavos. No sé qué decir... me fui a casa, al apartamento de mis padres. Me recibieron con los brazos abiertos, nos abrazamos. Quizás sintieron el cierre de la fase desviada de un hijo y que todo estaría “bien”. Los miré a los ojos con nostalgia... ¡luego corrí a la sala de recreación del complejo y me fui a dormir! Sofás, televisión

y debajo del fregadero: ¡bolsitas de té! ¡Fue grandioso! Los suburbios reclamaban mucho espacio privado; ahora lo hago mío. Lo que quiero, lo tomo. Cuando estoy cansado, duermo. Y si está en el sofá del vestíbulo de tu apartamento, pues...

Mi nuevo enfoque tenía a Molly un poco preocupada. Así que abrí las puertas dobles para recibir una pequeña dosis de verdad. Estaba todo allí: sofás lujosos, varias semanas de la revista *People*, ping-pong... y los residentes realmente respetaban la habitación como si fuera mía, dije. O no sabían que estaba allí, o tenían sus propios sofás para dormir, o algo así. De todos modos, ahora lo tenía. Instalamos el dispensador de agua caliente, bebimos tazas de té, miramos MTV y nos quedamos dormidos abrazados. Fue todo muy dulce.

Al amanecer nos despertamos, nos miramos el uno al otro y luego al gerente que estaba frente a nosotros. Él nos echó.

A las 8:45 p.m., llamé a Molly a casa, riendo.

“Molly, la biblioteca cierra en quince minutos...” ja, ja, ja, ja”... ¡y yo voy a dormir aquí!” ¡JAJAJA!

Molly estaba confundida. Como todo humor, si hay que explicarlo se pierde el efecto. “Escóndete en un baño y, cuando los conserjes se vayan, corre de un lado a otro de los pasillos”. Era el plan. No era mi propio plan, pero le hice un

gesto al pionero, cuyo fanzine estaba en mi bolso, antes de entrar al puesto. Pasó una hora y la pregunta seguía siendo: cuando los custodios se vayan, ¿qué hacer primero? ¿Recoger cambio de los cojines de los asientos? ¿Deslizar el azulejo en mis calcetines?

Por debajo de la puerta del cubículo apareció la cabeza de una mujer mexicana. Nos miramos por un tierno momento...

“¡¡¡CERRAMOS HACE UNA HORA!!!”

“¡Oh! Estoy muy enfermo, lo siento mucho...” dije, apretando mi estómago. Uf, gemido...

Los suburbios eran míos esa noche, tal vez para siempre, y si tenía que violar leyes menores para reclamarlos, bueno, esa era la parte seductora. Estaba cansado. Veamos... Sentí que los arbustos eran peligrosamente poco creativos, una amenaza para nadie y, en realidad, la encarnación del conformismo mismo. Sospeché que las respuestas estaban fuera de los límites de la costumbre, más allá incluso de mi imaginación. No estaba seguro, todo esto era nuevo. Si esto se había hecho antes, no fue dentro de los límites de la ciudad, y no con un saco de dormir de Transformers. Tomé el autobús hasta un vecindario conocido y di una larga y esperanzada caminata. Miré el parque de patinaje, el centro de reciclaje, un par de obras en construcción... Un camino que me llevaba cinco kilómetros, hasta la ventana de mi exnovia. Será mejor que una ventana se atravesase otra

noche; en este momento, tenía una pequeña cuestión que destacar. Mi antigua escuela secundaria estaba veinte metros al norte, un escenario pidiendo una declaración, como, digamos, golpear la puerta de un remolque hasta que cayera. Mi condición de alumno claramente legitimó el daño a la propiedad en este caso. ¡Me sumergí detrás de un montón de equipos de fútbol y me puse a dormir!

Vivir en una casa rodante detrás de mi antigua escuela secundaria... pensé que era increíble. Mis horas del día las dedicaba a seguir pistas sobre casas abandonadas, búsquedas residenciales impredecibles y comer ensalada. ¿Y sabías que el supermercado dejó cajas de plátanos en el muelle de carga? ¿Sabías por qué?

Tantas casas, cada una con su propio descalificador único. Casa junto a la biblioteca: peligrosamente próxima a obras de construcción activas por todos lados. Casa cerca de centro comercial: aparentemente inspeccionadas de forma rutinaria. Todo el barrio de casas abandonadas: su demolición está prevista para dentro de 6 semanas. Roto en un remolque de almacenamiento de cascos y almohadillas cerca de la línea de 10 yardas: ¡no hay nada de malo en eso! Mantengo la cabeza en alto en estos tiempos inciertos. Aún así, la selección era totalmente insultante. Los términos eran: Vacío sin control, junto al agua, cuatro paredes y techo; con propietarios fallecidos, que nunca regresaron o que no regresaran hasta que yo estuviera muerto.

Mis demandas fueron atendidas ese fin de semana. Lo sabía desde hacía semanas, o sabía que sucedería. “Adentro” con una apertura en el mercado inmobiliario. Alfombrado gratuito y no en el agua, pero cerca. Totalmente abandonado y los residentes reubicados. Cómo se me había olvidado... el apartamento de mis padres: vacío.

Hurgando profundamente en mi bolso, no podía estar seguro de si todavía tenía el título de propiedad, pero palpé a mi alrededor y... oh sí, la clave. Vale, quizá no abandonado en el sentido más estricto. Su estatus de “en juego” es más bien filosófico. Ya sabes, si era suburbano y no estaba vigilado, yo era el dueño. Quizás estaba condenado a un desalojo seguro, pero una mentalidad que apoyaba los pensamientos sobre el “mañana” se estaba disipando, dando paso a una urgente sensación de urgencia. Cada mañana que me despertaba era una noche sin pagar alquiler que nunca me podrían quitar...

Mi propio apartamento gratuito, siempre quise uno de esos. Realmente me encantaba el número 208. De hecho, todo el complejo. Todas las puertas frías y secretas se abrían con una navaja de bolsillo: la sala de medidores, la puerta del techo, el armario del conserje, la sala del ascensor... todo sin marcar, y nunca supe lo que había detrás. Algo dramático.

Por ejemplo, ¿tomaría la puerta número 1 (libros polvorientos y una escalera) o la número 3 (sala

desconcertante de artículos promocionales farmacéuticos)? La respuesta fue, por supuesto, ambas, y luego, a través de una tercera: rockear en el spa con vista a la ciudad... Tenía planes para la unidad de almacenamiento vacía en el primer piso, lo que siguió siendo una fantasía sin alquiler hasta que respondiera a la pregunta de “cómo cerrar desde el interior”. Pensé en esto a diario.

Pero hasta entonces, baterías gratis (puerta junto a los baños) y el apartamento elegantemente alfombrado y vacío. Una entrada y una salida: si me despertara con un posible inquilino sorprendido y un gerente furioso exigiendo mi salida, bueno, ¡tendrían que hacerse a un lado! Y aprender a abrir cerraduras: dormí en el baño. Y si eventualmente estallaba una pelea por los derechos de propiedad, yo venía armado con navajas promocionales de “Prozac” (4º piso), remediando la agonía con un limpiador a vapor (5º), en conjunto una lucha agotadora por la libertad que requería recuperación con té caliente (5º), mientras leía el correo de extraños (5º), en una habitación oscura y silenciosa llena de cables zumbando (4º), con una linterna prestada (1º), y cuando el equipo SWAT llegue por una llamada de homicidio que me hizo agitarme por una ruta de escape, encontré la sala de planos: ¡está en el cuarto piso!

Molly y yo nos reunimos tres noches después en el estacionamiento de Barnes & Noble. Sus esperanzas de pasar una noche tranquila en “mi casa” fueron sofocadas suavemente. ¿La cinta que puse sobre el ojo de la cerradura

en mi ausencia? Esa noche, desaparecida de manera amonestadora. Quiero decir, sí, el apartamento era mío, yo era filosóficamente el dueño, siempre y cuando evadiera la detección de los legales.

Molly era terca y dura: si el viejo y malvado suburbio intentaba reclamar una victoria sobre su novio, ella me tomaría de la mano y nos vengaríamos. Cuando sentí que su cálido y tierno agarre pronto se soltaba y se alejaba, no sentí ninguna traición: ¡la comida robada exige ambas manos! Tres bandejas de comida después en el centro comercial, lo vimos como una especie de victoria de rebote. El centro comercial cerró, llenamos mi bolso con pan pretzel y nos lanzamos al gran y loco frenesí social del sábado por la noche. Me pregunto dónde duermen en este pueblo dos chicos con una bolsa de comida robada.

De vuelta a “las calles”, un término cargado de connotaciones fatalistas, pero que en mi ciudad solo significa muchas fuentes y arte público. Caminamos por las calles pulidas. U-Haul se puso subversivo y donó dos mantas de un camión sin llave. Molly claramente me buscaba en busca de buena forma e ideas agudas: un movimiento de poder transitorio sacado de mi sombrero. Pasamos por la fuente del centro comercial, la fuente del complejo de oficinas, la fuente de la pizzería... el callejón sin salida de la fuente del parque.

Mi favorito. Luces de colores: impresionantes. Lo que sea que hiciéramos a continuación, seguramente sería una locura y una novedad, y tendría la importante cualidad de hacer una buena historia. Nos sentamos en el parque con nuestras mantas, a la sombra de condominios de lujo, y, bueno, ¡nos fuimos a dormir! “Dormir vagabundo en el parque”, pienso mucho en esos tipos. ¡Y desde esa mañana, sospecho que varios corredores asustados piensan eso de mí!

Con las mantas sobre los hombros, Molly me remolcó hasta la calle 2 a la mañana siguiente, hasta el vestíbulo del gran hotel para recuperarme del trauma de todo: puntas de puñaladas y miradas frías, vergüenza que sólo la muerte podía borrar... Definitivamente la última. Es la primera vez que pago por la llamada telefónica de Molly. Embarazoso. Nos arreglamos el cabello en el espejo, revisamos si había daños durante la noche y salimos a explorar el hotel. Poco después, descubrimos mundos enteros detrás de puertas abiertas. Una sala con equipamiento de oficina para el “viajero de negocios”: ¡con máquina de fax, computadora y teléfono! No sabía qué era una “máquina de fax”, pero la parte “gratuita” encendió un deseo de aprender y luego usarla de manera no enfocada. En el exclusivo “piso superior”, movíamos los pomos de las puertas y comíamos fruta de las bandejas del servicio de habitaciones, mientras una puerta presumida y pomposa junto al ascensor se burlaba todo el tiempo –“sólo VIP”. Pasando junto a un VIP

que salía, entramos y salimos de meras sobras para siempre! ¡Un buffet enorme y colorido para delincuentes! Leche de soja y copos helados, kiwi y melón... Colocamos servilletas en nuestro regazo, asumimos posturas dignas y ahogamos la risa mientras evitamos el contacto visual con los demás comensales. Según nuestra lógica incompleta, Vagrants In Parks también eran VIP¹³. A ver... Los lunes la barra de ensaladas de Wendy's, los martes el "all-bagel", los miércoles el salón VIP... Sí, había esperanza en este pueblo.

Tal vez siempre había sabido que estos servicios gratuitos se encontraban justo debajo de una superficie delgada y necesitaban una mano alentadora para sostenerla. Molly tenía unas manos bonitas. La tomé de izquierda a derecha y salí al balcón. Desde esa posición en el piso 25, el más alto de la ciudad, podía ver la ciudad y todo lo que podía ser. El contenedor de bagels, el otro contenedor de bagels, la tienda de discos, la azotea del centro comercial... y, bueno, no parecía haber razón para que no pudiera subsistir en esos contenedores de basura, robar cada CD y mirar desde esa azotea; y hacerlo todo como una profesión a tiempo completo. No hay razón por la que no pudiera verlo todo y hacerlo todo. Ser dueño de esta ciudad y bailar en las calles, ¡para siempre!

...Si pudiera encontrar una casa abandonada. En el corazón de los valores inmobiliarios más altos del Estado, era un

13 VIP. Very Important Person. [N. d. T.]

pensamiento similar al remate de una broma absurda. Y cerca del agua, toda la broma. Se rieron, todos lo hicieron. Me reí. En los momentos tranquilos de la mañana mientras comemos bagels cocinados en el microondas. Ja, ja, ja, por la noche, de vuelta en la sala de recreación del apartamento. Risas desenfundadas en todos los lugares donde se le ocurrió la idea: eludir toda una vida de trabajo y pagos de hipotecas con una palanca. Y hacerlo todo en ese código postal: imposible. Mi plan de vida, en ese momento, era análogo a un dibujo animado para niños: si se plantean dudas sobre su realismo, su cumplimiento de las leyes conocidas de la física o cosas similares, se pierde la alegría. Había suspendido el pragmatismo por el sueño, apoyándome en la teoría: ¡mi presencia comunitaria prolongada pronto crearía propiedades abandonadas al inspirar a los residentes a salir corriendo y gritando de sus hogares! No me voy...

Qué niña tan dulce, Molly, bajándose del autobús con una bolsa de herramientas robadas para nuestro gran día de entrada forzada. Dulce y dura, incluso si solo fueran de su padre. Tal vez me había quedado sin ideas, sin calles para caminar o sin “idealismo juvenil” que alimentasen la esperanza de esa mansión vacía y olvidada. Quizás las historias de ataques de fantasmas de Erica ya no me asustaban como los pensamientos de un sueño inquieto sobre las tejas del techo de un apartamento en un ángulo de 45 grados. Quiero decir, no estuvo mal, sólo digo...

Entonces, ¿todo se redujo a esto? ¿Amor joven y herramientas ilícitas, conocimiento persistente de esa casa embrujada aún vacía y luego levantar las manos para entrar y vivir allí? Era el plan del día.

Todo era perfecto, la instantánea idílica: una chica en una mano y una palanca en la otra. Algunas escenas definen tiempos, generaciones enteras de enfermos y cansados. Otras simplemente asustan a los niños pequeños. Nuestro pavoneo era sincero, atravesando el parque, pasando por el fresco mirador para una tranquila introspección nocturna, los ricos corredores blancos... Erica realmente había salido adelante. Ya había visto la casa, pero un examen más detenido me mostró más promesas. Como el cartel amarillento de la puerta: "Condenado".

Sonaba permanente. ¿Era así? Como, ¿había ganado?! No, no todavía!

La puerta trasera permanecía obstinadamente insensible a una palanca, y mis golpes desagradables y poco refinados sólo provocaron que los espíritus ocupantes entraran en carcajadas. 'Con los nuevos compañeros de cuarto, veía esto como "comenzar con el pie izquierdo". Aquí estaba: mi primer movimiento de palanca con una palanca. Una herramienta cargada de simbolismo revolucionario y, como la mayoría de las celebridades, ¡como un snob! ¡No conseguía nada! Le entregué a Molly el Sr. Hotshot y me encogí de hombros. Molly levantó la palanca, mientras

llovían rayos con toda la furia del cielo, luego bajó la herramienta con toda la vergüenza y la rabia de una chica con un novio sin hogar y rompió la ventana. ¡¿¿MUCHACHA??! Nos quedamos mirando el agujero irregular, profundo, por un momento...

Uh-oh, la policía. Huimos.

Nos quedamos sin aliento a unas cuerdas de distancia, en el parque más grande de la ciudad, uno de esos cinturones radicales y sin ley por los que instintivamente corres en momentos tensos. Y estoy casi seguro de que a estas alturas la mayoría de los chicos nacen sabiendo que ese lugar de cemento junto a las canchas de tenis es “la mejor vista del mundo de una ciudad”.

Sería genial y difícil decir que he llegado “al final del camino”, pero en realidad, podría prolongar este enfrentamiento durante años: largas caminatas con cintas dobladas, palancas y chicas simpáticas, salas de recreo en apartamentos (café los sábados) y tumbonas en el patio... Creo que Molly perdió el atractivo aquí. Ella quería actuar. Quería utilizar mi palanca a cualquier cosa que tuviera puerta. Entonces tal vez me decepcioné. Pero nos sentamos en el césped del lugar más agradable del mundo para estar. Acéptalo: a cinco cuerdas del agua, este parque era el jardín de la alegría. Genial gimnasio en la jungla para los chicos, césped grande, cerca del centro, acceso a la playa,

bordeando una casa enorme y abandonada previamente no descubierta, eh, espera...

“Encuentra una casa abandonada y vive en ella”.

Mi fe en estas palabras se mantuvo sólida, mientras que después de ese día el plan en sí se desarrolló de maneras menos que ideales. A pesar de los sacrificios, mantuve la cabeza en alto durante los dos años siguientes.

Sí, ese palacio de medio millón de dólares no estaba en el agua, pero te lo digo, estaba cerca...

Más planes que tiempo. Vías de tren y tiendas de donuts. Los buenos libros y los chicos de un pequeño pueblo están más impresionados contigo que tú mismo. Mi verano en este momento tal vez se resumiera mejor como un mes loco de gloria, valor impactante y siestas en la biblioteca de la universidad bajo el cartel de “No dormir”.

Y nunca olvidaré esa tienda de segunda mano, con los empleados que dieron la bienvenida a un escritor en apuros a su lugar de trabajo, dándome acceso gratuito a la trastienda y la primera selección de donaciones, y luego saludando con una sonrisa mientras lo guardaba todo en bolsas. ¡y salía! ¡Gracias chicos!

Luego estaba el increíble lugar que encontré aquí, en Little Rock, donde la comunidad conspiró con copias “perdidas” y asientos públicos para apoyar a un escritor en apuros, ¡y su

esfuerzo por pasar todo el día escribiendo sobre ellos en términos arrogantes e insultantes! Casi me sentí mal por esto. Dios, todavía no puedo creer que me dejaran sentarme aquí todo el día...

No siempre había ocupado una mesa “sólo para clientes” en Little Rock. Empecé en otros lugares. Todo comenzó en mayo, basándose en la premisa aproximada de recrear cada libro vagabundo que había leído durante el invierno. Perderme en reflexiones melancólicas bajo los puentes, aterrizar erguido en audaces zambullidas desde vagones en movimiento, triunfar siempre sobre la policía, comer mercancías no pagadas y saborearlo todo. Probé esta receta una o dos veces. Todo lo que diré sobre el experimento es: No creas lo que dicen acerca de que las rubias se divierten “todas”: ¡en realidad son los tipos sucios en los patios de trenes! Yo era ambas cosas, así que de cualquier manera este iba a ser un verano genial...

A lo largo de los años, había leído muchos libros sobre este tema. Fue aproximadamente cuando leí, oh, el primero, que agarré mi walkman y decidí vivirlo. Los libros son así de peligrosos. Incomparable a las minas terrestres y la metralla de un verano en casa, pero siguen siendo peligrosos. Un libro de verdad infalible y un romance escrito por aquellos más atrevidos que tú, y nunca más volverás a quedarte quieto. Varias docenas en cuatro meses y vuelves a quedarte quieto, para escribir el tuyo propio.

Acababa de pasar esta fase. Cinco meses en un sótano, rodeado de bolígrafos, libros usados y todo robado, asumiendo que los otros chicos no lo hicieron bien. No estoy orgulloso de esta arrogancia artística, pero como proscrito aficionado, tenía opiniones contradictorias sobre el tema. El alcohol era el primer problema del vagabundo. Robándose unos a otros. Comer animales, explotar la abundancia social en grados poco ambiciosos, mal humor general, etc.... A medida que mis lecturas sobre vagabundos aumentaban, mi amigable proyecto literario evolucionó desde los elegantes movimientos de la pluma del artista hasta los vengativos movimientos cortantes de un bolígrafo. Conocía la costumbre y deseaba acabar con ella. La tormenta de papel se calmó y yo inventé un complot sutilmente astuto para legitimar el trabajo finalizándolo en la carretera (en paradas de camiones y tiendas de bagels) dondequiera que los vagabundos se diviertan todo el día y no se preocupen en absoluto por su opinión al respecto. Estaba un poco obsesionado...

Mi bolígrafo y yo estábamos de gira. Tomamos algunos paseos y tomamos algunos autobuses. Edité bajo la lluvia, revisé en Greyhound y manipulé a tu hermana para tomar café gratis. Evadí la seguridad de Nordstrom en los momentos más tensos, luché por la palabra perfecta en los asientos del Cineplex durante los más tranquilos. Y comí muchos bagels, aunque gracias a una contextualización magistral, mis comidas de verano adquirieron un marco

romántico. Toda la bolsa de comida de la cadena de alimentos saludables de la ciudad universitaria era del “Artista Torturado” y comérselo todo según los mapas de la biblioteca de la universidad era propio del “Vagabundo Ofensivo”... ¡sin ningún otro lugar adonde ir! Ésa era la lente idílica que me había puesto durante mi loco verano.

El plan para autenticar mi arte me expuso a una red de apoyo oculta para los autores: chicas que decían “sin cargo” en las cafeterías con una sonrisa y cajeros de fotocopadoras que ofrecían descuentos del 95% con un gesto de asentimiento. ¡Y los pensamientos siempre regresaban a la trastienda de esa tienda de segunda mano, y al muy raro y gratuito libro de poesía que vendí por 50 dólares! En realidad, no es de extrañar que haya sabido de este tipo de corrupción en el lugar de trabajo desde hace años.

Los artistas no necesitan “becas”, ¡sólo que mires para otro lado!

La organización benéfica creció a niveles absurdos tras el descubrimiento de un defecto de diseño incorporado en la biblioteca de una importante universidad donde, no solo pude estudiar mapas todo el día y correr escaleras arriba y abajo, sino que ahora ¡vivo adentro!

Mi larga campaña para recuperar el espacio “privado” y dormir allí me llevó en otro autobús, a otra universidad. Una Biblioteca más pequeña pero con horario más amplio: ¡24

horas en total! ¡Nunca cerraba! Encuentro que ciertos lugares hacen cosas como esta por mí con bastante frecuencia. Entonces, en el momento de mi jornada laboral en el que me habría arrastrado hasta el techo más cercano, me arrastré hasta el sofá más cercano. ¿Fue una progresión? Me sentí así, y los libros de vagabundos que había estudiado durante el invierno no mencionaban esas cosas. Los hombres menos arreglados que la policía del campus arrastraba a mi lado cada noche probablemente no escribían. Esto sólo iba a ser una parada en el camino hacia algo mejor, pero las horas de la biblioteca me tuvieron momentáneamente inmóvil el tiempo suficiente para estrellarme contra una pared de la mejor colección de libros de vagabundos que jamás había visto. ¡Poco después de engraparme a los muebles con una colección igualmente absorbente de textos sociológicos sobre el hurto en tiendas! Era la cúspide de mi fase de diseño, y todo estaba ahí: ¡citas de copiar y pegar sobre las implicaciones comunistas del robo en tiendas minoristas y fotografías de viejos debajo de puentes! Temas gemelos de mi trabajo.

Al leer un libro al día, mi obsesión creció hasta extremos insalubres: dar largas caminatas a librerías distantes en busca de pictografías de vagabundos en la mesa de café. Mi investigación poseída evocaba fantasías desenfrenadas por la razón, mientras que la vida fuera de la imaginación era completamente libresca. A finales de mayo... ¿en una biblioteca?

¡Inconcebible! ¡Salí furioso por las puertas dobles, robé algo de equipaje, tiré mi proyecto adentro y me lancé al verano! ¡Soy un vagabundo!

Al bajar del autobús hacia Little Rock, llevaba una humilde maleta de una tienda de segunda mano, repleta de notas y recortes, fotografías e historias. Me recité un mantra en voz baja, procedente de la mente del autor que me había dado vida literaria: “Hay que sufrir para crear”. Greyhound había infligido la primera mitad necesaria de la ecuación. Little Rock fue mi escenario para el resto. Sin buenos libros, distracciones o “mente abierta” con indulgencia hacia los descarados sureños holgazanes y hacia mí: la amenaza de los vagabundos. Fue un papel bien investigado.

Llevé mi maleta al paseo marítimo, al parque, a varios bancos bonitos... Encontré lo que buscaba en la cadena de alimentación natural. Dexter trabajaba en la tienda de delicatessen, era mi único contacto en Arkansas y apoyaba firmemente al vagabundeo y a quienes escribían sobre él desde ángulos privilegiados.

Quizás demasiado comprensivo: no podía meter la comida en la boca lo suficientemente rápido. Fue un saludo cálido, primero con sonrisas, luego con tofu. No perdimos el tiempo discutiendo los temas importantes y acepté su confirmación de lo que ya sabía: pasillos de comida: todo gratis. ¡Bueno, claro! “Arkansas” tal vez, pero todavía dentro de las fronteras de Estados Unidos. Luego me mostraron las mesas

del frente, para los merodeadores, dijo. Estar ocupado. Miré la mesa junto a la puerta, la más cercana a “Vitaminas”... la elección sencilla era el asiento del teléfono público en el extremo noroeste, con una vista clara de todas las demás mesas, las sobras en ellas y un camino recto hacia la cafetería con poco margen para la mala dirección. Tomé la mesa y la hice mía. Un holgazán de pasatiempos y deportes: conocía el vínculo poco saludable que ocurre a veces entre los chicos y los asientos públicos. Acepté esto. Pero no antes de que la tienda naturista de Little Rock estableciera premeditadamente el romance. Me senté. ¡Dios, espacio para sufrir y crear, café gratis y orbitado por personal remunerado de cuestionable lealtad al lugar de trabajo! Dispuse mis papeles, tijeras, notas y pintura blanca. Una ciudad extraña, un pensamiento profundo en el espacio público... Ahora parecía verano.

Estaba aprendiendo que el triunfo del vagabundo a menudo se basa enteramente en la deslealtad de los empleados, solicitada por ojos hambrientos, preguntas directas o, en este caso, ambas cosas. Una jornada de ocho horas y los empleados miraban con recelo. Tres días y la voz silenciosa del artista hambriento y torturado se movía en el sentido contrario a las agujas del reloj por la tienda. Cinco días y tenía una pequeña red de apoyo de “comida gratis”. Se donaban artículos desechables, los cajeros se “olvidaban” de registrar 9/10 de mis compras... ¡Diez días y ya era dueño de la tienda!

Aunque era tímido, tenía una alianza estratégica con dos cajeros, un chico de productos agrícolas, todo el personal de la tienda de delicatessen y la chica de las vitaminas. Las chicas del café cerraron la brecha perimetral entre la fiambarrera y los libros. Su lealtad a mi confederación de café gratis nunca fue expresada, aunque los tickets impagados dejaron el dispensador de autoservicio sin comentarios, así que creo que su partidismo era claro. El gerente de alimentos a granel era un misterio introvertido, posiblemente comprensivo, aunque sus ojos no decían nada. Me comía sus barras de higo cuando él no miraba.

Entonces... si neutralizas al líder y el ejército cae, ¿asociarte con el líder produce comida gratis? Operé según la teoría, despejando un espacio en mi mesa para Dexter durante sus pausas para el almuerzo. Una especie de capitán, conocía a todo el personal y sirvió como embajador entre mi mesa y los guardianes pagados de los cinco grupos de alimentos. Una conexión bien ubicada, y en cuestión de horas, la comida por la que la mayoría tiene que levantarse de la silla (incluso pagar) fue entregada en mi mesa con un asentimiento astuto. Y utensilios de plástico. La conversación se centraba en el análisis militarista del plano, la ubicación de las cámaras y el contenido de la “caja gratuita” de la trastienda y la propensión criminal de todo el personal. No hay cámaras en el pasillo 3. Sonny era leal. Los gerentes se fueron a las 5. Vivien no había sido probada.

Contenedor de basura infructuoso. Dánae no albergaba ninguna lealtad hacia sus amos de esclavos blancos.

Dexter realizó el reconocimiento interno, yo fui el táctico, el humo se disipó y estábamos en el estacionamiento comiendo galletas.

El viaje de la oficina a casa fue agradable: media cuadra al este, a la derecha, United Artists Cinema, pantalla 5. O mejor dicho, debajo. La pantalla 1 estaba descuidada, un colchón de Juju Fruits y basura.

La pantalla 3 era peligrosa y amenazaba la exposición con un espacio de diez centímetros entre la cortina y el suelo.

Poco complacientes, ambos. Un testimonio de la traición de la sociedad a “El Artista” como pilar de la cultura, el rechazo negligente de la literatura como brújula moral edificante, una trágica interrupción del arte nutrido por parte de una administración neoconservadora... entonces encontré la pantalla 5 y la tomé. ¡Todos de vuelta, en primera clase!

Totalmente limpia, una fila de altavoces detrás de los cuales colocarse y, de alguna manera, siempre presentando las mejores películas. Mi producto de prueba y error, saltos de pantalla a altas horas de la noche y evasión de depredadores/presas marca el comienzo de mi compra de

una casa de vacaciones de 61/2X3 pies. ¡Es un mercado de compradores!

El camino hacia esta historia de éxito estadounidense sufrió puentes rotos, casi derrota y noches de insomnio.

Al principio parecía perfecto: ¿quién sino una rata o un vagabundo se arrastraría debajo de una pantalla? Mi primera noche a las 3 de la madrugada, con tres pulgadas de diferencia entre un chico vertiginoso y un enorme teatro vacío, todo parecía perfecto: ¡solo yo, una bolsita de palomitas de maíz y un pequeño triunfo sin pagar alquiler! Entonces los conserjes entraron corriendo con sopladores de hojas, levantando la cortina en medio de una tormenta de basura y palomitas de maíz. ¡Estaban “desvelando” mi tapadera! Un momento tenso, y mientras me apresuraba a estabilizar el telón con un pie y una mochila, no estaba seguro si esto era el preludio del desalojo, o simplemente la mayor diversión que había tenido en el cine...

La penetración perimetral del teatro fue mi pequeña broma. Dexter lo llamó “un insulto a nuestras habilidades”: puertas abiertas, fuera de la vista del acomodador o del concesionario, más allá de la satisfacción de un “desafío” incluso.

A partir de ahí fue simplemente cuestión de encontrar una bolsa de palomitas de maíz en la basura y elegir la película de las 10:00.

Cuando la película no conseguía estimularme, podía deambular por pantallas vacías en busca de mejoras en mi vivienda, buscar más palomitas de maíz o pensar (pero nunca implementar del todo) mi estafa de ingresos suplementarios no probada de robar carteles de películas por su valor de reventa, que a menudo se pasa por alto. Puedes mirar los carteles, tocar el cristal con nostalgia, pero es posible que nunca sepas que los marcos se abren sobre una bisagra, ¡sujetada sólo con velcro!

La película terminaba, las luces se encendían y era un movimiento rápido para explotar el espacio de tiempo entre el último espectador y el primer custodio. Luego, sumérgete sobre los altavoces para explotar un rincón de diseño olvidado.

Todo esto justo después de explorar el trabajo de Hollywood y del actor trabajador, sin ofrecer ninguna compensación monetaria por el favor. Esto fue posible gracias a la explotación de monumentos de pasividad accesibles al público, de una expansión antiestética que no tuvo voz en su creación. Desde todos los ángulos: ¡explotación parasitaria! ¡Fue grandioso!

Mi proyecto literario iba avanzando. Las manchas blanqueadoras faciales marcaron ese progreso. Había un sutil hilo de orden recorriendo las pilas de papeles y fotografías, incluso si los cajeros simplemente pensaban que estaba haciendo un gran desastre. Dexter me animó desde

la tienda de delicatessen. Ha seguido el camino desde un conocido casual hasta la mano que me alimenta y luego la cabeza que les dice a las otras cabezas que miren para otro lado. Poco después de promocionarme a sí mismo como “agente literario”, obligando a los trabajadores y clientes a sentarse en la silla adyacente, empujando pequeños montones de libros. papel en manos reacias: “Lee esto”. Embarazoso. No necesitaba “apoyo” ni “público”, sólo más cinta adhesiva de doble cara cada seis horas, barras de higos cada cuatro y café cada dos. Pero Dexter atrajo al “público lector” y las críticas llegaron. Revisión n.º 1: mirada en blanco. Revisión #2: mirada en blanco, etc. etc. Las ediciones de demostración se entregaron a amigos ocasionales, quienes luego nunca volvieron a hablarme. ¡Todo sugería que había liberado de su jaula una novela tan cruda y espantosa que estaba más allá de la cortesía de un elogio fingido! ¡Estaban molestos! Obviamente no existía un “mercado objetivo” para las videocaseteras tiradas en la basura y las dramatizaciones de pueblos pequeños. Si todos los demás lo repudiaban, me consolé con algo seguro: las cinco filas traseras de Greyhound. Allí me aman.

La relación con la comida encierra una profunda distinción para quienes deben mirar por encima del hombro para conseguirla. En realidad, nunca hago esto: mala forma. No obstante, los comestibles estaban cerca de mi corazón. Sin embargo, incluso la comida estaba perdiendo importancia a medida que mi trabajo de cortar y pegar se hacía más

intenso. Incluso poseído. Se desarrolló una tendencia que pasó de la mesa junto al teléfono público a la fotocopidora en el rincón. Del cáncer por cafeína al cáncer por Kinko's. Pronto solo veía a mi agente después de sus turnos cuando me traía comida. Aunque estaba a sólo una milla de distancia de mi mesa de compras, Kinko's tenía un clima completamente diferente. Este fue un ataque artístico crudo, a espaldas, de atropello y fuga. Se sintió bien. En mi primer día, estaba tanteando la tienda: abriendo gabinetes, evaluando a los empleados, dando vueltas en las sillas de las computadoras... Entonces Dexter encontró un billete de 14 \$, una tarjeta de copia de dólar en el lector. Él donó esto a mi proyecto. Pronto, mantener a flote mi fase de diseño recayó enteramente en chicos de uniforme corriendo, agitando los brazos y tirando papeles, mirando sus relojes, saliendo corriendo y dejando sus cartas en la máquina.

Diez horas en Kinko's, diez en el teatro, y el resto ofrecido a piscinas y autobuses, calles secundarias y libros de bolsillo. Y si lo programé correctamente, una aparición en la tienda de alimentos naturales por arroz y tofu desechables. Una época poética tallada en una ciudad del sur con desertores minoristas, leyes de vagancia no aplicadas y la creencia egoísta de que merecía hacer lo que quisiera, ¡para siempre!

Mi pequeña guerra artística en la esquina de Kinko's iba en aumento. Primero entré como “cliente”, docenas de horas después rozaba lo de “residente”, y cuando eché raíces, aprendí a arreglar las máquinas y puse mis propias

calcomanías, se convirtió en una “adquisición” total. Había una línea desde el dispensador de tarjetas hasta el teléfono de cortesía: el oeste era una zona autónoma ocupada, al este estaba el cinturón hostil leal. El contacto entre nosotros se limitó a que yo me acercara al mostrador con una tarjeta rayada e ilegible, exigiera un reembolso, ellos me preguntaran el monto de la tarjeta, yo dijera “90 \$” y luego ellos aceptaran mi palabra. La próxima vez, ¡ciento noventa!

Guardé papeles en los cajones. Me afeité en el baño. Adquirí conocimientos técnicos de mecánica de fotocopiadoras. Pasé más tiempo ayudando a los clientes que la mayoría de los empleados. ¡Y puedo afirmar con entusiasmo que mi impío experimento de “24 horas en un Kinko” fue un éxito! Aplicando una lógica posiblemente comunista a mi arte, tenía la sensación de que, dado que dedicaba más horas que la mayoría de los empleados, tenía derecho a copias gratuitas. Dexter estuvo de acuerdo. ¡Juntos, una noche, notamos una coincidencia numérica entre “nosotros” y “ellos” y asaltamos el mostrador auxiliar! ¡Ni siquiera se dieron cuenta! Nos escapamos a la zona autónoma para contar nuestra nueva pila de tarjetas de copia y reírnos. Pasamos tarjeta tras tarjeta por el lector y las risas se convirtieron en un silencio atónito. Nunca admitiré las cifras que vimos. Sólo diré que no se pueden solicitar subvenciones para artistas de esta magnitud. Están al lado de la caja registradora, ¡y tienes que alcanzarlos!

Regresé al día siguiente, y al siguiente... Me daba la espalda y no sé qué decir: estaba en la muñeca. Y cuando no me daba la espalda, empleé preguntas que distraían y cortinas de humo. No, la cortina de humo no es cierta, pero la lección permanece: si pagas por algo, en realidad no lo estás intentando.

Muchas vidas sociales se centran en la escuela, otras en los shows punk de fin de semana, y luego estoy yo: el contacto social se produce enteramente con clientes aleatorios de Kinko. Fue una escena lenta. Y a las 20 h. –solo yo y los teóricos de la conspiración calvos. Entonces, cuando entró la bomba rubia, las cabezas se volvieron. En un momento, estuve seguro de que conocía su historia. En diez minutos me la había contado. Dios mío, una verdadera periodista. Una mujer de letras. Paseos, folletos y autoría: los caminos más rápidos a mi corazón: “¿Cheyenne? Entra.”

“Una recarga, sin cargo”.

“Aquí está mi revista”. O mi firma...

Hombro con hombro, revolvimos nuestros papeles, acercándonos, y pronto barajando los papeles del otro. Leí su penetrante y minuciosamente investigado informe sobre el escándalo de Whitewater, ella leyó mis llorosos relatos de cómo escarbar en la basura.

“¿En que estas trabajando?”

De hecho, es un manifiesto de los desempleados, mi declaración a un mundo enloquecido. Gracias por preguntar.

“Muestrame mas.”

Caray. Mi primer lector voluntario. Junto con mi primera reseña audible, esa misma noche. Todo fueron sonrisas y aplausos, y ni siquiera montó en el Greyhound. No, estaba segura de que ella era pura champán en el asiento de la ventana de Amtrak. Ella leyó y yo miré, seguro de que estaba viendo la radicalización de un periodista. Y cuando leyó mi estafa de “comida gratis”, ¡tal vez incluso la criminalización!, pregunté sobre las técnicas de infiltración utilizadas por un periodista para acceder a eventos exclusivos y de interés periodístico.

Ella sondeó mis filosofías sobre la vida y cómo aprovecharla. Cuando terminamos, aprendí que para llegar al otro lado de las cuerdas de terciopelo, a veces basta con mirar al Servicio Secreto a los ojos y mentir.

Y había aprendido que había un gran mundo fuera del cubículo. Pero me detuve justo antes de arrasar el edificio del capitolio. Y no llegó a comprometerse plenamente con el desempleo. En algún momento, ella me pasó su tarjeta, y eso fue algo...

Días después, con una copia preliminar del manuscrito en una mano y la dirección de su cubículo claramente escrita en

la otra, entré sigilosamente en su oficina, le entregué mi trabajo a la secretaria y salí muy rápido.

Durante mi actual condición de “artista torturado”, sacaba su tarjeta, aislada y retraída, la miraba, la guardaba, pensaba en la niña, reflexionaba sobre las implicaciones políticas potencialmente escandalosas de nuestros mundos mezclados y miraba por la ventana. Ella era un rostro en los “medios corporativos”, una rubia portavoz de las grandes empresas, que manipulaba el pensamiento público y controlaba los límites del debate. No lo sé, los “medios corporativos” eran bastante bonitos. Y a juzgar por su disposición a aceptar y utilizar las tarjetas robadas de Kinko, ¡sorprendentemente poco comprometida con el Sistema! Entendí la disposición completa de las barreras construidas socialmente para proteger el conjunto posiblemente frágil de valores capitalistas internalizados del reportero y del chico suburbano de las ruinas, la degradación y la influencia de los radicales. Las salvaguardias incluían comunidades cerradas, vías de tren, prisiones y una estructura de clases generalmente insular. Pero a veces “ellos” entran en Kinko's mientras robamos copias, ¡y las semillas que plantamos no siempre son “buenas para la economía”! Por la noche, en el teatro, comencé a construir planes tremendamente delirantes y fuera de contacto para explotar el contacto para cometer una subversión irreversible del pensamiento, maniobrar mi posición para radicalizar a la niña, influir en las

noticias y usar su material de oficina. Oh, ¿te encantó el manuscrito? ¿Cena?

¡¿Cerveza?! ¿6:00? Dios mio.

En el mostrador de la cafetería, tomó su billetera y ofreció cualquier cosa del menú, ¡por su cuenta! En cualquier otra circunstancia, el contacto entre el pseudo vagabundo y la reportera rubia sólo sería concebible en una entrevista a través de un cristal de plexiglás de un centímetro de espesor, pero durante el verano vagabundo: nos llevan a tomar un café Kinko. Es increíble.

Me llevé la taza a los labios y ella sacó el manuscrito con pasajes resaltados y notas en los márgenes. Ella se sumergió en las preguntas, mi espalda estaba contra la pared: ¡era periodismo de emboscada total! ¿Cómo justificaba mi comportamiento parasitario? ¡¿Qué estaba haciendo con mi vida?! ¡Ayuda! Si tenía un micrófono enterrado en el pelo, todos lo sabríamos a la mañana siguiente por el periódico. De todos modos, el café gratis siempre es genial...

Fueron al cine y se sentaron contra la pared exterior, un punk muy ebrio tropezó y se sentó. Le di un plátano. Se arrastró hasta la taquilla y regresó con dos billetes. En realidad, nunca había estado borracho, pero al pagar las entradas para ese teatro, de repente entendí “alteración del juicio”. Caray, un billete sin romper. Bueno para un reembolso de 7.50 \$ en los siguientes quince minutos, con

una historia inventada... si pudiera deshacerme del borracho, pero él estuvo justo encima de mí hasta que nos sentamos. La película comenzó y él comenzó a gritarle a la pantalla, a gritarle a los espectadores, a eructar y a saltar. ¡Entrar a mi casa y faltarle el respeto a mis invitados! Embarazoso. Pero salir a tomar un café y ver una película en dos horas... ¿"Hospitalidad sureña" o casualidad estadística? ¡¿Qué está sucediendo?!

Kinko's era una ruina, mi maleta se redujo a 108 páginas y el artista torturado estaba en una pausa.

Manuscrito terminado. Durante tres semanas había luchado con bolígrafos, cinta adhesiva y blanqueador, insultando a los clientes que pagaban y abandonando a mi único grupo demográfico de lectores: los vagabundos. ¿Qué sigue? ¿Fama? ¡¿Chicas?!

Tal vez, después de volver a visitar mi asiento junto a la ventana de la tienda de alimentos naturales, mis libros, los espectáculos de punk rock de una pequeña ciudad, todas las nuevas razones para evitar "levantarme por mis propios medios", todo lo que encontré sorprendente e importante en la vida.

De vuelta en mi asiento junto a la ventana, la lucha por nuevas formas de no pagar la comida estaba tomando un giro urgente.

Dexter había presentado su aviso de dos semanas. Cine, historia y literatura, todas cargadas de historias de hombres que no tienen nada que perder. A las 5, el gerente se iba, Dexter pasaba lentamente por mi mesa y, sin hacer contacto visual, murmuraba con la comisura de la boca: “La tienda es tuya”. Un movimiento de la bandera a cuadros del robo: ¡vamos! ¡Dexter arrojó cajas de Clif Bars sobre mi mesa! ¡Cogí un montón de comida y me senté! ¡Dexter metió comida en mi mochila sin vergüenza! ¡Tomé más muestras de melón de las que me correspondían! ¡La erosión de todo lo decente y piadoso! ¡Pasa el jugo de zanahoria!

Casi me sentí mal por aquella cadena de tiendas y pensé en aceptar una desventaja igualadora. Tal vez debería usar una venda en los ojos o algo así. Es inútil. El camino de la mesa al congelador: podría hacerlo con los ojos vendados. Para sobrellevar mis paralizantes episodios de culpa, caminaba hasta el final de una caja registradora, recogía la jarra de madera con monedas de cinco centavos de “donación” que me daban por cada bolsa de papel reutilizada y simplemente la tiraba en el frasco del “Santuario de animales rescatados”. ¡Crimen compasivo y un gran ecualizador kármico!

Dexter realmente estaba dejando su trabajo. “¿Pero cómo comerás?”, preguntan siempre. Sabía la respuesta a esa pregunta y formulé la mía: “¿Cómo comeré?”. El desempleo era una medida digna de aplauso, pero estaba la cuestión más urgente del Chile y la mezcla de frutos secos entregados

en mi mesa dos veces al día. Eso es todo, pensé, volver a la izquierda, o racionar las palomitas de película, o ambas cosas. Había quemado puentes en los dos supermercados accesibles, pasé varios días con la dieta de palomitas de maíz de cine y en un maratón impío de Kinko: ¡me comí niños pequeños y me volví blanco! Entonces el trabajo de Dexter fue muy significativo para mí.

Dexter sin trabajo se tradujo en un ritual más tradicional de recolección de comida, en el que yo tenía que levantarme de la silla. Pensé en cómo visité San Diego en busca de libros y playas, San Francisco en busca de grabaciones, Boulder en busca de manuales desechados sobre cómo robar automóviles y St. Paul para escribir cartas. Little Rock eran “copias, espectáculos gratuitos en el río y comida entregada en la mesa”. Terminé mis copias y rompí la mayoría de las máquinas, no había espectáculos próximos ni ¡comida gratis de “autoservicio”! Tiré a la basura una caja de cecina de soja y pensé: es julio, y si no estás saltando de los trenes, haciendo colas en pueblos pequeños y pasando el rato en minimercados con niños de diferentes escuelas cada noche, ¿es realmente verano?

“Hola, estoy buscando información sobre el tren de Chicago”.

La alianza tácita entre vagabundos y trabajadores ferroviarios: nos suben al tren correcto, dejamos en paz a sus hijos.

“¿Tren? ¿Qué pasa con eso?”

“Bueno, nada, ¿ya está hecho?”

“¿Para qué?” ¿Qué? “¿Quieres montar?” Parecía molesto. “Te diré una cosa, ¿qué tal si llamo al agente especial y te llevo a la cárcel?”

“Dios, ¿por qué harías eso?”, pregunté. Un vagabundo varado y llorando: ¿es eso lo que te gustaría ver?

“¡Lo que me gustaría ver es que consigas un trabajo y formes una familia!”

¡Ja, ja, ja, ja, ja! Si su visión de la vida era correcta, debí haber estado revolcándome en lo opuesto: un pozo de angustia y miseria. ¡Luego encontré un camión abandonado genial para dormir! Y pensé, no, lo tengo bien...

Al día siguiente, todo el día, caminé por el enorme patio de trenes y pensé: ¡esto es, como en los libros! ¡Polvo y drama! El vagabundo con su bolso en una acogedora zanja, y el tren en movimiento es el indicado para él... Siempre pareció que los viejos y polvorientos libros de vagabundos describían esta fase de “espera” de la saga en el patio como llena de ansiosas posibilidades: la voluntad de arriesgar es un boleto para viajar, y la hierba siempre es más verde... Mi vista de la zanja del patio de Little Rock era una de esperanza y promesa con los ojos muy abiertos: cientos de trenes arrastrándose por los raíles, transportando carbón y

vagabundos a nuevas ciudades y a un lugar mejor. Kinko es donde todavía eres bienvenido... Pronto, como en los libros, el ama de casa con el marido de vacaciones me asignaría la habitación de invitados, los policías chantajeados recibirían órdenes mías, o encontraría el fin del mundo, un arcoíris en mi pequeño arbusto... No tenía idea de lo que estaba haciendo. Sólo esperaba que dejaran abierta una de las puertas del vagón. Se suponía que las puertas estaban abiertas. Investigué sobre esto y más, y miré los trenes, me senté radiante para lo que vendría después: la parte en la que gano y me paro en la puerta del vagón ante una brillante puesta de sol, con una sonrisa en la cara y el puño en el aire. Leí mucho ese invierno.

La decepción también estaba en los libros, en alguna parte. Nunca conservé esas partes. ¡Pero ahora podría escribirlas! Dexter me había dado muy malos consejos sobre trenes. Durante dos días me senté en un lugar, siguiendo exactamente sus instrucciones, viendo pasar los trenes. ¿Se estaba riendo el mundo de mí? ¡¿Te estás riendo de mí?!

Dos veces al día salía gateando de mi arbusto, caminaba una milla hasta la gasolinera y pagaba la comida: fritos y zumo de naranja. Una comida que tiene un significado especial para mí. Se come en el punto más alejado de la comodidad y la certeza. Una elección de comida cuando no hay otra opción, no para un vegano estricto, no en este Estado. Siempre comido sentado en una mochila, afuera de una gasolinera, planeando tu próximo movimiento. Detrás

de ello se encontraban años de emociones veraniegas y yo le daba gran importancia a esta comida. Si eres vegano y te paras frente a una parada de camiones en Wyoming, compra esta comida y piensa en mí. Porque probablemente estoy haciendo lo mismo en Nebraska: ¡pensando en ti!

En mi segundo día, dos vagabundos afuera de la gasolinera me dijeron “qué onda”, lo que siempre me pone nervioso. ¿Qué me delató? ¿En qué momento (a menudo me pregunto) el “vagabundo” ya no es solo un papel... Los dos vagabundos me ofrecieron el peor consejo sobre trenes que jamás había escuchado. ¿Todos con destino al oeste hacia Austin? Incluso como aficionado, sabía que era falso. Un día más caminé por el patio, terminé mi libro sobre la historia de los disturbios carcelarios y me comprometí con mi propio pequeño motín de vagabundos. Renunciando a cualquier pretensión de moderación o seguridad, caminé hacia el corazón del patio y simplemente tomé mi tren. El primer tren que se mueve: ese es siempre mi tren. Allá. Después de varios capítulos perdidos, ¡de vuelta a los libros, donde el vagabundo siempre gana! Mi tren me llevó hacia el borde del patio, lejos de ese lugar, y hacia los esperanzadores pastos de... 300 yardas al oeste. Incluso mi propio consejo estaba equivocado.

Entre mis lecciones de tren más preciadas, por encima de “paciencia” y “los vagones roban y comen casetes”, estaba “pregunta siempre”. Busqué consejos sobre trenes, específicos y sobrios. Por experiencia, sabía que en la vida

burguesa los malos consejos existen con un estrecho margen de error, causando desgastes en una estructura aún intacta: asientos de avión estrechos, películas aburridas, acciones depreciadas... Los malos consejos sobre trenes alterarían el tejido mismo de la vida burguesa. Verano vagabundo, trayendo peligrosas reescrituras de guiones como “arresto en la frontera”, “muerte en el desierto” y “Council Bluffs”. Entonces, cuando un vagabundo enorme y senior surgió de la sombra de un vagón acogedor, ofreciéndome asesoramiento y asociación de vagabundos, y luego acepté ambos, fue una bomba incendiaria para estructurar y diseñar. ¡Iba a subirme a trenes con tipos borrachos y destrozar el sur! ¡Impresionante!

“Big Man” (Gran Hombre) fue mi boleto a un mundo secreto de vagabundos, donde la vida no siempre es bonita (y nosotros nunca lo somos), pero eso está bastante bien, porque nos tenemos unos a otros, nuestra cultura, y si estás un poco sorprendido y ofendido, sólo te pedimos con mucha humildad que nos aceptes como personas, suspendas el juicio y te acerques a nuestro pequeño fuego para sentarte con nosotros... ¡sí, para que podamos escupirte en el ojo! Saltamos a Texas y nos encontramos con otros. Dos se convirtieron en cuatro y éramos un ejército... Culminando en un momento impactante en el que miré hacia arriba, parpadeé y me encontré ante una lata de Stern en un círculo de vagabundos debajo de un puente.

Big Man era un narrador vagabundo del sur profundo. Uno de nuestros grandes héroes populares por descubrir. Se sumergiría en un drama de vagabundos muy adornado y no saldría a tomar aire al cabo de una hora. Una especie del mentor que nunca tuve. Sagas de “Millonario por un día”, romances sobre “palizas a policías de tren” y epopeyas sobre “anillos de diamantes en la basura”. Gran Hombre siempre triunfaba. Cuando el siniestro guardagujas lo metió a sabiendas en un tren que viajaba mil millas en la dirección equivocada, tuvimos dudas. Pero un viaje de regreso con acusaciones inventadas de acoso sexual igualó el marcador y todos aplaudimos en silencio. Cuando me quedé casi asombrado por el silencio, le pregunté por sus contenedores de basura favoritos: “Espacios de almacenamiento de alquiler”. Empresas de almacenamiento, qué idea tan increíblemente brillante...

“Shoestring” (Cordón de zapato) era simplemente... simplemente estaba borracho. Un descarado manipulador del cartel “Trabajaré por comida”.

Las ganancias se destinaron a la cerveza y el exceso a las galletas de las gasolineras. Bueno, admiré los medios. “Trabajaré por comida”.

Siempre me había preguntado sobre esa profesión. Ver a Shoestring “trabajar el letrero” a distancia dio lugar a una pregunta obvia, y cuando regresó, le pregunté: “¿Qué pasa cuando ofrecen trabajo?” Su respuesta, bueno, tal vez no

ocurrió exactamente de esta manera, pero pareció el momento en que todo el círculo se miran unos a otros durante un momento incómodo y luego se echan a reír. Bien, yo era un aficionado. Por supuesto, el objetivo no es “trabajar por comida”. ¿Y en las escenas insultantes de los conductores que ofrecen trabajo en el jardín, cual es su línea de espera? “No puedo viajar en automóvil: ¡es claustrofóbico!” ¡Sí! Desempleo: ¡ningún enfoque es sagrado!

“Paja” juró que no lo hizo. ¿El muerto en casa de sus padres? No fue él. Fue ese otro tipo que usó su nombre. Era inocente, inocente...

Cerré el círculo, alrededor de una lata de ramen, sobre una cama de cartón, debajo de un puente, en Hearne, Texas.

Big Man — “¿Te conté la historia de...?”

Sombrero de paja... “Yo no lo hice”.

Cordón de zapatos eructó.

Yo: “No deberían tirar basura, muchachos...”

De marginado de la escuela secundaria a nerd¹⁴ vagabundo. Esto fue muy deprimente. Cuando intentas y fracasas en la aceptación de un grupo de analfabetos

14 Un nerd, o nerdo, es una persona vista como demasiado intelectual, obsesiva, introvertida o carente de habilidades sociales. [N. d. T.]

borrachos debajo de un puente, es hora de empezar a tejer una soga...

Caminando por Main Street en un pequeño pueblo de Texas con dos borrachos y un fugitivo... Me encanta el verano. De camino al supermercado, un coche de policía pasó lentamente. Strawhat (Sombrero de copa) entró en pánico, corrió y desapareció para siempre. La vida era impredecible, la gente del pueblo estaba asustada: dos temas que realmente podía respaldar.

Shoestring soportó un momento tenso comprando cerveza en la gasolinera cuando el conductor que le había dado “dinero para comida” apareció detrás de él en la fila. ¡Drama mendigo!

Algo de dormir bajo un puente entre latas de cerveza, carteles de cartón y vagabundos...

Mamá, toma una foto.

Era una época de fichas robadas y de narraciones en equipo. Yo creía en estas cosas. Blanco y empleable: creo que Unabomber llamaría a mi obsesión una “actividad sustituta”. Pero nunca pudiste convencerme de que no era sincero: debajo de un puente, el 33% de un pequeño ejército de vagabundos cometía terrorismo emocional en una pequeña ciudad, comía en latas y luego las vaciaba sobre nuestros hombros. No apoyé la última parte. Dejo de lado

las 40 onzas y dudas de mi autenticidad. Pero luego tomo una cucharada de esa mantequilla de maní y sabes que me siento sólido...

Los trenes iban y venían, y Shoestring y Big Man nunca levantaron una ceja. Dos días después todavía estaba buscando una señal, algún liderazgo fuerte desde las filas de la antigüedad y me senté confundido. Esto no era “destrozar el Sur”... sólo cerveza, Stern e historias de trenes tremendamente exageradas. Y, espera un segundo... ¡éramos sólo tres vagabundos debajo de un puente! Oye, ¿quién ha estado oliendo mi pegamento? La escena más mítica y, al mismo tiempo, la más real. ¡La hermandad! ¡El cartón! ¡Los utensilios de cocina improvisados! Tres vagabundos en las sombras de “su” mundo. ¿La Sociedad? Déjame terminar mi vaso de laca y luego te diré lo que pensamos de la “sociedad”.

Shoestring promediaba un dólar por minuto en esa pequeña ciudad, con un cambio de 30 minutos entre puente, letrero, cerveza y puente. Inspirador. Llegó un tren y Big Man y yo dejamos atrás a Shoestring... ¿por qué?

Toma una fotografía mía y de un ícono de vagabundo mayor, en nuestro tren, antes del atardecer de Texas, y luego mírala.

Esa es mi única respuesta.

Hay algo subversivo en tomar un medio de transporte. Algo radical sobre la autonavegación después de toda una vida de viajes con chofer y autobuses escolares. Algo peligroso en saltar a un tren en movimiento. (Solo abordo los estacionarios). Y algo loco y sorprendente acerca de los viajes gratuitos a todos los puntos relevantes de América del Norte. Estos son mis pensamientos cada vez que el tren sale, cuando alcanzo el estatus de celebridad de una pequeña ciudad saludando a grupos de chicos fuera de las estaciones de servicio desde mi vagón. Tengo muchas ideas sobre viajar en tren. Locas, exageradas en los momentos tranquilos. Me considero alguien que mantiene la luz encendida en una cultura que se desvanece, rica en la historia que he investigado en una docena de bibliotecas universitarias. Luego pienso en mi vergonzoso y fraudulento lugar en el linaje (en cómo el vagabundo era tradicionalmente un orgulloso trabajador migrante, los trenes funcionaban como autobuses de larga distancia) y en que me quedo sin aliento ante la mención de “trabajo”. Pienso en por qué soy el único en estos solitarios patios de trenes y por qué puedo ver el parpadeo de la televisión y las computadoras a través de las ventanas de cada casa. Lo que lleva a una reflexión casi profunda sobre la epidemia cultural del entretenimiento pasivo por encima de la experiencia rica. Desde el lado opuesto de un vagón, la puerta ofrece una imagen en movimiento, proporcional a la de una pantalla de cine.

Puedes verlo, perderte en la trama que avanza rápidamente y, cuando el tren se detenga, ¡súbete y participa! ¡Es divertido, una actividad de cita estimulante y tú mismo puedes escribir el final!

Big Man dijo que esto era Dallas. Un patio oscuro en un rincón olvidado de Dallas. Nos sentamos en el patio para contemplar la cruda escena. Esto no era Laguna Beach. Mantente en las sombras, dijo Big Man; éste es un mal vecindario. Una zona de guerra hostil donde fuerzas rebeldes querían despojarme de lo que era mío, como el supermercado. Para nuestra sesión de guardia, Big Man nos ofreció una lata de sopa, sin costo alguno. Esto realmente era como el supermercado.

Solo estaba familiarizado con dos tipos de ciudades: aquellas vibrantes y volátiles, en las que te bajas del autobús, todo ardiente, e irrumpes en una ciudad que arroja cultura y clímax en cantidades injustas. Miré las grietas del pavimento, el policía exigiendo mi identificación, la inquietante escena de una tortuga muerta... Dallas era el segundo: "Tan malo que es bueno". Arena e implacable, mucha hierba y leche de soja por ninguna parte. Gruñe y te ríes, porque es simplemente una ciudad grande y estúpida. Presenta sus manadas más amenazadoras de jóvenes enojados: te ríes más fuerte. Presenta interminables franjas de cadenas de tiendas de ocho carriles, todas las cuales no conducen a ninguna parte: estás doblado. Pone un guardia enorme en cada puerta de venta minorista, comes su

comida, etc. etc. Es una especie de acuerdo en el que todos ganan.

Desde nuestro fuerte sombreado (sí, debajo de un puente) lancé piedras a los trenes que esperaba que se movieran, cambié algunas historias más y luego exigí una trama que se moviera más rápido. Hacer autostop no era la trama más rápida, pero era algo. Y además, Big Man empezaba a repetir sus historias...

Después de dos horas en la esquina con el pulgar doblado, aparecieron caras con ojos saltones, “pulgar hacia arriba”, intentos fallidos para golpear al chico blanco y cada punto en la longitud de respuestas de autoestopista poco creativas.

Todo menos un paseo. Cada conductor con el ceño fruncido ignoraba por completo que yo también odiaba a los blancos. Debería cambiar mi signo...

De vuelta debajo del puente, Big Man había conseguido una joya: “vía 1, 1 a.m., tren a alguna parte”. Cuando salió, me senté hecho un ovillo en un rincón, feliz pero triste. Dejé una parte de mí bajo esos puentes... Me preguntaba si esta compañía de Stern y borrachos daba algo cercano a la “credibilidad” o algo más cercano a la estupidez irreversible. Quizás lo más inteligente sea dejar una corta cuerda de identidad a este lado de la página, temiendo el día en que penetre irreversiblemente la “cuarta pared”: despertarme

postrado sobre las vías del tren, sosteniendo una botella de vino...

A todo el mundo le encantan las sorpresas. Esa mañana, Little Rock era mío. Big Man tomó un tren a Memphis para un control de asistencia social y yo estaba triste...

El problema con el establecimiento de espacios de oficina y residencia en público es la falta de una situación legal real cuando se acerca a él. Ese día, al volver a visitar la tienda de alimentos naturales, un hippie con rastas irrumpió en mi mesa libre de drogas, me arrinconó con el rumor de mi partida en tren esa noche y me pidió compartir mi vagón. El problema de ser un defensor vocal de la pobreza militante para los blancos es que a veces a los blancos les gusta volverse militantes los fines de semana y necesitan una mano que sostener.

Intenté evadir el compromiso con tacto: “Voy a un espectáculo en la orilla del río, si te veo allí...” Quién lo hubiera pensado, lo vi allí. Con un amigo. “¿Listo para ir?” Ahora necesitaría drogas...

¿Está ahí? Eso es un tren. ¿Eso aquí mismo? Un arbusto. El camino más corto entre ellos es una línea recta.

¿Esos tipos en la torre? Cerramos los ojos cada noche ante los sueños de sus cuerpos quemados. Esto no es Amtrak...

Éste era el lugar en el que había estado: guiando a los no iniciados, una linterna hacia el intrincado soporte estructural de las vacaciones y aventuras perpetuas. Tomar a un burgués inocente y destrozar su potencial de ingresos bajo la tapa de un contenedor de basura. Ofrecer el primer viaje en tren corrupto, un empujón alentador hacia un contenedor de basura, instrucciones interactivas sobre robo en tiendas... Tutoría personalizada que juega un papel decisivo en la “degradación social”. Deseaba avanzar en eso. Pero pienso en mi propio camino, desde estar hambriento y sin habilidades, hasta donde estoy ahora: ya sabes, muerto de hambre pero siendo bueno en eso. Cuando vi un agujero en la cerca y corrí hacia él, no tener ayuda en el exterior me proporcionó la mitad del atractivo, 3/4 de mi compromiso y 9/10 de la diversión. Una fuga de la cárcel, un par de revistas descoloridas y mil preguntas que necesitaban respuestas antes de que lloviera, me muriera de hambre o acumulara polvo en un estacionamiento de Columbus. Sin una mano a la que agarrarse, sin manual de instrucciones ni un chico detrás de la rejilla del pan con tarjetas de referencia... Sí, fui uno de los afortunados. Porque los consejos prácticos susurrados en un oído sacan encanto y diversión del otro. Dices que preferirías esperar a otra persona, otro día. Yo digo que es una postura curiosa. Porque si hubiera esperado a un amigo, sería un chico junto a un teléfono... con telarañas.

Me encantan los patios de trenes por la noche. Escabullirse, es todo astuto y duro. Un crimen sin víctimas que quizás todos estemos contentos es la ley federal. Da un buen contexto. Debajo de un árbol al lado del patio, fingí conocimientos reales sobre trenes de carga y ofrecí a los hippies instrucción sobre trenes muy segura y desinfectada. El colmo del flaco favor para dos novicios, sangrando el alma por todo. Luego la conversación derivó en un desgarrador arrepentimiento por haber dejado buenos amigos en casa, y supongo que dejó de importarme. Respondí mil preguntas, acumulé horas de entrevistas frente a la cámara para su proyecto documental posiblemente inspirado en las drogas y comí su comida. Era la 1 de la madrugada: largas sombras y crujidos siniestros conspiraron para crear una serie de momentos profundos. Esto era un patio de trenes por la noche; tal vez haya algo mejor que esto, pero traer bagels se me había olvidado por completo...

Nos quedamos dormidos en un tren.

Un placer cada vez: despertar en una ciudad nueva, enorme y loca. Sin saber cuál era el regalo.

Me senté, miré a mi alrededor... uh... ¡los hippies se habían ido! Supongo que los 'hongos los llevaron a un “plano superior de realidad”

El lado sur de Chicago. Ésta debe ser una de esas historias de “mirar atrás y reír”; del tipo en el que no mueres, pero te

lastiman mucho, luego señalas las puñaladas y luego te ríes. De pie junto al patio, miré los enormes edificios abandonados y los viejos y nervudos perros callejeros. Todavía era fuerte, pero era lo suficientemente incómodo como para saber que si uno de esos perros hacía contacto visual: ¡correría! Como persona blanca nerviosa en el gueto, sabía que ésta no era una victoria pequeña para el complejo industrial–penitenciario. Ya sabes, vislúmbrale desde el patio y luego corre para decirles a los otros ojos azules lo aterrador que era. Lo pensé y luego me tumbé en un terreno baldío. ¿Ese bulto entre ese tronco carbonizado y podrido y un montón de tierra? ¿Visible para todos los peatones y zombis crack? Ese fui yo. Nunca te acostumbras a la vulnerabilidad de dormir al aire libre, simplemente es mejor reírte de ello.

Al despertar, todavía estaba vivo y todavía muy disfrazado en ese lote como un gran pedazo de basura. Yo era bueno en eso. Mi historial de estar dentro de un contenedor de basura, luego que los empleados me arrojaran basura en la cabeza y sin embargo pasar desapercibido porque no era basura, estaba intacto. En este fenómeno, vi paralelismos con lo que dicen acerca de que los dueños crecen para parecerse a sus perros. ¡Me convertiría en un bolso pesado! Impresionante camuflaje de barrio pobre. Perfecto para Chicago. Y el contenedor de bagels. Si alguna vez miro hacia arriba y veo un par de manos femeninas descendiendo, sabré que ella es la indicada.

Tenía un secreto culpable. En mi mochila, detrás de los libros: una mano para sostener, una tarjeta de referencia... Además de la jerga adquirida sobre las drogas y un dolor de cabeza, los dos hippies me habían dejado una cosa: la elusiva “Guía de cambio de tripulación”. Una guía detallada, ciudad por ciudad, para navegar por todos los patios de trenes relevantes en América del Norte.

En mi mundo: una joya fotocopiada con la mística de la mitología griega. Superando a Orfeo con el don de una trama escrita por él mismo. Ubicaciones de los patios de trenes y navegación, ummm... mi posición no estaba formada. Había sentido cierto placer en el trabajo de detective, en caminar ansiosamente seis millas en la dirección equivocada, en la ciudad equivocada. Pensé en el duro y orgulloso fugitivo mexicano con el que me uní en Los Ángeles, ambos perdidos, buscando el patio. Aplicar la “eficiencia” muy capitalista al viaje en tren de “sonreír al sol todo el día” –hmmm... podría envenenar y corromper. Tenía un grupo de expertos vagabundos aficionados, con filosofías refinadas en tiendas de donuts de pueblos pequeños, en las mismas zanjas y calles laterales de las que me desviaría la “Guía de cambio de tripulación” en su búsqueda pragmática de utilidad: su búsqueda de vagabundos que ¡Sepan adónde van! Dejamos caer nuestro vino y jadeamos...

Ups. Mi guía de cambio de tripulación... desapareció. Dejado en el tren. Qué movimiento tan increíblemente inspirado hacia el peligro y el romance. Me impresiono con

mis propios errores casi a diario. Una vez cometí el paso en falso de olvidarme de la obligación con la sociedad y simplemente corrí durante 6 años haciendo lo que quería. Fue totalmente genial.

Y no tenía idea de dónde tomar mi próximo tren.

Disfruté de una larga caminata...

Plátanos, mantequilla de maní y bagels. Fue casi brillante cuando inventé la receta allí mismo, en el pasillo de Cub Foods. La comida gratis, además del valor calórico, ofrece el combustible adicional de la “gloria”. Viajaría en mi ola de energía hasta llegar a una estación de tren... justo después de sacudir a todos los borrachos en cada tienda abandonada para pedirles direcciones. Esperaba la habitual respuesta ebria y algo críptica de gran profundidad, como, digamos: “¿Patio de trenes? ¡Sigue las huellas! Podría pensar todo el día en eso...”

Cinco millas más atrás estaba el terreno baldío, el vagón, probablemente los grafitis cadáveres de dos hippies, y lo que había descubierto no era un depósito de trenes. Después de cuatro semanas muy elegantes y bien alimentadas, anhelaba lo que sabía que vendría después: un largo y aleatorio deambular por una enorme y aterradora ciudad durmiendo entre montones de madera y metal afilado, y un conjunto general de escenas que harían llorar a mis padres. Cuando somos niños, somos producto de una “aventura”

estructurada de guía turístico y de una conveniencia “en línea”. Por eso, dormir entre residuos industriales tiene cierta seducción. Y a veces, una cierta necesidad. Como aquel incidente de pauperismo desgarrador en Santa Rosa, a medianoche, bajo la lluvia, donde vi una montaña de alfombras desechadas detrás de una tienda de alfombras, me emocioné incontrolablemente, desenrollé una de las opciones más sofisticadas en el estacionamiento, me acosté en un extremo, me agarré al borde y me enrollé. Esto, por supuesto, sorprendió a los transeúntes, pero para mí fue una gran victoria. ¡Entonces una chica se detuvo y comenzó a subirme a un camión! Saqué la cabeza para contarle que había otros rollos desocupados cerca. Ella gritó y luego me ofreció dinero y un lugar donde quedarme. Tratando de arruinar mi triunfo inmobiliario casi genial con un sofá... ¡Me voy a volver a dormir! ¿La moral? ¡Explota su desorden y ponlo a trabajar para ti!

Confundí a varias personas, asusté a otras, pero finalmente encontré una pista muy específica en una estación de trenes. La leyenda y la tradición presentan a Chicago como un agujero negro en un tren, una trampa para ratones vagabundos; entra con facilidad, pero las puertas se cierran detrás de ti. La mayoría de los más de 30 patios de trenes de la ciudad estaban “calientes”, poblados por policías mercenarios deshonestos en jeeps que inspeccionaban los trenes con focos, gruñían, perseguían a los vagabundos hasta los árboles y luego sacudían el árbol hasta que caían.

Como en la mayoría de los escenarios de persecución del bien contra el mal, había respuestas tácticas para la victoria de los desvalidos en alguna parte. Generalmente en dibujos animados. Los vagabundos habían hecho su investigación. Todos conocíamos los deslumbrantes efectos de cabeza plana de 50 libras. El yunque cayó sobre el antagonista desde un árbol. El tiempo adicional se lo compró una bomba esférica negra en sus pantalones. Y si el policía me persiguiera hasta una casa de diversión de carnaval, todo se pondría bien...

En el borde de la estación de trenes, justo cuando terminé *Bound for Glory* (Con destino a la gloria) de Woody Guthrie, la última palabra del final triunfante donde una sensación de promesa nunca estuvo tan conmovedoramente plasmada en el papel, y Woody dirige un coro de vagones cantando “Este tren es ¡con destino a la gloria!” —un guardagujas ofreció ayuda.

“¡Ayúdame a tomar el primer tren que salga de Chicago!” dije yo.

“Ah, huyendo de la policía, ¿eh?”

Bueno, no, pero me gusta la idea de tener la condición de “fugitivo”. Hasta ese momento de ese viaje había cometido “robo de servicios” en ferrocarriles, intrusiones ilegales, hurtos menores, cruzar la calle imprudentemente, veamos... Le mentí al vendedor de billetes de Greyhound sobre mi

nombre, robé ese mapa de trenes de Barnes & Noble... subí por una escalera mecánica “hacia abajo”, quedé impune por copiosas violaciones de vagancia... ¿Qué se necesita para ser un “fugitivo buscado” de todos modos?

Cuando el trabajador llamó por radio a la torre para preguntar los horarios de los trenes, estaba “ayudando e instigando a un fugitivo”... hasta donde él sabía. Mi camino más rápido hasta la frontera estatal era por la vía 23, dijo. No sé tu destino, “pero si necesitas salir, es tu mejor opción”. Entonces tomé ese tren, un paso por delante de la ley...

¿Mi destino? ¿Había un lugar mejor que este? ¿Un momento mejor que éste? Había amigos de esa manera, moda urbana de esta manera, pero estaba bastante seguro de que había más aventuras aquí, en los márgenes. El lugar al que siempre va el tren cuando no sabes adónde va. Ese museo dentro de la gasolinera junto a la autopista de dos carriles. Donde el granjero te deja diciendo “sólo está yendo treinta millas por la carretera más o menos”. Esa parada de camiones en Nevada, MO; donde los niños de secundaria tomarán café contigo toda la noche y escucharán cada una de tus palabras. Están borrachos... y tú eres una estrella...

Un paseo agradable en un furgón de suave conducción. Y cuando el tren se detuvo, fue genial saltar, estirarse, salir de Chicago y llegar a... ¡East St. Louis! ¡Trago! Siguiendo de cerca el rap de gánsteres, siempre me había parecido escalofriante cómo East St. Louis siempre estaba situado

límpicamente cerca de “homicidio” y “asesinato”, ¡y los dos ni siquiera rimaban! ¿Era East St. Louis en realidad “un tonto como Compton”, como advirtió DJ Quick? ¿Estaba deprimido? ¡¿Lo estaba?!

Pequeños incendios en lotes abandonados, ventanas con rejas y grupos de niños que se detenían en medio del ajetreo para mirar al vagabundo rubio. Lectura de “E. St. Louis” en mi perdida “Guía de cambio de tripulación” en este punto revelaría el ominosamente abrupto “vecindarios peligrosos”. Me preguntaba si la solidaridad de las clases bajas triunfaría sobre, ya sabes, la mayoría de los blancos que en realidad merecen la fuerza de objetos contundentes. Caminé por los bloques residenciales de East St. Louis por el encanto de todo: la gente en las calles pateando, rebotando pelotas y montando bicicletas viejas y oxidadas bajo el sol. Durante mucho tiempo había entendido la “pobreza” como sinónimo de ocio bajo el sol sobre implementos corroídos de poco o ningún valor de reventa, de lanzarse a la calle y hacer cosas.

Había un vínculo tácito de clase baja entre los tipos enormes que bebían en la esquina y yo, el tipo de la mecedora... ¡pero no la niña de la bicicleta!

“¡¡¡No eres de aquí!!!” ¡Ay!

La vida se sentía peligrosa y podía posponer los sentimientos de culpa por sucumbir a la exageración del

crimen minoritario hasta el tren. En ese momento tenía que tener cuidado con los cristales rotos y las niñas en bicicleta. Miré los grupos de chicos contra la pared de ladrillos y a los chavales levantando pesas en los porches. Todo esto era nuevo. Aunque existían paralelismos obvios entre East St. Louis y mi barrio. Entre la guerra de pandillas y la relación que compartía con el gerente de mi restaurante favorito para cenar y correr. Edificios abandonados, decrepitos y cubiertos de maleza, y los brillantes edificios suburbanos en los que vivía. Grafiti y mis grabados en cemento húmedo.

La cabeza con ojos saltones se gira hacia el chico blanco y la cabeza con ojos saltones se gira hacia el Phoenix cubierto de basura que se levanta del contenedor de basura. “¡No eres de aquí!” y “¡Paga tu pasaje o márchate de aquí!” Había sobrevivido 2,793 millas con sólo 4 \$, sobreviviría a East St. Louis... ¡si pudiera dejar atrás a la chica en bicicleta!

Ese grupo de chicos se parecía curiosamente al de la última cuadra. Esta casa abandonada era como la anterior.

Espera... ¡Estaba perdido en el capó! Una escena que se utiliza a menudo para lograr un efecto cómico en el cine y que generalmente involucra un automóvil averiado y, en la siguiente escena, tapacubos robados. Encontré al tipo más enorme y duro que jamás había visto levantando pesas en su porche.

“Disculpe...” Se sentó y flexionó los músculos. “¿Dónde está el patio de trenes?”

Él respondió, llenó mi botella de agua, me ofreció comida, luego me sonrió... ¡y cinco dólares! Relámpagos de mala música rap tronó cuando la letra de Snoop Dogg se hizo clara al instante: “East-side St.

Louis, Spokane, consigue dinero, hombre.

La situación degeneró. Quiero decir, sí, quería sufrir, pero quería vivir para escribir sobre ello. El patio era un laberinto imposible de policías y trenes en rápido movimiento. La gente que pasaba por allí me tomó por loco: “¡No entres allí, te arrestarán! ¡Sí!” Pronto me di cuenta: espera, estoy loco. Los autos pasaban lentamente y hacían un rápido giro en U mientras yo luchaba por esconderme entre los arbustos. Los mostradores del supermercado eran demasiado bajos para dejar algo a la izquierda. Pronto entendí lo que significaba “el otro lado de las vías”, el lado donde hay que pagar. El sol empezó a ponerse, las sombras se hicieron más largas, los fuegos del solar vacío se hicieron más grandes. Los mosquitos me comían en la zanja donde dormía. Me quedé sin agua y la tienda estaba cerrada. El día siguiente fue igual. Comencé a mirar hacia arriba y vi una nube oscura de mala suerte e insomnio flotando sobre todo lo que hacía. Seguramente siguiendo la tendencia, el cajero de la gasolinera me entregaba mis Fritos, mi cambio, y me golpeaba con un hacha. Entonces, cuando compré un billete

de autobús de 23 dólares para ir al siguiente estado, ¿se me estaban agotando? Nunca habría pagado por nada en 1995. Quizás estaba “madurando”...

“Ooooh... esa no es la mejor parte de la ciudad”. La cajera de la gasolinera me mostró la dirección de mi estación de tren.

Parecía preocupada. “No es la mejor parte de la ciudad” se estaba convirtiendo en el tema del viaje, probablemente parte de una elaborada broma pesada. Y cuando no me perseguía la colonia de perros rabiosos de Springfield, Illinois, me reía.

Veintitrés dólares... No podía superar eso. Lo planteé contra East St. Louis, o Snoop Dogg, o alguien. Si la mujer estaba en lo cierto, los salvajes sacarían veintitrés dólares menos de mi cadáver. El año que viene haré la gira tipo monje de “sobras de mesa y galletas saladas”, en la que no gasto dinero, no me acerco a Greyhound, uso lágrimas falsas para hacer demandas contundentes a los cajeros de cabello rosa y exploro mi Teoría de que si te paras junto a las revistas y sacas un melón por la puerta, ¡no es realmente un robo!

Quizás ya había estado aquí antes, quizás docenas de veces. Una caminata de seis millas en un pueblo sin salida. Donde cada columpio y cada agujero en la valla parece relevante. Como encontrar un supermercado con diccionarios y entusiasmarse con él, porque has estado

buscando uno de esos y la palabra correcta. Robé el diccionario. Entonces un coche lleno de chicas me saludó y me sentí optimista. Mi sonrisa me llevó seis millas hasta un pequeño grupo de vías, grava, ningún movimiento de trenes, una planta rodadora pasando a mis pies... En un tramo solitario había un solo vagón. Me metí dentro para dormir. Durante horas, una motocicleta iba y venía, lo que me molestó mucho. Se fue a casa o se quedó dormido y regresó poco después con una bolsa de sándwiches de pastel de carne, para mí. “Todavía están en ese vagón si los quieres” ... “Viví aquí seis años, ¡aquí no paran los trenes!”, dijo él. Grrrrr... tratando de confundirme con las estadísticas...

En lo profundo de la noche, me desperté con una linterna en la cara. Un simpático trabajador del tren, que buscaba un amigo... Me dio consejos sobre el tren, me trajo agua, me preguntó si estaba cómodo, lo que generó un temor muy real de que se moviera para arroparme. Cada quince minutos regresaba para los controles y charla amistosa sobre el tren. Uno de esos vagones de carga de “servicio completo”. Saldrá pronto, dijo, conectarían el motor y me llevarían a... bueno, fue lo suficientemente amable como para no estropear el final diciendo dónde. Pensé en mi zanja de East St. Louis y en mi deshidratación, y en que el motor pronto me llevaría a cosas mejores. Pensé en nuevas ciudades con posibilidades que no podía esperar para pasar página: ¿Kansas City? ¿Denver? ¿Council Bluffs? Más que

nunca creía en los finales felices. Incluso las canciones de rap de gánsteres tenían finales felices.

Cuando me desperté en el tren a la mañana siguiente y miré a mi alrededor, escuché la pista de risas enlatada para la comedia de vagabundos que claramente protagonizaba.

Era el este de St. Louis.

II: TODOS VESTIDOS Y SIN NINGÚN LUGAR ADONDE IR

La peor ciudad que he visitado jamás, pero sigue siendo bastante divertida. Encontré varios vagabundos viejos, rústicos pero alegres; afuera del centro comercial abandonado, tuve una conversación conmovedora sobre los excesos estadounidenses con un empleado de TraderJoe desde el interior de su contenedor de basura hundido hasta las rodillas y asentí lentamente con la cabeza sobre libros antiguos y oscuros en la biblioteca de la universidad. La chica del programa del sótano nunca escribió, pero las chicas de alguna manera siempre perdían importancia en la primera línea de un buen libro. Por eso vine a este pueblo...

Todo empezó en la librería. Mi camino de la universidad a la librería era fijo y decidido: quería libros y quería libros de instrucción sobre actos marginales de evasión con renunciadas parpadeantes. Eso es todo.

Una noche, justo ahí, bajo “subcultura”, dos de esos libros. Libros que todos esperábamos, pero que sabíamos que no habían sido escritos. Estaba más nervioso que feliz cuando los encontré. Nervioso por dos libros que anulan cualquier excusa para no pasar una noche en casa nunca más. “No juzgues un libro por su portada”, advierten. ¿Y si la portada promete los secretos para colarse en todo? ¿Podemos juzgarlos?

Mirar la portada me molestó mucho. “¡Sin ticket, no hay problema! Cómo colarse en eventos deportivos y conciertos. “Excelente. Un vistazo rápido al índice confirmó lo que temía: tenía trabajo que hacer. “Pases de prensa”, “Backstage”, “Cajas de lujo”... Si estaba fuera de alcance, estaba en el libro. El autor, un hábil Robin Hood de mediana edad, explicaba su ingrato trabajo independiente como “vendedor de perritos calientes”, “fotógrafo de prensa”, “empleado con una sonrisa encantadora y una identificación de la escuela secundaria”, “hombre apresurado de gran importancia con celular”, etc. etc. Lo pateó detrás del escenario con Billy Joel y quedé impresionado. Se infiltró en los Premios de la Academia y quedé asombrado. Salió y volvió a estrellarse usando una segunda técnica, y quedé atónito. Se coló por tercera vez para luego ocupar el lugar de Whoopi Goldberg en el escenario y, no lo sé, no pude soportarlo. Estaba celoso. Mi cabeza todavía daba vueltas cuando cerré el libro y pensé: “Es hora de revisar la lista de conciertos...”

Estaba un poco traumatizado en este punto. Sí, estaba lleno de esperanza de que siempre habrá una manera de entrar; pero todavía estoy haciendo pucheros porque me miraron a los ojos y me dijeron que no lo estaba haciendo bien. Como dije, traumatizante. Saqué otro libro del estante: “The Gate Crashers” (Los intrusos). Ok, pagaría por este...

Estaba todo ahí: ¡mil anécdotas asombrosas sobre cómo infiltrarse en cosas! ¿Qué clase de librería era ésta? ¡¿Qué está sucediendo?! El libro detallaba una clandestinidad secreta a la que deseaba desesperadamente unirme: ¡perfiles de docenas de hombres y mujeres que no estaban dispuestos a aceptar “Boleto por favor” como respuesta! Donde encontramos al autor contando casualmente anécdotas personales sobre sus pasatiempos de fin de semana como, oh...

¡Colándose en nueve premios de la Academia separados! ¡Me perturbó Dionisio Domínguez, que había interrumpido mil bodas y “besado a mil novias”! ¿Quién ganaría mi corazón? Veamos: ¿Stan Berman, quien se abrió camino hasta el palco presidencial en el baile inaugural presidencial de 1961?

¿O el tipo que subió al escenario en el programa exclusivo “La noche de las cien estrellas” del Radio City Music Hall como el número 101? ¿El tipo que estafó hasta el escenario de los Oscar y le entregó un premio a Bob Hope? Mi propia vida seguía siendo emocionante, pero, en realidad, ¿era ésta

una excusa para no sumergirme en la vida del “fiestero”, que sale de su trabajo de oficina el viernes por la noche, se pone un esmoquin, conduce a Hollywood y simplemente llega a una casa de celebridades? ¿Fiestas? Rechazo toda esa adoración de celebridades e ídolos. Sin embargo, creo que es importante vivir una vida llena de hacer cosas sólo para poder decir que las hiciste. Entonces... será mejor que empieces a tomar notas.

Los compré a ambos. Luego patiné hasta la biblioteca muy rápido.

Leí y digerí los dos libros, y pronto me di cuenta del hecho de que era... eh... un aficionado. Por lo tanto, no fue demasiado perturbador estar de compras en el Condado de Orange y encontrar un tercero: Atrápame si puedes: ¡La asombrosa historia real del mentiroso más extraordinario de Estados Unidos en la historia de la diversión y las ganancias! Un relato autobiográfico que nos recuerda un hecho olvidado: el genio a menudo se manifiesta de maneras estrictamente criminales. Qué pronto lo olvidamos... Todos nos sentamos recordados del hecho en las páginas del libro, una historia real de un estafador que, con un uniforme de piloto convincente y una pose segura, ¡estafa vuelos aéreos por todo el país! 'Con los viajes gratuitos como plataforma de lanzamiento, corre en una mezcla de estafas y lo libera todo... espera, esta historia te suena familiar... De todos modos, evoluciona hasta convertirse en el maestro de la suplantación, para quien no hay puertas cerradas. Hazañas

tan elevadas me ponen en el papel de espectador babeante, el idiota que no participa y que sólo piensa: “Algún día...” Él entonces, cuando finalmente lo atrapan, ¡conversa para salir de la cárcel! En mi objetivo de asistir a un concierto gratuito de Madonna, sentí que esto tenía una aplicabilidad real. Profunda. Unas pocas horas en asientos públicos derribando paredes enteras de la mente. Pequeños límites en torno a las posibilidades pasan desapercibidos durante toda la vida: expuestos, implicados y asesinados. “Actúa como si pertenecieras y nadie pensará lo contrario”, “Eres quien creen que eres”, “Actúa como si fueras dueño del lugar y lo eres”. Los puntos físicos del impasse se revelaron como meros límites psicológicos. “La puerta”, algo siniestro y vigilado, despojada de su poder, expuesta como sumisa a una confianza resuelta y a unos toscos apoyos. Quizás con estos libros todo estuviera a mi alcance. Cada concierto y fiesta de lanzamiento de discos.

Convenciones de la industria y bailes de graduación de la escuela secundaria. La vida urbana nunca estuvo llena de tales posibilidades.

Era la psicología ilegal, “el factor de sugestión”, una combinación de firme falsedad y encanto fingido. El poder de un ticket era transitorio, aislado en el tiempo y el espacio. Pero la astucia del comprador de boletos reacio, los defectos arraigados en la mente humana y la estupidez universal de los guardias de seguridad, todo es atemporal.

Tal vez tenía demasiado sentido y me sentí un poco tonto por el descuido. Las aplicaciones prácticas de estas lecciones amplificaron enormemente el antiguo sentimiento de que “el día no tiene suficientes horas”. Fue entonces cuando supe que la obsesión era digna...

Un hombre con un carrito de mano y una sonrisa, sí, tenía mucho sentido... Una sociedad de privilegios basada en la superficie y el material: el efecto intimidatorio de una placa exhibida y la libertad de paso para el hombre apresurado con traje y maletín. Pensé en los uniformes de UPS y los delantales de Whole Foods en la trastienda. Una sociedad de obediencia basada en el efecto petrificante de los seguros de sí mismos: hoteles que ofrecen llaves de habitación a “pilotos” en escala y el ojo de demonio de mi ex novia. Pensé en dejar caer el nombre del jefe en puertas oscuras, en el paso de la puerta de servicio con paso rápido y en un gran palco. Superando los enjambres de competencia y la alta seguridad del proceso de fertilización, llegamos a este mundo como intrusos. Se podría decir que nacimos para colarnos...

La teoría era: “Actúa como si pertenecieras y nadie pensará diferente”. Entregue al portero un boleto pagado o acérquese apresuradamente con el uniforme de paramédico y observe cómo se hacen a un lado. Psicología fuera de la ley, “Ingeniería social”. Ese lugar donde el encanto y la pobreza se unen y conspiran para abrir puertas. Durante años lo había sentido como la única forma de asaltar la mesa

del buffet de la recepción de un hotel. Defectos de la psique humana, historias bien escritas y ensayadas, buenos accesorios... Puse esperanza en estas cosas. ¿Es correcto mentir por placer hedonista? ¿Alguna vez están mal los conciertos de rap gratuitos?

Pienso en los primeros días. Los toscos movimientos de agacharse y deslizarse cuando las cabezas se giraban... espera, ¡todavía hago eso! Algo agradablemente pobre y nada cool; seguramente siempre lo haré. La trágica realidad del capitalismo es que si entras a tu casa por una ventana rota y comes basura, ¡probablemente no puedas permitirte un billete de Go-Go!

Probablemente siempre comienza en la puerta trasera del cineplex... y para muchos, lamentablemente termina ahí. Una especie de actividad de “puerta de entrada”. Cuando las chicas nos pasaron sus entradas por encima de las cuerdas de terciopelo, nos sentimos astutos. Y cuando llevé el extra a la ventana para pedir un “reembolso”, ¡me sentí como un gángster! ¡Había comenzado!

Mi contenedor de basura favorito. Qué suerte, qué fertilidad. Cada inmersión supera a la anterior, y ¿alguno de nosotros previó que Tower Records superaría el certificado de regalo de 20 dólares? Los levanté a la luz: cinco boletos de TicketMaster muy brillantes y en blanco. El gran espacio en blanco vacío en el centro parecía susurrar “usa tu imaginación”. Pauly usó el suyo y sostuvo los espacios en

blanco junto a su entrada para el espectáculo de Anthrax de ese fin de semana.

Con los ojos vidriosos, se dirigió hacia la máquina de escribir. Jugué a Nintendo, Pauly entró riendo y cuando nos reagrupamos, reconocí que esto era un insulto apropiado para la banda que intentó registrar los derechos de autor del logotipo de “New York Hardcore”. Una burda falsificación con una fuente imperfecta y que tiene poco o ningún parecido con un billete real. Como el Greyhound Ameripass fotocopiado que no llevó a nadie que conozca de Greensboro a Gainesville. Delitos graves descuidados: siempre nos reímos de ellos después. El portero levantó la falsificación, entrecerró los ojos, miró la larga fila de impacientes tipos de metal, volvió al billete, me levanté un poco la camisa para mostrar que estaba haciendo las maletas y ¡me hizo señas para entrar! Si la comida gratis sabe mejor, haz conciertos gratuitos de “rock”

¿Mejor? ¡Ese resulta ser el caso!

Levanté el pulgar para viajes gratuitos y a menudo perturbadores, me subí a mi primer tren, pasé los torniquetes del metro en dos estados y me colé por debajo de la ventanilla del cajero en la piscina pública de un pequeño pueblo de Wisconsin... Todas ellas, acciones menos avanzadas para colarse por la puerta, groseras pero eficaces para promover nuestra causa de una “sociedad sin entradas” Algo así como nuestra campaña –en lo que

respecta a los levantamientos insolventes— pero que en realidad, puede utilizar la “transferencia de sello húmedo” en un concierto de los Sex Pistols en defensa de una cultura orgullosa que es bastardizada y luego furtiva detrás de la botella inflable de varios pisos de altura de los patrocinadores corporativos Budweiser y tirar del enchufe, hacer que esa enorme y estúpida cosa se derrumbe sobre los asistentes al concierto y provocar un breve caos, ¿alguna vez se le debe restar importancia? El punk en sí puede estar “muerto”, pero el astuto enfoque del caballo de Troya sobre el “precio de las entradas” (y el valor de risa de los poseedores de entradas que huyen de grandes objetos inflables) sigue siendo eterno.

Un tema constante de los libros, algo que siempre me había preguntado y con lo que en ocasiones había coqueteado: “La seguridad inquebrantable en uno mismo como arma”. Probado eficazmente en la cadena de ferreterías el día que puse un par de guantes de dos dólares en el mostrador, junto a un costoso taladro eléctrico. Se escanearon los guantes y la cajera tomó el taladro. Lo aparté y fingí molestia, colocando el taladro debajo de mi brazo: “Sólo los guantes”.

Ella me dio el cambio con una sonrisa y ¡salí! Como en los libros, al revés: una pose confiada para salir por la puerta... Sabía que me había topado con la explotación descarada de una laguna psicológica: “Todo el mundo es inseguro y se somete a los que tienen más confianza”. ¡Manifiesto en el

escenario absurdo de un cliente que solicita firmemente no pagar el 95% de su compra!

Quedarse quieto, después de leer los libros, era análogo a leer Roba este libro y no hagas inmediatamente un burdo trabajo con cinta adhesiva en una lavadora tamaño 14 y utilizarla en un teléfono público. Una carcajada llega del receptor. Soy mamá Bell. La costura de la arandela está obsoleta desde hace 25 años. Pero, ¿podrían alguna vez quedar obsoletos los guardias que se hacen a un lado para sustituir al reparador de teléfonos? Podría guardar los libros, pero no la conciencia de la oportunidad perdida y las estrellas de piña detrás del escenario. De militantes hábiles y confiados con cascos en ese momento sosteniendo un cable de altavoz de grueso calibre, deslizándose entre bastidores tres horas antes del inicio del espectáculo como si realmente estuvieran preparando una transmisión en vivo para K-JAM.

Creo que el problema de la mayoría de los pobres es nuestra disposición a mirar una palma levantada exigiendo dinero, y no simplemente dejarla a un lado y dar vueltas. Al revisar los libros, pensé: cuando la historia cautiva, vivirla probablemente sea más divertido. Revisé la lista de conciertos. La vida empezaba a parecer mucho más emocionante...

Era verano: un aula para la física aplicada de lo que sea que aprendí durante el invierno. La temporada siempre

incómoda para cerrar la brecha entre el pensamiento y la acción. Pero evitaba nerviosamente los semanarios gratuitos de cada nueva ciudad. O al menos el calendario musical. Los anuncios de los lugares aparecían con burlas burlonas, divididos en cientos de pequeños cuadrados para cientos de bandas, cada uno de los cuales decía “ahora o nunca”.

Anuncios estúpidos. Lo que sucedió en Seattle sería lo que los estudiosos de la cronología denominan una “inevitabilidad histórica”: leer detenidamente el semanario gratuito y, oh oh, pasar una página demasiado lejos. El anuncio era grande, más difícil de ignorar. Para esa banda, la banda, por la que durante meses había estado saltando en el asiento trasero del transporte público, la banda sonora de los estudios de Winter's Crashing Gate (La puerta que se estrella en invierno)... en una gira de reunión. Se podría decir que tenía un plan.

Me quedé afuera, refunfuñando. En los libros, se desarrollan episodios dramáticos de genialidad, respaldados por milagros sospechosos: los clientes que pagan y tiran los boletos, los uniformes de los empleados colgados sin supervisión, la lista de invitados siempre en un ángulo conveniente para ser visible para el intruso y nunca para nadie que se parase en un paseo marítimo. El concierto de Go-Go bajo la lluvia de Seattle, intentando colarme sin éxito. Confiando ingenuamente en los milagros, no tenía planes. Nada de uniformes de Domino's Pizza ni cajas grandes: ¡sólo

horas de charla acumulada que vivir y amor ardiente por Belinda! Junto con Stiles y Cindy, me quedé bajo la lluvia, sin un centavo y ansioso. Dicen que las drogas abren puertas a la mente, pero no la pobreza...

Una banda llamada “The Lunachicks” estaba tocando y vimos a su conductor moverse libremente entre la camioneta de gira y la puerta detrás del escenario. Pelo loco, ropa desagradable, ese gruñido punk-rock... Creo que tenía un amigo.

“Hola, jefe, ¿tienes entradas extra?”

Él me hizo una mueca que decía que yo era el rey de los tontos...

Y un pase entre bastidores.

“Solicitudes abruptas”: no estaban en los libros, pero sí estará en el mío...

El mítico “backstage del concierto de rock en la arena”. Donde, aprendí, está la verdadera actuación. Docenas de pseudocelebridades elegantes y bien vestidas bebiendo vino y haciendo todos los movimientos correctos. Y un punk en la esquina, reflexionando sobre los límites del “Pase de acceso total” mientras ataca el plato de frutas. No puedo estar seguro, ¡pero creo que esto fue “colaborar con la industria”!

En forma de moneda, placa laminada de autorización de seguridad o pase entre bastidores, la mayor parte del estatus, en esencia, es simplemente papel. Mi artículo (más allá de lo admitido) aportaba el beneficio añadido de la “frialdad”. ¡Por primera vez en mi vida, hombre, estaba deprimido! Los zapatos llenos de agujeros de un verano de trenes me recordaron que nunca obtendría su aprobación... ¡pero podría comer su comida!

Sentí que la moderación de la moda era muy burguesa, y construí impactantes montañas de frutas en pequeños platos en la carpa del banquete. En el punto exacto en el que el ápice de la piña alcanza la máxima sostenibilidad geométrica, me servía una gran taza de café y me sentaba a disfrutar de la fiesta previa al espectáculo. Sutiles señales sociales en esa habitación me dijeron que había quemado todos los puentes al no usar pinzas. Le respondí al mensaje de que debería callarme. La mayoría de sus pases eran rojos: “Acceso limitado”. El mío brillaba en azul y decía “ALE” muy grande en tinta negra. Simplificado, esto significaba que podía comer kiwi con las manos, beberme todo el café, insultar a sus antepasados y bailar con sus mujeres.

Había controles de seguridad a cada paso. Al acercarme a cada enorme y musculoso policía de servicio, vi cómo sus ojos se agrandaban al ver mi pase, ¡se hacían a un lado y me hacían señas para pasar! ¡Hasta me llamaron “señor”! Después de años de acoso policial, fue divertido simplemente caminar en círculos, obligando a los policías a

decir “adelante” y desviarme del camino hacia más fruta. Oh, cómo han caído los poderosos...

Al explorar el lugar, pude aislar cuatro cámaras de rango y mi lugar inmerecido en ellas. Los poseedores de boletos de pago eran los desechables de último momento, meros signos de dólar e irremediablemente anti-chic. Más allá del primer puesto de control había un pequeño patio para los ganadores del concurso de radio y sus primos segundos: nunca era genial, sólo tenía suerte. Más allá, literalmente detrás del escenario: una gran extensión de equipos, actividad frenética, buena comida y café fuerte. Sólo para personal de carretera y VIPs. Se podía cortar la exclusividad con un cuchillo: una posible filtración de los otros dos campos evocaba temores de lo que los VIP llaman “contaminación cruzada”.

De pie en el epicentro, junto a las cremas no lácteas, uno realmente podía sentir la tensión de ambos lados. Mujeres de 40 años con teléfonos celulares, suplicando a la seguridad del lado de los poseedores de boletos, jurando que estaban “con la banda” y luego simplemente maldiciendo. “¿Tú lo dejaste entrar y a mí no?!” En defensa del orden jerárquico, me di la vuelta: “¡Estoy con los Lunachicks!” Corrí en círculos, bebiendo café y agua de manantial con los puños, con los ojos muy abiertos y ardiente, mirando por las esquinas y haciendo exigencias irrazonables al personal remunerado. El Sr. No Invitado con el pase de “acceso total”, una casualidad anómala con implicaciones peligrosas que amenaza el

núcleo absoluto de los sistemas de castas capitalistas, de la sociedad misma... Sólo cruzaría este puente una vez, también podría quemarlo.

Arrinconé a mi benefactor punk-rock junto a la barra: “¿Me estoy integrando?” le pregunté. ¡Se dio vuelta y se alejó! ¡Ja! Me sentí un poco halagado.

Existía un último rincón exclusivo, donde el policía parecía más rabioso, la nube de misterio que lo cubría era aún más espesa. “Camerines de banda”. Era dónde estaban los Go-Go. Cubrí los agujeros de mi sudadera y me acerqué con un exagerado sentido de autoridad. Había aprendido que incluso los policías, aunque analfabetos, pueden aplicar fonética rudimentaria a “TODOS” y hacer asociaciones de colores que a menudo hacen los primates inferiores. Continuando con un rumbo verdaderamente consistente: ¡los ojos se agrandaron y se desplegaron alfombras rojas para el chico blanco con el pase azul! Probablemente un hermano menor retrasado, beneficiario de una propuesta aprobada a la Fundación Make-A-Wish (Cumple un deseo), o Dios sabe...

Las puertas estaban cerradas y las cortinas corridas. Pero me alegré al saber que, aunque no era el “mayor fan” de Go-Go, yo era el que estaba más cerca en ese momento. Caminé delante del tráiler, esperando una invitación, o grité para pedir una servilleta o algo así. Pensé en los libros y en cómo nunca terminaban con una mera entrada gratuita, sino

siempre con algo más cercano al triunfo alegre de un brazo alrededor del líder inmortalizado en una fotografía, ¡o un beso de celebridad en la mejilla! Caminé de un lado a otro, resoplando por la frustración. Esto debe ser lo que llaman “estrés”, siempre me lo había preguntado...

En la base de los escalones del escenario, vi a los Lunachicks arreglarse el cabello, rebotar en el lugar, darse palmaditas en la espalda y, cuando el locutor los llamó por su nombre, ¡subieron al escenario! ¡Luego pude correr y verlos desde el frente! Centro de la quinta fila. Esta fue la ciudad que casi me arrestó por un lugar de pesca en un juego de arcade desbloqueado con una cuchara de plástico, por lo que infiltrarme en asientos VIP en uno de sus conciertos fue una gran victoria.

Era una multitud hábil: de mediana edad, intelectuales y curiosamente bien vestidos. A su alrededor, hombres de traje y mujeres de traje bebían champán en copas y bailaban. Al darme la vuelta, ¡era una escena de miles de burguesitas saltando, animándome y gritando por mí! Era ese tipo de noche...

Las luces se atenuaron, los Go-Go subieron corriendo al escenario, las baquetas hicieron “clic, clic, clic”, y eso fue todo: el musical Holy War (Guerra santa). Los yuppies pateaban sillas mientras yo daba vueltas en círculos sin importarme el estilo o la gracia.

El anuncio no decía nada sobre los rayos que nos caen a todos desde los instrumentos, la muerte de mi cómodo mundo, la revolución misma. En el momento de mayor fervor, como el clímax de la emoción, cuando se trataba de comenzar a quemar cosas o ver caer los pilares de la sociedad y el comercio, las filas colectivas de VIP bajaron las cuerdas de terciopelo y ¡cargaron sobre el escenario! ¡Insurrección total con una banda sonora realmente genial! El estribillo de “Vacation”: un curioso catalizador para simplemente hacer a un lado a la policía y huir... Conocido por la policía de Seattle con la “liberación de presión”, una táctica pacificadora necesaria para el control de la población volátil.

Denles un cartel de protesta y un lugar donde pararse, un porro, los tres metros entre el escenario y la partición, y silencien la revolución. Ardí para iluminar a la multitud, para abordar la necesidad de mantenernos firmes en este momento crucial: el punto de ruptura del arte y el paisaje que enciende el fuego para quemar todo su mundo. ¡Al escenario, no! ¡A las calles!

Había pasado por alto otro agente pacificador: la música pop. Elegí el escenario. Y no estoy orgulloso de ello.

Diez pies y leyes de acecho por delitos graves: la delgada sábana entre nosotros. Un enamoramiento inocente pero sincero. ¡Entonces Belinda hizo contacto visual! Sin embargo, si tus ojos se han convertido en pequeños

corazones de dibujos animados, ¿se trata realmente de “contacto visual”?

Todo clásico y una portada. Entonces... se acabó.

Oh Dios mío. Belinda y yo, juntos: el ojo silencioso de la tormenta de la fiesta posterior al espectáculo. La belleza y el Beat-The-System (Vence al Sistema). Tan cerca que podría tocarla si me inclinara mucho. ¡Y casi lo hago!

Había un lugar en la vida que perseguí diabólicamente, por el que lo arriesgué todo, moví los pomos de las puertas para encontrarlo y, a veces, lo hice al pie de una escalera debajo de las rejas abiertas en la universidad. La unión exacta entre una oportunidad tomada y una lección aprendida. Donde la improbabilidad estadística y “salirse con la suya” se alinean de maneras que me alegra que mis padres no siempre estén ahí para verlo. Más que nunca, encontré ese lugar en la quinta fila. El gran y hermoso sol poniéndose detrás del Pacífico a mi derecha, cinco mujeres cantándome una canción justo delante y detrás: varias miles de razones trágicas para guardar la billetera, respirar profundamente y considerar las alternativas. Porque la experiencia es tanto contexto como contenido. Eso lo aprendí en la quinta fila. Y aprendí con una solicitud directa en la puerta de servicio: ¡la honestidad no siempre es la mejor política, pero de vez en cuando es la mejor táctica!

Le di a mi verano un nuevo tema y lo seguí... Celebré la independencia de nuestra nación en las gradas de la escuela secundaria en Ashland, y tres días después me caí de un autobús a las calles de San Francisco. ¿Tenía amigos en San Francisco? Solo uno. Una chica punk rock. Y si mi sincronización era correcta, ella estaba detrás del escenario, descargando el equipo.

Planear viajes de 1.000 millas basándose en expectativas frágiles... Conozco esta disfunción como “verano”. Pero el “fracaso”... ella era una extraña. Hasta dos horas antes de la hora del espectáculo en el Maritime Hall, y todavía no había ninguna chica, ni ningún pase azul... Los edificios pueden estar abiertos de par en par hasta varias horas antes del evento, y yo estaba escaneando el lote en busca de una última ventana de oportunidad digna de jactancia, me decidí por “crudo pero efectivo”: una puerta trasera abierta de par en par. El mejor tipo.

Me persiguieron.

Pronto me recosté en la acera, más sabio al saber que sin traje, “Soy el pizzero” sólo te lleva hasta cierto punto. Y sin pizza, ¡a ninguna parte!

Avancemos un poco...

La Jolla, California. Despiértate en un armario de escobas de UCSD, tira tu bolso en un casillero vacío, luego sal y te

encontrarás acorralado, en el inquietante confinamiento de una comunidad que no ofrece a los jóvenes otra salida creativa que, bueno, ¡pasar el sol! ¡Sin fin! Un lugar mágico. Sammy y yo éramos los pioneros, sin saberlo, de una nueva amenaza cultural subversiva: ¡corríamos por la playa haciendo bodyboard¹⁵ todo el día! ¡En realidad!

Todo comenzó en una farmacia de Longs, deslizándonos tablas de bodyboard muy grandes y costosas debajo de nuestros brazos y acercándonos al mostrador con nuestra compra de botella de agua a 50 centavos en un audaz movimiento de “mano izquierda”. El cajero examinó el agua de Sammy y luego se puso irritable: “¿Qué pasa con la tabla?” Sammy la miró a los ojos y, en un momento de pura brillantez carismática, dijo: “¡Bleergabbaluba!” ¡y salió! ¡Sí! No importa la legalidad: ¡naveguemos!

Sammy era el espíritu de la juventud. Desencadenados por dolencias de clase media como “Moderación”, “Precaución” o el fatal “No se puede hacer”. La última vez que tal vulgaridad voló en su dirección, le pidió al empleado de Radio Shack que tuviera la amabilidad de retirar un escáner policial del estuche, lo cogió y echó a correr. Perfecto para viajes por carretera, deportes acuáticos junto al mar y elaboración de estrategias conjuntas en el ahora legendario café La Jolla Whole Foods. Donde tipos con teléfonos

15 El bodyboard es una modalidad del surfing, pero se hace tumbado boca abajo sobre la tabla. [N. d. T.]

móviles toman decisiones comerciales que condenan a los pequeños chicos africanos a la miseria por un pan de lentejas. ¿Y dónde, en el stand de al lado, dos niños con pantalones cortos pensaron mucho en cuestiones verdaderamente relevantes de estrategia y logística: el disfraz de repartidor o el fotógrafo de la revista Spin? ¿Caminar al revés?

Trabajó en el cine...

Me peiné el pelo. El horario del espectáculo era en cuatro horas. Los B-52 se abrieron para algunos viejos queridos amigos.

Fue algo que juré que nunca volvería a hacer. Lo que sólo sabía era estar en el cruce de caminos de la desesperación, la falta de creatividad y el autoasesinato. Sólo el apoyo de Sammy y el agradable entorno de un patio frente al mar con vista al Pacífico produjeron el coraje. El lienzo virgen de la atrocidad fue recogido en la recepción de Harbor House Seafood (Mariscos de la casa del puerto). Respiré hondo y lo hice. Llené una solicitud de empleo.

Caminamos al lado.

“¡Vaya muchachos! ¡¿Adónde váis?!” —Seguridad de la puerta principal de Go-Go.

Bueno, señor, eso depende enteramente de que usted no se dé cuenta del logotipo “Harbor House Seafood” al final de este documento. Extendimos nuestras solicitudes.

“Nuevas contrataciones para el puesto de barman”. No tenía idea de lo que eso significaba.

“¡Beto!” gritó por la radio: “¡Tengo dos nuevos empleados aquí!”

Nos escaneó de pies a cabeza con sospecha en un momento dramático...

“¡Envíalos!”

Fue un gran espectáculo...

Era una molestia común en el supermercado: tenía mi panecillo de 50 centavos, el cambio exacto listo, mi comida para robar cómodamente en la mano izquierda, una gran sonrisa y luego llegaba a la caja con jugo recién exprimido de Odwalla para encontrar al repartidor de Odwalla reabasteciendo, bloqueando mi camino hacia Mango Tangos. Me paraba a un lado y golpeaba el dedo del pie. Detrás de mí estaba el baño donde, en los viejos tiempos, más ricos en luchas, me encerraba dentro con un montón de comida y almorzaba. A mi izquierda, el microondas donde calentaba mis bagels (seis cada mañana). En serio. Directamente delante, la cabina del director. Nunca pareció

reconocerme, aunque me había echado del enorme contenedor de basura al menos una vez.

La mayoría de los empleados pasaron la línea “buscando comida para conejos”, ¡pero él no! Y la pirámide de productos naranja a mi lado. Absorbí, pero no toqué, la imponente y geoméricamente precisa pirámide de botellas vacías de Odwalla en mi casa abandonada. Un proyecto totalmente estancado hasta que el repartidor lo terminó. Quiero decir, apreciaba su trabajo, incluso lo necesitaba, sólo deseaba que se adaptara a mi horario, o dejara el camión de reparto abierto o algo así. Quiero decir, realmente, ¿estás o no “deprimido por los chicos”?

¡Dios mío! Bueno, al menos el jugo era gratis.

Batido de moras, jugo de zanahoria con sabor a fruta... Todas las mañanas llenaba las cajas con jugo fresco y luego llenaba sus cajas con jugo “caducado”. Ciertamente, el jugo estaba destinado al contenedor de basura, un contenedor de basura grande muy lejos, un contenedor de basura lleno de todos los desechos de Odwalla de la costa oeste. Un contenedor de basura que encontraría algún día y en el que viviría.

Para nosotros, los delincuentes preocupados por nuestra salud, Odwallas era nuestro beso de la vida, tonificante, algo para beber en el autobús mientras mirábamos por la ventana el agradable paisaje y nos emocionábamos.

Y realmente, leer todo el día frente al mar no era una postal sin una piña colada. Mis clichés son muy importantes para mí. Era un jugo sabroso, pero también cumplía el propósito funcional de contrarrestar la poco saludable “dieta de los bagels”, muy disputada entre los dietistas, el elegante régimen dietético de sacar bolsas enteras de bagels de los contenedores de basura, seleccionar las que tenían fruta, comerlas y luego ir a la basura de la tienda de discos.

Entonces, en nuestro mundo, el hombre Odwalla era, en realidad, el “Dador de vida”. Por encima de los empleados de Tower Records que tiraban bolsas enteras de CD, por encima de nuestro noble creador manifestando continuamente la hospitalidad de extraños en tiempos desesperados, por encima incluso de los amigables guardafrenos en el patio de trenes que nos pusieron en el tren correcto, y no en el que aconsejaba Bluffs. Ese nunca es el tren correcto. Y de todos modos, ¿Odwalla realiza envíos a Iowa? ¿Por qué arriesgarse?

Entraba furioso en la tienda empujando el carrito de mano como si tuviera mucha prisa. Miraría la nevera y evaluaría las existencias de un vistazo. Rápidamente, anotaría algunos números en su portapapeles, con el mensaje producto “post-fechado” y saldría corriendo con cajas enteras de jugo: ¡simplemente docenas de botellas! En una forma lamentable de la que nunca me sentí orgulloso, extendía la mano con nostalgia hacia la tragedia en progreso, sacudiendo la cabeza con desesperación. Para mí, dos

botellas “zurdas” eran lo estándar. Tres algunos días. Se podrían hacer cuatro. Amber afirmó haber hecho cinco. A veces incluso habíamos empezado a llenar bolsas de lona reutilizables para la compra y luego “a la izquierda”. En dos viajes al día, era mucho jugo. Mi hábito de beber un litro de jugo de zanahoria al día preocupaba a Ginger, quien en cada reunión me exigía que le mostrara mis palmas: “¡Son anaranjadas!”. Dejando a un lado los bagels, nos acercábamos a la “dieta totalmente líquida”. Aún así, cada mañana estaba leyendo el periódico en mi mesa junto al mostrador del café con leche, y observaba al hombre Odwalla ir y venir y me preguntaba: “¿¿Qué le da el derecho?!?!”

Estaba bastante seguro de que eran los monos.

Doce horas después de pensarlo, estaba en Kmart, pagando semillas de girasol y sosteniendo un mono y un sombrero de malla debajo del mostrador. Diez minutos más tarde me encontraba arrastrándome por el muelle de carga del supermercado, con la mirada fija en el carro. Sammy había donado dos cajas Odwalla auténticas en las que guardaba sus registros. Baxter había reunido una lista impresionantemente falsa de recibos de facturas para guardarla en el portapapeles. La hora siguiente ya estaba equipado y mi carrito apuntaba a Safeway. Libby fue la conductora de la fuga, Baxter el vigía. ¡Eh, estaba encendido!

Mientras me subía la cremallera del mono, pensé: Dios mío, parezco un verdadero “trabajador”. Un compromiso peligroso, ¡pero también lo es un día sin jugo! Sin embargo, llevar una sogá obrera durante diez minutos era una concesión mucho menor que años de visitas al supermercado permitiéndote sólo dos botellas por viaje. A 59 centavos por visita, la estructura de poder establecida nos tenía atrapados en un ciclo ruinoso de gasto, dependencia de sus monedas de diez y veinticinco centavos. La parte inferior de la escala económica era un lugar cómodo, pero ¿qué tal estar completamente fuera de la escala? ¡¿Como es eso?! Luché por cortar todos los lazos. Libby dijo que estaba loco. Me puse el sombrero muy bajo, incliné mi carrito, choqué los cinco con el conductor de mi huida y ¡corrí hacia Safeway!

Al llenar mis cajas con jugo, realmente sentí que me fusionaba con el papel. ¡Yo era el hombre Odwalla! Y si el verdadero hombre Odwalla entrara con su carrito, no estaba seguro de qué diría...

Así es que, me parecía al hombre Odwalla y los empleados veteranos pensaban que era el hombre Odwalla, entonces llené dos cajas de jugo y las empujé hacia afuera como el hombre Odwalla, ¿era yo, de hecho, el hombre Odwalla? ¿Podrías demostrar lo contrario?

Al tirar las cajas al maletero, Baxter y Libby se limitaron a negar con la cabeza. Creo que todos nos tomamos un

momento para digerir las profundas aplicaciones de la identidad falsificada. Luego simplemente bebimos mucho. Pásame un batido de proteínas...

¿Fue psicología? ¿O física? ¿O la misma fuerza detrás de la estafa de los recibos: la magia? No había puertas cerradas ni mercancías fuera del alcance de un hombre apresurado con un mono y un portapapeles. Probado en 1997 cuando un equipo de hombre y mujer asumió el papel de reparadores de cajeros automáticos, empujó un carrito hacia un minimercado y sacó el cajero automático. ¡El empleado incluso sostuvo la puerta! No necesitábamos dinero, pero ¿qué pasa con el equipo estéreo? ¡¿Todo como el caso Odwalla?! Desde que un día vi una caja nueva y brillante envuelta en celofán detrás de Whole Foods, he estado obsesionado con tener una de esas. Un pequeño ajuste logístico y esto realmente estaba yendo a buen puerto...

El zumo fluyó en nuestra casa esa semana. Cuando la última gota de jugo de zanahoria salió de la botella número 50, los chicos comenzaron a lanzarme miradas sedientas e impacientes a mí, el criminal doméstico. “Sabes qué hacer”, decían las miradas...

Libby me subió la cremallera del mono y Baxter tomó su puesto de vigilancia junto a los plátanos. Los ladrones y pirómanos, dicen, siempre regresan a la escena del crimen. Tal vez, ¡pero tenía sed!

Para evitar la apariencia de un robo total, dejé uno en cada fila. Todo lo demás fue en el carro.

¡Los compradores se acercaban a mí para tomar su jugo, caminar hasta la caja registradora y pagar! No lo sé, tampoco puedo explicarlo...

50 botellas después (50 x 2,99 \$ = 149,50 \$), me bajé el sombrero, anoté números sin sentido en mi hoja de factura en blanco, incliné el carrito y caminé. ¡Fue tan dramático! Baxter y yo intercambiamos gestos de complicidad cuando pasé junto a los plátanos, y el tramo final pareció un cese de la realidad más allá de mi camino fijo: ¡solo yo, mi jugo y la puerta! Nada entre la victoria y yo excepto tres metros y... un par de pies. En zapatos de vestir. Ayuda.

“Ah, ¿qué está pasando?”

El gerente. Parecía sospechar.

“Uh, reposición de existencias”, murmuré, garabateando en la factura.

“Está bien, ah, acabamos de recibir una entrega esta mañana...”

El tono, el lenguaje corporal, el vapor que sale de la cabeza... ¡todo sugiere que mi identidad es algo más que el hombre Odwalla! ¡Quizás cancele esta cuenta!

“Entonces... ¡¿qué está pasando?!”

Después de una breve persecución, me quedé recostado en el coche, sacudiendo la cabeza. Es hora de robar con un carrito nuevo...

Libby votó por Greyhound. Baxter por el patio de trenes de Oxnard. Voté por una buena historia, cueste lo que cueste. Encontrar transporte totalmente gratuito para llevar a Libby a San Francisco para trabajar en 24 horas, un complot que realmente podría respaldar. Encorvados y cojeando, los tres éramos la mayor monstruosidad en la estación de Metrolink de Tustin en ese momento. Y el más arruinado, ¿el mendigo de los teléfonos públicos? Se podía ver claramente al menos 60 centavos en su taza. Quizás nuestra “pobreza” carecía de cálculos matemáticos que la respaldaran.

Quizás teníamos cientos de dólares, quizás miles. Tal vez habíamos adoptado la oscura condición de la pobreza psicológica internalizada; marcado por gatear sobre manos y rodillas debajo del mostrador del cajero en la galería de níquel para evadir la tarifa de entrada de 2 \$ la noche anterior. Me echaron. Bueno, el sentido de misión había faltado en mi vida últimamente, y todos los temas de imprudencia y urgencia habían sido suplantados por completo por café gratis en no menos de media docena de puntos de la ciudad y por robo de pilas enteras de vinilos de la cadena de tiendas de discos. Ok, espera, he estado haciendo eso durante años... Necesitaba este viaje.

Greyhound¹⁶ o patio de trenes... Greyhound, sentí, estaba agotado, no era un evento. Ya ni siquiera guardaba los talones de los tickets. Y finalmente acepté que hay una chica punk rock en cada autobús y que ella nunca se sentará conmigo. Patio de trenes de Oxnard: “Vía 3, entre semana, 10 p.m., a Oakland, garantizado”, me dijo una vez un viejo vagabundo. Todos lo sabíamos, tal vez nacimos sabiendolo. Más una misión que Greyhound: podríamos tomar el patio de Amtrak, arrojar piedras a los vagones que pasan, capturar nuestro tren a las 9:45, saludar a los prisioneros en el patio de Soledad y estar en Oakland al mediodía. Pero mirando el horario, nos perdimos nuestro último Metrolink a Oxnard. Una victoria silenciosa para mí, defensor de un plan “C”: en el que, como fuerza unificada, superemos los límites del transporte gratuito, abramos nuevos caminos, busquemos una buena historia y nos conformemos con no gastar dinero. Más un sentimiento que un plan. Era la virtud de no hacer concesiones: porque lo juro por todo, nos arrojaríamos delante de un Greyhound en movimiento antes de comprar un billete...

Una hora más tarde estábamos en la estación de Anaheim de Amtrak¹⁷, frotándonos las palmas. “El sentimiento” se había materializado en un plan. Como todos los grandes

16 Greyhound Lines, Inc., con sede en Dallas, Texas, es un operador interestatal de autobuses de pasajeros con más de 3700 destinos en Estados Unidos, Canadá y México. [N. d. T.]

17 Amtrak, una Corporación Nacional de Ferrocarriles de Pasajeros. [N. d. T.]

planes, guardaba una congruencia directa con el día libre de Ferris Bueller¹⁸. Fue más o menos así. Todos estuvimos de acuerdo en que sí, Amtrak nos daría un viaje gratis. ¿Billetes? Esa era otra analogía, con otra película, o mejor dicho, con todas.

La parte antes de la escena inicial, cogimos un trozo del suelo y entramos libremente. Una nueva y divertida manifestación de un viejo enfoque de “su” transporte: me había metido en sus furgones, había recorrido el país en zigzag en sus asientos de pasajeros, había conseguido viajes de larga distancia con billetes Greyhound de 7 dólares, había inventado la estafa gratuita del ferry de Seattle, desconocida por la realidad. Salté los torniquetes del metro en dos estados y abrigué la sincera intención de financiar futuros viajes aéreos robando mi propio equipaje. Entonces, ¿no era Amtrak la última opción sin explorar? ¿Realmente teníamos otra opción?

Nuestro tren llegó, se detuvo y salió, con nosotros en él. Celebramos una breve conferencia, reunimos nuestro conocimiento colectivo de Amtrak y detectamos una laguna evidente: el estado del titular del boleto se validaba mediante una pequeña tarjeta colocada sobre el asiento. Baxter dijo que una tarjeta encima del asiento era tan buena o mejor que un boleto. Los códigos de tres letras indican el

18 Ferris Bueller's Day Off (Un experto en diversión en Hispanoamérica y Todo en un día en España) es una película estadounidense de 1986. [N. d. T.]

destino de los pasajeros: “SLN” para Salinas, etc. ¡¿Pero por qué alguien iría a Salinas?! El amistoso campamento de familias junto a la rampa de acceso a la I-5 era la única justificación. Pero no buscamos respuestas. Sólo tarjetas.

Libby tomó los autos del centro, Baxter y yo el del frente. La velocidad fue crucial. Fingiendo una sensación de destino, tendríamos que navegar por los pasillos, identificar las tarjetas más al norte en un instante y, para hacerlas nuestras, llevar a cabo el “bostezo y estiramiento”. Un movimiento de mala calidad y antideportivo empleado por deportistas de mala calidad para rodear a tu hermana con el brazo, pero aplicado a Amtrak totalmente justo. Íbamos a “hacer los movimientos” en nuestros ferrocarriles estadounidenses, ¡hasta Oakland!

Nos reagrupamos en el auto trasero y ocupamos nuestros asientos, reprimiendo las risas mientras colocamos nuestras tarjetas “SBA” prestadas. Nuestro sueño de Amtrak se estaba haciendo realidad. Tantos años, y todavía no podía creerlo: nuestra visión del mundo de que las grandes empresas nos debían algo se había manifestado nuevamente para nosotros. Nunca falla...

Esto abrió todas las puertas. Tal vez incluso había planeado un viaje de verano épico antes de sentarme. Desde Oakland, entregaría una tarjeta “PLD” y saborearía el viaje tranquilo y totalmente gratuito. Portland, conocida por la mayoría como un semillero del izquierdismo ilustrado, sólo yo la

conocía como “un semillero de botellas de leche canjeables”, y con 200 dólares más de los que llevaba, estaría listo para el verano. En Seattle conocí a una chica loca y rad punk, en la fila del mostrador de devolución de REI. Ella me escupía, me golpeaba en el hombro, me echaba basura en la cabeza, luego tomaba mi mano y juntos cogíamos el tren. En Minnesota nos colamos en el mítico “Net Park” y luego, todavía mareados, Scam–Trak¹⁹ hasta Chicago en busca del igualmente legendario contenedor de basura de la empresa de donuts veganos. Sin que el drama simplemente tuviera fin, y nuestra ola idílica de iniciativa juvenil inspirando novelas enteras escritas en asientos junto a la ventana de Amtrak, yo sufriría, no obstante, –en cada estación– un vacío tirante, un vacío incomunicable de escala colosal que me hacía buscar respuestas, sin darme cuenta en el rincón más oscuro de mi pozo emocional de que, ¡espera un minuto!, ¡Amtrak no recibía a ningún viejo vagabundo asqueroso bebiendo vino! ¡Los extraño! Ésa era una de las víctimas obligadas de la “eficiencia”. Sólo había una solución. ¿Y cómo meter media docena de borrachos y sus cartones en el Amtrak?, bueno, tenía ocho horas para pensarlo...

“Boletos por favor.”

19 Scam es un término anglosajón que se emplea familiarmente para referirse a las estafas por medios electrónicos. [N. d. T.]

Ups. Palabras escalofriantes una al lado de la otra. De manera similar a un flashback de Nam, “boletos por favor” evocaba revivir cada circunstancia en la que entré sin un boleto y posteriormente fui expulsado. Cada concierto y festival. Un tren en Inglaterra y la convención policial–científica en Anaheim. “Entradas, por favor”, un precursor de la fatalidad. Contuve la respiración, esperando que Amtrak fuera más indulgente que las fuerzas de seguridad de los Golden State Warriors²⁰ y más cerca de los conductores de autobuses de regreso a casa, quienes retrocedían ante una mirada amenazadora. Y en lo más profundo de mi ser esperaba que no llegara a la pelea abierta que se produjo después del “entradas, por favor” en el cine de mi ciudad natal. Vidrios rotos sería llevar esto demasiado lejos.

Nos pidieron que los siguiéramos escaleras abajo. Libby fue ignorada por completo. Ella podía salirse con la suya en cualquier cosa. Quiero decir, ¿recuerdas el día en que la policía alquiló Raging Waters para el “Día de la familia de LAPD”²¹, cuando aun así nos consiguió colar y pasamos todo

20 Los Golden State Warriors son un equipo profesional de baloncesto de los Estados Unidos con sede en San Francisco, California. [N. d. T.]

21 Raging Waters San Dimas es el parque acuático más grande del oeste de Estados Unidos por extensión y número de atracciones. LAPD, Siglas en inglés del Departamento de Policía de Los Ángeles (Los Angeles Police Department. [n. d. T.]

el día montando en toboganes con 5.000 policías?
¡Supermujer!

Había aceptado lo que sabía que vendría, tal vez incluso lo acepté. “Expulsado”... siempre es una novedad encantadora. A menudo soporto momentos en los que estoy fuera de mí mismo, incontrolablemente emocionado y mareado, preguntándome: ¿me pregunto qué diré! ¡¿Los encantaré?! Bueno, nos reiríamos de eso más tarde, ¿verdad? Miré a Libby. Ella se estaba riendo de eso ahora mismo.

“Saben, muchachos, esto es un delito federal”.

Agachamos la cabeza avergonzados.

“Os bajaremos en la siguiente parada. Pero primero el revisor quiere hablar con usted.

El revisor se acercó, y para un fanático de los trenes fue una especie de honor. Nariz con nariz con el Sr. Intocable.

“¿Van a ir a la escuela en Santa Bárbara, muchachos?”

Asentimos. Pasé más tiempo en la biblioteca de UC Santa Barbara que la mayoría de los estudiantes.

“Muchachos, hay otras formas de llegar a Santa Bárbara además de violar la ley federal”.

Lo repasé mentalmente: no hay patio de carga, es inaccesible en transporte público... ¡Señor, nos han conducido a esto!

“Muchachos, la gente del tren es buena gente. Si estás en apuros, busca un revisor y él te ayudará en todo momento”.

Las historias de mala suerte funcionaban en la puerta trasera de las tiendas de bagels a las 6:15, a veces incluso con los padres. Una historia bien ensayada que ofreciera viajes gratuitos en tren fue un consejo tan asombroso en su potencial que superó incluso el momento en que Sammy y yo abrimos nuevos caminos al acercarnos al repartidor de Odwalla con ojos grandes y tristes; ¡Y saliendo con una caja de jugo! Una mentira firme para obtener un viaje gratis; parecía un buen trato.

“Chicos, una vez tuve su edad. Os dejaré viajar hasta Los Ángeles. Para salvar las apariencias, explicó, tendría que echarnos de allí. Luego nos reunió en un grupo privado y, en un tono confidencial, nos dijo: “Contadle vuestra historia al empleado de barba blanca en la terminal, decidle que Berman os envió. Él os dejará montar.

En ese momento me quedé en silencio, disfrutando por enésima vez de la clara comprensión de una máxima fuera de la ley: “La victoria está en el intento”. De alguna manera, cumpliendo con nuestro compromiso con el intento, unos

lindos angelitos tomaron la iniciativa a partir de ahí. No refuta el karma, sólo de qué lado está.

El tren llegó a la Union Station de Los Ángeles, nos estrechamos la mano con un sincero contacto visual y nos perdimos entre la multitud que salía. ¿El crimen paga? 2001 d.C., y no puedo creer que todavía estemos haciendo esta pregunta.

Nuestra historia de “estudiante universitario en quiebra” y nuestro nombre apenas llamaron la atención. El revisor nos metió clandestinamente en el siguiente tren y nos escondió en un rincón oscuro. Su naturaleza agradable y el suave desarrollo del proceso nos pusieron nerviosos, pero también nos llenaron de calidez ante la esperanza de que tal vez todos podamos unirnos (los guardianes y los intrusos, ambos lados del mostrador de bagels) como posiblemente ambos podamos declarar un alto el fuego y empezar a darnos cosas, ¿sabes?

Los chicos del tren fueron simplemente geniales. Al entrar en Santa Bárbara, le confesé a Libby mis remordimientos de conciencia por contarle nuestra desvergonzada mentira de “estudiantes universitarios” a un buen hombre. “Especialidad en biología”: no había excusa para esa parte. Pero el balance... Si pasaba decenas de horas a la semana comiendo, leyendo e incluso durmiendo en las universidades, ¿era realmente mentira?

En mi oscuro léxico, compartido sólo con unos pocos cientos de tipos barbudos que cocinaban sobre una lata de Sterno afuera de las oficinas de cupones de alimentos del noroeste, Rapid City²² era sinónimo de blasfemia. Elige una palabra.

Y Santa Bárbara: lo que lloro cuando, digamos, descubro un número alarmante de cerraduras de puertas en la universidad abiertas con un pequeño cuchillo. De todos modos, felicidad. Santa Bárbara era totalmente despreocupada y tranquila.

Estaba feliz de haber llegado allí. Faltando 16 horas para su horario de trabajo, Libby no se callaba y nos dejaba disfrutar de la antigua arquitectura española, recordándonos que su situación era, de hecho, desesperada.

Estuve de acuerdo en que el empleo era una circunstancia desesperada. A corregir inmediatamente con una circunstancia de desempleo. Saqué un periódico de la basura, feliz de que no faltaran 16 horas para mi trabajo...

Libby estaba un poco molesta, paseándose por la terminal, pero yo no entendí. Nos encontramos en el municipio más

22 Rapid City es una ciudad ubicada en el condado de Pennington en el estado estadounidense de Dakota del Sur. En el Censo de 2010 tenía una población de 67.956 habitantes. [N. d. T.]

elegido para quedarnos varados, lo pensamos bien y luego nos levantamos y comenzamos una nueva vida.

¿Por qué irse? Estábamos a 30 metros de la higuera más grande del mundo. ¡Nunca antes la habías visto! Y poseía con orgullo el derecho a una tortuosa ruta de ocio por Santa Bárbara, donde se tiende una emboscada a la cafetería de State Street, se camina 50 metros y se descansa en la playa, se repite varias veces, luego se recicla la taza, se camina 20 pies hacia el sur hasta el restaurante de mariscos, ¡Sube al tejado y duerme! Un viaje de ida y vuelta de cien metros, como máximo.

Nuestros roles asumidos en el dilema tenían la sospechosa conveniencia del guión cinematográfico, y estaba bastante seguro de que había cámaras grabando en alguna parte. Libby: el único vehículo para el drama, su fecha límite que se acerca ofrece el único indicio de una trama con movimiento y sirve como la única delgada línea que nos separa a Baxter y a mí de correr como en un zoológico y simplemente vivir en la playa durante un mes. Baxter: el genio táctico silencioso, indiferente, con todas las ideas, pero ninguna desesperación por seguirlas. Y yo, robé mucho en tiendas. Y esto era totalmente inaplicable a la trama.

Los capítulos más preciados de la vida nacen de planes absurdos e incompletos. Ésa era la premisa del plan de

Baxter. Nos haremos cargo del “Sightseers' Lounge”²³ de Amtrak (ausente en el tren interurbano anterior) donde Baxter estaba 80% seguro de que nadie revisaba los boletos, dejándonos un evidente “margen de riesgo” del 20%.

Mejor ponte mi camisa abotonada...

Fue un paseo agradable. La facilidad de todo esto planteó la pregunta filosófica: si nadie pide un billete, ¿existe realmente una tarifa? ¿Era esto realmente una estafa?

Al engañar a los demás, por supuesto, sólo nos estábamos engañando a nosotros mismos. Pero la vista del océano era cautivadora, los asientos lujosos, la conversación con los compañeros jubilados en los asientos vecinos animada y ¡los revisores simplemente no estaban haciendo un trabajo minucioso!

Libby mantuvo su trabajo y yo me sentía un poco más emocionado por no tener uno. Sabía que pronto viajaría en el Sightseers' Lounge hacia grandes cosas. De pie en la terminal de Oakland, miré mi nuevo y brillante mapa de Amtrak. El corazón de julio y la cúspide de un plan: ¡no hay lugar donde preferiría estar!

23 Los servicios del Sightseers' Lounge incluyen alojamientos en el Coche Dormitorio, Coche Comedor que sirve comidas completas recién preparadas y vistas espectaculares desde el Coche Salón Turista. [N. d. T.]

I. VE A CALIFORNIA A INTRIGAR

Fue una repetición de invierno. Podía recordar claramente esta estación Greyhound, estas palomitas de maíz en el cine, esa historia recitada en el mostrador de la YMCA²⁴ para acceder a las duchas. Estuve aquí en julio pasado, justo aquí, en este asiento, muy encorvado, pagando 2 \$ por un viaje, 20 millas después de mi parada y esperando que el conductor no se diera cuenta. La idea era una dosis de peligro una semana antes de Navidad: Greyhound, aventura y regreso a casa en dos semanas. El problema con las ideas es que no son órdenes directas, sólo sugerencias. Estaba sugiriendo un encuentro casual en el Greyhound, una bola de nieve que se convertiría en sesiones de hip-hop de estilo

24 El significado de la sigla YMCA es Young Men's Christian Association cuya traducción en español es Asociación Cristiana de Jóvenes. [N. d. T.]

libre en los tejados y una cena de Navidad en el barco de sus padres. Me dieron borrón y cuenta nueva. Si deseara un encuentro casual, tendría que arriesgarme. Pero había olvidado cómo. Huyendo de la “espontaneidad”, aterricé aquí: una repetición sin inspiración de tejados y tiendas de discos. Atrapado en mi propia repetición (julio en una fotocopidora) y de alguna manera nunca era tan divertido la segunda vez...

Mi primer impulso en San Francisco fue correr hasta el punto más alejado del autobús. Llegué hasta la tienda de bagels, cincuenta metros al oeste. Al no encontrar tazas en la basura, saqué mis sueños de “café gratis” a la calle, como en la calle, sacando una triste taza de la alcantarilla. Más plana que redonda, y con fuga, pero calmaba como café “caliente”... ¡y la temperatura también era perfecta! ¡Jajaja! Mientras corría para ponerme más café en la boca, no me detuve a considerar que estaba estableciendo un tema peligroso aquí: volver sobre el mismo camino del pasado mes de julio hasta la misma tienda de bagels y la misma mesa. Repetición sin vida: síntoma de un problema mayor, confundido con una cura. Una cura para un corazón roto. Bebí taza tras taza, tratando de olvidar mi destrozado número 200 de “Romance Greyhound”. Ya sabes, con la chica en el asiento de al lado con la que pasas doce horas íntimas y construyes planes elaborados, en cuyos ojos estás perdido y a quien le has entregado tu futuro... alcanzando su punto máximo a medida que se acerca tu parada y ardes por

llevar el romance a un nivel más profundo de compromiso, pero suspiras... ¿hablar con ella? ¡Ay!

Deseaba sentarme y pensar en mi próximo paso, y enojarme un poco, pero esto era San Francisco, una carrera de las puntocom de “ritmo rápido” hacia algo. Sentarse quieto en San Francisco parecía ser la calma en el centro de un traje-tornado. ¿A dónde ir? En mi mesa, aislé dos errores, espera, tres... beber de un disco volador con la marca de un neumático, sentarme a planificar la espontaneidad y pensar tontamente que podría salirme con la mía en San Francisco, donde si estas sentado quieto en un lugar más de cinco minutos te darán codazos, te insultarán, te etiquetarán, te harán doble clic, te comprarán, te venderán y luego te pedirán que te vayas. Así que me fui. Y casi se sintió espontáneo.

Pagar el BART²⁵ a Berkeley, no pasar el verificador de identificación en la biblioteca de la universidad, manipular nuevamente la técnica de la mano izquierda, y Whole Foods²⁶ rechazaría mi ticket muy falsificado... Si luego comparas realizar este curso casi idéntico con el del pasado mes de julio, equivalía a cinco señales muy evidentes de que

25 BART, Bay Area Rapid Transit (Transporte Rápido del Área de la Bahía) es un sistema de transporte ferroviario pesado que opera en el Área de la Bahía de San Francisco. [N. d. T.]

26 Whole Foods Market es un supermercado especializado en productos “naturales y orgánicos” que afirma promover la producción sostenible. [N. d. T.]

debería venderme, retocar mi recibo de crédito o irme a Monterey. Mi receta no era defectuosa, de ninguna manera.

¿Planes desenfocados y un billete de Greyhound? Eso es sólido. Bueno, “siempre es más oscuro antes del amanecer”, dicen. Es lo que dicen. Antes del amanecer... ¡y de las tormentas! Llovió. Un desafío gratificante para un día mejor, bajo, digamos, una nube de Missouri con un viejo amigo, corriendo hacia el cine y divirtiéndome inocentemente empujándonos unos a otros para recoger el Darth Vader de cartón y correr. Esto no era así.

Solo yo, en el techo del gimnasio, soportando la humedad y las molestias de medianoche. En los momentos más oscuros, algunos pueden buscar la mano tranquilizadora de su pareja, perderse en una película familiar...

Tenía “Christmas Rap” –Cara B. Esa introducción a “Ghetto Santa” haría sonreír a funerales enteros...

“Mamá, es Papá Noel... y ¡es negro!” Veo el sol ahora...

Dos días fuera del autobús y estaba revisando mis mapas en lugares públicos, añorando nuevas ciudades con mejores grafitis. Sin embargo, ese artículo “T – O – F – U” sobre Ashby²⁷ fue increíble. De todos modos, ahora podría dejar

27 La Ley de Ashby menciona que **solo variedad absorbe variedad**, es decir, la variedad de estados que presenta un sistema debe ser al menos igual a la variedad de estados a la que se enfrenta si lo que se quiere es que el

de lado los mapas, era un enfoque equivocado. Toda una vida de diversión en un kilómetro cuadrado, digo. Lo digo y luego paso toda la vida corriendo más lejos de esa milla cuadrada que nadie que conozco, en busca de diversión. ¡¿Que pasa conmigo?! Todo el estímulo de mi viaje hasta este punto provino del nombre de mi café de esa mañana: “Road Warrior Blend”. Los intentos de sacar provecho de esto fracasaron lamentablemente. Recién bajado del autobús, ya en una reflexión melancólica... ¡sobre los días en que yo era un guerrero de la carretera! Algo así como una crisis de la mediana edad nómada. La espontaneidad había muerto y pensé en las almohadas y las comidas calientes que había dejado atrás. Mi último acto espontáneo había sido tres semanas antes, celebrando el Día de Acción de Gracias encerrado en la biblioteca de una universidad. Tofurkey²⁸ en una escalera: ¿adónde se fue la creatividad?

Allí mismo, en Telegraph, a través de mi abatida neblina, anímate: bagels. ¡Un bolso entero! Quizás la vida estaba intentando arreglar las cosas. Llevé mis bagels a la tienda de discos. Luego llevé cinco CD brillantes al mostrador y, en cierto modo, ¡“olvidé” pagar 4/5 de mi compra! ¡Vaya! Inmediatamente reconocí este acto como simplemente asombroso. Sin embargo, el agente de prevención de pérdidas trágicamente no entendió esto. Señor, puedo

sistema pueda permanecer dentro de un rango de estados estables, es decir, que no tienda al caos. [N. d. T.]

28 Fabricado a partir de una mezcla proteica de revolucionario trigo de tofu, Tofurkey es conocido por su increíble textura y sabor a pavo. [N. d. T.]

explicarlo... Pero la crudeza de lo que dijo fue lo único que habló: la situación se calmó. Acéptalo: a veces las manos izquierdas “olvidan” la mercancía que está debajo del borde del mostrador. ¿Quién puede explicarlo? Lo que exigía una explicación más urgente era por qué se había etiquetado un CD de dos dólares. Una tendencia inquietante, y cuando empiecen a etiquetar los chips de algarroba a granel, estamos todos muertos...

Margaret, de mi ciudad natal, estaba en la ciudad. Esperaba que ella revirtiera la marea. El café fue un comienzo, no lo suficiente para conquistar mi corazón, pero al menos sí mi atención. Entramos al café, el que tenía el piso a cuadros, y supe que el tema “Winter Rerun” (Repetición de invierno) estaba yendo demasiado lejos. Seis meses después de julio, me recogió en la calle y tomamos café, en el mismo café, nuevamente. Estaba nervioso, pero si ella no coqueteaba y no intentaba provocarme de regreso a su departamento con comida vegana, al menos no sería una repetición exacta...

Tal vez un café con una chica que no conociera, con la que nunca hubiera explorado edificios abandonados... Una cura basada en dominar mi timidez. Lo intenté una vez en Santa Cruz: me rompió el corazón en ocho segundos. Quizás desde entonces no me había sentado a la mesa de un extraño sin ser invitado. Permítanme decir en nombre de todos los muchachos que alguna vez recogerán una bolsa, correrán hacia ella y aterrizarán solos en su ciudad: hablen con

nosotros. Estamos haciendo contacto visual con nostalgia afuera de los supermercados, con los ojos muy abiertos mirando nuestras bolsas frente a la lavandería, y no puedo hablar por todos, pero paso una curiosa parte de mis horas en las gradas de la escuela secundaria después del anochecer.

Te lanzamos un cebo: camisetas de bandas oscuras, tal vez una revista de intereses específicos colocada en un lugar destacado en la mesa de un café... aunque puede que yo sea el único en hacer esto. Tal vez estoy loco. De todos modos, todavía estamos esperando.

Perdona nuestro silencio: todavía estamos esperando a la chica Greyhound...

¿Cuándo la “acción y el romance que persigue la juventud” es simplemente “vagancia”? ¿En qué biblioteca celebraría la Navidad? ¿Qué novedad y escándalo había a pocos metros de la basura de Chelsea Clinton?²⁹ Pensé en estas cosas dentro de la biblioteca de la Universidad de Stanford”. “Julio de repetición”; más allá de la “semejanza”, esto era una congruencia directa. Y sí, ya me había sentado en esa silla antes. Empezó a llover y me enderecé un poco. Falta un kilómetro y medio para que llegue el drama genuino, en el que la chica Greyhound me habla. Ojos somnolientos y lluvia

29 Chelsea Victoria Clinton es una emprendedora, periodista y escritora estadounidense. Es la única hija del expresidente estadounidense Bill Clinton y de Hillary Clinton. [N. d. T.]

que cae: una de esas circunstancias radicales en las que tienes que pensar: luchar con puertas sin marcar, mirar debajo de las escaleras, esconderte detrás de los mostradores... Me instalé boca abajo dentro de la sala de estudio abierta las 24 horas. El momento máspreciado, cuando el chico mira la tormenta para agitar el puño ante el mundo: “¡Yo gano!”

Este era un guión del que podía pronunciar las palabras. Intenté desempeñar un papel activo al escribir esa estupidez, llamando a Chump en quizás el único movimiento asimétrico de esta repetición. No estaba en casa. Caí en espiral hasta quedar desplomado en la tienda de bagels. Seis meses desde julio, aprendiendo que no todo adquiere encanto con la edad. ¡Quizás esto era julio! El periódico en mi mesa decía “Diciembre” y no estaba seguro de qué creer. Entonces miré hacia arriba y lo supe. El hombre regordete y jovial de UPS³⁰ en una entrega. Había charlado con él antes... en julio.

Quizás mi mayor contingencia de apoyo en esta época condenada provino de la población de ratas gigantes de la ciudad, quienes, en mis años de visitas a los tejados, nunca me habían mordido una sola vez, ¡ni siquiera un mordisco! Aunque zigzagueaban por el techo de la iglesia, (eran docenas), siempre respetaron mi espacio y, sentí, que me

30 UPS, Uninterruptable Power Supply, Sistemas de Alimentación ininterrumpida. [N. d. T.]

respetaron. En realidad, las ratas y los ladrones sólo se respetan entre sí. Luego, esa noche, regresé a mi lugar de descanso, junto al tragaluz, ¡y en ese mismo lugar había una enorme y ágil ratonera!

Fue una afrenta del suburbio hacia mí y, peor aún, ¡mis amigas las ratas! Con gran rabia lancé objetos sueltos e insultos groseros contra aquella cosa siniestra, y realicé movimientos incivilizados de manotazos con revistas fotocopiadas. Tal vez algo más que la trampa se rompió esa noche, tal vez lo hice yo, y pensé: sáquenme de sus techos... ¡y tal vez aterrice en sus centros comerciales con nueva furia! ¡Esto es para las ratas!

Mientras buscaba música pop y revistas de mal rap, recurrí a un tercer mecanismo de afrontamiento: el “hurto en tiendas”, que funciona mejor de lo que piensas. Fue un día equivocado de viajes en autobús, CD en cadenas de tiendas y productos horneados robados. Hedonismo imprudente, carente de inspiración y escapismo con connotaciones de “levantamiento campesino”. Mi ola contraproducente me arrastró por los suburbios: robaba libros y estafaba farmacias como un demonio, ganaba dinero que no necesitaba ni gastaba y rompía el voto de moderación entre el hombre y la estafa.

Pidiendo “tiempo muerto” en la tienda naturista, tomé dos muestras de sidra gratis, preguntándome adónde me llevaba esta pequeña tormenta. ¿A Prisión? ¿Y cuáles eran los

límites de la “Muestra gratuita de sidra”? Caminé aturdido por los suburbios.

En el punto más alejado de la inspiración, fui más allá: me encontré desplomado frente a una cafetería y dando de comer a las palomas. Ok, déjame entender y cuando diga “ahora”, tira de la silla...

De San Francisco a San José: no necesitaba pensar en mi próximo movimiento. Pude leerlo en mi propio diario marcado “Julio”–Santa Cruz. Continuando en la página siguiente, pude ver claramente que bajaría del autobús y luego visitaría la tienda de discos al otro lado de la calle, rescataría algunos, leería periódicos en la cafetería, visitaría la tienda naturista y sacaría puñados de recetas de vitaminas de las anómalas 'Papeleras para todos los recibos' etcétera etcétera...

Como buscador de aventuras, ya no tenía relevancia. O me hacía viejo o algo peor: sin ideas. Robar varias claves de Kinko's como regalo de Navidad para amigos el día anterior había sido lo último. A partir de ahora, sólo novelas melancólicas y derechos cinematográficos. Pero esa idea de la clave de copia fue una forma ingeniosa de salir...

UC Santa Cruz: cerrado, mi linterna agonizando dentro de un contenedor de basura, varios tipos de montacargas desenmascarando mi lugar secreto de descanso y riendo, frialdad costera, malos registros, café caro... Las nubes se

arremolinaban y el aire se llenaba de una sensación de fatalidad, culminando en un raro momento de desesperación abandonada, allí mismo, en el banco de la parada de autobús.

“¿Eres vegetariano?”

Oh Dios mío. Una diosa australiana. Justificando cada dólar gastado en parches “veganos” y, en una frase, todo mi viaje. Le conté la historia que mis ojos ya tenían. Ella me interrumpió, me lanzó palabras como “intrigante” y ¿podría invitarte a cenar? Caray, ¿comida gratis? Contigo, dulce chica, incluso podría pagar...

No había mundo más allá de nuestra mesa. El chico que irrumpió y preguntó sin rodeos si podía tomar y comer nuestras sobras casi se dio cuenta. Buscando comida y propósito gratis, encontré ambos. Cinco horas después, el “pasado” y el “futuro” todavía estaban obsoletos: solo éramos ella y yo. Un intercambio de ametralladoras de momentos de “sé lo que quieres decir”, intercalados con otros más profundos, que evocan sólo lentos asentimientos. Una chica con una mochila, que nos recuerda a todos la eterna seducción de un billete de ida y poca o ninguna consideración por “los detalles”. Esto era todo, “La chica Greyhound “. Sólo un día de retraso o un dólar menos. Pero todo lo que había hecho para que ella fuera...

¿Yo? Desempleada. ¿Y tú?

“Vagabundo profesional”.

Sentí que la relación realmente estaba floreciendo.

Ella entendía mi condición aburrida (posiblemente un estado que solo se remediaba haciendo autostop con una chica en la costa), pero en ese momento no estaba seguro de por qué me había ido de casa.

“¡Entonces vamos!”, dijo ella.

Y entonces me acordé...

El mejor consejo que puedo dar sobre cómo viajar de carga me lo dio un vagabundo de Missoula.

“¿Qué sabes sobre viajar en tren?”, le pregunté.

“Súbete a ellos y vete...”, dijo.

“¿Cuáles?”, pregunté.

“Los que se mueven”.

Las palabras tronaron como la voz de Dios.

Y así fue con esta filosofía zen vagabunda que Penny y yo nos subimos a nuestro primer tren. Íbamos a subirnos a un tren, y íbamos a subirnos a un tren que se movía.

Yo era el hobo que gritaba lobo. Siempre hablando, hablando y hablando de ese día, siempre en un futuro muy cercano, en el que tomaría un tren para salir de esta ciudad, y rara vez llegaba más allá del contenedor de bagels.

Siempre había algo que me mantenía en esa ciudad: un programa de Hardcore o un libro demasiado grande para llevarlo en un viaje largo, pero generalmente solo el ocio de mi rutina y una vida sin luchas. Y me gustaba pensar que sin mí la ciudad se desmoronaría. Y sin la ciudad, bueno, ¡podría empezar a llorar! La relación era simbiótica. Quizás sirvió para algo. Evité que el cambio se acumulara en la fuente fuera del gran hotel. Y puedo decir, con la mayor humildad posible, que mis amigos y yo justificamos la existencia de decenas de guardias de seguridad en mi ciudad y los suburbios circundantes. Aunque somos criminales, apoyamos plenamente el crecimiento económico. ¡Robar en tiendas significa empleos!

En los raros intentos de fuga exitosos, regresaba y encontraba mi ciudad completamente intacta y, de hecho, mejorada durante mi ausencia. Después de cada viaje corto, mi ciudad me sorprendía con numerosas mejoras: un nuevo parque, una obra de arte público o una nueva tienda. Y solo yo notaba los pequeños cambios: un nuevo sabor de bagel, una fotocopidora gratuita en el banco o nuevos muebles de jardín en la tienda de delicatessen de la avenida principal. Me preguntaba si esperaban hasta que yo estuviera fuera de

la ciudad para mover las cosas y crear un pequeño “progreso” para confundirme.

Así podría hacer autostop por todo el país y explorar nuevas ciudades, y luego regresar para explorar las nuevas características de mi antigua ciudad.

Si alguna vez pudiera llegar a la rampa de acceso, lo cual hice a veces. Pero de alguna manera nunca llegué a la estación de trenes, aunque estaba tal vez a dos millas de casa. Había llegado hasta el extremo norte, donde Amtrak estaciona sus trenes para repararlos. Fue tan emocionante correr arriba y abajo por los vagones de pasajeros vacíos, probar las camas y comer la comida del tren, que perdí la noción del tiempo. “Mañana...”, diría, pero el patio del tren no está cerca de la tienda de segunda mano, que seguramente es donde quería ir.

Un día, algo en mi vida provocó más conversaciones vacías y planes vacíos. Tal vez me quejé de que otro amigo se había vendido, o de que mi vida se estaba volviendo obsoleta, o de que había explorado cada calle y callejón, y que tomaría un tren para salir de la ciudad... la próxima semana. En realidad. Cuando me fui, nadie se dio cuenta y, si lo hicieron, nunca me preguntaron dónde había estado, aunque podría haber sido el viaje más asombroso de mi vida a un paraíso desconocido donde planease morir. Nunca preguntaron ni escucharon. Así que ese día Penny sacudió mi mundo cuando me preguntó esto: “¿Podemos ir?”.

Nuestros amigos nos acompañaron al patio de trenes para despedirnos. Nos saludaron con la mano, se marcharon, el polvo se asentó y me quedé con muchas palabras que cumplir. Y Penny se quedó con alguien que probablemente pensó que sabía algo sobre saltar trenes. Tenía un libro breve lleno de consejos útiles. Verdaderos vagabundos me habían enseñado en las esquinas las reglas de los raíles, muchas de las cuales habíamos roto antes de poner un pie en el patio. ¿Alimento? ¿Agua? Probablemente no fue importante. Penny tuvo la previsión de robar un saco de dormir de Target. Tenía una manta sobre mis hombros y una pequeña bolsa llena con más casetes que cualquier otra cosa. Fue una mala planificación, ingenuidad, descarado, ilegalidad y falta de dirección: todos los ingredientes de la gran aventura. Nuestro impulso por una buena historia superaría los obstáculos: ignorancia, falta de destino claro, incertidumbre sobre dónde estaba el patio de trenes o si estábamos en él. ¿Y dónde se sienta uno en un tren en marcha? Fue un entrenamiento para vagabundos.

Y ese día nos lo pusieron demasiado fácil. Solo llevábamos 15 minutos paseando por el patio esperando que uno de los trenes comenzara a moverse, cuando uno de los trenes comenzó a moverse.

“¿Deberíamos...?” Pregunté vacilante.

Fue un momento de nervios. No estábamos comprometidos. Había otras cosas que hacer en el distrito

industrial, en su lugar podíamos bucear en los contenedores de basura de la fábrica de cómics...

“Creo que deberíamos hacerlo”, dijo.

Se refería al tren.

Nunca te dicen que subirse a un tren es la actividad más inspiradora que existe. Esa vida de vagabundo abre un mundo de infinitas posibilidades y aventuras. Que cada ciudad importante tiene un patio de trenes y que cualquier buscador de aventuras puede despertarse y preguntarse: “¿A dónde quiero ir hoy?” Y en lugar de la cafetería, la tienda de discos o el parque, piense en Omaha, Miami, Boston, Los Ángeles... y luego vaya allí.

Sentados en nuestro primer vagón, con las piernas colgando por la puerta, mirando el paisaje del gueto y todos los pueblos por los que solo pasamos anteriormente en el camino al mercado de intercambio, bueno, nos convirtió en chicos risueños.

Recordamos esos primeros momentos de la vida de vagabundo como los más estimulantes de nuestras vidas. El gueto se convirtió en un desierto, el sol se puso y nos quedamos dormidos en ese vagón de camino a, bueno, ese no era el punto.

Nos despertamos con un estrépito en una estación de trenes al otro lado del Estado. Un pequeño pueblo

espeluznante, probablemente ninguno del que hayamos oído hablar. O tal vez lo era, pero no saber dónde estábamos ni adónde íbamos hacía que el viaje fuera tan emocionante y peligroso...

Nuestro primer viaje exitoso en tren ilegal fue un logro monumental en mi vida, y Penny definitivamente también estaba radiante. No es muy educado ni apropiado, pensé, mencionar la urgente enfermedad que se gestaba en mi estómago. Ocurrió de repente, justo cuando saltábamos del tren. Mientras salía del jardín a trompicones, juré que nunca más volvería a ingerir ese misterioso suplemento nutricional que había buceado en un contenedor de basura la noche anterior. La mezcla de vitaminas era tan mala que nadie tomaría más de un sorbo en nuestra fiesta de despedida. Pensé que impresionaría a todos bebiendo un vaso entero de la mezcla no identificada.

Sí, fuera lo que fuera, nunca volvería a beberlo... garantizado. Existió la preocupación inmediata de vomitar y dónde hacerlo. Sentí un dolor intenso, pero habría sido de mala educación mencionárselo a Penny, arruinando el momento de nuestra gloria. En una parada de camiones cercana, Penny llamó a nuestros amigos para alardear, entré al baño para deshacerme de ese suplemento nutricional. ¿Suplemento nutricional? ¿O veneno para ratas? ¿Cocaína? Cuidado con lo que tiras, probablemente me lo coma.

De vuelta en el patio, caminamos por el perímetro, esperando usar la suma de nuestro conocimiento sobre cómo saltar trenes: cuando un tren se mueve, saltas sobre él. Observábamos los trenes desde la carretera. ¡Una pareja se detuvo en un auto viejo y nos dio ocho dólares y sesenta centavos! ¡Dinero gratis! Eso no se consigue en el Greyhound.

A menos que “pierdas” tu equipaje, pero en fin...

Otro tren en movimiento hacia otro pequeño pueblo en otro Estado. Un pueblo donde vivían amigos universitarios de los padres de Penny. Nos llevaron a almorzar y nos invitaron a quedarnos en su casa. Desearon poder mostrarnos la ciudad, pero, tenían que cuidar a los niños. Aquí están las llaves, dijeron, tomen nuestro auto, diviértanse. Dinero gratis, comida gratis, coche gratis, derecho a fanfarronear... ¡Oh, sí! Nos soltaron en una ciudad turística con la imprudente falta de inhibición de los turistas. Nuestro papel, como modelos de delincuencia, era crear problemas diabólicos en esa ciudad turística. Ahora, ¿dónde está ese complejo?

Encontramos el complejo, todos los caminos conducían a él. Encontramos la piscina, el jacuzzi, la sauna. Encontramos los lujosos sofás junto a la chimenea en el vestíbulo y la silla de jardín en el gran patio exterior con una vista humilde. Y en un rincón remoto, rara vez utilizado, encontramos una escalera que conducía a un lugar apartado donde una

persona astuta y sigilosa podría vivir indefinidamente: sumergiéndose en el spa, disfrutando de la vista y comiendo para siempre los restos de comida de la boda. Definitivamente decidí contar eso como un plan futuro...

Robamos una canasta de comida del supermercado y regresamos a la casa de nuestros anfitriones, donde nos dijeron que podíamos quedarnos toda la semana. Vaya, gracias, dijimos. Tal vez podamos jugar a Nintendo después de cenar, y tú puedes mostrarnos nuestras habitaciones y... ¡espera un minuto! ¡Somos vagabundos! Nos habían engañado. ¡Cazados desde los rieles con duchas y comida hacia una siniestra trampa de clase media! Penny dijo que definitivamente deberíamos regresar a los trenes. A nuestra vida, donde los altibajos eran eufóricos y los bajos desesperados; pero que al menos estimulaba nuestras emociones, lo que hace que esta vida sea menos estable... bueno, lo que la hace vivir de verdad.

Esa noche nos quedamos con nuestros anfitriones. Jugábamos a Nintendo, nos duchábamos y contábamos historias. Pero, de alguna manera, una ducha caliente nunca es tan satisfactoria como meterse en el jacuzzi del Best Western para darse un largo baño.

Y antes de irnos de la ciudad, también hicimos eso.

Hubo más viajes en tren en ese viaje e inventamos un enfoque audaz, aventurero y tremendamente atrevido para

saltar del tren, donde cualquier tren en movimiento era el tren correcto. Y si tuviera como destino Havre, Omaha, Denver u Ogden, entonces sería exactamente donde queríamos estar, o mejor dicho, exactamente como queríamos llegar allí. Nunca saber hacia dónde se dirigía nuestro tren o dónde nos despertaríamos era nuestra declaración de desafío a una sociedad orientada a objetivos. La vida de vagabundo enfatizaba el viaje y no el destino. Vivíamos en la locura del momento. Entonces, después de diez horas de espera en esos patios solitarios, cuando los frenos silbaron y el tren avanzó, nos subimos, no porque se dirigiera a donde queríamos estar, sino porque se dirigía a cualquier parte. Bakersfield, Phoenix, Fargo...

Todas las cuestiones de distancia desaparecieron y la cuestión del tiempo era irrelevante. Excepto por el programa Converge. Definitivamente quería regresar para el show de Converge...

Fue una explosión extrema de opciones y posibilidades, difícil de comprender una vez que sentí el peso de lo que habíamos aprovechado. Estos patios de trenes eran como estaciones subterráneas de Greyhound sin horarios publicados. Chicago, Lincoln, Sioux City... Cualquier mañana, o noche, o cuando fuera, si tenía ganas de leer en la biblioteca de la Universidad de Dakota del Norte, o patinar en Oakland, o subirme a un vagón sólo para tener una historia que contar, bueno entonces... Y aunque la espontaneidad nunca me poseyó lo suficiente como para

inspirarme a un viaje en tren a través del país por capricho, fue suficiente saber que ahora podía hacerlo.

Estaba el ansioso viaje en tren a casa, notablemente menos emocionante que el resto, ya que en ese viaje sabíamos hacia dónde nos dirigíamos. Yo tenía el consuelo de mi manta polvorienta, Penny tenía su gran libro, teníamos libertad para hacer con él lo que quisiéramos, teníamos una nueva historia que contar, ¡y entre nosotros teníamos nuestros ocho dólares y sesenta centavos!

Una vez en casa, encontré mi ciudad tal como la había dejado: la perfección no se puede mejorar. De nuestros viajes y grandes aventuras, mis actividades se volvieron domésticas: había historia de vagabundos que investigar y un nuevo viaje que planear. Y con mi parte de las ganancias del viaje, para ver Converse todavía necesitaba robar 70c en alguna parte...

Era otoño, o ese vacío gris entre viajes locos y sorprendentes; cuando el restaurante mexicano retira los muebles del jardín para el invierno y yo no viajaría (ni comería las patatas fritas y la salsa sobrantes) hasta la primavera. Hubo una reunión de intercambio masiva en mi ciudad que esperé con ansias durante todo el invierno, una tradición de cinco años que representa la puerta de entrada a la primavera y grandes planes para viajes dramáticos en solitario financiados por delitos menores. Mis viajes de verano de ese año tal vez habían sido demasiado

inspiradores, mis habilidades transitorias se habían desarrollado por completo y no estaba seguro de por qué no había considerado la vagancia como una actividad que abarcara todo el año. Estaba casi seguro de que lo que más había disfrutado (los viajes de toda la vida con camioneros, los delitos menores y dormir en las playas) era tanto o más divertido en enero que en julio.

Era una teoría que había desarrollado durante mis estudios en la sección “Viajes” de Barnes & Noble. Era un cliente habitual del Barnes & Noble de mi ciudad, un cliente habitual de una silla en particular, al alcance de la mano de los mapas de un lado y de la sección “Viajes – EE. UU.”, por el otro. Entonces, cuando llegó el invierno y llovía a cántaros, me quedé con mis recuerdos y las elegantes guías de viaje de Frommer a todo color. Me sentaba en esa silla, miraba con nostalgia las fotografías de los libros de viajes, planeaba y proyectaba aventuras para el próximo verano... y mientras tanto creaba aventuras locales a pequeña escala, tomando largos viajes en autobús para explorar suburbios distantes. Pero cada noche, antes de regresar a casa, me bajaba del autobús en Barnes & Noble, comía bagels y tomaba notas sobre los extravagantes museos, los recorridos por las fábricas y los locos guetos que definitivamente, visitaría el próximo verano... Era un patrón que se repetía. Cada pocos días, me sentaba con mis libros, resultaba ser la noche de poesía de micrófono abierto o la lectura de un libro de autor, me distraía de mis estudios importantes y simplemente

robaba esos libros. Mi biblioteca de viajes realmente estaba mejorando: tenía *RoadTrip USA*: una guía de las autopistas de dos carriles de Estados Unidos, *Roadside America*, *Rock 'N' Roll Traveler USA*, una extensa colección de mapas y la banda sonora de mi investigación: el LP compilación de *Truck Drivin' Man*. También “18 Wheels A Rollin” o “Ridin' Down Ole 99”.

Cuando sonaban en mi tocadiscos, siempre me pasaba que me ponía un poco soñador y nostálgico y pensaba en aventuras más grandes en ciudades más cálidas. Era un plan con el que había experimentado el invierno pasado, andando en bicicleta por Florida en un escape postraumático para “encontrarme a mí mismo”. Sabía que nunca volvería a hacer eso. Pero hay una inspiración para migrar estimulada por brillantes imágenes a todo color en las guías de viajes yuppies, y hecha posible por un fuerte compromiso con una vida de desempleo.

Así que en Barnes & Noble, sentado en mi silla, contemplaba soñadoramente las fotografías de campos de golf, complejos turísticos y cenas en el Strip que aparecían en esas guías de viaje para yuppies del sur de California; luego, finalmente, decidía perseguir grandes aventuras ese invierno: dormir en esos campos de golf, colarme en las piscinas de esos complejos turísticos y comer las sobras de la mesa en esos cafés de moda del Strip. Las luces fluorescentes de Barnes & Noble pueden inducir fantasías salvajes...

Apuntando hacia el sur, fallé en mi objetivo y terminé hacia el norte, en Eugene. Fue una especie de regreso a casa, regresar a mi apartamento gratuito en la biblioteca de la Universidad de Oregón, a través de la puerta marcada “Solo salida de incendios: sonará la alarma”, hasta la puerta al pie de la escalera. Fue fantástico encontrar mi segunda casa intacta y que durante el año pasado nadie había descubierto que la puerta se abría de golpe con un tirón fuerte. Era una pequeña habitación polvorienta, probablemente etiquetada como armario de almacenamiento en los planos de la biblioteca. Pero para mí era un segundo hogar, y sin él probablemente visitaría a Eugene con la misma frecuencia y dormiría en el techo de la pizzería al otro lado de la calle del campus, con los apartamentos de estudiantes mirándome desde ambos lados. Un lugar dudoso para dormir, y si llamaban a la policía porque había un mirón loco acechando en esa azotea, no estaba seguro de poder explicar cómo salir de allí.

Entonces, a las 12:45, cuando encendían las luces de la biblioteca, tomaba mi libro, me escabullía por la puerta de “salida de incendios”, bajaba corriendo las escaleras, luchaba con mi puerta hasta que se abriera, me arrastraba detrás de las cajas de libros polvorientos, y leí con una linterna entre restos antiguos de visitas pasadas hasta que me quedaba dormido. Sin duda, se trataba de un enfoque más astuto y profesional de la vagancia. Un poco mohoso y sin tocadiscos, pero perfecto en todos los demás aspectos.

Un escondite secreto con las cualidades importantes que busco en una casa: ¡sin alquiler y no reconocida legalmente!

Después de un estudio estimulante, me acostaba en mi saco de dormir y me sumergía en la nostalgia por los primeros días de mi carrera como okupa en Eugene... El porche de arriba de un edificio de apartamentos ahora demolido, que en realidad no era una casa okupa, pero tenía techo y muebles. ¡Así que creo que califica! El mapa indescifrable de una casa abandonada que me pasó un punk de alcantarilla: la casa que deambulé buscando sin cesar por el noroeste de Eugene, pero que nunca encontré. Y la aterradora casa abandonada en la 11th Avenida al lado del hospital, con personas sin hogar abatidas y desesperadas postradas en cada banco y arbusto de Eugene, no podíamos entender por qué no hicieron lo que hicimos inmediatamente después de verla: tomarla ¡Un autobús a Springfield, roba una palanca de Sears y entra! ¡Guau, espacio para movernos, correr en círculos y hacer lo que queramos! Nos sentimos fuertes y empoderados. Probablemente estaba condenado al primer golpe de palanca, pero uno nunca falla en tales aventuras: ¡cada día de desempleo y sin factura de alquiler es una pequeña victoria!

Desde pelear con guardias de seguridad matones del hospital y la constante amenaza de desalojo hasta un lugar seguro en la biblioteca, había llegado lejos. Y el futuro solo pareció más brillante cuando, fuera de Goodwill, un

abogado de la esquina me brindó asesoramiento legal gratuito, interesante y funcional. Habló de una oscura disposición de la ley territorial del estado de Oregón que, simplificada, significaba en efecto que si una persona podía ocupar un edificio durante 7 años, ¡tenía derecho legal a la propiedad! Había oído hablar de este tipo de leyes antes y pensé que era poco probable que existiera una ley que favoreciera tanto a la clase baja ilegal.

Aunque, de ser cierto, este vacío legal tenía profundas aplicaciones. Entonces, ¿qué implica “ocupar”? ¿Tendría que recibir el correo en la biblioteca o...? ¡Todo era tan confuso y tan emocionante! Cuando presioné al abogado callejero para que me explicara los detalles más finos de la ley, él se limitó a encogerse de hombros. Pero parecía estar diciendo que si viviera en mi cuarto de almacenamiento durante 7 años, ¡sería dueño de la biblioteca de la Universidad! Primera prioridad: ¡reorganizar los muebles!

Siete años... Pensé en el día en que un juez dictaría mi título de propiedad, y que mi vida no había comenzado realmente hasta que me gradué de la escuela secundaria 4 años antes, ¡así que para mí 7 años eran más que toda una vida! Pero sería una espera rica y satisfactoria de vida y media; y no tenía dudas de que podría pasar los próximos 7 años leyendo, caminando, explorando y comiendo comida gratis. Que es lo que hice esa semana. Espera un minuto... ¡eso es lo que he estado haciendo los últimos 4 años! Bueno, yo era una mejor persona por mis hábitos, y en 7 años sería

un profesional culto y habré alcanzado la cúspide de la vagancia parasitaria.

¡No podía esperar!

Siempre había sentido que la reputación de Eugene como “ciudad universitaria somnolienta” era una falsedad flagrante. Hasta hace poco, había considerado a Eugene como desagradable y, definitivamente sobrevalorada. Y luego comencé a viajar por Estados Unidos, lejos de la costa. “Quédense a los lados, no entren allí”, advertían. Y después de Omaha y Des Moines, ¡empecé a pensar que tenían razón! Empecé a apreciar ciudades como Eugene más que nunca, incluso si la reputación de “progresista” solo significaba “ebrio”.

Entonces, para escapar del ineludible smog y las cadenas de tiendas, pasé gran parte de mi tiempo libre en el centro de estudiantes, que ofrecía todas las comodidades tranquilizadoras y adormecedoras de un hogar de clase media. ¡Un microondas, sofás, agua caliente con botón y un piano! Si todo lo que pidiera en unas vacaciones fuera comodidad, no habría motivo para irme. Sin embargo, me inquietaba y caminaba hasta el gimnasio del campus cada dos días, evitando al bruto que revisaba la identificación en la entrada, y me duchaba.

Pero siempre volvía corriendo al centro de estudiantes y a mi silla favorita en el primer piso, en la esquina al lado del

piano. Hacía como que leía, pero era un acto, una fachada en los intervalos entre las interpretaciones de piano de los estudiantes que pasaban. Dos o tres veces por hora, un chico que iba camino a clase se sentaba unos minutos, aprovechaba las lecciones de piano de su infancia y tocaba una pequeña canción. El piano me puso en un trance eufórico. Cada vez que alguien se sentaba, les decía “¡Toquen *Tubular Bells!*” Ninguna persona conocía la canción y me pregunté por qué aprendían a tocar el piano.

Tal vez estaba en un estado contemplativo, o algo así, pero esa semana salí del campus sólo para robar comida de IGA³¹, y sólo entonces porque robar comida de la cafetería de estudiantes todos los días para cada comida simplemente no era seguro. Fue durante una de estas excursiones de robo que afuera de IGA, una mujer joven que había sido la siguiente en la fila corrió detrás de mí cuando salí: “¡Oye! ¡Tuviste suerte!” dijo, señalando el jugo recién exprimido y los bagels en mi mano izquierda. Había notado la técnica del robo de la mano izquierda en acción. Era joven, aparentemente un poco drogada y claramente estaba usando su “mayor conciencia” para aprender un nuevo método de robo. Tuve que repensar mi compromiso con la regla: ¡tal vez las drogas pudieran “abrir mi mente” a nuevas técnicas de robo! Le expliqué la mecánica del método de la mano izquierda y ella prometió probarlo. Hasta ahora no

31 Independent Grocers Alliance (IGA) se fundó en 1926 para reunir a las tiendas de comestibles locales de propiedad familiar. [N. d. T.]

había tenido “suerte” como ella había dicho. La suerte es inconsistente: ¡la técnica de la mano izquierda está garantizada en todo momento!

De regreso al campus, sentado en mi silla junto al piano, reflexioné sobre visitas pasadas y sobre cómo todo el ocio y los problemas se centraban en ese edificio. El centro de estudiantes de la Universidad representaba traspasos, encuentros aleatorios, borracheras de té de doce horas y una puerta de entrada a grandes aventuras. Y se erigió como un monumento a la travesura... –Atacar las largas mesas de comida estilo buffet durante las ceremonias de graduación. ¡Merodear por la cafetería a medianoche, encontrar la hielera abierta y escapar dramáticamente con una bolsa de zumo! Y el ataque furtivo en dos partes al puesto de café expreso del año pasado: una vez por una pila de tarjetas sin sellar “Compre 10 y Obtenga la 11ª gratis”, ¡y una nueva visita para obtener el sello! ¡Mi rebelión contra el café mercantilizado! Bueno, en esta visita no hubo grandes recepciones con fruta gratis y la hielera estaba cerrada con llave, ¡pero en mi billetera todavía llevaba 15 tarjetas de “café gratis”! Ahora bien, no tomo café por motivos de salud, pero tampoco dejo pasar nada gratis por motivos delictivos. Entonces, entre capítulos de mi libro, si nadie me tocaba una canción en el piano, corría al puesto de espresso para pedir café gratis, ¡el más sabroso!

Los itinerarios de viaje están muy sobrevalorados y después de una semana dejé Eugene sin uno. Cualquiera es

bienvenido a quedarse en mi habitación mientras estoy fuera, y si limpias lo que ensucias y respetas el lugar en general, vuelves a la biblioteca dentro de 7 años y te dejaré patinar en mi half-pipe³². ¡Construyéndolo en la sala de mapas!

De alguna manera terminé en Areata, al noroeste de California. Estaba la reputación de Areata: amigable con el medio ambiente, foco de activismo ambiental con enfrentamientos valientes y dramáticos entre los activistas y la industria maderera en el bosque circundante. Lo cual era increíble, pero después de un día en Areata y varias conversaciones sin sentido con lugareños medio muertos, babeantes y murmurando, me acordé de *La Noche de los Muertos Vivientes*. Zombis de las drogas, ¡en todas partes! Daba miedo Mientras exploraba Areata, caminaba por las calles con mi respuesta de “no fumo” rápidamente encendida. Me cansé de declinar cortésmente, y “No fumo” rápidamente se convirtió en una mirada fría y desdeñosa a sus pupilas dilatadas. Luego estallé, comencé a estrangular a esos hippies hasta matarlos, a grabarles en la mente “Sin drogas: volveré a ganar”.

Areata parecía un Eugene condensado y exagerado –la cultura de las drogas, los disfraces...– Pero a diferencia de

32 Un half-pipe o medio tubo es una estructura en forma de U usada, generalmente, en la práctica de deportes extremos, como el skateboard ("monopatinaje"). [N. d. T.]

Eugene, en lugar de tropezar con perros atados afuera de la librería y caer en la acera, ¡caí sobre otros perros!

Areata tenía bagels espectaculares y una sala de juegos de lo 80, ambas cosas definitivamente valen la pena para quedarse. Y me llené de sentimientos cálidos cuando un chico grande y sonriente me vio leyendo la revista *Thrasher* en un banco y sacó un video de skate de Plan-B de su bolso: “Quería que tuvieras esto”. Qué mierda. “Gracias,”

Yo dije. Una cinta de vídeo, veamos, me llevaré esto a mi arbusto y, um...

Fuera de la cooperativa comí muchos bagels y acaricié mi regalo con asombro, simplemente mirando la llovizna brumosa.

Un chico con cabello negro y una gabardina negra estaba parado a mi lado, era desagradable y hablaba solo.

Luego empezó a hablarme. Me preguntó mi “historia”, brindándome la configuración perfecta para lanzarme a toda mi historia desde el principio, ¡como Chunk en *Los Goonies*! Lo que realmente dije fue que viajaba, sin plan, a un paraíso soleado, buscando un lugar donde pasar el invierno, en algún lugar... – Él también era de fuera de la ciudad, dijo, y que su primer día en Areata, mientras mendigaba en las afueras de Safeway, una chica caritativa lo llevó a casa, y había vivido allí desde entonces. Me preguntó si necesitaba

un lugar donde quedarme. Estaba feliz en la azotea del local de seguros de la calle “G”, pero necesitaba una buena historia así que...

Su nombre era “Tigre”. Estaba loco, era nervioso, temblaba, decía un montón de mentiras y se contradecía a menudo. Como hacker exitoso que se dedica a “la transferencia electrónica de fondos”, me dijo, viaja por el país, compra casas, se queda por un tiempo, organiza fiestas extravagantes, choca algunos autos, tira su dinero y sale a la carretera. Loco... Decidí que definitivamente iba a quedarme con él, usar su estéreo para poner en casete todos los CD que compré en Eugene y ¡comerme su comida!

Me presentó a sus compañeros de cuarto (todos locos) y a los cinco minutos exclamó que necesitaba drogas, justo en ese momento, que le iba a dar dinero, que íbamos a la plaza a comprar marihuana y luego a fumar toda la noche, le dije: “No consumo”. Preguntó cómo era posible liberarse de las drogas y afrontar la vida en “las calles”. ¡Jajajaja! “Las calles”... Nunca lo había pensado así. Sí, me quedo dormido cada noche con el sonido de mis sollozos, empapando el saco de dormir con mis lágrimas. –Comida gratis, gran aventura, libertad para hacer lo que quiera, sin trabajo... – Todo es parte de la vida en una escuela de golpes duros!

De camino al centro, se lanzó a alardear más vergonzosamente sobre las chicas y la vida en la alta sociedad. Todo lo que podía pensar era en lo emocionado

que estaba: ¡mi primera misión contra las drogas! Nos paramos en la esquina frente a la licorería con las manos en los bolsillos, esperando nuestro gran puntaje. “Disculpe”, murmuraba Tiger a cada transeúnte: “¿Sabes si son... las 4:20?” ¡Ja! Eran todos los chistes hippies que alguna vez compartí con mis amigos no adictos, la cultura de las drogas en todo su absurdo y yo lo estaba viviendo. ¡Fue grandioso!

Tiger encontró a su hombre, compró su escape de la dura vida y corrió por la ciudad reuniendo a un pequeño grupo de chicos con ideas afines para la fiesta de esa noche. Afuera de la cooperativa, Tiger engatusó a dos adolescentes fugitivos de Berkeley que llevaban sus pertenencias en bolsas Hefty. Con las promesas de Tiger de comida y cerveza, nos siguieron de regreso. Mientras caminábamos, me desconcertaron los temas dominantes de conversación en esa pequeña multitud de jóvenes de Areatá: las mentiras transparentes y la exageración obvia eran el estándar. Chicas, riqueza heredada, conocidos famosos... Parecía que con cada calada se quitaban un poco de realidad de la cabeza.

Valoro estos breves encuentros con mundos extraños. Acurrucado en un rincón, traté de darle sentido a todo.

Cinco hippies detestables, dos chicas atraídas con cigarrillos y yo, aturdido, ahogando la charla ebria con los sobrios sonidos de XContemptX. Era mi primera fiesta y a los 22 años, probablemente demasiado tarde para socializar. O

tal vez nunca es demasiado tarde para cogerle el gusto al licor de malta y a las chicas adolescentes. Le di la vuelta a la cinta: *Día del sufrimiento*. Estaba bastante seguro de que tenían una canción sobre matar gente con gusto por el licor de malta. Era mi pequeño grupo agazapado detrás de la estantería, desviando preguntas ocasionales de la multitud aturdida con el ceño fruncido. “¿Qué ocurre?” “¿No estás bebiendo?” “¡Toma una oportunidad!” Estaba luchando por mi derecho a no ir de fiesta. Los Beastie Boys ahora están 2/3 libres de drogas, deberían reescribir esa maldita canción.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, escaneé la habitación y vi cinco cuerpos inconscientes agarrando latas de cerveza vacías; era la oportunidad para una venganza que se presentaba claramente. Pero me resguardaron de la lluvia y me alimentaron con su comprensión limitada de la palabra “vegano”, así que enrollé mi saco de dormir y dejé Areatá, ¡tal vez para siempre!

Visitar Areatá, realmente lo recomiendo. Jugar al casi imposible encontrar el Pac Man original en la cafetería, explorar el campus de HSU, ver una película de dos dólares, comprar un perro de tofu a un vendedor en Town Square, dormir en los tejados y si te preguntan qué hora es, sólo hay una respuesta correcta: “¡las 4:20!”

El hombre de la mecánica de automóviles al lado de la rampa de acceso a la I01 tiene un gran trabajo: toma café junto a la valla y habla con autoestopistas todo el día.

“¡Nunca antes había visto a un autoestopista vestido como tú!” Era cierto, parecía el inofensivo cuarto Beastie Boy³³. Así que no me sorprendió cuando una mujer de unos 20 años se detuvo momentos después. ¡Antes de poder subir, tuvo que retirar un montón de cintas de gangsta rap de mi asiento! No Dr. Dre, sino rap underground duro del que no había oído hablar, como Gangsta G y C-Town Mob. Ella era una profesional impecable y teoriqué que el rap de gánsteres la ayudaba a mantenerse en contacto con la cultura juvenil y a relacionarse mejor con su clientela: aconsejaba a “adolescentes con problemas”. Supuso que yo estaba viviendo una vida difícil y, a un ritmo desenfrenado, recitó las direcciones de todos los bancos de alimentos y refugios del norte de California. “¡Escribe esto!” ella ladró. “No, no...” Traté de interrumpirla y explicarle que representaba la capa superior de la juventud: comía la comida más cara, ocupaba las propiedades inmobiliarias más caras sin permiso y que solo había dormido en una caja de cartón. ¡Una vez!

Un patrullero de carreteras me explicó hace dos años que el tramo de la I01 entre Areata y Ukiah era el corredor más transitado a dedo en Estados Unidos. Y todo el mundo me había dicho que Garberville era el punto de convergencia para los viajeros de la costa oeste. Después de pasear brevemente por el Strip, confirmé que Garberville albergaba una gran cantidad de chicos con mochilas y perros. Después

33 Beastie Boys fue una banda estadounidense de hip hop fundada en 1981 en Brooklyn que contaba originalmente con seis miembros. [N. d. T.]

de todo el revuelo, fue una especie de decepción. La “ciudad de los viajeros”... debe referirse a los viajeros que pagan. El supermercado de Garberville se mostró inusualmente resistente a los robos. Incluso en lo que se conocía como un gran “oasis contracultural” de artistas, activistas y pensadores progresistas, encontré al supermercado culpable de mercantilizar los productos alimenticios. ¡Todo costaba dinero! Eso no es muy “progresista”. ¡Estoy pensando organizar una manifestación! En la puerta me despojaron de mi mochila que guardaron en el mostrador de atención al cliente. Me siguieron por la tienda y los mostradores eran demasiado bajos para dejar algo a la izquierda. Simplemente no estaban jugando limpio. Aún así pude sacar de contrabando bagels y zumo, pero seguro que fueron unos idiotas al respecto. Fue una recepción fría, no había lugar para un criminal, ¡y decidí llevar mis dólares de turista a otra parte!

Desde la rampa de acceso a la I01 en Garberville, posiblemente el lugar donde más se hace autostop en Estados Unidos, viajé con dos universitarias de Areata. Me alimentaron y se sorprendieron y asombraron de que nunca hubiera escuchado a Paul Simon. “¡Todo el mundo tiene una canción favorita de Paul Simon!”

Una mujer británica me llevó más al sur. Había dejado Londres hacía dos años para cambiar su estilo de vida, instalándose en el norte de California, donde leyó y tocó su teclado Casio en una cabaña en el bosque durante dos años.

Sus quejas sobre Estados Unidos incluían la gran cantidad de locos y el concepto estadounidense de propiedad privada: nuestra sobreprotección de lo que es “nuestro”. Es una verdad mordaz, le dije. Los estadounidenses simplemente no creen en compartir, y me acordaba de ello todos los días cuando me expulsaban de las tiendas naturistas por comer dátiles de los contenedores de alimentos a granel. Sí, sí, dijo, americanos... Un día cruzó la línea invisible hacia la propiedad de su vecino para hacer un picnic y la atacaron con una escopeta. Los estadounidenses quieren lo que es suyo y matarán para protegerlo. Todo va cuesta abajo, y cuando los empleados de la tienda naturista empiecen a portar escopetas, ¡me mudo a Londres!

En Healdsburg, un yuppie de traje y corbata me recogió en un elegante coche deportivo. Hace su fortuna vendiendo software de contabilidad a casinos. Su trabajo consiste exclusivamente en conducir por el país charlando y emborrachándose con los operadores de casinos, quienes, según él, son la raza más sórdida del mundo. Recientemente había asistido a una “convención de juegos”, donde conoció a uno de los sinvergüenzas menos éticos: ¡se llamaba Michael Jackson! ¡El “Rey del Pop” estaba pavimentando una jungla en África para construir un gran casino para blancos!

Mis ojos suburbanos estaban mejor entrenados para apreciar el césped bien cuidado y las calles sombreadas y arboladas de Santa Rosa. Una familia moderna se había

mudado a la vieja casa vacía junto al centro comercial desde mi última visita, lo que significaba que probablemente ya no podría dormir en el patio trasero. Me instalé en el techo de una guardería en Humboldt Street y recordé dónde dormí la primera noche de mi última visita a Santa Rosa: ¡cuando mi transporte me registró en el Holiday Inn y me dio veinte dólares! Toma nota: ¡nunca dudes en recurrir a historias de mala suerte muy exageradas! El tema de las habitaciones de hotel gratuitas siempre ha sido un tema tedioso para mí, y definitivamente considero que encontrar una estafa consistente sobre habitaciones de hotel es una especie de objetivo en la vida. Luego considero las importantes cuestiones éticas de utilizar la propensión a estafas de aficionados y pequeños robos más allá de los aspectos básicos de la supervivencia, el oscuro camino del hedonismo al que podría conducir. Una cama hinchable y HBO³⁴ todas las noches... Puede que me ablande y descubra que todos los elementos atractivos de incertidumbre y peligro del viaje han desaparecido. Hay cierto encanto en dormir en los tejados, una atracción agridulce en huir de un campo de golf a las 4 de la mañana con un saco de dormir sobre los hombros para escapar de los aspersores. ¡Es posible que me lo pierda! Una concesión permisiva hecha por conveniencia o exceso material conduciría a otra, una espiral descendente de abuso imperdonable de robo de supervivencia, y pronto

34 HBO (siglas de Home Box Office; en inglés, «taquilla en casa») es una cadena de televisión por suscripción estadounidense, propiedad de Warner Bros. [N. d. T.]

podría perder el contacto con las encantadoras y ricas experiencias de la pobreza en los grandes almacenes, sacando ropa cara de los estantes y llevándola al mostrador de devolución para “cambiarla” por colonia y corbatas de seda. En aras de la lucha romántica, tal vez sea mejor dejar mi obsesión por el hotel donde está: comer el desayuno buffet en el vestíbulo, mover todos los pomos de las puertas de los armarios y, cuando tenga sueño, arrastrarme hasta los arbustos detrás del estacionamiento.

Sin embargo, persiste la tentación de seguir con el único truco que conozco...

A menudo arrincono a extraños para obtener información útil y consejos legales, y fue durante uno de estos interrogatorios que alguien, en algún lugar, confesó que tal vez conocía un truco gratuito para una habitación de hotel: ¡lo aprendí una noche mirando MTV!³⁵ Este extraño, cuando lo presionaron, se derrumbó y tartamudeó a través de un recuerdo confuso de un episodio de *The Real World* de la MTV, donde los “siete extraños elegidos para vivir en una casa” estafan una habitación de hotel. Los detalles eran confusos, pero supuestamente pidieron ver una habitación en un motel del gueto minutos antes de las 12 am, cuando la recepción cerraba por la noche. Uno de ellos se escondió dentro de la habitación mientras los demás devolvieron la

35 MTV (inicialmente un acrónimo del inglés Music Television) es un canal de televisión por suscripción estadounidense. [N. d. T.]

llave y explicaron que la habitación estaba sucia y ciertamente no cumplía con sus estándares. Media hora después de que el contraparte se hubiera ido a casa, ¡el escondido dejó a todos en su habitación de hotel gratuita! Esta instrucción subversiva y funcional en MTV desdibuja aún más las líneas entre nosotros y ellos. MTV... ¿¡¿De qué lado están?!?

Había tanto que hacer en Santa Rosa que no sé cómo me lo perdí la última vez. La estrella de la muerte del centro de la ciudad es el centro comercial Santa Rosa, que en realidad contaba con varios recursos punk lamentablemente infravalorados.

¡Esconden los lugares realmente divertidos donde creen que no miraremos! No figura en el directorio de centros comerciales, pero las puertas dobles en la esquina del patio de comidas conducen al extenso sistema de túneles del centro comercial, que corre detrás de todas las tiendas, y no puedo estar seguro, pero puede que continúe para siempre. Me sentí muy confundido y asustado cuando no pude encontrar la salida, y al volver sobre mis pasos me encontré con paredes que antes no estaban allí, y casi lloré. Aproximadamente cada 100 pies había escaleras que conducían a escotillas abiertas para acceder al techo, y algún día podría vivir en el techo de ese centro comercial, subsistiendo con las sobras de papas fritas del patio de comidas de abajo. No veo ningún defecto en ese plan. Pero no podía sentarme todavía, había mucho por hacer... El

contenedor de 99 centavos de la cadena de tiendas de discos Warehouse es una fuente desconcertante de CD clásicos de Hardcore, y yo estaba instalado en el 96, y esta visita: ¡Desvalido, convirtiéndolo en el Warehouse más duro de Estados Unidos! Pero fue el restaurante Fresh Choice el que me mantuvo anclado al centro comercial SR durante mi estadía. Fresh Choice es una cadena de restaurantes estilo buffet donde puedes comer todo lo que puedas, fácilmente infiltrable y utilizado para comidas gratis... y cuando terminas de comer, ¡todo eso cabe en una mochila! A medida que la cadena Fresh Choice se expande y se abren nuevas franquicias en centros comerciales de todo el oeste, el futuro parece más brillante para las personas sin hogar de Estados Unidos. Se han realizado viajes enteros por el Área de la Bahía para descubrir Fresh Choices: ¡es muy divertido! Ensalada, sopa, fruta, tofu, café, pasas, encurtidos... Una celebración de la glotonería americana sin límites. Trae tupperwares. Fresh Choice... donde es tan fácil pasar por alto al cajero, la política parece ser: “Bueno, podrías pagar, o...” ¡O toma un plato y come!

Una noche en Barnes & Noble estaba investigando Santa Rosa y pensé en el “antiguo distrito ferroviario”.

Sonaba divertido, así que caminé hasta allí y encontré cuadras enteras de tiendas de antigüedades y ¡ningún tren! Me senté en el “Railroad Coffeehouse”, o el “Trainyard Coffeehouse”, o lo que sea, y audazmente hice valer mi derecho como holgazán sin paga a sentarme y mirar por la

ventana todo el tiempo que quisiera. Me senté, buscando señales de la auténtica cultura ferroviaria: monos, un chu-chu distante o algo así... Presioné mi cara contra el cristal, observando a los peatones, una suave pared de ruido detrás de mí: chismes, ajedrez, juegos de rol, etc. Y a través de eso todo lo que escuché... fue, sí, fue la línea de bajo de mi canción favorita de rap de la vieja escuela flotando por las calles. Lo rastreeé hasta un viejo hotel de ladrillo al otro lado de la calle. Las puertas estaban cerradas, pero miré a través de un pequeño espacio entre las cortinas y vi lo que claramente era una celebración de boda de hip hop, ¡con una sesión de breakdance en equipo en pleno efecto! Quedé cautivado y durante unos minutos di un paseo por la máquina de los sueños disco: Sugarhill Gang³⁶, una bola de discoteca...

En algún momento sentí que, para mantener mi cobertura de clase media en los suburbios, debía limpiarme y limpiar mi ropa. Buscando una piscina y una lavandería, deambulé a ciegas por Santa Rosa y quedé tan atrapado en mi música y en el agradable paseo por encantadores barrios residenciales, que caminé varios kilómetros antes de volver en mí. Pero finalmente encontré una linda piscina, una tienda de alimentos naturales y una lavandería en una manzana. Esa mañana me detuve en Kinko's y corté ocho monedas de cartón, que usé para lavar la ropa gratis.

36 The Sugarhill Gang es un trío de hip hop estadounidense, creado en 1979. [N. d. T.]

Muchas máquinas antiguas que funcionan con monedas, como las máquinas Superball de Safeway, las lavadoras y las Máquinas de sellos del Servicio Postal en los vestíbulos de la estaciones utilizan una tecnología primitiva que mide sólo el diámetro de una moneda para determinar su valor. Se puede utilizar cartón resistente no corrugado, de aproximadamente el grosor de una moneda de veinticinco centavos cortado con precisión para engañar a las máquinas y hacer que dispensen producto gratis. Esto es muy impredecible, aunque curiosamente el éxito es casi del 100% con las nuevas y sofisticadas lavadoras computarizadas que reemplazan a las viejas y oxidadas dondequiera que vaya. Y los restos de jabón recogidos en quince botellas de detergente extraídas de los cubos de basura del interior completaron un exitoso “viaje gratis a la lavandería”.

Durante el día daba largas y tranquilas caminatas para explorar las calles secundarias y los supermercados de Santa Rosa, y cada noche comía cantidades obscenas de ensalada y sopa en Fresh Choice, en la mesa debajo del altavoz. ¡Cada mañana me despertaba muy emocionado, salía del techo y corría hacia el callejón detrás de la biblioteca donde sacaban cajas y cajas de libros! Todo fue muy conveniente y muy confuso. ¿Los libros eran gratuitos o...? No puedo estar seguro, pero de todos modos publican libros fantásticos.

Un día me divertí rebuscando visiblemente en los contenedores de basura públicos, porque... porque ¡Me encanta la basura! Y por la misma razón que dondequiera

que viva, ya sea que pague el alquiler o no viva en ningún sitio fijo, siempre les digo a los extraños: “No tengo hogar”. Ya sabes, para incorporar esas cosas. ¡Quería que la recolección de basura volviera a ser algo genial! Santa Rosa tenía buena basura. Encontré un mapa del sistema de autobuses del condado de Sonoma, que extendí, examiné y reflexioné. Luego diseñé mis propios mapas y comencé a trazar un recorrido en zig-zag por el Área de la Bahía en transporte público. Los conductores del norte de California me estaban llevando: esas personas amables, educadas y sofisticadas de mediana edad que viven una sed juvenil de aventuras a través de mí. Qué deprimente.

Los autobuses del condado de Sonoma eran diferentes a los de donde yo vengo: había que pagar. Parado en el estacionamiento de Walgreens, preguntándome cómo pagaría todos estos viajes en autobús. Un recibo de 40 dólares por un kit para dejar de fumar flotó por el estacionamiento hasta mis pies como una fatídica planta rodadora. El posterior “regreso” de ese kit para dejar de fumar generó dinero para viajes en autobús desde ahora hasta siempre...

Sonoma... Montones y montones de tiendas de antigüedades. Dormí en el techo de una tienda de antigüedades; capté miradas de compradores ancianos y anticuados y arrojaron a la basura una hogaza de pan muy viejo, muy antiguo.

Petaluma... Casi se me están acabando las formas de decir “suburbio homogeneizado”. A pesar de las cadenas de tiendas y los estacionamientos, tenía la impresión de que Petaluma estaba de mi lado. Como si Petaluma le hubiera sido robada al Hombre y ahora fuera el “suburbio del pueblo”. “Tal vez fue la sesión de patinaje en el skate park de Petaluma: ¡todas chicas! O entonces, merodeando por el tejado de la tienda naturista, intentando y sin éxito ser subrepticio, establecí un contacto visual muy frío con un hombre en su jardín al otro lado de la calle. Estaba seguro de que llamaría a la policía (y en cualquier otro suburbio lo habría hecho), ¡pero en lugar de eso simplemente sonrió y levantó la mano en un gesto amistoso!

Gracias por entender señor, ¡buenas noches! Y antes, en un intento fallido de subirme al techo de la biblioteca salté al capó de un auto vacío para auparme, pero, espera un minuto... ¡El auto no estaba vacío! ¡Miré a través del parabrisas a los ojos de un hombre! Parecía más curioso que enojado, pero salté y corrí como loco de todos modos, y me pregunté: ¿qué se necesita para que te disparen en Petaluma de todos modos?

En cada visita a Safeway, en cada ciudad, antes de robar zumo, voy directamente a los libros y leo algunas páginas de *8 Semanas para una salud óptima* del Dr. Weil. Es un trabajo importante. Sólo los suburbios inspiran tales diversiones. Así, bucear en contenedores de basura toda la noche, volver a la nevera, como detrás del zumo de naranja, sólo para ver

cómo es, etc. etc. Con las comodidades suburbanas como la comida tirada por ahí sin control y la gente haciendo cola en el supermercado tirando dinero, todo esfuerzo mental podría centrarse en una dirección contemplativa. Así que no reflexioné sobre la supervivencia, sino sobre las implicaciones de la señal de tránsito sobre la rendición de la toma de decisiones autónoma. Crucé muchas calles. Y comí con tanta frecuencia que casi terminé ese libro.

San Francisco... Después de seis horas en la biblioteca de fanzines de Epicenter, había leído todos los fanzines de la sección "Viajes" de principio a fin, notando un injusto sentimiento "anti-suburbio". Filadelfia, Chicago, San Francisco... Todo parecía muy de moda. Campbell, Sunnyvale... Esos pueblos no tenían respeto. Un vacío trágico sobre los viajes punk. Los suburbios también pueden ser divertidos si vives peligrosamente.

Había perdido por completo la noción del tiempo y ya era de noche cuando terminé todas las revistas que quería leer.

San Francisco era grande y daba miedo y pensé que tal vez me arrastraría por algún tejado en alguna parte. Era un buen escalador de paredes, pero en SF necesitaría ventosas. Vamos a ver.

Palo Alto... Fue todo muy aterrador y divertido, dormir en el techo de un gran restaurante en Palo Alto, rodeado de ratas. Si me comieran, sería una traición: destrocé todas las

trampas para ratas que encontré en los callejones y detrás de las tiendas. Tenía un historial admirable de activismo por los derechos de los roedores. Sí, comido por ratas, eso sería gracioso...

University Way es donde todos son hermosos y posan en los patios de las cafeterías. Uno ve muchas posturas intelectuales bien vestidas, ver y ser visto... y donde, comiendo pan sobrante fuera de la panadería, ¡aprendí que no está de moda ni está bien terminar una comida! El cabello parecía una parte importante del papel hipster³⁷ de Palo Alto: el “aspecto mojado”. Caminar por University Way era peligroso: la élite de las universidades privadas se pavoneaba con altivez por la calle en una línea fija, sin desviar su camino ni un grado por las criaturas menores. ¡Los habitantes de las bibliotecas universitarias también son personas! Esquivé, tejí y sufrí momentos de tensión en los que nada podía salvarme de ser golpeado. Así que, en aras de mi propia conservación, tuve que abandonar la acera por completo y caminar por los callejones. Por supuesto, callejones... No estaba seguro de por qué no había pensado en ello antes. Estar en ciudades extrañas había trastocado todas mis tendencias habituales. Caminar por la calle era una idea tonta. Comprar en la calle; los bagels cuestan 60 céntimos y en el callejón son ¡gratis! Un hecho que a

37 Hipster es una subcultura de jóvenes bohemios de clase media-alta que se establecen por lo general en las comunidades que experimentan procesos de crecimiento inteligente y gentrificación. [N. d. T.]

menudo se pasa por alto... Pero si caminas entre la sociedad, ten cuidado con las bien cuidadas y fragantes apisonadoras de University Way: ¡no ceden ante nadie!

Fue en Palo Alto donde Whole Foods Market se estableció como el nuevo líder en comida gratis: ¡han acaparado el mercado! Whole Foods es una gran cadena de supermercados de alimentos saludables que aprovecha el creciente interés por los alimentos orgánicos, sin azúcar, veganos, etc. Apoya plenamente el desarrollo económico y la expansión de este floreciente rincón del sector minorista. Sí, fue durante mi estadía en Palo Alto que descubrí Whole Foods y la nueva forma de conveniencia para vagabundos. Recargas ilimitadas de café (orgánico), innumerables contenedores de comida a granel (gratuitos) y toda la comida que podía caber en mi mano (izquierda) y salir con ella. A partir de entonces, en cada pueblo, la primera pregunta era: “¿Dónde está Whole Foods?” En el espíritu de la moda de los alimentos saludables, utilicé técnicas de robo “recicladas” (no probadas en animales) y creía firmemente en el robo en tiendas como una “alternativa natural” al pago.

De alguna manera comencé a tomar café todos los días. El café estaba de moda, no me gustaba el café. Pero disfruté el ritual. Disfruté mirando por la ventana a los locos y felices pájaros que cantaban. Disfruté la costumbre de la gente de dejar tazas vacías tiradas por ahí. Disfruté de un completo desprecio por la política de recarga limitada. Y disfruté no tener un lugar donde estar en un momento determinado,

pero tener la opción de ir a cualquier lugar en cualquier momento. Y con tantos callejones, librerías y grandes edificios de oficinas por los que correr, tomar café era lo único que me mantenía quieto.

Un grupo de nosotros nos reuníamos cada mañana en Noah's Bagels. En realidad, nunca nos conocimos, pero creo que si uno de nosotros estuviera ausente, los demás estarían preocupados. Había un hombre trajeado, que se hacía pasar por un yuppie de Palo Alto nervioso y ocupado, pero lo único que hacía era tomar café. Él era más duro que yo: siempre estaba allí cada mañana cuando llegaba y, a menudo, tomaba café y revolvía papeles cuando me iba horas más tarde. Había una mujer asiática mayor y tranquila que siempre ocupaba el mejor asiento junto a la ventana. No nos agradaba. Y el vagabundo que murmuraba y refunfuñaba. Observaba su semblante melancólico y captaba miradas amargas. A ver... desempleado, tomando café todo el día... si él no estaba contento, simplemente no lo entendía.

Una mañana se sentó a mi lado y me preguntó si había terminado con la sección de entretenimiento. En toda una vida leyendo el periódico cada mañana, juro que nadie me ha pedido nunca nada más que la sección de "Deportes". Se sentó al otro lado de la mesa, sacudió el papel y suspiró con exagerado mal humor. "No tienes que pagar por eso", dije, señalando su taza. Pensé que los consejos criminales siempre eran un buen tema para iniciar una conversación. "Por lo general, simplemente saco una taza de la basura que

está afuera”. Consejos amistosos, de abajo hacia abajo, de trasero a trasero. Era claramente pobre, y era triste verlo contar un dólar y diez centavos de cambio para el café cada mañana. Anteriormente había sido responsable de dar consejos que cambiaron la vida de las personas sin hogar. Una vez, en casa, conocí a un mendigo triste y luchador mientras exploraba el centro de la ciudad. Ya era de noche y su taza estaba casi vacía, así que le di un consejo desde la perspectiva del marketing: “Necesitas un truco, una frase divertida”. Tomé prestada su taza y comencé a pedir a los transeúntes “cambio de repuesto para mantener mi adicción al crack”. Un hombre me dio cinco dólares y dijo: “¡Oye, buena línea!” No era una buena línea, ni siquiera era divertida, pero mi nuevo amigo quedó deslumbrado y prometió usar la línea de crack de ahora en adelante. Un mes después lo encontré en la misma esquina y me lo agradeció excesivamente: había ganado más dinero con esa tonta línea de crack que nunca en su triste y larga carrera de mendicidad.

No sé, cuando estaba realmente arruinado usé esa frase con mi mamá y no me llevó a ninguna parte...

“Café gratis, ¡está garantizado siempre!” Se lo dije al hombre de Noah's. Él gruñó y me despidió.

“Bah... a cada uno lo suyo”. Un cliente fiel que paga. ¡Bueno, él no era amigo mío!

El café orgánico en la cafetería Whole Foods era igual o de gratis que en Noah's, y el material de lectura en el revistero era mejor, pero algo sobre robar comida y luego simplemente esperar en la cafetería y comer frente a los empleados parecía demasiado descarado. Prefería la trama de “cuatro extraños de mundos diferentes” cada mañana en casa de Noah. Con el drama, los breves pero significativos momentos de contacto visual... Nos unimos, y si ellos no lo notaron, yo sin duda sí.

El letrero encima del dispensador de café era una especie de pequeña broma entre nosotros en el asalto diario de la mafia a la máquina de café de Noah. Los vagabundos eran dueños de esa tienda de bagels: cuatro bebedores de café dedicados y conectados contra dos empleados suspicaces de Noah. Y si los empleados alguna vez se atrevían a interrogarnos, bueno, la anciana asiática junto a la ventana estaba llena de calor. ¿Cómo podríamos perder? Una recarga... Ja, ja, ja, ja, ja, ja...

Un hombre dormido que se sacude violentamente, una anciana descalza y con la mirada fija y distante, un hombre desfigurado con quemaduras faciales derramando una bolsa de jalepeños... Altamente simbólicas como escenas de una película de arte alemana en blanco y negro, pero este era el autobús número 22 a San José... ¿Qué significaba todo eso?

El número 22 atraviesa muchos de los mejores suburbios del Área de la Bahía: Palo Alto, Santa Clara, Mountain View...

Con una ruta de tan alta categoría, la abordé con fe en que me llevaría más hacia el paraíso suburbano de Silicon Valley. Lo cual hizo... ¡y siguió adelante! Yo quedé varado en el este de San José. Juro que había leído un artículo sobre el este de San José, plagado de crímenes y sin ley, o escuchado rumores, o una canción de gangsta rap, o algo así. ¡Estaba en “ese barrio”! Estaba oscuro y me senté apático en un banco, indiferente a mi destino. Un hombre de mediana edad pasó en patinete. Hablamos. Su nombre era Bert. ¡Bert no tenía hogar y simplemente paseaba por el gueto en su patineta! Sí, ¡qué diablos! Patina, holgazanea en los bancos de las paradas de autobús, gruñe a los conductores, vive de palomitas de maíz en un minimercado... ¡increíble! Bert era un modelo radiante de indiferencia imprudente y despreocupada búsqueda de problemas. Y, aunque borracho, Bert mostraba una forma impecable en su patinete. “¡No conozco un borracho más grande que yo!” se jactó. Bert me dio buenos consejos para salir del paso y le di un plátano. En el autobús a Los Gatos, Bert jaló juguetonamente el cable de “parada” repetidamente – riéndose y pisoteando cuando el autobús se detuvo– y en un dramático flashback de los viajes en autobús de mi ciudad natal, el conductor del autobús gritó: “Haz eso de nuevo y ¡Estarás patinando hasta casa! Ja ja. Si tuviera un centavo...

Los Gatos... Hay que ser hermoso para vivir en Los Gatos. La avenida Santa Cruz era otra franja peatonal suburbana de tiendas, cafés, chicos... ¡era como un gran desfile de moda!

Pero sentí que mi disfraz encubierto era indetectable: mi mochila no era notablemente grande y mi cabello era muy rizado, inofensivo. Luego gritaron “¡monstruo!” desde un auto que pasaba! Momentos después, una linda chica dijo “¡Holaaa!” Claramente tenía amigos y enemigos en Los Gatos. Es más divertido pensar en ellos como todos enemigos.

Estaba muy lejos del este de San José. Me senté para contemplar la loca escena del sábado por la noche. Alguien me pisó los pies. Luego tuve una caída dramática mientras subía al techo de Walgreens. Era un maldito desastre, ¡pero no cambiaría las vistas de los tejados y las lesiones ocasionales por todas las habitaciones Holiday Inn (de hoteles todo incluido) del mundo! Seguramente alguien se daría cuenta de que cojeo, se compadecería de mí como un extraño herido en un mundo extraño, me llevaría a casa y me daría de comer un panecillo tostado. Pero mi cojera sólo significaba que me movía lo suficientemente lento como para recibir pedidos de cigarrillos y dinero para el teléfono. Y juro que nunca le daré ni una moneda a nadie con acento de chica del valle.

Los Gatos Coffee Company era un buen lugar para sentarse y sangrar. Pagué por el café y escuché jazz.

Detrás de la cafetería y del pequeño centro comercial había muchas diversiones. Realmente me animé. La zapatería dejaba montones de zapatos viejos. ¡El lugar de

bagels dejaba bagels, y el misterioso contenedor de basura al lado estaba repleto de artículos personales, tarjetas de crédito vencidas y cartas escandalosas! ¡Así que me probé zapatos, comí bagels y leí el correo de extraños durante horas! En lugar de seguir la voz de la experiencia, había arrojado dinero a mis problemas: 1,35 dólares en café. Pero fue la terapia callejera lo que me animó.

Bucear en contenedores de basura: ¡nunca falla!

Me arrastré hasta el techo de un edificio al azar para dormir y ¡me desperté con el ladrido de perros que venían del interior del edificio! Esto me asustó un poco y estaba seguro de que estaba durmiendo en el techo de un laboratorio ultrasecreto de investigación con animales.

Otro suburbio, otro Whole Foods y Noah's Bagels, ¡uno al lado del otro! Grandes galletas veganas y mucho café con el periódico de la mañana. Era una vida de ocio, pero no exenta de dramatismo. Una mañana estaba sentado en una mesa afuera de Noah's, disfrutando del sol, cuando dos policías, con armas en la mano y con aspecto duro, corrieron hacia mí agitando sus pistolas. Esto es todo, pensé. Me han estado siguiendo durante 4 años, documentando más de 12.000 cargos de hurto, allanamiento de morada, falsificación y fraude. Saben sobre las redadas de medianoche en el contenedor de donaciones de la tienda de segunda mano, el uso de la pista de patinaje fuera de horario, el cuchillo que llevé a la cerradura del edificio de administración de la

escuela a las 2 a.m., y las palomitas de maíz que cociné una vez dentro. Nací en los suburbios y ahora, aquí, con una pistola en la cara, moriría. Nunca podrán decir que me vendí, que traicioné mis raíces...

Y el arma estaba a centímetros de mi cara, pero siguieron pasando. Era el hombre escondido debajo del camión al que buscaban. Me preguntaba qué estaba haciendo allí. Le ordenaron salir a punta de pistola y se lo llevaron “sin incidentes”. Otro soldado caído, me lamenté. “Parte del hampa criminal murió hoy...

Yo estaba más cerca de la acción y todos los peatones se reunieron alrededor para preguntar qué había sucedido. No lo sabía, pero me gustó la atención. Nunca antes había sido popular. Una joven elegante me señaló con un dedo acusador y dijo: “¿Conocía a ese hombre? ¡¿Estás con él?!” ¿Qué?

El polarizado mundo suburbano del bien: blancos, bien vestidos y malos: minorías, chicos con mochilas, delincuentes... ¡Deténganme! Ya no quería educar a estos elitistas, suplicando a su núcleo interno de humanidad explicándoles que todos somos humanos que merecemos respeto y dignidad, no... ¡Quería asustarlos! Juré ser más amenazante: escupir a la gente, hacerme un mohawk o algo así...

Después de toda una vida de música rap, siempre me había preguntado dónde estaba la acción y el peligro, ya sabes, “en las calles”. Finalmente, ¡policías, armas y un hermano encerrado! ¡Voy a escribir un rap!

Todo el departamento de policía de Los Gatos se desvió, detecté lo que se conoce como una “ventana de oportunidad”. Así que crucé la calle hacia la gran celebración de inauguración de Long's Drugs y en la mano izquierda ¡un reproductor de CD portátil! Posiblemente se trate de un acto detestable de consumismo que desafía las normas éticas sobre el robo en tiendas. Pero, verás, la música es muy importante para mí y en dos semanas había gastado más dinero en música que en comida. Bueno, no había gastado nada en comida, pero en ese momento sí tenía veinte CDs. Me quedé tumbado en el parque leyendo y escuchando *Wide Awake*³⁸ todo el día, mientras mis ensoñaciones me llevaban a pequeños pueblos en furgones oxidados...

Campbell... las oportunidades recreativas en Campbell: todo era demasiado bueno para ser verdad. Whole Foods, Fresh Choice, Noah's Bagels, Tower Records, UA Cinemas, Barnes and Noble, Trader Joe's...

Comercio minorista estadounidense, no lo sé... ¡es muy divertido! Y todo muy post-apocalíptico: habían tomado nuestras comunidades, las habían pavimentado, levantado

38 Bien despierto. Canción de Katy Perry. [N. d. T.]

setos bien recortados, levantado enormes tiendas, y tocaban agradable y relajante música de jazz de fondo... Claramente, la única opción era reírse de lo absurdo de tal cosa –monumentos capitalistas a la esclavitud y la homogeneización no regulada– ¡considérelo como un parque de diversiones y juego! Entonces, cuando tomaba café y escribía durante horas en la cafetería Whole Foods, era un acto de desafío. Cada bagel un pastelito para la revolución. Ya sabes, ocio subversivo. ¡Un forajido ilimitado que come mangos todo el día y nunca paga por ellos! ¡Bueno, alguna vez!

Las dos mejores cuadras de los suburbios, ¡sin duda! Aquí podría hacer mis recorridos en un cómodo circuito de media milla, lo que sería un viaje épico en autobús desde casa. Campbell, donde todo era muy um, complaciente. Por ejemplo, cada mañana uno puede buscar una taza en Noah's Bagels, tomar café y leer durante una hora u ocho horas. Y nunca me olvidé de leer mi copia gratuita de *Noah News*. Se analizan todos los temas oportunos y relevantes relacionados con los productos horneados redondos, y no se pierda la actualización “Noah Celebrity Sightings”, una recopilación a menudo impresionante de estrellas populares, dónde fueron vistas y qué consumieron. Veamos, aquí dice que desde que Rage Against The Machine se separó, ¡Zack de la Rocha visita a Noah's en San Diego y espera atrás por los desechables! Después uno puede salir

de Whole Foods con grandes cantidades de comida gratis y comer al sol en las mesas de afuera.

Recomendado: rollitos de canela veganos, pajar de coco y algarroba y bagels grandes de fresa. En este contexto, entiendo que puede ser fácil olvidar todo el sufrimiento y la depravación moral del mundo. Para equilibrar rápidamente la perspectiva, quizás sea importante subir la escalera hasta el techo de atrás y llevar una pequeña navaja a la cerradura de la puerta detrás del letrero de “Whole Foods”, exponiéndolo a la impactante y antinatural gran habitación secreta de porno ¡Qué asco! Baja, busca recibos, consigue dinero en Long's y camina media cuadra hacia el sur hasta la enorme tienda de discos con enormes contenedores de CD de dos dólares. Una cuadra al sur está Tower Records (a menudo objeto de silbidos e ignorada, pero no conozco ninguna cadena de tiendas más generosa) donde los precios varían según una escala móvil basada en la “capacidad y voluntad de pagar”. Es posible que Tower tenga ese nuevo CD de punk que deseas, ¡así que ten cuidado y ve bien vestido! Al otro lado de la calle, en el “centro comercial al aire libre” exclusivamente californiano, se encuentran, entre otros lugares divertidos, los United Artists Cinemas. Una noche apliqué lecciones de la escuela secundaria sobre este tema en ese teatro, y una vez dentro me di cuenta de que no había nada que quisiera ver. Y espera un minuto.

.. ¡Rara vez disfruté las películas! Bien, entonces “me salí con la mía”, ¡puedo irme ahora! Barnes & Noble está a la

vuelta de la esquina y es un ejemplo ilustre del éxito del libre mercado. Más allá de los CD y el dinero para gastar, el conocimiento libre parece ser el más valioso de todos los objetivos criminales (y en Barnes & Noble, los libros son gratis. A veces en Barnes & Noble, si te paras en un banco junto a las revistas y miras toda la tienda y todos los libros, uno siente por un momento que tal vez, en este pequeño sentido, hemos progresado. Como si estuviéramos pavimentando el planeta, diluyendo la cultura, matando miles de millones de animales y deshumanizando a la población con trabajos aburridos; pero hacemos muchísimos libros. Libros buenos, accesibles y efectivamente distribuidos. Junto a Barnes & Noble se encuentra la amigable tienda de comestibles Trader Joe's, la cadena de contenedores de basura más abundante y consistente del mundo. Cerrando el círculo, Fresh Choice está al otro lado de la calle, al lado de Whole Foods. La comida gratis de todo lo que pueda comer puede parecer demasiado fácil, así que tenga cuidado: Fresh Choice ha sido escenario de episodios ocasionales de derrota, como el momento de una mesa redonda de comida punk en la que todos levantamos la vista de nuestro menú para ¡Ver al gerente parado sobre nosotros exigiendo recibos! Luego, al final del día, ¡caminar hasta la escalera detrás de Whole Foods y dormir en el techo! En Campbell posiblemente había descubierto una futura situación de jubilación. Si no lo supiera mejor, podría pensar que esta expansión de las cadenas de tiendas suburbanas se creó pensando en mi

conveniencia, que las lagunas obvias existían por diseño para el grupo demográfico punk transitorio de entre 18 y 35 años, a menudo pasado por alto. Eso lo explicaría todo...

Todo excepto la nueva política de reembolso de Barnes & Noble: ¿identificación con fotografía? ¡Espera un minuto...! Fue una violación de lo que, a lo largo de los años, había llegado a creer que era una especie de acuerdo tácito entre nosotros. Por supuesto, completé rápidamente una tarjeta de “queja del cliente” y me pregunté: “¿Qué sigue?” Estas restricciones injustas a las estafas de devolución gratuita de dinero sólo pueden verse como una tendencia preocupante. Si vamos más allá, ¡pronto se prohibirá por completo el robo de libros! ¡Podría rebelarme!

Una noche en Barnes & Noble había perdido por completo la noción del tiempo leyendo un buen libro, y sólo cuando anunciaron que la tienda iba a cerrar me di cuenta de que era tarde. Necesitaba comer, todo había cerrado y caminé hacia el contenedor de bagels... Después de veinte minutos no encontré bagels y comencé a quejarme, a gritarle al contenedor de basura y a tirar basura por todos lados. Estos breves momentos de hambre desesperada me parecen muy encantadores. En el contenedor de basura de Whole Foods encontré bolsas de pan y productos horneados, y me pregunté por qué la gente pagaba por la comida. Cogí una bolsa pequeña, me subí al techo, revisé todo y ¡encontré galletas veganas! Pero estaba oscuro, y cuando le di un

mordisco, ¡la galleta tenía más moho que harina! Esto provocó un flashback de mi último bocado de moho...

Fue en un libro donde leí la teoría del moho como un nutriente saludable que no debe evitarse. Que la dieta estadounidense de alimentos lavados, cocidos y completamente esterilizados creó sistemas inmunológicos débiles donde la enfermedad se producía por la exposición a bacterias en pequeños niveles. Niveles que no afectarían, digamos, a un buzo de basura, cuyo sistema inmunológico se había fortalecido mediante la exposición constante a pequeñas cantidades de moho. Una mañana, hace muchos años, con esto en mente, ¡pensé que sería genial comer moho! Tal vez fue un grito de auxilio, tal vez tenía mucha hambre... Una mañana rescaté una bolsa de pan de pita mohoso. Seguramente, pensé, sería algo honorable hacer una declaración de desafío a una sociedad obsesionada con la esterilidad: demostrar que todos los creyentes son snobs enfermizos que privan a sus cuerpos del moho, que se ha comido desde el origen de nuestra especie. Robé hummus, me senté en la cafetería de mi supermercado favorito, coloqué mis utensilios de plástico e hice cuatro sándwiches de hummus y pan de pita. Estaban deliciosos y me sentí duro, como si estuviera desafiando una “superstición del moho” profundamente arraigada.

Luego pasé los siguientes tres días rodando por el suelo del sótano de mi amigo, la única vez que estuve realmente enfermo en cuatro años. Pero eso fue hace mucho tiempo.

Esta vez me acosté boca arriba, muy por encima de los contenedores de basura en el techo de Whole Foods, simplemente mirando las estrellas y esperando enfermarme. Había sido una gran bocanada de moho, pero de alguna manera nunca me enfermé. Maldije ese contenedor de basura y la comida mohosa en su panza oxidada. La noche siguiente regresé con una linterna, sintiéndome engañado, más duro pero más amargado que antes. ¡El contenedor de basura ya no estaba! Ciertamente el contenedor de basura estaba escondido en alguna parte, riéndose de mí. Bueno, después de las galletas mohosas, fui más consciente que nunca de mi relación con el contenedor de basura. Todo estaba claro ahora... Cabezas ensangrentadas por las tapas de los contenedores que caen, experiencias cercanas a la muerte en los contenedores luchando por salir mientras el camión de la basura se acercaba, una galleta envenenada... En el camino hacia el título de caballero del contenedor uno pisa un rastro de sangre, lágrimas y posos de café. Y aprendí que el contenedor de basura tiene un lado vengativo...

Gilroy... El último viaje en autobús. 120 millas en transporte público. El camino a Gilroy está rodeado de granjas de pollos. No mucha gente se da cuenta de que en Estados Unidos hay más pollos que personas. Ningún autobús circulaba al sur de Gilroy. Tenía curiosidad por ver mi próximo paso: ¿hacer autostop? ¿Subir a un tren? ¿Vender y comprar un billete de avión a Los Ángeles?

Gilroy: “Capital mundial del ajo”. Cuando visitas mil pueblos pequeños, empiezas a notar que cada pueblo tiene un truco: “Hogar de”, “El más grande del mundo”, etc. ¡La fama de Gilroy era la más genial de todos los tiempos! Una vez leí un viejo libro de vagabundos donde un vagabundo se despierta en un vagón y determina solo por el olor que está pasando por Gilroy. ¿Pero se bajó allí? ¿Debería?...

Era tarde. Deambulé por las calles buscando inspiración en los grafitis de las aceras, en los epitafios de las lápidas del enorme cementerio, o tal vez simplemente reflexionando sobre mi situación: a cientos de kilómetros de casa, en un loco gueto de pueblo con ajo, solo. Encontré inspiración, o algo así, en el callejón detrás del mercado de carne. Estaba merodeando entre las sombras cuando miré por la ventana de un apartamento de la planta baja. En las paredes, en el techo, en todo: ¡Madonna! ¡Un santuario de la Virgen! Pósters, discos, pin-ups de Teen Beat... Contaba la historia de una chica solitaria atrapada en un pequeño pueblo, practicando sus movimientos después del colegio, llorando hasta quedarse dormida por las noches, esperando su gran oportunidad. Adorar a la Virgen, comer ajo...

Todo lo que quería antes de dormir en el cementerio era un panecillo. Desplomado en un banco afuera de Safeway, me pregunté si robar en una tienda a las 2 a.m., era divertido y respetablemente audaz, o simplemente estúpido. Hambriento y solo, pero la vida era emocionante y llena de posibilidades: Gardena, Chula Vista, San Dimas.

Entonces tal vez sentía un poco de nostalgia. Como tener hambre a las 2 de la mañana, y cómo en casa los cajeros nocturnos son demasiado viejos e indiferentes para perseguir a un chico por una bolsa de bagels, y cómo el cajero de Safeway parecía una estrella del atletismo. Luego me ahuyentó el portero del contenedor de basura Post Bagel que se instaló detrás: “¡Aquí no hay bagels!”

A la mañana siguiente repasé mis opciones en Greyhound: 46 \$ a Los Ángeles, 36 \$ a Santa Bárbara, 26 \$ a San Louis Obispo. Compré un boleto de 7 \$ a Salinas. Astuto, mi estafa fue dormir durante mi parada en Salinas, y bueno, ¡dormir hasta Santa Bárbara!

Cincuenta millas más allá de Salinas todavía estaba durmiendo. En King City, el malvado conductor del autobús hizo un recuento.

“Tenemos demasiados”

Je.

“Necesito ver el boleto de todos”.

Momentos después me tocó el hombro. “Boleto.”

Fingí aturdimiento: “Qué... oh”.

Frotándome los ojos y estirándome, le entregué mi billete al conductor.

“Ya pasaste Salinas, amigo mío...

Todo parecía muy poético, romántico, cinematográfico o algo así, estar de pie en una nube de polvo mientras el autobús se alejaba, sosteniendo mi bolso. Y cuando dejé mi bolso y me senté en él, parecía la portada de un álbum.

Los grafiteros de King City habían escrito: “Si el arte es un crimen, somos culpables” debajo de un puente, la poética declaración de rebelión del artista clandestino en defensa de una cultura ilegal. Yo también luchaba por mantener viva la cultura vagabunda y defendía el pasatiempo, a menudo ilegal, de “viajar gratis”. “Si pedir un viaje gratis a Greyhound está mal, no quiero tener razón”. Ojalá tuviera una lata de pintura en aerosol.

“King City: ¡la ensaladera del mundo!” Me dijeron. “Cultivamos apio y espinacas. Cultivamos tomates y nabos. Crecemos...” Correcto. Bien, ¿dónde está Safeway? Oh, justo al final de la calle... Robé una bolsa de bagels y encontré una lavandería de la Sra. Pac Man. ¡Así que comí bagels y jugué a Ms. Pac Man durante tres horas!

Al amanecer estaba en la rampa de acceso a la I01, utilizando todas las tácticas de cebo del autoestopista para aumentar mis probabilidades: sonreír, hacer contacto visual, usar mi mejor camisa abotonada... Y después de una hora, jugando a mi juego de autoestopista favorito pasaban insultantes. ¡Conductores con líneas de canciones Hardcore!

“¡Esta vez no voy a dejarte pasar!” “No volverá a suceder: ¡tú sacaste la última gota!” etc. etc. Finalmente, después de murmurarle a un conductor que pasaba que “rechazara la falsedad antropocéntrica”, se detuvo. Fue un viaje largo, con un hombre vestido de forma conservadora en una minivan. Habló del “tren de carga de derecha” que destruye a Estados Unidos y del “ataque a los centros comerciales” que destruye a Los Ángeles. Le dije que el movimiento de derecha radical necesitaba ser desafiado. Definitivamente. Pero había pasado una de las mejores noches de mi vida en un centro comercial la noche anterior y, bueno...

Cuando salí del auto hacia State Street de Santa Bárbara, estaba... bueno, caray, estaba un poco celoso. Todo parecía una imagen del paraíso. Por todas partes la gente bebía bebidas al sol, charlaba descalza en la calle y sonreía al cielo. Las palmeras se alineaban en cada calle soleada y todo parecía existir para el placer de los sentidos y el máximo ocio.

Todo en California es hermoso. Un centro comercial, digamos, en cualquier otro lugar, es un centro comercial. Algo feo, explotar a los trabajadores y contaminar el paisaje. Un centro comercial en California será un edificio con las mismas cadenas de tiendas. Y enredaderas que crecen en las paredes. Y arbustos bien cuidados. Tal vez una gran y hermosa fuente al frente. Probablemente un pequeño patio con bancos. Y música clásica sonando suavemente de fondo. Y el edificio al otro lado del estacionamiento sigue siendo

McDonald's, pero parece menos un asesino de miles de millones de animales cuando está adornado con tonos terrosos y una cascada. Tal vez fuera la novedad de la Costa Oeste, que no había tenido tiempo para la decadencia. Tal vez todas las ciudades anteriores en su historia fueron tan brillantes y estéticamente agradables como Santa Bárbara... No Rapid City: Rapid City nunca fue hermosa.

Todo encajó: ¡una nueva ciudad, una nueva rutina y dos nuevas lavanderías con la Sra. Pac Man! Definitivamente había dado en el clavo... Inmediatamente me adapté a un nuevo patrón de ocio en el que disfrutaba de largas sesiones de contemplación y ¡no aportaba nada a la economía! Cada mañana me bajaba del techo de Winchell's Donuts, un alojamiento vacacional definitivamente subestimado. Calle arriba estaba Wild Oats, la otra megacadena de alimentos naturales, después de Whole Foods. ¡No es un negocio, es un servicio! Al otro lado del estacionamiento, el patio de Carl's Jr. era el centro de actividad social para los vagabundos y vagabundas de Santa Bárbara. Así que ponía mi comida en una mesa y comía mientras pretendía leer el periódico, pero sobre todo conocía Santa Bárbara desde una perspectiva sin hogar. El grupo de hombres rudos de mediana edad tomaba café y se quejaba de esto y aquello. Una mañana me hablaron: “Oye chico, ¿estás de paso?”

Yo, eh...

“¿Estás buscando trabajo?” Bueno, n...

“¿Ya has estado en la pared?” ¿La pared?

“¿Llevas aquí tres días y no conoces el muro?”

A ver, conozco la “devolución-de-Tylenol-en-Rite-Aid”, la “demanda de reembolso en el cine por un ticket recogido del suelo”... El muro, según se explicó, era el lugar de trabajo esclavo que se elegiría para los trabajos de jardinería. Cada mañana, los hombres se quejaban de su duro día de trabajo, de su dura vida y de esa linda ama de casa de allí en Palm Street... Cortando el césped todo el día y luego desperdiciando sus ganancias en comida rápida antes de las 8 a.m. Pagando la comida.

Gemido. Aficionados...

La mejor piscina de Santa Bárbara estaba en el Hotel Radisson, justo en el paseo marítimo, y después del desayuno pasaba horas descansando junto a la piscina al más puro estilo de Santa Bárbara. Mientras nadaba, me preguntaba qué estaba haciendo exactamente aquí. Por ejemplo, cada mañana entraba por las enormes puertas de madera, atravesaba el elegante vestíbulo y pasaba junto al mostrador con mi bolso. Luego camino hasta la piscina y descaradamente dejo mi reproductor de CD y mis libros junto a mi silla de jardín, captando miradas sospechosas de los invitados que pagan y pensando: “¿Qué se necesita para que te echen de un lugar? ¿Tengo que insultar a la gente?”

Tenía una especie de pequeña guerra con un grupo de joviales hombres latinos en Winchell's Donuts. Por la noche, después de cenar, lo único que quería hacer era arrastrarme hasta el tejado y dormir. Pero cada noche había un enfrentamiento con un grupo de hombres locos y felices que bloqueaban mi camino hacia la escalera. Se sentaban en la caja de su camioneta, comían donuts, tocaban un pequeño banjo, cantaban y reían durante horas. Santa Bárbara parecía ser ese tipo de lugar donde los amigos tocaban música juntos y sonreían. Mi casa estaba en el techo de Winchell's, y cada noche terminaba cruzando la calle en la acera, durante una hora o más, esperando a que se fueran a casa. No podía enojarme con la gente tocando música y tomando café mientras el resto del mundo jugaba Nintendo y bebía cerveza. Pero había llegado a conocer sus canciones y una noche, mientras esperaba al otro lado de la calle, ¡me quedé dormido en una tienda vacía! Sin duda, este fue el primer paso en el camino hacia un futuro brillante y liberador de personas sin hogar irreversibles. Los escaparates, luego los bancos, la alcantarilla... ¡Me estaba convirtiendo en un profesional! Al despertarme en esa tienda, aturdido, me pregunté quién era yo y cómo había llegado allí. ¿Había estado bebiendo de esas botellas de cerveza? ¿Estaban esos hombres del otro lado de la calle cantando sobre mí? Todo fue muy confuso. Le di una patada a una botella de cerveza y fui a buscar un lugar en la playa... En el camino, encontré una escalera que llevaba al techo de un restaurante, ¡justo sobre el agua!

A lo largo de la playa me tomaba mi tiempo para pasar por el parque frente al mar, deteniéndome a veces en los columpios o mirando el tiovivo. Una cafetería en State St. era el mejor lugar para sentarse y tomar café. O fingir que estoy tomando café y leer, mirar fijamente o diseñar estrategias para mi próximo juego en Ms. Pac Man.

Luego, cuando el contador no esté mirando, toma una última recarga y cruza la calle corriendo hacia el Ms. Pac Man.

El sábado fui al gran paraíso de los delincuentes: ¡el mercado de intercambio! Pero la reunión de intercambio de Santa Bárbara era una muestra amateur de negocios en “arriba y arriba”. Una especie de decepción. No había nada de la dedicación pícaro de los vendedores ambulantes de mi ciudad natal, que no escatimarían riesgos para su libertad o su salud para llevar al público bienes robados baratos. En casa, los domingos tomaba el autobús para ir a la reunión de intercambio y compraba una caja grande de Frosted Flakes por, como, un dólar, viajaba a casa y comía Frosted Flakes todo el día. Una anciana pobre en el mercado de intercambio de Santa Bárbara estaba sentada sobre una manta hecha jirones en un rincón solitario del lote, con los ojos bajos, luciendo triste y desesperada, rodeada por una masa desordenada de casetes viejos y polvorientos. Compré “Rock of the 80's” y una cinta en blanco con la etiqueta “Phat Homemade Shit” (mierda casera Pat) por 20 centavos de la

cual esperaba que fuera algo así como rap casero, y lo escuché de inmediato.

Pero era techno casero, y ni siquiera fantástico. Después de pagar las cintas, me ofreció el lote completo, unas 50 cintas, por 50 centavos. Fue emotivo que la pobre y humilde mujer pasara el sábado por lo que no podía rendir más que un puñado de cambio. ¡Tú puedes superar la pobreza, hermana! Nadie necesita quedarse sin sufrir o trabajar. Puedes reclamar lo que es tuyo. Robo en tiendas, hermana, robo en tiendas.

Me reí a carcajadas ante la mesa que encontré al otro lado del lote: ¡un vendedor que vendía lo que claramente era toda mercancía tirada en la basura! Docenas de videos, sin portadas, todos un burdo intento de raspar la etiqueta de “propiedad de Blockbuster Video”. Mirar esa mesa de cintas me llevó a una época más simple... En aquel entonces, el contenedor de basura de Blockbuster de mi ciudad natal estaba repleto de videos ligeramente dañados y fáciles de reparar. Ampliando esto, comencé a planear una reunión de intercambio de contenedores de basura, donde los buzos de cada vecindario se reúnen para intercambiar tesoros tirados en la basura. Libros sin tapa intercambiados por bagels, repuestos de bicicletas intercambiados por microondas desechados... Mi cabeza daba vueltas con el potencial de este nuevo enfoque empresarial... ¡Militantes buceadores de contenedores de basura, bajo el manto de la oscuridad,

rescatando los contenedores de basura más ricos y llevándolos al mercado de intercambio! ¡Impresionante!

Dondequiera que fuera, siempre encontraba esas fantásticas pegatinas en el contenedor de basura de Trader Joe que decían “¡Soy un hijo de Trader Joe!” Los pegaría en todas partes. Eran mi propia “etiqueta” de algún tipo. Una mañana salí corriendo y entré a Trader Joe's para pedir más. Dar la vuelta por el frente y visitar el interior de Trader Joe's fue un enfoque completamente nuevo. A ver, muy parecido a su contenedor de basura, un poco más organizado, y, espera un momento... ¡todo cuesta dinero! Salí para recuperar el aliento...

Las cosas se vuelven borrosas. En este punto, mi diario se convierte en un lío indescifrable de conversaciones escuchadas y puntuaciones de la Sra. Pac Man. Recuerdo haber intentado hacerle una simple solicitud al cajero de Hot Spots Coffee para que me volviera a llenar de café, pero no entendió. Él entendía inglés, pero yo no hablaba inglés; sólo una corriente sin sentido de nada. El sol había derretido mi cerebro. Si no podía pedir café, probablemente tampoco podría pedir que me llevaran. Entonces tendría que mudarme con los chicos al parque. Pero a diez metros de la playa era un lugar inteligente para volverse estúpido...

Era un estilo de vida saludable: el sol, la playa, Pac Man, nadar. Como uno de esos regímenes de salud de la New Age. La cárcel, decidí, no encajaría con mi nuevo ritual de

curación naturista. Una semana de visitas dos veces al día al supermercado Wild Oats fue un poco imprudente y, de hecho, más que inseguro.

Robar con demasiada frecuencia en una tienda: una transgresión de las leyes del robo. Los empleados comenzaron a mirarme con recelo. No me estaba controlando. Era una práctica en conflicto directo con lo que se conoce como “hurto sostenible”.

Era hora de abandonar Santa Bárbara. En mi última noche, pasé varias horas en Borders Books leyendo sobre Los Ángeles, la nueva biografía de Abbie Hoffman y, por supuesto, la revista *Thrasher*. Las brillantes imágenes de la acción del patinaje en el soleado sur de California habían inspirado durante años el sueño de vivir en un suburbio del condado de Orange (tal vez detrás del Safeway, en una casa con cajas de leche o en un contenedor de basura) y simplemente patinar en el estacionamiento todo el día durante años y años. Sería la vida perfecta... Terminé de leer, salí al patio y encontré: ¡una patineta! En aras de la justicia, esperé el regreso de su olvidadizo dueño. Pero nadie vino. Así que eso es todo, pensé; Patinaré en So-Cal para siempre...

Llegué a Los Ángeles en un tiempo récord: un viaje directo a Hollywood. El sol poniente, grietas enormes en la acera, gatos callejeros... No sé qué pasó, tenía miedo. Compré un billete de autobús a San Diego.

Centro de San Diego: ¡fue como bajar del autobús y entrar en una gran fiesta! Risas, cenas en el patio, choques de manos, una pareja bailando lento en la calle... Una escena festiva. En mi pueblo se llamaría disturbio. Pero era San Diego, un jueves por la noche...

Caminé tres millas pasando por cien palmeras... todo era muy hermoso, y en esta sociedad tan móvil me preguntaba por qué alguien vivía en otro lugar excepto en San Diego. Ciertamente si hubo algún defecto en San Diego, si alguien allí sufrió, fue muy lejos de ese lugar, de ese momento...

Había estado descuidando mis finanzas. ¡Me quedaban como 12 centavos! Lo cual estaba bien, porque mi trabajo es bastante divertido. Volviendo a los botes de basura de Rite-Aid... Mi trabajo no es lo que normalmente se considera “trabajo agotador”, aunque después de encorvarme sobre botes de basura buscando recibos durante una tarde, me dolía la espalda.

Revisando la basura, quitando tazas de café y bolsas de plástico, aplastando un centenar de recibos arrugados por la botella gigante de extracto de ginseng, o películas, o algo así, de 28 dólares...

Sólo muchísimos recibos de cigarrillos y dulces. Muy frustrante. Mucha gente fuma y mucha gente come dulces, y he aprendido a odiar a esa gente. El mejor recibo que encontré, y no fue excelente, fue el de una botella de tinte

para el cabello por valor de 12 dólares. Lo cogí del estante de Rite-Aid y me acerqué al mostrador de devoluciones. Ambos gerentes parecían un poco inseguros sobre el reembolso. Tal vez fue mi mala actuación, tal vez fue la huella del neumático en el recibo... No cooperaron, fueron groseros e hicieron demasiadas preguntas. Si no me dieran dinero gratis, ¡podría sentirme insultado!

Caray, con doce dólares... con doce dólares podría comprarme ocho rollos de canela veganos, pero nunca pagaría. Con doce dólares podría comprarme 24 comidas para zurdos, un boleto de autobús a Tijuana, un libro de bolsillo nuevo y brillante, doce cargas de ropa, 35 estampillas o 120 casetes en mi tienda de discos favorita en casa.

Más tarde, en la biblioteca examiné mis mapas desde todos los ángulos, estudié la revista *San Diego*, la *Guía Frommer* de San Diego, miré por la ventana, me froté los ojos y comencé a formular una trama sin paralelo en la irresponsabilidad civil hedonista: Simplemente patinaré. andaré y escucharé mi walkman todo el día!

Un recorrido en patinete por San Diego... Mis exploraciones, que por momentos parecían una serie de destinos, se habían convertido, con mi nueva patineta, en romper el capó por el puro placer del viaje. Rodando por callejones, estacionamientos, bajando colinas, escuchando música y deslizándome... Cubrí el doble de terreno y hice el

doble. El placer combinado del sol, el skate, la música y las playas me estaba acercando a lo que los budistas llaman “Iluminación”.

Patiné hasta Old Town San Diego, un monumento caricaturesco al Viejo Oeste. Una banda mexicana tocaba en el patio de un restaurante. ¡Me senté en mi tabla contra un poste de luz afuera y escuché música mexicana durante horas! Puede parecer aburrido, aburrido e incluso patético. Pero verás, me entretengo fácilmente y fue una actuación de primera clase.

El sábado por la noche en Pacific Beach: alcohol fluyendo, hombres silbando, gritos ebrios, desagradables golpes en el pecho, autos chirriando, gente rodando por la acera... Robé la cena y fui a observar la locura. Llevé mi burrito congelado al 7-11. Todo sabe mejor calentado en el microondas de un minimercado. Aunque, en realidad, casi todas las comidas calientes que había probado en los últimos cuatro años habían sido calentadas en el microondas de un minimercado, por lo que no había mucho con qué compararlas. Al entrar, el Sr. Cara Gruñona se interpuso entre el microondas y yo.

“No hay comida. ¡Fuera!” dijo él.

“¿Qué?! ¿A quién le estoy haciendo daño?”, dije yo.

“Estás perjudicando nuestro negocio, podríamos perder nuestro seguro”, dijo.

Era un maldito mentiroso y se lo dije al salir. Seguro, uf... Juro que todos leen el mismo gui3n. La l3nea de seguro se utiliza universalmente para justificar la prohibici3n de cualquier actividad divertida, desde andar en patinete hasta bucear en contenedores de basura. Especialmente bucear en contenedores de basura. Despu3s de cavar en la basura el tiempo suficiente y ser arrojado de los contenedores de basura innumerables veces, resulta f3cil terminar las frases de los malos. Un gerente saldr3 por la puerta trasera, rojo brillante, agitando los brazos: “¡Sal del contenedor de basura! Si comes esa comida, te enfermar3s y morir3s. Porque, es...

“¿Un riesgo de seguro?”

En realidad, s3lo hay una soluci3n en esa situaci3n. Juego bien, charlo un poco y pretendo entender su posici3n. Luego les hago un gesto para que se acerquen un poco m3s, como si tuviera algo confidencial que decirles, y cuando se acercan mucho, les golpeo la cabeza contra el contenedor de basura y me como sus sesos. ¡S3!

Afuera del 7-11 me sent3 en mi tabla y acun3 mi burrito. La bulliciosa escena del estacionamiento del s3bado por la noche del 7 a 11 me hizo sentir un poco nost3lgico y con los ojos nublados. Muchos de mis s3bados por la noche en la

escuela secundaria los pasé en un estacionamiento de 7 a 11. Nuestro 7-11 suburbano nos deslumbró y sorprendió al tirar regularmente cajas de cerveza, que vendíamos en el estacionamiento. Pero eso fue hace años... El vagabundeo en estacionamientos y centros comerciales se convirtió en bibliotecas y supermercados, y algo había sucedido en el último año: dejaron de pedirme que me fuera. No me habían echado de ningún lado durante mucho tiempo.

Quizás la comunidad minorista colectiva se rindió. ¡Tal vez me estaba ablandando! Bueno, todavía estaba holgazaneando, sólo que de forma más refinada.

Una hora más tarde todavía estaba esperando que alguien hablara conmigo, todavía observando el estacionamiento del 7-11, y mi burrito todavía estaba muy congelado. En algún lugar, más allá de los gruñidos y chillidos de los borrachos, oí rock 'n' roll.

Me alejé patinando, rastreando la música hasta su origen y encontré el Pacific Beach Sun-Fest en pleno efecto. Había un bonito paseo marítimo frente a la playa, un gran escenario con una banda tocando ante una multitud frenética y porciones de papas fritas a medio comer, ¡por todas partes! De alguna manera había estado en Pacific Beach todo el día y extrañaba la playa. ¡Ni siquiera sabía que estaba ahí! ¡Eh! La banda tocó su última canción, señaló al cielo y ¡comenzó un espectáculo de fuegos artificiales sobre

el gran y hermoso Pacífico! San Diego hizo todo lo posible. Me gusta pensar que fue para mí.

A la mañana siguiente me desperté en un gran complejo turístico frente a la playa, detrás de un contenedor de basura. Era un lugar de gueto, pero ¡no dormí en la playa! Los legisladores de San Diego están claramente desconectados de sus electores sin hogar. Luego, detrás de la tienda de comestibles, ¡encontré un carrito lleno de pan! ¡¿Qué pasa con este país?! Después de leer en la playa y nadar en un hotel, me fui patinando hacia el norte...

No mucho más allá del cartel de “Bienvenido a La Jolla”, rápidamente me recibieron con una bolsa llena de bagels detrás de la tienda de bagels. La Jolla se ganó mi corazón de inmediato: bagels, belleza y más gente visiblemente desempleada y holgazana tumbada al sol que en cualquier otro lugar en el que haya estado. ¡Era como un complejo grande, soleado, elegante y de clase alta para vagabundos!

Es irónico, pensé, la accesibilidad a recursos y bienes gratuitos en estas comunidades ricas y exclusivas: los restaurantes buffet, las piscinas de los condominios, los museos, los enormes mercados de alimentos naturales y los contenedores de basura abiertos con facilidad para infiltrarse. Los barrios exclusivos no son tan “exclusivos”.

No hay puertas ni controles de seguridad, no, ¡simplemente entras! ¡En realidad!

California era una tierra de extremos, y este viaje me había llevado al lado de los ricos: centros comerciales de colores pastel, sin grafitis y todos los supermercados con leche de soja. Durante dos semanas absorbí la exuberancia y aproveché las lagunas de la opulencia de La Jolla. Me sentí duro y astuto, como un vagabundo bien vestido y a cubierto a través de las líneas enemigas. Mi apariencia era indistinguible de la real, por lo que en los hoteles era un “chico de vacaciones con mis padres”, en los cafés era un “estudiante universitario” y, aunque es difícil lucir majestuoso en un contenedor de basura hasta la cintura, estaba limpio afeitado, y siempre sonreía...

En mi primera mañana en La Jolla surgió un incómodo enfrentamiento en Whole Foods. Después de pagar un panecillo de 50 centavos, fui a entregarle al cajero mis dos monedas de veinticinco centavos. Pero en lugar de aceptar mi dinero, se inclina sobre el mostrador, mira mi mano izquierda y dice: “Ah, ¿y vas a pagar por eso?”, señalando la granola y el jugo de zanahoria que tenía a mi lado. ¡Ups! Je... Descuidado de mí, tratando de dejar comida en la mano delante de las narices del cajero más alto. Tenía una posición ventajosa injusta. Por supuesto, pagar la comida estaría fuera de discusión. Mis opciones eran comerme rápidamente la evidencia o cobrar mi preciado certificado de regalo de Whole Foods, el que casi había olvidado que tenía. Varios días antes, había descubierto un recibo andrajoso y descolorido de 100 \$ en crédito de la tienda Whole Foods,

que me pasó el verano anterior por el topo Evasion dentro de Dallas Whole Foods. Había estado flotando en mi bolso durante meses, en mi billetera, detrás de mi identificación, que ya nunca usé: la policía no me había molestado en mucho tiempo. Como dije, me estoy ablandando... Mi plan era guardar el certificado de regalo para la próxima vez que estuviera arruinado. La esperanza era que pudiera convertirse en efectivo, como los certificados de regalo de Safeway. Tengo una pariente que, aproximadamente una vez al año, durante una visita, me lleva aparte y me entrega un certificado de regalo de Safeway por valor de 100 dólares. Ella tomará mi mano, cerrará los ojos y, conteniendo las lágrimas, dirá algo como: "Sé que la vida no siempre es fácil para ti... tal vez esto te ayude". Por supuesto, estoy visiblemente conmovido. La miro con ojos tristes y, después de un conmovedor momento de silencio, digo: "Saldré de esto..." ¡Al día siguiente iré a Safeway, compraré un bagel, tomaré los 99.50 \$ y los gastaré todo en discos! Es una vida dura...

De esta ocasión aprendí que la política de Whole Foods es menos generosa que la de Safeway y, de hecho, está más cerca de la escuela Barnes & Noble, donde donarán dinero para la causa si la diferencia es inferior a 10 \$. Entonces, por la comida de 6 \$ que estaba tratando de robar, recibí un recibo de crédito de 90 \$ y 4 \$ en efectivo. El enfoque criminal obvio para este revés sería realizar nueve compras separadas de bagels para obtener 85,50 dólares en efectivo.

Entonces conseguiría mi comida y los cuatro dólares. Que te pillen robando y te paguen por ello...

Hay futuro en esto, pensé.

Durante mi estancia en La Jolla, ocupé un arbusto detrás de Whole Foods. Dormir entre los arbustos se acerca peligrosamente a un comportamiento cruzado de juventud en busca de aventuras y transición juvenil desesperada. Pero era un bonito arbusto, a dos manzanas de Trader Joe's, Tower Records, mil piscinas y el campus de la Universidad de California en San Diego. La zona universitaria circundante era un patio de recreo peligrosamente adictivo lleno de grandes hoteles, complejos de apartamentos y edificios de oficinas para explorar. Cada mañana dejaba mi bolso en el mostrador de conserjería de Nordstrom y les pedía que lo guardaran mientras yo, ya sabes, “compraba” y lo recogía cada noche antes del cierre. Las horas intermedias eran interminables períodos oníricos de ocio, ambigüedad moral y patinaje.

Había un Einstein's Bagels a poca distancia de Nordstrom's: pasé Robinson's May, crucé el puente elevado, atravesé el patio del edificio de oficinas, pasé junto a los chicos trajeados almorzando, tomé a la izquierda la otra vía elevada, bajé la rampa, pasé el Marriott y giré a la derecha. Había muchos vasos en la basura afuera para rellenarlos gratis, y después de comer bagels de la basura y ponerme

nervioso como en French Roast³⁹, agarré mi tabla y patiné por La Jolla, ¡todo el día!

La mayoría de las noches llevaba mi comida de Whole Foods al otro lado de la calle, al centro comercial La Jolla Village. Era divertido sentarse y observar a la gente desde el banco adyacente al cine. Una noche, ya sea por mi exagerada mirada de soledad o simplemente por la amabilidad de los extraños, una joven me invitó a acompañarla a una proyección especial de Los Rugrats⁴⁰. Su pase era válido para dos y fue muy amable de su parte. Al mirar el cartel de la película, Rugrats parecía completamente inútil. Pero nunca rechazo nada gratis. Hablamos en la fila al entrar, lo que llevó a un momento incómodo en el teatro en el que me pregunté: ¿ella quiere que me sienta con ella o...? Bueno, no lo hice, y cuando empezó la película me separé para ver la película de Robert DeNiro al otro lado del pasillo.

Halloween... Durante años había pospuesto mi plan de hacer un agujero en el fondo de una bolsa Hefty y convertirla en una bolsa de basura. ¡Imagínese que todos sus secretos desechados aparecen en la puerta de su casa! ¡Estaría asustado! La Jolla estuvo totalmente poco festiva para

39 French roast es un corto francés, donde en un café parisino, un estirado hombre de negocios pide que le traigan más café para disimular que perdió su billetera. [N. d. T.]

40 Película y serie sobre unos bebés tienen grandes aventuras en el mundo de los adultos, donde todo lo que les rodea es más grande y misterioso. [N. d. T.]

Halloween, la configuración y la atmósfera estaban mal. Ir a pedir dulces sería imposible: la mayoría de los edificios de apartamentos y condominios de lujo de los alrededores estaban asegurados solo con acceso mediante tarjeta, y todas las casas estaban detrás de enormes puertas y largos caminos de acceso. Todo lo que inspiraba miedo, miedo y horror entre la gente estaba completamente ausente en La Jolla: pobreza, minorías, sombras... Me senté en el café Whole Foods para reflexionar sobre mis planes de Halloween durante la cena. Mientras como, siempre leo el periódico para ver qué están haciendo los demás delincuentes. Cuando abrí la sección de entretenimiento, me puse frenético al ver un anuncio de una proyección especial de Halloween de *El Exorcista*, ¡la película más aterradora de la historia! Sin duda, este era un sueño de Halloween hecho realidad. Mirando mis mapas, localicé el centro comercial Mission Valley Center, tomé mi comida y mi tabla y corrí hacia el autobús.

En el autobús, un chico comentó sobre el jugo de zanahoria de Whole Foods que estaba bebiendo. “Es genial”, dijo. “Sabes que solía trabajar en Whole Foods y...” Lo agarré, lo sacudí violentamente y le exigí que revelara todos los secretos criminalmente relevantes de la industria: cámaras, seguridad, todo eso. No había moros en la costa, dijo. Llène una mochila, empuje un carrito hacia la puerta, retroceda su auto, cualquier cosa: la seguridad era inexistente. Teníamos una especie de vínculo criminal y él

me invitó a su fiesta de Halloween. Le expliqué mis planes de ver *El Exorcista* y que era una noche importante para mí. Prometió muchas “bellezas” y mucha cerveza. ¿Chicas? ¿Y cerveza? ¿Qué? De ninguna manera, conocía el resultado. ¡Diviértete en el mercado de carne! ¡Disfruta viendo a tus amigos vomitarse unos a otros, pero yo voy a ver la acción del vómito de Linda Blair en una pantalla de diez metros con sonido envolvente! ¡Adiós!

El centro comercial Mission Valley Center no escatimó en gastos para brindar una experiencia cinematográfica de primera clase: alfombras lujosas, sillas cómodas, asientos en la arena y puertas laterales abiertas de par en par. “Película de terror”: ¡no era creativo, pero fue divertido!

University Town Center Mall fueron horas de diversión: realmente podías perderte en los pasillos sinuosos mirando las fuentes y las palmeras. La mejor parte fue la Fuente de las Ballenas. ¡Una fantástica pieza de ornamentación inútil con tres esculturas de ballenas de metal cronometradas, cada treinta segundos, para disparar agua por sus chorros! Era limpio e hipnotizante. Y era lo más loco, pero los compradores simplemente tiraban su dinero, ¡directamente en la fuente en realidad! Casi parecía demasiado fácil, pero sacaba el cambio de la Fuente de las Ballenas y corría a la vuelta de la esquina hacia la sala de juegos del patio de comidas para jugar a la Sra. Pac Man. Terminaría mi juego, miraría con nostalgia la pantalla, me rascaría la cabeza, volvería corriendo a la fuente por más monedas de

veinticinco centavos y ¡lo volvería a hacer! Estados Unidos: ¡hacen que todo sea muy conveniente!

Por las noches, exhausto, iba patinando hasta la biblioteca de la UCSD y me perdía en los grandes y polvorientos libros de historia. Mi favorito se titulaba “Justicia fronteriza”, con historias anecdóticas de la militancia del Viejo Oeste. Como la historia del levantamiento de los indios sioux en 1862: las agencias gubernamentales negaban las raciones prometidas a los nativos hambrientos. “Si tienen hambre, que coman pasto”, se burló el agente gubernamental Andrew Myrick. Cuidado... Los sioux irrumpieron en la agencia impartiendo justicia fronteriza y recuperando los alimentos que tanto necesitaban. Cuando el humo se disipó, se encontró el cuerpo asesinado del agente Myrick: ¡con la boca llena de hierba!

La biblioteca de la UCSD estaba abierta hasta la 1 de la madrugada y todas las noches tenían que echarme. Las bibliotecas universitarias eran una especie de nueva pasión para mí. La verdadera joya de la colección de UCSD fue el tan buscado *Rand McNally Railroad Atlas*: extensos mapas Estado por Estado de cada ruta de tren. Fue muy emocionante y pasé horas atrapado en sueños y fantasías llenos de esperanza. Miré la telaraña de huellas, sonriendo y pensando que ahora, con ese libro, las posibilidades no tenían fin. El mundo se abrió ante mí con esos mapas. Todo parecía tan fácil ahora, simplemente tomaré trenes a todos los estados que no merecen respeto: Dakota del Sur, Iowa,

Montana... Justo cuando pensaba que lo tenía todo resuelto, cuando sentí que había alcanzado la cima de mi vida con prosperidad y libertad para los desempleados, justo cuando pensaba que no podía entusiasarme más con la vida... el atlas del ferrocarril me conduciría a un estado superior de vagabundeo. ¡Nunca supe que había tantas pistas! Con esos mapas, surgió la posibilidad de que el salto en tren evolucionara de una afición torpe y amateur a un trabajo de tiempo completo. ¡¿Por qué no?! Era casi la una de la madrugada cuando fotocopíé la última página. Volví a guardar el libro en la estantería y pensé que probablemente no estaría en casa por un tiempo...

La vida en La Jolla era como vivir en un gran resort⁴¹ punk: piscinas, buena comida gratis, buenos libros, dormir entre los arbustos... um, espera... No parecía haber ninguna razón para irme, salvo la defoliación de mi arbusto. Pero incluso entonces, había otros arbustos, arbustos más grandes... No había defectos en esta vida, haría algunos amigos y me quedaría para siempre. Me senté en el café Whole Foods para analizar los detalles más finos y financieros de mi nuevo plan. Veamos, está bien... después de desglosarlo con cálculos precisos, ajustando por inflación e impuestos, el costo de vida punk en La Jolla para el año fiscal actual sería... ¡1.20 \$ por día!

41 Complejo turístico. Centro de vacaciones. [N. d. T.]

Después de dos semanas, supe que era hora de dejar La Jolla. Pero quería hacer mi ronda por última vez: beber una taza más de café, patinar cuesta abajo una vez más, terminar un libro en la biblioteca de UCSD y visitar mi piscina favorita por última vez. Junto a la piscina, pensé en la aventura, la juventud, otros pueblos con palmeras más grandes, aprovechando el día, la vida, el amor, el arrepentimiento. Me recliné en la cómoda silla de jardín, mirando al cielo, bebiendo zumo de frutas.

Bueno, todo parecía como si al fin hubiera ganado, ¿sabes?

Revisé mis mapas. No, esto era sólo el comienzo...